El hombre en el castillo

Philip K. Dick

Minotauro

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

Los caracteres de “El hombre en el castillo” no son sólo producto de la imaginación sino también manifestaciones de un sistema de fuerzas en el que el “I Ching” obra como un nexo análogo a un polo magnético. No obstante rara vez en una obra cualquiera de ficción, y casi nunca en la c-f podrían encontrarse caracteres más hondamente sentidos y más eficazmente retratados… La mejor novela hasta la fecha del escritor de c-f más consistentemente brillante. Ante todo por la verosimilitud con que Dick ha elaborado una ingeniosa estructura básica (unos Estados Unidos derrotados en la segunda guerra mundial y que han sido divididos en tres partes: las costas del Atlántico y del Pacífico respectivamente ocupadas por alemanes y japoneses, y una zona tapón entre dos esferas de influencia); luego por la absoluta originalidad de la presunción básica: “los alemanes ganaron la segunda guerra” aunque el “Libro de los cambios” informa sin embargo que esta amarga derrota no ha ocurrido en el mundo real… Un maestro de la c-f que ha conseguido transformar de un modo que nunca hubiéramos creido posible los temas y símbolos más fundamentales del género.

—*John Brunner*

- El hombre en el castillo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Reconocimientos

El hombre en el castillo
Philip K. Dick

A Anne, mi mujer, sin cuyo silencio este libro nunca se hubiera escrito

Capítulo 1

Durante toda una semana el señor R. Childan había examinado ansiosamente el correo, esperando encontrar el valioso envío de los Estados de las Montañas Rocosas. Cuando abrió la tienda el viernes a la mañana y vio que en el suelo sólo había cartas pensó que iba a tener dificultades con el cliente.

Se sirvió una taza de té instantáneo del aparato automático de la pared, y enseguida se puso a barrer con una escoba. Artesanías Americanas, S. A. quedó pronto preparada para recibir a los clientes del día, limpia y reluciente, con cambio abundante en la caja registradora, un florero de caléndulas nuevas, y música de fondo en la radio. Afuera, en la calle Montgomery, los hombres de negocios corrían a las oficinas. Lejos, pasaba un coche funicular. Childan se detuvo a mirarlo, complacido.. Mujeres con largos vestidos de seda de color… Sonó el teléfono y Childan se volvió hacia el aparato.

—Sí —dijo una voz familiar, y Childan sintió que se le encogía el corazón—. Habla el señor Tagomi. ¿Mi cartel de reclutamiento para la guerra civil no llegó todavía, señor? Recuerde, por favor, que me hizo usted tina promesa la semana pasada. —La voz encocorada y rápida, era apenas cortés, a punto de traspasar los límites del código. —¿No dejé un depósito, señor Childan, con esa condición? Se trata de un regalo, como usted sabe. Ya se lo expliqué. Un cliente.

—He hecho largas averiguaciones a mis expensas, señor Tagomi —dijo Childan—, acerca de esa mercadería, pero usted sabe que no se fabricó en esta región, y por lo tanto…

—Entonces no ha llegado —interrumpió Tagomi.

—No, señor Tagomi.

Una pausa helada.

—No puedo esperar más —dijo Tagomi.

—No, señor.

Childan contempló morosamente el día cálido y brillante y los rascacielos de San Francisco, del otro lado del escaparate.

—Alguna otra cosa entonces. ¿Qué me recomienda usted, señor Childan?

Tagomi había pronunciado mal el nombre, deliberadamente. Un insulto, dentro de los límites del código. Robert Childan, realmente mortificado, sintió que se le enrojecían las orejas. Las aspiraciones, temores y tormentos que lo consumían diariamente salieron a la superficie, abrumándolo, paralizándole la lengua. Se tambaleó, sosteniendo el teléfono con una mano húmeda. En la tienda flotaba el aroma de las caléndulas, sonaba la música, pero Childan sentía como si estuviese precipitándose cabeza abajo en las aguas de un mar

distante.

—Bueno… —alcanzó a murmurar—. Una mantequera. Una máquina para preparar helados de 1900. —La mente se le rebelaba, resistiéndose a pensar. Precisamente ahora que estaba olvidando, cuando ya casi había llegado a engañarse a sí mismo. Tenía treinta y ocho años y aún podía recordar los días de preguerra, los otros tiempos. Franklin D. Roosevelt y la Feria Mundial, el mundo mejor de antes —¿Quiere que le lleve algún artículo adecuado a su oficina? —tartamudeó.

Arreglaron una cita para las dos de la tarde. Tendré que cerrar la tienda, pensó Childan cuando colgó el tubo. No había otra alternativa. No podía perder la buena voluntad de los clientes de este tipo. El negocio dependía de ellos.

Estremeciéndose aún, advirtió que alguien —una pareja —había entrado en la tienda. Un joven y una muchacha. Los dos de cara agradable, bien vestidos. Los clientes ideales. Se serenó y se acercó a ellos profesionalmente, con ademanes desenvueltos, sonriendo. Se habían inclinado a mirar un mostrador de tapa de vidrio y examinaban ahora un hermoso cenicero. Casados, imaginó Childan. Gentes que vivían en la Ciudad de las Nieblas Flotantes, los nuevos rascacielos que dominaban Belmont.

—Hola —dijo, y se sintió mejor.

Los jóvenes le sonrieron agradablemente, sin aires de superioridad. Parecían impresionados. Los objetos de la tienda eran realmente los mejores de su clase en toda la costa. Childan sonrió agradecido. Los jóvenes entendieron.

—Piezas realmente excelentes, señor —dijo el joven.

Childan saludó espontáneamente con una reverencia.

La pareja miraba amablemente a Childan, con la satisfacción de compartir los mismos gustos, de apreciar del mismo modo aquellos objetos de arte, agradeciéndole que tuviera en la tienda todas aquellas cosas, que ellos podían ver, tomar, examinar, y sin ningún compromiso. Sí, pensó Childan, saben en qué tienda están. No hay aquí chucherías para turistas, letreros camineros de madera, anillos de fantasía o postales con vistas del Puente. Los ojos de la joven eran grandes y oscuros. Qué fácil hubiese sido, pensó Robert Childan, haberme enamorado de una muchacha como esta, y qué trágica hubiera sido mi vida entonces, quizá todavía peor que ahora. La muchacha tenía un peinado alto y complicado, las uñas pintadas, y unos aros largos en las orejas, de bronce, fabricados a mano.

—Los aros —murmuró Childan—, ¿los compró aquí?

—No —dijo la joven—. En casa.

Childan asintió. No había arte norteamericano contemporáneo. En las tiendas como la suya sólo se exhibían las obras de otra época.

—¿Estarán aquí mucho tiempo? —preguntó —¿En San Francisco?

—No tenemos fecha de regreso —dijo el hombre—. Estoy aquí con la Comisión Panificadora de Normas de Vida para las Áreas Infortunadas.

El joven parecía orgulloso. No era militar. No era uno de esos rústicos conscriptos, de cara codiciosa, que vagabundeaban por la calle Market, abriendo la boca ante los espectáculos impúdicos, las películas eróticas, las galerías de tiro, los clubes nocturnos baratos con fotos de rubias maduras que se sostenían los pechos y sonreían, los cafetines con orquestas de jazz que se amontonaban en los barrios bajos de San Francisco, galpones de lata y madera que habían brotado de las ruinas aun antes que cayera la última bomba. No, este hombre pertenecía a la élite. Culto, educado, aun más que el señor Tagomi, que al fin y al cabo era sólo un oficial jerárquico a cargo de la Misión Comercial. Tagomi, un hombre viejo, se había formado en los días del gabinete de guerra.

—¿Desea usted un objeto étnico tradicional para regalo? —preguntó Childan—. ¿O quizá para decorar una residencia?

Childan se animó pensando que si se trataba de esto último…

—Ha acertado usted —dijo la muchacha —Estamos decorando nuestra casa, y no hemos decidido aún. ¿Cree usted que podría aconsejarnos?

—Sí, puedo visitar la casa de ustedes —dijo Childan—, y llevarles algunas cajas para que escojan a gusto, y de acuerdo con los ambientes. Por supuesto, esta es nuestra especialidad. —Bajó la vista, ocultando un esperanzado entusiasmo. Una venta quizá de miles de dólares —Podría llevarles una mesa de Nueva Inglaterra, de arce, toda encolada, sin clavos. Y un espejo del tiempo de la guerra de 1812. Y también piezas aborígenes: alfombras de pelo de cabra, teñidas con colores vegetales.

—Yo prefiero el arte ciudadano —dijo el hombre.

—Sí —dijo Childan, ansiosamente —Escuche, señor. Tengo un mural de época, original, en madera, cuatro secciones, que muestra a Horace Greeley. Verdadera pieza de colección.

—Ah —dijo el hombre con los ojos brillantes.

—Y un gramófono de 1920 transformado en mueble para bebidas.

—Ah.

—Y escuche, señor: un retrato autografiado y enmarcado de Jean Harlow.

El hombre miró a Childan con ojos desorbitados.

—¿Los visito entonces? —dijo Childan aprovechando este correcto instante psicológico. Sacó una lapicera y, una libreta de —notas del bolsillo interior de la chaqueta—. Tomaré el nombre y la dirección, señor, señora.

La pareja salió de la tienda y Childan se quedó un rato inmóvil, con las manos a la espalda, mirando la calle. Si tropezara con negocios así todos los días, pensó. Pero había algo que le importaba más que los negocios, el éxito de la tienda, la posibilidad de tratar socialmente a una pareja de jóvenes japoneses, capaces de aceptarlo como hombre más que como yank, o por lo menos como comerciante en objetos de arte. Sí, esta gente de la nueva generación que no recordaba los días anteriores a la guerra y ni siquiera la guerra misma era la esperanza del mundo. Las diferencias de posición no tenían significado para ellos.

Un día se acabaría, pensó Childan. La idea misma de posición desaparecería para siempre. No habría gobernados y gobernantes. Sólo gente.

Y sin embargo, temblaba de miedo imaginándose en el momento en que llamaría a la puerta de la pareja. Miró la libreta de notas. Los Kasura. U ofrecerían té, sin duda. ¿Sabría comportarse? ¿Sabría cómo actuar, qué decir en cada momento? ¿O se deshonraría, como un animal, dando un paso en falso?

La muchacha se llamaba Betty. Había tanta comprensión en aquella cara, en aquellos ojos dulces. Apenas había estado un rato en la tienda, pero había alcanzado a ver todas las esperanzas y fracasos del yank.

Las esperanzas… Childan sintió de pronto que la cabeza le daba vueltas. Eran esperanzas que bordeaban la locura, si no el suicidio. Pero sin embargo había relaciones entre japoneses y yanks, se sabía, aunque casi siempre entre un japonés y una yank. En este caso… La idea lo estremeció. Y la muchacha era casada. Apartó bruscamente aquellos pensamientos involuntarios y se puso a abrir las cartas de la mañana.

Le temblaban todavía las manos, descubrió. Y recordó entonces la cita de las dos de la tarde con el señor Tagomi. He de encontrar algo aceptable, se dijo, decidido. ¿Dónde? ¿Cómo? ¿Qué? Un llamado telefónico, consultas y olfato para los negocios, y quizá pudiese descubrir un Ford 1929 restaurado, completo, hasta con capota (negra). Se ganaría el apoyo incondicional del señor Tagomi, para siempre. Quizá pudiese desenterrar también un avión correo trimotor descubierto en un granero de Alabama, o una cabeza momificada de Bufallo Bill con melena blanca, flotante. Algo que difundiera el nombre de Childan como conocedor máximo en todo el Pacífico, incluyendo el Japón.

Para inspirarse encendió un cigarrillo de marihuana de la excelente marca El País de las Sonrisas.

En su cuarto de la calle Hayes, Frank Frink estaba acostado preguntándose cuándo y cómo se levantaría. El sol que entraba por las

persianas iluminaba el montón de ropas caído en el piso. Y también los anteojos de Frink. ¿Les pondría los pies encima? Podía tratar de llegar al baño por otro camino, pensó. Arrastrándose o rodando. Le dolía la cabeza pero no se sentía triste. Nunca mires atrás, decidió. ¿La hora? El reloj estaba sobre la cómoda. ¡Las once y media! Qué desastre. Pero siguió acostado.

Me han despedido, pensó.

El día anterior había cometido un error en la fábrica. Le había dicho lo que no debía decirle al señor Wyndam-Matson, que tenía una cara inexpresiva, una nariz socrática, un anillo de diamante. En otras palabras, toda una potencia. Un monarca. Los pensamientos de Frink fueron de un lado a otro, confusamente.

Sí, pensó, y ahora me pondrá en la lista negra. Mi capacidad no tiene valor. Quince años de experiencia que no sirven de nada, y tendría que presentarse ante la Comisión de justificación de Trabajadores, para que le revisaran la categoría. Nunca había llegado a conocer con claridad los lazos que unían a Wyndam-Matson con los pinocs —el gobierno títere blanco de Sacramento—, y nunca había sabido hasta qué punto su ex empleador podía llegar hasta las verdaderas autoridades, los japoneses. La Comisión era manejada por los pinocs. Tendría que enfrentar cuatro o cinco caras blancas y rechonchas, de mediana edad, a las órdenes de Wyndam-Matson. Si no alcanzaba a justificarse ante la Comisión, tendría que recurrir a las Misiones Comerciales Importadoras y Exportadoras que eran manejadas desde Tokio, y con oficinas en California, Oregon, Washington, y las zonas de Nevada incluidas en los Estados del Pacífico. Pero si las misiones no atendían su solicitud…

Los planes se le sucedían en la mente mientras miraba la lámpara antigua del techo. Podía, por ejemplo, irse a vivir a los Estados de las Montañas Rocosas. Pero esas gentes tenían una cierta relación con los Estados del Pacífico y eran capaces de atender un pedido de extradición. ¿Y el Sur? Se estremeció. Oh, eso no. La posición de los hombres blancos era allí superior, pero no quería esa clase de posición.

Y además el Sur tenía una cantidad de lazos económicos, ideológicos, y otros poco conocidos con el Reich. Y Frank Frink era judío. Se llamaba, en verdad, Frank Fink. Había nacido en la costa este, en Nueva York, y en 1941 lo habían enganchado en el ejército de los Estados Unidos de América, poco después del colapso de Rusia. Cuando los japoneses tomaron Hawai lo habían enviado a la costa oeste. Y al terminar la guerra se encontró en territorio ocupado por el Japón. Y allí estaba todavía, quince años más tarde.

En 1947, el día de la capitulación, se había sentido bastante confundido. Odiaba a los japoneses y juró vengarse. Escondió por lo

tanto las armas reglamentarias a tres nietros bajo tierra, en un sótano, para el día en que él y sus compañeros se rebelaran. Sin embargo, el tiempo lo cura todo, una verdad que no había tenido en cuenta. Cuando recordaba ahora aquellos planes, los baños de sangre, la purga de los pinocs y de sus amos, creía hojear una vieja agenda de los años de bachillerato, un resumen de las aspiraciones de la adolescencia. Frank Frink, alias Pececito Dorado, va a ser paleontólogo y jura casarse con Norma Prout. Norma Prouf era la schönes Mädchen de la clase, y Frank había jurado realmente casarse con ella. Eso había ocurrido hacía ya tanto tiempo, casi en la época en que escuchaba a Fred Allen o había películas protagonizadas por W.C. Fields. Desde 1947 había visto probablemente a unos seiscientos mil japoneses, y el deseo de destruirlos nunca se había materializado. Ahora ya no importaba.

Sin embargo, recordó, había habido un señor Omuro que había comprado el dominio de una vasta zona de edificios de renta en los barrios bajos de San Francisco, y que durante un tiempo había sido propietario de la casa donde vivía Frank. Una manzana realmente podrida. Un pillo que nunca hacía reparaciones, dividía las habitaciones en unidades cada vez más pequeñas, y elevaba constantemente los alquileres. Había desvalijado así a los pobres, especialmente a los ex militares desocupados, durante los años de depresión, en los comienzos de la década del cincuenta. Al fin una misión comercial japonesa le había cortado la cabeza a Omuro. Una violación semejante de las leyes civiles japonesas, duras, rígidas, pero justas, era algo muy raro. Los oficiales que comandaban las fuerzas de ocupación, especialmente los que habían aparecido luego de la disolución del gabinete de guerra, tenían fama de incorruptibles.

Frink se tranquilizó recordando la moral ruda —y estoica de las misiones comerciales. —Y hasta el mismo Wyndam-Matson podía llegar a ser apartado con un simple ademán, como una mosca molesta. Dueño o no dueño de la Corporación Wyndam-Matson. Por lo menos estas eran las esperanzas de Frink. Le sorprendía en verdad descubrir que tenía fe en la llamada Alianza para la Prosperidad del Pacífico. Era curioso. Cuando recordaba otros tiempos… Había parecido entonces un engaño tan obvio. Pura propaganda. Ahora sin embargo…

Salió de la cama y caminó tambaleándose hasta el baño. Mientras se lavaba y afeitaba escuchó las noticias del mediodía en la radio.

—No ridiculicemos este esfuerzo —dijo la radio cuando Frink cerró un momento el grifo de agua caliente.

No, de ningún modo, pensó Frink con amargura. Sabía muy bien de qué esfuerzo particular hablaba la radio. Sí, al fin y al cabo la imagen no dejaba de ser humorística: unos alemanes estólidos y gruñones que recorrían Marte, caminando por una arena roja donde

ningún ser humano había puesto antes la planta. Enjabonándose las mejillas, Frink entonó un recitado satírico: Gott, Herr Kreisleiter. Ist díes vielleichí der Ort wo man das Konzentrationslager bilden kann? Das Wetter ist so schójn. Heiss, aber doch schón…

—La Civilización de la Co-Prosperidad —dijo la radio —ha de hacer una pausa y considerar si en nuestra tarea por proveer una igualdad equilibrada entre las responsabilidades y deberes mutuos unidos a las remuneraciones… —La jerga típica de los jerarcas, notó Frink —… no hemos perdido la perspectiva de los campos futuros en que se desarrollarán las empresas de los hombres, ya sean nórdicos, o japoneses, o negros…

Mientras se vestía, Frink rumió complacido su sátira. El clima es schón, tan schún. Lástima que no haya aire para respirar…

Sin embargo, era un hecho indiscutible. El Pacífico había descuidado la colonización de los planetas. Había trabajado —se había empantanado, en realidad —en Sudamérica, Mientras los germanos se esforzaban por lanzar al espacio enormes construcciones robóticas, los japoneses seguían incendiando las junglas del interior del Brasil, y construyendo rascacielos de barro para los ex cazadores de cabezas. Cuando los japoneses pusieran en órbita su primer satélite, los alemanes ya se habrían apoderado de todo el sistema solar. Como decían los amenos libros de historia de otros tiempos: los alemanes se habían demorado en fruslerías mientras el resto de Europa daba los últimos toques a los imperios coloniales. Sin embargo, reflexionó Frink, esta vez no serían los últimos. Habían aprendido la lección.

Y en ese momento se acordó del experimento nazi en África. La sangre se le detuvo en las venas, titubeó, y siguió su marcha.

Esas vastas ruinas desiertas.

La radio dijo:

—…hemos de considerar, sin embargo, y con orgullo, el énfasis que pusimos siempre en las necesidades físicas fundamentales de las gentes, de todas las posiciones, las aspiraciones subespirituales que…

Frink apagó la radio. Poco después, más tranquilo, la encendió de nuevo.

Cristo en el potro de tormento, pensó. África. Para los fantasmas de las tribus muertas. Barridas para levantar un país de… ¿qué? ¿Quién podía saberlo? Quizá ni siquiera los arquitectos de Berlín. Una tropa de autómatas que construía y se afanaba. ¿Construía? Pulverizaba. Ogros salidos de una exhibición paleontológica, dedicados a la tarea de tallar el cráneo de un enemigo transformándolo en recipiente, mientras toda la familia recoge aplicadamente las sobras —los sesos crudos primero —para preparar una comida. Luego, con los huesos de las piernas, herramientas útiles. Realmente económico, no sólo comerse a la gente que a uno no le

gusta sino también servirla en los cráneos de la misma gente. ¡Los primeros técnicos! El hombre prehistórico vestido con una chaqueta esterilizada en el laboratorio de alguna universidad de Berlín, haciendo experimentos con los posibles usos que se pueda dar a los cráneos, la piel, las orejas, la grasa de los otros. Ja, Herr Doktor. Una nueva aplicación del dedo gordo, mire. La articulación puede adaptarse al mecanismo de un encendedor automático. Caramba, si Herr Krupp pudiera producirlos en serie…

Lo horrorizaba, este pensamiento: el antiguo caníbal pariente del hombre florecía ahora, gobernaba el mundo una vez más. Le esquivamos el cuerpo durante un millón de años, pensó Frink, y aquí está de nuevo. Y no sólo como adversario, sino también como amo.

…podemos deplorar —decía la radio, la voz de los hombrecitos de Tokio. Dios, pensó Frink, y los llamábamos monos a esos enanitos estevados tan poco aficionados a instalar hornos de gas como a fundir a sus mujeres en cera —… y hemos deplorado a menudo en el pasado la terrible pérdida de seres humanos en esta lucha fanática que pone a la mayoría de los hombres completamente fuera de la comunidad legal. —Ellos, los japoneses, insistían tanto en el cumplimiento de las leyes. —… Citando a un santo occidental que todos conocen: —"¿De que le sirve al hombre ganar el mundo sí pierde el alma?"

La radio hizo una pausa. Frink, que se anudaba la corbata en ese instante, también hizo una pausa. Era el momento de la ablución matinal.

Tengo que pactar con ellos aquí, se dijo. Me pongan o no en la lista negra, sería la muerte para mí si yo dejara el territorio controlado por los japoneses y me fuera al Sur o a Europa… a cualquier lugar del Reich.

Tengo que reconciliarme con Wyndam-Matson.

Sentado en la cama, con tina taza de té tibio al lado, Frink sacó su ejemplar del I Ching. Tomó del cilindro de cuero las cuarenta y nueve varitas de milenrama. Esperó un momento hasta que se le tranquilizó la mente y pudo formular la pregunta.

—¿Cómo he de hablarle a Wyndam-Matson para estar en buenos términos con él?

Escribió la pregunta en la tableta y luego comenzó a manipular los tallos hasta que obtuvo el primer trazo, Un ocho. Había eliminado ya la mitad de los sesenta y cuatro hexagramas. Dividió los tallos y obtuvo el segundo trazo. Pronto, pues era un experto, completó las seis líneas. Miró el hexagrama y no necesitó recurrir al libro para identificarlo. Era el hexagrama Decimoquinto. Ch'ien. Modestia. Ah. El humilde será ensalzado, el orgulloso caerá. Las familias poderosas conocerán la humillación. No tenía que consultar el texto. Lo conocía de memoria. Un buen augurio. El oráculo lo aconsejaba

favorablemente.

Y sin embargo, se sentía un poco decepcionado. Había algo de fatuo en el hexagrama. Decimoquinto. Demasiado "todo va bien". ¿Qué otro camino le quedaba sino el de la modestia? Y sin embargo, la idea tenía algo de nuevo ahora. Al fin y al cabo no podía imponerse a Wyndam-Matson. Tenía que aceptar el hexagrama. Era el momento adecuado, cuando hay que pedir, esperar, tener fe. La providencia lo llevaría otra vez a su viejo empleo, o quizá a otro mejor.

No había líneas. Ningún nueve, ningún seis. Trazos 9 estáticos todos, No había un segundo hexagrama.

Una nueva pregunta entonces. Se preparó de nuevo, y dijo en voz alta: —¿La veré alguna vez a Juliana?

Juliana era su mujer. O mejor dicho su ex mujer.

Se habían divorciado hacía un año, y no la veía desde hacía meses. En realidad ni siquiera sabía dónde vivía ahora. Había dejado San Francisco, evidentemente, y quizá los Estados del Pacífico.. Los amigos comunes no sabían nada de ella, o preferían callar.

Movió rápidamente los tallos, clavando los ojos en la mesa. ¿Cuántas preguntas habla hecho ya acerca de Juliana? Aquí llegaba el hexagrama, nacido de los cambios pasivos y azarosos de los tallos. Cambios casuales, y sin embargo profundamente enraizados en el momento actual, en los lazos particulares que unían su propia vida con todas las otras vidas y partículas del universo. El hexagrama representaba con sus trazos continuos y discontinuos la, situación. Frink, Juliana, la fábrica de la calle Gough, las misiones comerciales gobernantes, la exploración de los planetas, el billón de materias químicas de África, que ahora no eran ni siquiera cadáveres, las aspiraciones de miles de hombres que arrastraban una vida miserable en las casuchas de San Francisco, los locos de Berlín de caras serenas y planes maniáticos… todo se unía en este momento mientras manipulaba los tallos de milenrama, en busca de la sabiduría exactamente apropiada recogida en un libro que había nacido en el siglo treinta antes de Cristo. Un libro creado por los sabios chinos durante un período de cinco mil años, analizado, perfeccionado. Una cosmología y ciencia codificada antes que Europa aprendiera a dividir.

El hexagrama. Frink sintió que se le encogía el corazón, Cuarenta y cuatro. Kou. El encuentro. Juicio sobrio. La doncella es poderosa. No hay que desposar a la doncella. Otra vez el hexagrama le hablaba de Juliana.

Oy vey, pensó Frink echándose hacía atrás. De modo que Juliana no es para mí. Ya lo sé. No pregunté eso. ¿Por qué el oráculo tiene que recordármelo? Mala suerte la mía, habérmela encontrado y haberme enamorado de ella, estar enamorado de ella.

Juliana, la más hermosa de todas las mujeres que él había tenido.

Ojos y cabellos negros como el hollín. Gotas de sangre española que se manifestaban en colores puros, aun en los labios. Un paso elástico y silencioso. Usaba siempre unos viejos zapatos de suela de goma de sus años de colegiala. En realidad todas las ropas de Juliana parecían envejecidas, gastadas, lavadas una y otra vez. Habían vivido en la ruina durante tanto tiempo que a pesar de su figura Juliana había tenido que usar un suéter de algodón, una falda de paño, calcetines de hombre, y lo había odiado a Frink porque, decía ella, parecía una jugadora de tenis o (lo que era peor) una mujer que iba a recolectar hongos al bosque.

Pero, y sobre todas las cosas, Frink se había sentido atraído en un principio por la cara de loca que tenía Juliana. Sin ningún motivo, Juliana saludaba a los extraños con una sonrisa a lo Mona Lisa, portentosa y enigmática, que dejaba a todos estupefactos, titubeando entre el silencio y el hola. Y era tan atractiva que la mayoría decía hola. En un comienzo Frink había pensado que Juliana era corta de vista, pero al fin había decidido que esa sonrisa escondía en verdad una oculta y profunda estupidez. De modo que esas fronterizas sonrisas de bienvenida empezaron a molestarlo, lo mismo que ese modo vegetal de moverse de un lado a otro como diciendo sigo —un —misterioso —camino. Pero aun entonces, en los últimos tiempos, cuando se pasaban las horas peleándose, Frink nunca la pudo ver sino corno una creación divina, directa y literal, arrojada al mundo por no sabía qué razones.

Una suerte de fe o intuición religiosa que nunca le habían permitido acostumbrarse a esa pérdida.

Aun ahora Juliana parecía estar tan cerca… como si todavía viviesen juntos. Aquel espíritu, todavía activo en la vida de Frink, se movía ahora por el cuarto en busca de… esos misterios que ella buscaba. Y así se movía también en la mente de Frink, cada vez que consultaba el oráculo.

Sentado en la cama, en medio de un desorden solitario, preparándose para salir y comenzar el día, Frink se preguntó quiénes estarían consultando también el oráculo en aquella vasta y complicada ciudad. ¿Recibirían todos un consejo tan sombrío? ¿Era el tenor del Momento igualmente adverso para ellos?

Capítulo 2

El señor Nobusuke Tagomi consultaba el divino Libro Quinto de la sabiduría de Confucio, el oráculo taoísta llamado durante siglos el I Ching o Libro de los Cambios. Al mediodía había empezado a esperar aprensivamente su cita con el señor Childan, para la que faltaban sólo dos horas.

Las oficinas del señor Tagomi ocupaban el piso vigésimo del edificio del Times nipón, que dominaba la bahía. La pared de vidrio permitía ver los barcos que entraban y pasaban bajo la Puerta de Oro. En este momento había un carguero más allá de Alcatraz, pero al señor Tagomi no le interesaba el espectáculo. Fue hasta la pared, desanudó la cuerda y dejó caer las cortinas de bambú. La vasta oficina se oscureció. El señor Tagomi ya no tenía necesidad de —entornar los ojos a causa de la luz, y podía pensar con más claridad.

No dependía de él, decidió, complacer al cliente. No importaba lo que le trajese el señor Childan. El cliente no se impresionaría. Enfrentemos el hecho, se dijo. Pero, por lo menos, podemos evitar que se sienta desagradado, Podemos evitar insultarlo con un regalo, mohoso.

El cliente llegaría pronto al aeropuerto de San Francisco en el nuevo cohete alemán, el Messerschmitt 9 E. El señor Tagomi no había viajado nunca en esos vehículos. Cuando se encontrara con el señor Baynes tenía que mantener un aire blasé, cualquiera fuese el tamaño del cohete, Ahora a practicar. Se sentó frente al espejo de la pared, poniendo una cara de compostura, de cortés aburrimiento, escudriñándose el rostro helado en busca de alguna falla. Sí, son muy ruidosos, señor Baynes. No se puede leer. Pero el vuelo de Estocolmo a San Francisco es sólo de cuarenta y cinco minutos. ¿Una palabra entonces acerca de las fallas mecánicas de los alemanes? Supongo que lo ha oído usted en la radio. Esa catástrofe de Madagascar. Los viejos aviones de pistón tienen todavía sus ventajas.

Había que evitar los temas políticos. Pues no conocía los puntos de vista del señor Baynes acerca de los asuntos del día., Sin embargo, aparecerían en algún momento. Claro que el señor Baynes era sueco, y por lo tanto neutral. No obstante, había elegido la Lufthansa en vez de la SAS. Un sondeo precavido… Señor Baynes, dicen que Herr Bormann está muy enfermo. Que el Partido elegirá un nuevo canciller este otoño. ¿Sólo un rumor? Tantos secretos, ay, entre el Pacífico y el Reich.

En la carpeta del escritorio, un discurso reciente del señor Baynes publicado en el New York Times. El señor Tagomi lo estudió críticamente, inclinándose hacia adelante a causa de una leve falla de

corrección en los lentes de contacto. El discurso se refería a la necesidad de buscar una vez más —¿una nonagésima vez? — manantiales de agua en la luna. “Hemos de resolver este tremendo dilema —había dicho el señor Baynes —Nuestro vecino más próximo y hasta ahora inútil excepto para aplicaciones militares. —Sic, pensó el señor Tagomi, usando la aristocrática palabra latina. Una clave para conocer al señor Baynes. Parecía mirar de reojo los problemas del ámbito militar. El señor Tagomi tomó nota mentalmente.

Tocó el botón del intercomunicador y dijo: —Señoriíta Ephreikian, me gustaría que trajera el aparato grabador, por favor.

La puerta exterior de la oficina se deslizó a un costado y apareció la señorita Ephreikian, agradablemente adornada con flores azules en el pelo.

—Un ramillete de lilas —observó el señor Tagomi.

En otro tiempo había cultivado flores en su casa de Hokkaido.

La señorita Ephreikian , una muchacha armenia, alta y de pelo oscuro, saludó con una reverencia.

—¿Lista para grabar? —preguntó el señor Tagomi.

—Sí, señor Tagomi.

La señorita Ephreikian se sentó con la grabadora de baterías preparada.

El señor Tagomi comenzó: —Le pregunté al oráculo: “¿Mi encuentro con el señor Childan será provechoso?” y obtuve para mi desgracia el ominoso hexagrama La Preponderancia de lo Grande. La viga de madera oscila. Demasiado peso en el medio. Desequilibrio. Evidentemente fuera del Tao.

La cinta grabadora chirrió.

El señor Tagomi hizo una pausa, reflexionando.

La señorita Ephreikian lo miró expectante. El chirrido cesó.

—Haga entrar un momento al señor Ramsey, por favor —dijo el señor Tagomi.

—Sí, señor Tagomi. —La señorita Ephreikian se incorporó, dejó en el suelo el aparato grabador, y salió taconeando de la oficina.

El señor Ramsey apareció trayendo una enorme carpeta de manifiestos de aduana. joven, sonriente, llevaba la elegante corbatita de lazo de las praderas del Medio Oeste, camisa ajedrezada y blue jeans, el atuendo de moda entre la gente aristocrática.

—Cómo está usted, señor Tagomi —dijo —Día hermoso, señor.

El señor Tagomi hizo una reverencia.

El señor Ramsey, sorprendido, se endureció, y luego hizo también una reverencia.

—He estado consultando el oráculo —dijo el señor Tagomi mientras la señorita Ephrelkian se sentaba otra vez con la grabadora en las rodillas—. Ya sabe usted que nuestro muy próximo huésped, el

señor Baynes, comparte los puntos de vista de la ideología nórdica acerca de la llamada cultura oriental. Y podría hacer el esfuerzo de tratar de que comprendiera mejor presentándole algunas obras auténticas de arte chino, en papel o cerámica, de nuestro período Tokugawa… pero nuestra tarea no es convertir.

—Ya veo —dijo el señor Ramsey, retorciendo la cara caucásica en una dolorosa expresión de concentración.

—Por lo tanto nos pondremos del lado de sus prejuicios y le daremos en cambio un invalorable artefacto norteamericano.

—Sí.

—Usted, señor, es de ascendencia norteamericana. A no ser que se haya tornado la molestia de oscurecerse el color de la piel. —El señor Tagomi escudriñó la cara del señor Ramsey.

—Me tosté con una lámpara de ultravioletas —murmuró el señor Ramsey —Para adquirir vitamina D, nada más —continuó sin poder ocultar una humillación reveladora —Le aseguro que me siento aún profundamente enraizado… —El señor Ramsey tropezó con las palabras. —No he cortado todos los lazos con… las estructuras étnicas aborígenes.

El señor Tagomi le dijo a la señorita Ephreikian: —Continuemos por favor. —El grabador chirrió otra vez —Consultando el oráculo y obteniendo el hexagrama Ta kuo, Veintiocho, recibí también un nueve desfavorable en el quinto lugar. Dice así:

> El álamo seco florece.
> La mujer vieja se casa.
> Ni culpa, ni orgullo.

"Esto indica claramente que el señor Childan no nos traerá a las dos nada de valor. —El señor Tagomi hizo una pausa. —Seamos francos. No puedo confiar en mi propio juicio cuando se trata de objetos de arte norteamericanos. Por esa razón me pareció que un… —Titubeó buscando la palabra adecuada —Por eso, señor Ramsey, como usted es un nativo, digamos, podría ayudarme. Es evidente que hemos de hacer un esfuerzo.

El señor Ramsey no respondió. Pero no pudo disimular una expresión de humillación, ira y frustración.

—Bien —dijo el señor Tagomi—, luego consulté el oráculo otra vez. Por razones de política no puedo repetirle la pregunta, señor Ramsey. —El señor Tagomi quería decir en otras palabras que Ramsey y toda la clase de los pinocs no estaban autorizados a compartir las cuestiones importantes. —Baste decir, sin embargo, que recibí una respuesta muy provocativa. Me hizo meditar largo rato.

Tanto el señor Ramsey como la señorita Ephreikian lo miraron atentamente.

—Se refiere al señor Baynes.

Los otros dos asintieron.

—En mi pregunta acerca del señor Baynes las operaciones ocultas del Tao me dieron el hexagrama Sheng, Cuarenta y seis. Buen augurio. Un seis en el comienzo y un nueve en la segunda línea.

La pregunta había sido: "¿Tendré éxito en mis tratos con el señor Baynes?" Y el nueve en la segunda le había asegurado que sí:

> Si uno es sincero,
> basta una pequeña ofrenda.
> No hay culpa.

El señor Baynes, obviamente, quedaría satisfecho con cualquier regalo que pudiera recibir de la Misión Comercial mediante los buenos oficios del señor Tagomi. Pero al hacer la pregunta, el señor Tagomi había estado preocupado con otro problema más profundo, del que apenas había tenido conciencia. Y como muchas otras veces, el oráculo había advertido la duda más importante, y había respondido no sólo a la pregunta formulada en voz alta sino también a la otra, la subliminal.

—Como sabemos —dijo el señor Tagomi—, el señor Baynes nos trae unos informes detallados acerca de un nuevo molde de inyección inventado en Suecia. Si llegamos a un acuerdo con la firma del señor Baynes podríamos reemplazar muchos metales hoy escasos por materiales plásticos.

El Pacífico, durante años, había procurado obtener una ayuda sustancial de parte del Reich en el campo de los productos sintéticos. Sin embargo, las grandes firmas químicas alemanas, I. G. Farben en particular, se habían resistido a ceder sus patentes, creando en la práctica un monopolio mundial de los plásticos, especialmente en el dominio de los poliésteres. De este modo, el Reich había aventajado comercialmente al Pacífico, y en cuestiones tecnológicas marchaba diez años adelante. Los cohetes interplanetarios que dejaban la, Europa Festung estaban fabricados, principalmente, con plásticos que resistían muy altas temperaturas, livianos, y tan duros que soportaban el impacto de los mayores meteoros. El Pacífico no tenía nada semejante. Allí se continuaban usando las maderas y las ubicuas aleaciones de cobre y plomo. El señor Tagomi se sentía rebajado cada vez que lo pensaba. Había visto en las ferias comerciales algunos de los productos alemanes últimos: un automóvil, por ejemplo, todo de material sintético, el DSS —Der Schnelle Spuk —que se vendía en

dinero de los Estados del Pacífico a unos seiscientos dólares.

Pero la pregunta oculta, que nunca podría revelar a los pinocs que iban de un lado a otro por las oficinas de la Misión, estaba relacionada con un cierto aspecto del señor Baynes. La idea primera le había llegado en un cable cifrado de Tokio. Los mensajes en clave eran poco frecuentes, y se los utilizaba sobre todo en el dominio militar, no en el comercio. Y la clave era de tipo metafórico, una alusión poética, de las que se empleaban para confundir a los monitores alemanes, capaces de descifrar las claves más complicadas. De modo que al enviar el mensaje las autoridades de Tokio habían pensado en el Reich, no en camarillas desleales de las Islas. La frase clave, "Leche desnatada en su dicta", se refería a Delantal, la canción infantil que exponía la doctrina: "Las cosas no son siempre lo que parecen / la leche desnatada se disfraza de crema." Y el I Ching, cuando lo consultó el señor Tagomi, confirmó esta sospecha. El comentario decía:

> Se presupone que el hombre es fuerte. En verdad no se adapta al ambiente, pues es demasiado brusco y presta poca atención a las formas. Pero de carácter recto, responde de modo adecuado…

El oráculo informaba pues, simplemente, que el señor Baynes no era lo que parecía, y que el propósito de su viaje a San Francisco no era firmar un acuerdo sobre moldes de inyección, y que, al fin de cuentas, el señor Baynes era un espía.

Pero el señor Tagomi no alcanzaba a imaginar qué clase de espía podía ser el señor Baynes, a quién servía, y qué venía a buscar.

A la una y cuarenta de esa tarde, el señor Childan cerró de mala gana la puerta de calle de Artesanías Americanas S. A. Arrastró las pesadas maletas hasta el borde de la acera, llamó un pedetaxi, y le dijo al chink que lo llevara al edificio Times nipón.

El chink, de cara delgada, encorvado y sudoroso, murmuró jadeando un respetuoso saludo, y empezó a cargar las Maletas del señor Childan. Luego de haber ayudado al mismo señor Childan a instalarse en el asiento alfombrado, el chink puso en marcha el medidor, montó en su propio asiento, y pedaleó a lo largo de la calle Montgomery entre coches y ómnibus.

Childan se había pasado el día buscando el ítem para el señor Tagomi, y ahora la amargura y la ansiedad le abrumaban casi mientras miraba cómo pasaban los edificios. Y sin embargo… había triunfado. Tenía esa habilidad, independiente de todo el resto. Había encontrado el objeto exacto, y el señor Tagomi se quedaría tranquilo, y el cliente, quienquiera que fuese, quedaría contentísimo. Siempre

doy satisfacciones, pensó Childan, a mis clientes.

Había podido procurarse, milagrosamente, un ejemplar casi nuevo del volumen uno número uno de Historietas Cómicas Tip Top. Impreso en la década del treinta, era una valiosísima pieza de arte norteamericano, uno de los primeros libros cómicos, un objeto de colección muy buscado. Por supuesto, llevaba otras cosas en las maletas, que mostraría primero. Iría ascendiendo gradualmente hasta la revista de historietas, bien guardada en una caja de cuero y envuelta en papel de seda en el centro de la maleta más grande.

La radio del pedetaxi aullaba melodías populares, compitiendo con las radios de los otros taxis, coches y ómnibus. Childan no oía, estaba acostumbrado. Ni siquiera veía los enormes avisos de neón que ocultaban los frentes de casi todos los edificios mayores. Al fin y al cabo Childan tenía también su letrero: a la noche se apagaba y encendía junto con todos los otros de la ciudad. ¿De qué otro modo era posible hacer propaganda? Había que ser realista.

En verdad, los rugidos de las radios, el ruido del tránsito, los letreros y la gente lo arrullaban de algún modo. Le sacaban las preocupaciones. Y era agradable, además, ser llevado por otro ser humano, sentir los músculos tensos del chink en las vibraciones regulares del coche. Una especie de máquina para relajar los músculos, reflexionó Childan. Y era bueno también ocupar, aunque fuese momentáneamente, una posición más elevada.

Sacudió la cabeza, sintiéndose culpable. Había que planear muchas cosas. No era hora de soñar despierto. ¿Estaba apropiadamente vestido para entrar en el edificio del Times nipón? Se marcaría seguramente en el ascensor de alta velocidad. Pero tenía tabletas para prevenir los malos efectos del movimiento. Un producto alemán. Los modos de presentarse… los conocía todos. A quién tratar con cortesía, a quién con rudeza. Brusco con el portero, el ascensorista, la recepcionista, el guía, el personal de servicio. Una reverencia delante de los japoneses, por supuesto, aunque tuviese que inclinarse doscientas veces. Pero los pinocs eran un área nebulosa. Una reverencia, pero con la mirada perdida, como si no existiesen. ¿No había otra situación posible? Podía tropezar con un visitante extranjero. A veces uno se encontraba con alemanes en las Misiones, y también con neutrales.

Y además podía ver a algún esclavo.

En el puerto de San Francisco siempre había algún barco alemán o del Sur, y los capitanes permitían a veces que los negros se paseasen un rato, solos, en parejas, o en grupos de tres, no más. Y no podían andar por la calle cuando caía la noche. Aun bajo las leyes del Pacífico tenían que obedecer el toque de queda. Pero en los puertos había también esclavos sin cadenas, que vivían perpetuamente en tierra, en

cabañas, debajo de los muelles, sobre la línea del agita. No encontraría a ninguno en las oficinas de la Misión, pero si en ese momento descargaban algo… Por ejemplo, ¿llevaría él mismo las maletas a las oficinas del señor Tagomi? Por supuesto que no. Aunque tuviese que esperar una hora, aunque no llegara a la cita. No podía permitir que un esclavo lo viese llevando algo, eso no se discutía. Un error de esa clase le podía costar muy caro. Nunca ocuparía otra vez ninguna clase de posición.

En cierto modo, pensó Childan, me gustaría llevar mis propias maletas y entrar así al edificio del Times nipón a la plena luz del día. Toda una actitud. No era ilegal, no lo meterían en la cárcel, y al mismo tiempo mostraría sus verdaderos sentimientos, la reacción de un hombre que no participa de la vida pública. Pero…

Podría hacerlo, pensó, si esos condenados negros no anduviesen por ahí. Podría tolerar que quienes estaban arriba se burlaran, se riesen… Al fin y al cabo lo humillaban todos los días. Pero sentir el desprecio de quienes estaban debajo… Como ese chink que pedaleaba adelante. Si no hubiese tomado un coche de pedales, si el chink lo hubiese visto ir caminando a tina cita de negocios…

Los culpables de esa situación eran los alemanes, sin duda. Esa tendencia que tenían de meterse en la boca más de lo que podían masticar. Al fin y al cabo apenas acababan de ganar la guerra y ya habían partido a la conquista del sistema planetario. Mientras, en su propio país, dictaban edictos que… Bueno, por lo menos la idea era buena. Y por otra parte habían tenido éxito con los judíos y los gitanos y los evangelistas. Y habían empujado a los eslavos a dos mil años atrás, al corazón de Asia. Fuera completamente de Europa, para alivio de todos. De vuelta a cabalgar yacks y a cazar con arcos y flechas. Y esas revistas brillantes de gran formato impresas en Munich y que circulaban por todas las librerías y kioscos… Uno mismo podía ver las páginas a todo color: los arios rubios y de ojos azules que ahora sembraban y cosechaban industriosamente en el vasto granero del mundo, Ucrania. Esa gente parecía feliz, de veras. Y las granjas y las casas eran limpias. Ya no se veían fotos de polacos borrachos, tirados en porches desvencijados, o pregonando unos nabos esmirriados en el mercado del pueblo. Todo eso pertenecía al pasado, como los caminos de tierra que eran un lodazal en la estación de las lluvias y donde los autos se atascaban…

En cuanto a África… Allí se habían dejado llevar por el entusiasmo y habían puesto lo mejor de sí mismos, no era posible dejar de admirarlos, aunque hubiese sido más prudente quizá esperar un poco, hasta que se completase el proyecto Granjas, por ejemplo. Allí los nazis habían mostrado todo su genio, su fondo de artistas. El mar Mediterráneo embotellado, secado, transformado en campos de

labranza mediante el auxilio de la energía atómica… ¡qué imaginación! Los que se reían entre dientes habían tenido que agachar la cabeza, ciertos comerciantes de la calle Montgomery por ejemplo. Y en verdad la experiencia de África casi había tenido éxito… pero en un proyecto de este volumen casi era una palabra ominosa. Había aparecido por primera vez en 1958 en el poderoso y conocido panfleto de Rosenberg: "En cuanto a La Solución Final del Problema Africano, hemos alcanzado casi nuestros objetivos. Lamentablemente…"

Pero para eliminar a los norteamericanos aborígenes se había tardado casi doscientos años, y los alemanes lo habían logrado casi en quince años en África. De modo que las críticas estaban fuera de lugar. Childan había discutido el asunto recientemente mientras almorzaba con algunos de esos otros comerciantes. Esperaban milagros, evidentemente, como si los nazis dispusiesen de poderes mágicos para remodelar el mundo. No, lo importante era la Ciencia, la tecnología, y esa fabulosa capacidad de trabajo. Y cuando los alemanes hacían algo, lo hacían bien.

Y además los vuelos a Marte habían distraído la atención del mundo de las dificultades en África. De modo que todo se reducía a lo que él mismo les había dicho a sus colegas: lo que tienen los nazis y que a nosotros nos falta es nobleza. Se los puede admirar por el amor que le tienen al trabajo y la eficiencia… pero lo más conmovedor en ellos es la fuerza de los ideales. Primero vuelos a la luna, luego a Marte, cumpliendo así los anhelos más caros a la humanidad, satisfaciendo nuestros más altos deseos de gloria. Los japoneses, por su parte… sí, los conozco bien, trato todo el día con ellos. Son, —digámoslo claramente orientales. Gente amarilla. Nosotros los blancos tenemos que inclinarnos ante ellos porque tienen el poder. Pero nuestros ojos están vueltos hacia los alemanes. Vemos en ellos todo lo que es posible hacer cuando son los blancos quienes dominan. Y eso es distinto.

—Nos acercamos al edificio del Times nipón, señor —dijo el chink respirando dificultosamente luego de haber subido la cuesta.

Childan trató de imaginarse al cliente del señor Tagomi. El hombre, sin duda, era excepcionalmente importante. Las pruebas: el tono del señor Tagomi en el teléfono, su tremenda agitación. Childan evocó la imagen de uno de sus propios y muy importantes clientes, un hombre que había ayudado a establecer la reputación de la tienda entre las gentes de mayor posición de la Bahía.

Cuatro años atrás Childan no era como ahora un especialista en objetos raros, y vendía libros de segunda mano en un tenderete mal iluminado de Geary. En las tiendas vecinas se vendían cacharros y muebles usados o se lavaba ropa. No era un barrio elegante. De noche, en las aceras, había robos a mano armada y aun violaciones, a pesar

de los esfuerzos del Departamento de Policía de San Francisco, y aun de los Kempeitai, las autoridades japonesas. Cuando terminaban los negocios del día, todos los escaparates quedaban protegidos por rejas de hierro. Y no obstante, en una ocasión había llegado a este barrio un ex oficial del ejército japonés, un mayor llamado Ito Humo. Alto, delgado, canoso, muy tieso, el mayor Humo le había dado a Childan una primera idea sobre lo que podía hacerse con este tipo de mercaderías.

—Soy un coleccionista —había explicado el mayor Humo.

Se había pasado la tarde buscando en los montones de revistas viejas, y había explicado, con una voz suave, algo que Childan no entendió bien entonces: para muchos japoneses adinerados y cultos los objetos históricos de la civilización popular norteamericana eran de tanto interés como las verdaderas antigüedades. Por qué era así, el mayor mismo no lo sabía. El en particular coleccionaba viejas revistas norteamericanas donde se hablaba de botones de bronce, y además los botones mismos. Era algo así como coleccionar estampillas o monedas; no había explicación racional. Y los coleccionistas opulentos pagaban buenos precios.

—Le daré un ejemplo —había dicho el mayor—. ¿Conoce usted las estampas llamadas “Horrores de la guerra”?

El mayor había mirado ávidamente a Childan.

Buscando en la memoria, Childan había recordado al fin. Eran tarjetas ilustradas que los comerciantes regalaban, muchos años atrás, cuando él era niño, junto con los paquetes de gomas de mascar. Se ordenaban en series, y cada estampa mostraba un horror diferente.

—Un amigo mío —había continuado el mayor —colecciona “Horrores de la guerra”. Sólo le falta El hundimiento del Panay. Ha ofrecido una buena cantidad de dinero por esa estampa.

—Estampas que se tiraban al aire —había dicho Childan de pronto.

—¿Señor?

—Las tirábamos al aire. Las estampas tenían una cara y una ceca. —Childan recordó que en ese entonces él tenía ocho años de edad — Cada uno de nosotros tenía un cierto número de estampas. Nos poníamos uno frente a otro y tirábamos la estampita al aire. El niño dueño de la tarjeta que caía con la cara para arriba, la figura, ganaba las dos.

Qué agradable era recordar aquellos buenos días, los primeros y felices días de la infancia. —Mi amigo me ha hablado muchas veces de sus “Horrores de la guerra” —había dicho el mayor—, pero nunca me mencionó eso. Me parece que no está enterado de cómo se usaban realmente esas estampas.

Días después el amigo del mayor había aparecido en la tienda

para escuchar de labios de Childan ese relato histórico. El hombre, también un oficial retirado del ejército japonés, había quedado fascinado.

—¡Tapas de botellas! —había exclamado Childan.

El japonés había parpadeado, sin entender.

—Coleccionábamos las tapas de las botellas de leche. Cuando éramos chicos. Las tapas redondas que llevaban el nombre de la lechería. Debla de haber entonces miles de lecherías en los Estados Unidos. Cada una imprimía una tapa especial.

Al oficial le habían brillado los ojos.

—¿Conserva usted alguna de esas colecciones, señor?

Childan, naturalmente, no conservaba nada. Pero… no sería imposible obtener las olvidadas tapas de los días anteriores a la guerra, cuando la leche venía aun en botellas de vidrio y no en cajas de cartón.

De ese modo, por etapas, Childan había ido especializándose. Otros abrieron pronto tiendas parecidas, tratando de aprovechar la creciente locura japonesa por los objetos aborígenes norteamericanos, pero Childan no perdió nunca la ventaja inicial.

—Es un dólar, señor —dijo el chink, sacándolo a Childan de sus meditaciones.

Había descargado ya las maletas y esperaba en la acera.

Childan pagó, distraído. Sí, era muy probable que el cliente del señor Tagomi se pareciese al mayor Humo. Por lo menos, pensó agriamente, desde mi punto de vista. Había conocido a tantos japoneses, pero aún le costaba diferenciarlos. Había individuos rechonchos y bajos, que parecían luchadores. Otros de aspecto de tenderos, o de jardineros y cultivadores de árboles enanos. Childan tenía sus categorías propias, de las que excluía a los jóvenes, que tenían poco de japoneses. El cliente del señor Tagomi debía de ser un hombre de negocios, corpulento, que fumaba cigarros filipinos.

Y entonces, de pie ante el edificio del Times nipón con las maletas en la acera, Childan pensó de pronto, estremeciéndose: ¿Y si el cliente no es japonés? Todo lo que había en las maletas había sido seleccionado teniendo en cuenta los gustos y preferencias de los japoneses…

Pero el hombre tenía que ser japonés. El pedido original del señor Tagomi había sido un letrero de reclutamiento de la guerra civil. Sólo a un japonés podía interesarle esa reliquia. Tenían una pasión maniática por lo trivial. Los documentos, las proclamas, los avisos los fascinaban. Recordó a un nipón que había dedicado sus ratos de ocio a coleccionar recortes de periódicos norteamericanos con anuncios de medicinas patentadas de principios de siglo.

En verdad había otros problemas más urgentes. Hombres y

mujeres, todos bien vestidos, cruzaban de prisa las altas puertas del Times nipón. Childan alzó los ojos. Era el rascacielos más alto de San Francisco. Muros de oficinas, de ventanas: el diseño fabuloso de los arquitectos japoneses. Y alrededor, jardines de siemprevivas enanas, rocas, el paisaje karesansui, arena que imitaba un cauce seco y que serpeaba entre arbustos, entre piedras chatas e irregulares.

Vio a un negro que llevaba unas valijas, libre ahora. Childan lo llamó inmediatamente.

—¡Mozo!

El negro trotó hacia Childan, sonriente.

—Al piso veinte —dijo Childan con su voz más áspera—. Oficina B. —enseguida.

Señaló las maletas y caminó a grandes pasos hacia las puertas del edificio. Naturalmente, no miró hacia atrás.

Un momento más tarde era arrastrado al interior de un ascensor expreso. Las caras de alrededor eran casi todas japonesas, caras lampiñas que brillaban débilmente a la luz. Luego el ascensor tomó impulso y subió rápidamente acompañado por un breve clic en cada piso. Childan sintió que se le revolvía el estómago. Cerró los ojos, plantó “firmemente los pies y pidió al cielo que el fin llegara pronto. El negro, por supuesto, había tomado un ascensor de servicio. En verdad —Childan abrió los ojos y miró un momento era uno de los pocos blancos que viajaban en el ascensor.

Cuando llegó al piso veinte, Childan saludó mentalmente con una reverencia, preparándose para el encuentro en, las oficinas del señor Tagomi.

Capítulo 3

Al atardecer, alzando los ojos, Juliana vio el punto luminoso que describía un arco en el cielo y desaparecía en el oeste. Uno de esos cohetes nazis, se dijo a sí misma, en vuelo hacia la costa. Hombres importantes a bordo, y ella allí abajo. Saludó con la mano, aunque la nave, por supuesto, ya había desaparecido.

Las sombras avanzaban desde las Rocosas. Anochecía en los picos azules. Una bandada de pájaros lentos, migratorios, volaba en una línea paralela a la cadena de montañas. Aquí y allá un coche encendía los faros, y las luces gemelas avanzaban por la carretera. Luces, también, de un puesto de gasolina. Casas.

Juliana había estado viviendo durante meses aquí en Canon City, Colorado. Era una instructora de judo.

Había terminado las tareas del día y se preparaba a tomar una ducha. Se sentía cansada. Las clientas del gimnasio habían ocupado todas las duchas y estaba esperando afuera, disfrutando del olor del aire de las montañas, el silencio. Sólo se oían ahora unos débiles murmullos que venían del kiosco de salchichas, junto a la carretera. Dos grandes camiones diesel se habían detenido junto al kiosco, en la oscuridad, y los chóferes se movían poniéndose las chaquetas de cuero antes de entrar en el puesto.

Juliana pensó: ¿No se tiró Diesel por la ventana de un camarote? ¿No se suicidó arrojándose al mar en un viaje? Quizá yo debiera hacer lo mismo. Pero aquí no hay mar. Aunque hay siempre un modo. Como en Shakespeare. Un alfiler que se clava atravesando la blusa, y adiós Frink. La muchacha que no necesitaba tener miedo de los merodeadores vagabundos del desierto. Caminaba muy derecha sabiendo de sobra que hay tantas posibilidades enervantes si se tropieza con un adversario, baboso. La alternativa era morir respirando, por ejemplo, los gases de escape de los automóviles en el centro de la ciudad, aspirándolos quizá con la ayuda de una pajita hueca.

Lo había aprendido de los japoneses, pensó. Una actitud plácida y absorta ante la brevedad de la vida y además dinero ganado gracias al judo. —Cómo matar, cómo morir. Yang y Yin. Pero eso había quedado atrás ahora. Estaban en tierra protestante.

Era bueno ver cómo los cohetes nazis pasaban sin detenerse, sin mostrar ninguna clase de interés por Canon City, Colorado. Ni por Utah o Wyoming o la parte occidental de Nevada, ni los desiertos ni las praderas. No valemos nada, se dijo a sí misma. Podemos vivir aquí nuestras prescindibles vidas, si se Dos antoja, y si eso nos importa.

En las duchas, el ruido de una puerta que se abría. Una forma, la

voluminosa señorita Davis, había terminado de bañarse y salía ya vestida, con la cartera bajo el brazo.

—Oh, estaba usted esperando, señora Frink. Lo siento.

—No se preocupe.

—Sabe usted, señora Frink, el judo me da tantas satisfacciones. Mucho más que el Zen, quiero que usted lo sepa.

—Adelgace las caderas por el camino del Zen —dijo Juliana — Pierda kilos mediante el satori indoloro. Perdón, señorita Davis. Estoy divagando.

—¿Le hicieron mucho daño? —preguntó la señorita Davis.

—¿Quiénes?

—Los japoneses. Antes que usted aprendiera a defenderse.

—Fue terrible —dijo Juliana —Usted no ha estado nunca en la costa, donde ellos viven.

—Nunca salí de Colorado —dijo la señorita Davis, tímidamente.

—Podría ocurrir aquí —dijo Juliana —Quizá decidan ocupar también esta región.

—¡No después de tanto tiempo!

—Nunca se sabe qué van a hacer —dijo Juliana—. Viven ocultando lo que piensan.

—¿Qué… le obligaron a hacer?

La señorita Davis , apretando la cartera contra el cuerpo, con las dos manos, se acercó en las sombras, para oír.

—Todo —dijo Juliana.

—Oh Dios. Yo hubiese luchado —dijo la señorita Davis.

Juliana se excusó y entró en el cubículo vacío. Alguien se acercaba con una toalla en el brazo.

Más tarde, sentada en un compartimiento del kiosco de salchichas de Charley, Juliana leía distraídamente el menú. El gramófono automático tocaba alguna melodía campesina: guitarra eléctrica y gemidos ahogados por la emoción. En el aire flotaba el humo de la grasa. Y sin embargo, el sitio era agradable y luminoso, y la presencia de los chóferes en el mostrador, la camarera, y el corpulento cocinero irlandés de chaqueta blanca que en ese momento buscaba cambio en la caja registradora, animaba a Juliana.

Charley la vio y se acercó a servirla él mismo.

—¿Una taza de té? —balbuceó, sonriendo.

—Café —dijo Juliana, acostumbrada al humor perpetuo del cocinero.

—Ajá —dijo Charley, asintiendo.

—Y el sándwich de carne asada con salsa de tomate.

—¿No una sopa de nido de ratas, para empezar? ¿O sesos de cabra fritos en aceite de oliva?

Dos de los camioneros se habían vuelto en sus taburetes y

sonreían también, divertidos. Y al mismo tiempo se complacían admirando a Juliana. Aun sin las burlas del cocinero los camioneros estarían mirándola, pensó ella. Los meses de judo activo le habían proporcionado un insólito tono muscular, embelleciéndole la figura.

Todo dependía de los músculos de los hombros, Pensó Juliana mirando a los chóferes. Las bailarinas lo conseguían también. Ninguna relación con el tamaño. Envíen a las mujeres de ustedes al gimnasio y nosotras les enseñaremos. Y ustedes serán más felices.

—No se le acerquen —advirtió Charley a los camioneros guiñándoles un ojo —Los despachará con un solo movimiento.

—¿De dónde vienen? —le preguntó Juliana al camionero más joven.

—De Missouri —dijeron los dos hombres.

—¿Son los dos de los Estados Unidos?

—Yo soy de Filadelfia —dijo el hombre más viejo—. Tengo tres hijos allá. El mayor de once años.

—Díganme —preguntó Juliana—, ¿es fácil conseguir allá un buen empleo?

—Claro que sí —dijo el camionero más joven —Si usted tiene una piel de color apropiado.

El hombre tenía una cara morena y pelo negro y rizado y se había puesto muy serio.

—Es italiano —dijo el otro camionero.

—Bueno, ¿no ganó Italia la guerra? —dijo Juliana sonriendo, pero el hombre no le devolvió la sonrisa. Los ojos sombríos le brillaron todavía más, y de pronto se dio vuelta.

Lo siento, pensó Juliana, pero no dijo nada. No está en mis manos evitar que seas moreno. Se acordó de Frank, preguntándose si ya estaría muerto. No, se dijo. Los japoneses le gustaban a Frank de algún modo. Quizá se identificaba con ellos porque eran feos. Siempre le había dicho a Frank que él era feo. Poros abiertos. Nariz grande, La piel de ella en cambio era finísima. ¿Se había muerto Frank en soledad? Frank Fink era un pajarraco, y la gente decía que los pajarracos se mueren alguna vez..

—¿Siguen viaje de noche? —le preguntó al joven italiano.

—Mañana.

—Si no es feliz en los Estados Unidos, ¿por qué no se viene a vivir de este lado? —dijo Juliana —Estoy aquí en las Rocosas desde hace mucho tiempo y no es tan malo. En otra época viví en la costa, en San Francisco. Allí miran eso de la piel, también.

El joven italiano, doblado sobre el mostrador, observó brevemente a Juliana.

—Señora, me basta con tener que pasar un día o una noche en un pueblo como este. ¿Vive aquí? Cristo, si yo pudiera conseguir otro

trabajo y no andar por los caminos y comer en estos lugares…

El italiano notó que Charley tenía la cara roja. Se interrumpió y empezó a beber el café.

—Joe, eres un snob —le dijo el otro camionero.

—Puede vivir en Denver —dijo Juliana —Es una ciudad simpática.

Los conocía bien a esos norteamericanos del este, pensó. Les gustaba la diversión. Hacer planes. Allí, en las Rocosas, no había ocurrido nada desde la guerra. Viejos retirados, granjeros, gente estúpida y miserable… Todos los hombres listos se habían marchado a Nueva York, habían cruzado la frontera, legal o ilegalmente. Porque era allá donde estaba el dinero, el capital de las industrias. La expansión. Las inversiones alemanas habían hecho maravillas. No les había costado mucho poner en pie otra vez a los Estados Unidos.

Charley dijo con una voz ronca y malhumorada:

—Muchacho, no soy un enamorado de los judíos, pero he visto algunos refugiados que venían para acá, huyendo, en el cuarenta y nueve, y le regalo sus Estados Unidos. Si allá hay tanto dinero es porque se lo robaron a los judíos cuando los echaron de Nueva York, con esa maldita ley de Nuremberg. Viví en Boston cuando era chico y los judíos no me son simpáticos, pero nunca creí que las leyes raciales de los nazis se aplicarían aquí, aunque perdiésemos la guerra. Me sorprende que no se haya enganchado usted en algún ejército norteamericano, listo para invadir alguna república sudamericana, con los alemanes detrás, y sacarse así de encima un poco más a los japoneses…

Los dos camioneros se habían puesto de pie, muy pálidos. El más viejo esgrimió una botella de condimento que había tomado del mostrador. Charley, sin volver la espalda a los dos hombres, buscó detrás de él y tomó uno de sus cuchillos de carnicero.

Juliana dijo:

—En Denver se está construyendo una pista resistente al calor, y así podrán aterrizar los cohetes de la Lufthansa.

Ninguno de los tres hombres habló o se movió. Los otros clientes miraban en silencio.

Al fin el cocinero dijo:

—Pasó uno esta tarde.

—No iba a Denver —dijo Juliana —Iba al oeste, a la costa.

Los dos camioneros volvieron lentamente a sus taburetes. El más viejo farfulló: —Siempre me olvido que aquí son todos un poco amarillos.

—Los japoneses no mataron judíos —dijo Charley —ni en la guerra ni después. Los japoneses no construyeron hornos.

—Qué lástima —dijo el camionero más viejo, y tomando un sorbo

de café volvió a su comida.

Amarillos, pensó Juliana. Sí, quizá era cierto. Amaban a los japoneses allí.

—¿Dónde pasará la noche? —le preguntó al camionero joven, Joe.

—No sé —respondió el hombre —Me bajé aquí, directamente del camión. No me gusta nada en este Estado. Quizá duerma en el camión.

—El motel de la Abeja no es demasiado malo —dijo el cocinero.

—Muy bien —dijo el camionero joven —Quizá pare ahí. Si no les importa que yo sea italiano.

Mirándolo, Juliana pensó: un amargado a fuerza de idealismo. Le pide demasiado a la vida. Siempre moviéndose, inquieto y testarudo. Ella era así. No había aguantado quedarse en la costa Oeste y un día no aguantaría quedarse en Canon City. ¿No era así toda la gente en los años de la conquista del Oeste? Pero la frontera había cambiado, concluyo. La frontera era ahora los planetas.

Los dos, ella y él, podían intentar embarcarse, por ejemplo, en una de esas naves colonizadoras. Pero los alemanes no lo aceptarían a él a causa de esa piel morena, y no la aceptarían tampoco a ella, a causa del pelo negro. Esos pálidos duendes nórdicos, los SS, que se entrenaban en castillos bávaros. El hombre —Joe equis equis —ni siquiera tenía la expresión adecuada. Le hubiese convenido un aspecto de entusiasta frialdad, como si no creyera en nada y conservara sin embargo una fe absoluta. Sí, así eran todos. No idealistas, como Joe y ella. Cínicos animados por la fe. Como si tuvieran una falla en el cerebro, como si les hubiesen sacado los lóbulos frontales. Lobotomía. Los psiquiatras alemanes habían eliminado la psicoterapia.

La dificultad principal que tenían, sin embargo, era de tipo sexual. Habían hecho algo horrible en la década del treinta, y ahora era peor. HitIer había empezado… ¿Quién era ella? ¿La hermana? ¿La tía? ¿La sobrina? Y ya le venía de familia. Los padres eran primos. Todos se pasaban la vida cometiendo un incesto, volviendo al pecado original de desear a la propia madre. Eso explicaba la cara angélica de esos aristócratas de la SS, esas caritas rubias e inocentes. Se conservaban para Mamá. O para ellos mismos.

¿Y quién era Mamá para ellos? ¿El líder agonizante, Herr Bormann?… o el Enfermo.

El viejo Adolf, de quien se decía que estaba en algún sanatorio, viviendo los últimos años de su vida en una parálisis senil. Sífilis del cerebro, adquirida en los días en que, era un vagabundo en Viena… un vagabundo de gabán negro y largo, ropa interior sucia, y casas en ruinas.

La sardónica venganza de Dios, evidentemente, como en alguna película muda. El hombre espantoso golpeado por una plaga secreta,

el castigo histórico a la maldad.

Y el horror se continuaba en el Imperio Germano, producto de ese cerebro. Primero un partido político, luego una nación, luego la mitad del mundo. Y los mismos nazis habían diagnosticado el mal, lo habían identificado. El médico charlatán que curaba con hierbas y que había tratado a Hitler con un remedio patentado llamado Píldoras Antigás del doctor Koester había sido en otro tiempo un especialista en enfermedades venéreas. Todo el mundo lo sabía, y sin embargo los delirios del Líder eran todavía sagrados, eran todavía las Sagradas Escrituras. El credo había infestado ahora la civilización, y, como semillas del mal, las reinas nazis rubias y ciegas iban de un planeta a otro diseminando la contaminación.

El resultado del incesto: la locura, la ceguera, la muerte.

Brrr. Juliana tuvo un escalofrío, y llamó al cocinero.

—Charley, ¿está mi pedido?

Se sentía muy sola. Poniéndose de pie fue hasta el mostrador y se sentó junto a la caja registradora.

Nadie le prestó atención, excepto el joven camionero italiano que clavaba en ella los ojos oscuros. Joe, se llamaba. Joe qué?

Ahora, desde cerca, no le parecía tan joven. Era difícil saber realmente cuántos años tenía. Se pasaba continuamente la mano por el pelo, peinándoselo con unos dedos rígidos y corvos. El hombre tenía algo especial, pensó Juliana. Respiraba… muerte. La perturbaba, y sin embargo se sentía atraída. El camionero más viejo se inclinó entonces hacia el italiano y le murmuró algo en el oído. Luego los dos hombres la miraron, esta vez con una expresión que no era de simple interés masculino.

—Señorita —dijo el camionero más viejo. Los dos hombres estaban tensos ahora—, ¿sabe qué es esto?

Mostró una cajita blanca y chata.

—Sí —dijo Juliana—. Medias de nylon. Una fibra sintética, fabricada sólo por el monopolio de I. G. Farben, de Nueva York. Muy rara y cara.

—Tiene que felicitar a los alemanes. La idea del monopolio no es mala.

El camionero más viejo le pasó la caja a su compañero, que la empujó con el codo a lo largo del mostrador.

—¿Tiene coche? —le preguntó el joven italiano a Juliana, sorbiendo el café.

Charley vino de la cocina trayendo el sándwich.

—Podría llevarme a ese sitio. —Los ojos negros del camionero estudiaban siempre a Juliana, que se sentía cada vez más nerviosa, y cada vez más fascinada. Ese motel o lo que sea donde yo pasaría la noche.

—Sí —dijo Juliana—. Tengo —auto. Un viejo Studebaker.

Charley miró a la muchacha y luego al joven camionero, y puso el plato en el mostrador.

—Achtung, meine Damen und Herren —dijo el altavoz desde el fondo del pasillo.

El señor Baynes abrió los ojos. Por la ventanilla, a la derecha, muy abajo, podían verse las tierras castañas y verdes, y más allá un color azul, el Pacífico. El cohete había comenzado el largo y lento descenso.

En alemán primero, luego en japonés, y al fin en inglés, el altoparlante explicó que nadie debía fumar ni desatarse el cinturón del asiento. El descenso llevaría ocho minutos.

Los cohetes retropropulsores se encendieron, tan repentina y ruidosamente, sacudiendo con tanta violencia la nave, que algunos pasajeros ahogaron un grito. El señor Baynes sonrió. En el asiento del otro lado del pasillo, otro pasajero, un hombre joven de pelo corto y rubio, sonrió también.

—Sie fürchten dass… —comenzó a decir, pero el señor Baynes dijo enseguida en inglés:

—Lo siento, no hablo alemán.

El joven rubio lo miró interrogativamente, y el señor Baynes le repitió la aclaración, en alemán.

—¿No habla alemán? —dijo el joven germano, asombrado, en inglés, con mucho acento.

—Soy sueco —dijo Baynes.

—Embarcó en Tempelhof.

—Sí, estaba en Alemania por cuestión de negocios. Los negocios me llevan a muchos países.

El joven germano, evidentemente, no podía creer que nadie en el mundo moderno, nadie que tuviera tratos de negocios internacionales, y viajara —pudiera permitirse viajar —en el último cohete de la Lufthansa, no hablara alemán.

—¿Qué negocios tiene usted, mein Herr? —le preguntó a Baynes.

—Materiales plásticos. Poliésteres. Resinas. Ersatz. Materia prima para usos industriales, no objetos de consumo.

Incredulidad: —¿Suecia tiene una industria de plásticos?

—Sí, y muy buena. Si me da usted su nombre le enviaré un prospecto de la casa.

El señor Baynes sacó una lapicera y un anotador.

—No se moleste. No le sacaría ningún provecho.

Soy un artista, no un comerciante. Sin ánimo de ofensa, por supuesto. Quizá haya visto usted mi obra en el continente. Alex Lotze.

El joven germano esperó.

—Temo que no me interese el arte moderno —dijo el señor

Baynes—. Me gustan los cubistas y pintores abstractos de la preguerra. Un cuadro para mí tiene que significar algo y no sólo representar un ideal.

Se volvió hacia la ventanilla.

—Pero ese es precisamente el propósito del arte —dijo Lotze—. Que el espíritu se adelante a la materia. El arte abstracto nació en un período de decadencia espiritual, de caos espiritual, cuando la. sociedad y la vieja plutocracia se desintegraban. La plutocracia de los judíos, los millonarios capitalistas, los grupos internacionales, todos apoyaban el arte decadente. Esos tiempos quedaron atrás, y el arte tiene que seguir evolucionando, no puede permanecer inmóvil.

Baynes asintió mirando siempre por la ventanilla.

—¿Ha estado usted otras veces en el Pacífico? —preguntó Lotze.

—Varias veces.

—Yo no. Hay una exposición de mis obras en San Francisco, organizada por las oficinas del doctor Goebbels y las autoridades japonesas. Parte de una campaña de intercambio cultural para promover el entendimiento mutuo y la buena voluntad entre los pueblos. Tenemos que aliviar las tensiones entre Occidente y Oriente, ¿no cree? Tenemos que comunicarnos más, y el arte puede hacer mucho en ese sentido.

Baynes asintió con un movimiento de cabeza. Abajo, más allá del anillo de fuego del cohete, podían verse la ciudad de San Francisco y la bahía.

—¿Dónde se come bien en San Francisco? —estaba preguntando Lotze—. Tengo habitaciones reservadas en el Hotel Palace, pero oí decir que el sitio donde se come mejor es el barrio internacional, Chinatown.

—Es cierto —dijo Baynes.

—¿Los precios son altos en San Francisco? No tengo mucho dinero. El ministerio es muy frugal. —Lotze se rió.

—Depende del cambio que usted consiga. Si tiene papel moneda del Reichsbank, como me imagino, le aconsejo que lo cambie en el Banco de Tokio, en la calle Sansom.

—Danke sehr —dijo Lotze—. Pensaba cambiar en el hotel.

El cohete casi tocaba el suelo. Ahora Baynes podía ver el aeropuerto, los hangares, los autos, la carretera que llevaba a la ciudad, las casas… Una vista hermosa, pensó. Montañas y agua, y un poco de niebla en la Puerta de Oro.

—¿Qué es esa enorme estructura de allá abajo? —preguntó Lotze —. Esa sin terminar, abierta en un extremo. ¿Un puerto del espacio? Los japoneses no tienen naves del espacio, creo.

Sonriendo, Baynes dijo: —Es el estadio de la Amapola Dorada. El campo de béisbol.

Lotze se rió.

—Sí, claro. Son locos por el béisbol. Increíble. Pensar que van a levantar una enorme estructura para un pasatiempo, un deporte ocioso…

Baynes lo interrumpió. —Está terminado. Esa es la forma definitiva. Abierto de un lado. Un nuevo diseño arquitectónico. El orgullo de San Francisco.

—Parece que hubiera sido diseñado por. un judío —dijo Lotze.

Baynes miró al hombre. Sintió, intensamente durante un momento, el desequilibrio característico, la veta psicótica de la mente alemana. ¿Lotze había hablado en serio? ¿Era una observación realmente espontánea?

—Espero que nos veamos en San Francisco —dijo Lotze cuando el cohete se posó en el suelo—. Me sentiré perdido sin un compatriota con quien hablar.

—No soy su compatriota —dijo Baynes.

—Oh, sí, es cierto. Pero racialmente está usted muy cerca. Para los fines prácticos somos iguales. —Lotze se movió en su asiento, preparándose para desatar las complicadas correas.

¿Estaba racialmente cerca de ese hombre? se preguntó Baynes. ¿Tanto que para los fines prácticos eran iguales? En ese caso él tendría también esa veta psicótica. Vivían en un mundo psicótico. Los locos estaban en el poder. ¿Desde cuándo? ¿Y cuántos se daban cuenta? No Lotze. Si uno tenía conciencia de estar loco ya no estaba loco, quizá. O empezaba a volverse cuerdo, y despertaba al fin. Le parecía a Baynes que sólo unos pocos lo entendían así. Gente solitaria, aquí y allá. Pero, ¿y qué pensaban las masas? Todos esos cientos de miles que vivían en esa ciudad, por ejemplo. ¿Imaginaban que vivían en un mundo cuerdo? ¿O vislumbraban, sospechaban la verdad?

Pero en verdad era difícil saber qué significaba eso: estar loco. Loco: una definición legal, Lo siento, lo veo, ¿pero qué es?

Es algo que hacen, pensó, algo que son. Algo que estaba en el inconsciente de estos hombres. No sabían nada de los demás. No eran conscientes de lo que hacían a otros, de lo que habían destruido y de lo que estaban destruyendo. No, no eso exactamente. Lo sentía, lo intuía, pero no podía explicarlo. Eran crueles sin sentido, cierto, pero había algo más. ¿No veían la totalidad de lo real? Sin embargo, eso no era todo. Sí, aquellos planes. La conquista de los planetas. Algo frenético y demencial, como antes la conquista de África, y antes la conquista de Europa y Asia.

El punto de vista de esas gentes era cósmico. No un hombre aquí, un niño allá, sino una abstracción, la raza, la tierra. Volk. Land. Blut. Ehre. No un hombre honrado sino el Ehre mismo, el honor. Lo abstracto era para ellos lo real, y lo real era para ellos invisible. Die

Güte, pero no un hombre bueno, o este hombre bueno. Ese sentido que tenían del espacio y del tiempo. Veían a través del aquí y el ahora el vasto abismo negro, lo inmutable. Y eso era fatal para la vida, pues eventualmente la vida desaparece: Sólo quedan entonces unas pocas partículas de polvo en el espacio, los gases de hidrógeno caliente, nada más, hasta que todo empieza de nuevo. Un intervalo, ein Augenblick. El proceso cósmico se apresura, aplastando la vida y transformándola en granito y metano. La rueda gira y todo es temporal. Y ellos —estos locos —responden al granito, el polvo, anhelando lo inanimado. Quieren ayudar a la Natur.

Y, pensó Baynes, sé por qué. Quieren ser agentes, no víctimas de la historia. Se identificaban con el poder divino, y se creían semejantes a los dioses. Esta era la locura básica de todos ellos. Habían sido dominados por algún arquetipo. Habían expandido sus egos psicóticamente, y no sabían dónde terminaban ellos y dónde comenzaba lo divino. No era cuestión de hubris, no era cuestión de orgullo. La inflación del ego hasta sus límites extremos, una confusión entre el adorador y el objeto adorado. El hombre no se ha comido a Dios. Dios se ha comido al hombre.

No comprendían, sobre todo, el desamparo del hombre. Soy débil, pequeño, una entidad insignificante en la vastedad del universo. El universo no advierte mi presencia, soy invisible. ¿Y por qué corregir esta situación? Los dioses destruyen todo lo que ven. Si uno admite la propia pequeñez escapa a los celos de los grandes.

Desabrochándose los cinturones, Baynes dijo:

—Señor Lotze, nunca se lo dije a nadie. Soy judío. ¿Entiende?

Lotze lo miró fijamente, compadeciéndolo.

—Nadie puede darse cuenta —dijo Baynes —pues no tengo facciones judías. Me cambié la nariz, eliminé los poros abiertos y grasos que tenía en la cara, me aclaré la piel químicamente, me alteré la forma del cráneo. En pocas palabras: nadie puede reconocerme por mis características físicas. He frecuentado los círculos más cerrados de la sociedad nazi. Nadie me descubrirá nunca. Y… —Hizo una pausa y se acercó a Lotze, y le dijo en voz muy baja: —Hay otros como yo. ¿Entiende? No moriremos. Seguiremos viviendo, invisibles.

Al cabo de un rato Lotze farfulló:

—La policía de seguridad…

—La SD puede estudiar mis antecedentes —dijo Baynes—. Usted puede denunciarme. Pero tengo amigos muy influyentes. Algunos son arios, otros son judíos que ocupan posiciones claves en Berlín. Descartarán la denuncia, y al cabo de un tiempo yo lo denunciaré a usted. Y gracias a esas mismas influencias será usted detenido en averiguación de antecedentes.

Baynes sonrió y caminó por el pasillo de la nave hacia los otros

pasajeros, alejándose de Lotze.

Todos descendieron por la rampa, al campo frío y ventoso. Al pie de la rampa, Baynes descubrió que estaba otra vez junto a Lotze.

—En verdad —dijo caminando junto a Lotze—, la cara de usted no me gusta, señor Lotze, así que creo que lo denunciaré de todos modos.

Se alejó rápidamente dejando atrás a Lotze.

En el otro extremo del campo esperaba mucha gente, junto a la puerta de salida. Parientes, amigos de los pasajeros. Algunos saludaban con la mano, otros miraban ansiosamente estudiando las caras. Un japonés corpulento, de mediana edad, bien vestido, con un abrigo de corte inglés, pantalones Oxford, galera, esperaba un poco más adelante que los otros, con un japonés más joven al lado. En la solapa del abrigo llevaba la insignia de los jerarcas del Pacífico. Misiones Comerciales del Gobierno Imperial. Ahí está, se dijo Baynes. El señor N. Tagomi, que ha venido a buscarme personalmente.

El japonés dio un paso y dijo sacudiendo la cabeza. titubeando: —Herr Baynes, buenas tardes.

—Buenas tardes, señor Tagomi —dijo Baynes extendiendo la mano.

Se dieron la mano y luego se saludaron con una reverencia. El joven japonés también hizo una reverencia, sonriente.

—Hace frío señor, en este campo —dijo el señor Tagomi—. Podemos regresar al centro de la ciudad en el helicóptero de la Misión, ¿le parece correcto?

Escrutó ansiosamente la cara del señor Baynes.

—Podemos partir ahora mismo —dijo Baynes—. Mi equipaje, sin embargo…

—El señor Kotomichi se ocupará de eso —dijo el señor Tagomi—. Pues verá usted, señor, en esta terminal tardan casi una hora en despachar las valijas. Más que la duración de un viaje.

El señor Kotomichi sonrió agradablemente.

—Muy bien —dijo Baynes.

El señor Tagomi dijo: —Señor, tengo un regalo para usted.

—¿Perdón? —dijo Baynes.

—Para inclinarlo a usted a una actitud favorable.

—El señor Tagomi buscó en el bolsillo del abrigo y sacó una cajita —Seleccionado entre los objetos de arte norteamericanos más selectos.

Extendió la mano con la caja.

—Bueno —dijo Baynes—. Gracias.

Aceptó la caja..

—Un grupo de oficiales se pasó la tarde examinando las alternativas —dijo el señor Tagomi—. Esta es una muestra realmente auténtica de la moribunda cultura norteamericana, un artefacto fino y

raro que tiene el sabor de los viejos tiempos.

El señor Baynes abrió la caja. Sobre un trocito de terciopelo negro había un reloj pulsera de juguete, con la imagen de Mickey Mouse pintada en la esfera.

¿El señor Tagomi estaba haciéndole una broma? Baynes alzó los ojos y vio la cara tensa y preocupada del señor Tagomi. No, no era una broma.

—Muchas gracias —dijo Baynes—. Esto es realmente increíble.

—No hay hoy en todo el mundo sino unos diez relojes Mickey Mouse auténticos, de 1938 —dijo el señor Tagomi, estudiando atentamente las reacciones del señor Baynes—. Entre los coleccionistas que conozco ninguno tiene esta pieza.

Entraron en la terminal del helicóptero y subieron juntos la rampa.

Detrás de ellos el señor Kotomichi dijo:

—Harusame eni nuretsutsu yane no temari kana…

—¿Qué es eso? —le dijo el señor Baynes al señor Tagomi.

—Un antiguo poema —dijo el señor Tagomi—. Del período medio Tokugawa.

El señor Kotomichi dijo: —Cae la lluvia de la primavera, mojándolos, y en el techo hay una pelota de trapo.

Capítulo 4

Frank Frink miró cómo su ex empleador se alejaba anadeando por el pasillo hacia la sección principal de trabajo de la W-M Corporation, y pensó: lo extraño acerca de Wyndam-Matson es que no parece el dueño de una fábrica. Parece un alegre vagabundo, un hombre que se ha dado un baño, se ha puesto ropa nueva, se ha cortado el pelo, se ha afeitado, ha tomado una dosis de vitaminas y se ha lanzado al mundo con cinco dólares a empezar una nueva vida. El viejo era nervioso, tímido, sumiso a veces, como si todos fueran enemigos potenciales más fuertes que él, a quienes tenía que halagar y aplacar. "Me van a saltar encima" parecían decir sus modales.

Y sin embargo el viejo W-M era realmente poderoso y manejaba capitales, bienes raíces y toda una serie de empresas. Además de la fábrica W-M.

Siguiendo al viejo, Frink abrió el portalón metálico y entró en el taller: un rumor de motores —que había oído a su alrededor todos los días durante tanto tiempo—, hombres frente a sus máquinas, luces que zigzagueaban en el aire, polvo, movimiento. Allá iba el viejo. Frink aceleró el paso.

—¡Eh, señor W-M! —llamó.

El viejo se había detenido junto a Ed McCarthy, el capataz de brazos velludos. Frink se acercó y los dos hombres lo miraron.

Humedeciéndose nerviosamente los labios, Wyndam-Matson dijo: —Lo siento, Frank. No puedo tomarlo otra vez. Ya contraté a otro para su puesto, pensando que usted no volvería. Luego de lo que usted dijo.

En los ojos pequeños y redondos se encendió brevemente una mirada evasiva que para Frink era casi hereditaria. El viejo la tenía en la sangre.

—Vine a buscar mis herramientas, nada más —dijo Frink, y le alegró descubrir que había hablado con una voz firme, casi áspera.

—Bueno, veamos —murmuró el viejo que no sabía muy bien, evidentemente, si Frank tenía derecho a reclamar las herramientas—. Creo que esto es de jurisdicción de usted, Ed —dijo al fin—. Ocúpese del asunto. Yo tengo otras cosas que hacer. —Echó una ojeada al reloj de pulsera —Escuche, Ed. Discutiremos ese informe más tarde. Tengo que irme ahora.

Le palmeó el brazo a Ed McCarthy y se alejó al trote sin mirar atrás.

Ed McCarthy y Frink se quedaron solos.

—Viniste a trabajar —dijo Ed al cabo de un rato.

—Sí —dijo Frink.

—Yo estaba orgulloso de lo que habías dicho ayer.

—También yo —dijo Frink—. Pero Cristo. No puedo trabajar en ninguna otra parte. —Se sintió de pronto derrotado a impotente. —Lo sabes muy bien.

—No lo sé —dijo McCarthy—. No hay nadie en la costa que maneje como tú esa flexionadora de cables. Te he visto terminar la operación en cinco minutos, incluyendo el pulido. Y excepto la soldadura…

—Nunca dije que yo supiera soldar —dijo Frink.

—¿Nunca pensaste en instalarte por tu cuenta?

—¿Haciendo qué? —tartamudeó Frink, sorprendido.

—Joyería.

—Oh, por favor.

—Piezas originales, para la moda, no de uso industrial. —McCarthy llevó a Frink a un rincón del taller, lejos del ruido. —Con dos mil dólares puedes conseguir un sótano pequeño o un garaje. En un tiempo diseñé aros y pendientes para mujeres. Objetos modernos, realmente contemporáneos.

Tomó un pedazo de papel y se puso a dibujar, lenta, seriamente.

Mirando por encima del hombro de Ed, Frink vio el dibujo de una pulsera, un diseño abstracto de líneas onduladas.

—¿Hay un mercado para eso? —No conocía otras joyas que las tradicionales, y las antiguas —Las piezas contemporáneas no le interesan a nadie. No hay cosas como esas desde la guerra.

—Pues crea entonces un mercado —dijo McCarthy, enojado, torciendo la cara.

—¿Quieres decir que las venda yo mismo?

—En una tienda de venta al menudeo. Como… no recuerdo el nombre. Esa tienda de la calle Montgomery, donde hay objetos de arte.

—Artesanías Americanas —dijo Frink.

Nunca había entrado en esas tiendas de moda. Sólo los japoneses tenían bastante dinero como para comprar en sitios semejantes.

—¿Sabes qué venden esas tiendas? —dijo McCarthy—. Cinturones de hebilla que fabrican los indios de Nueva México. Objetos para turistas, todos iguales. Arte nativo, lo llaman, y ganan fortunas con eso.

Frink miró a McCarthy un largo rato.

—Sé qué otra cosa venden —dijo al fin —y tú también.

—Sí —dijo McCarthy.

Los dos sabían, porque los dos habían estado complicados en el asunto, durante mucho tiempo.

El negocio legal y declarado de la Compañía W-M consistía en fabricar barandillas de escalera, estufas, adornos de hierro fundido para los edificios nuevos.

Artículos en serie, idénticos. Para un edificio de cuarenta unidades se fabricaba cuarenta veces la misma pieza. En apariencia la compañía fundía hierro. Pero las verdaderas ganancias las obtenía de otro modo.

Empleando una complicada variedad de herramientas, materiales y máquinas, la Compañía W-M lanzaba al mercado un torrente continuo de imitaciones de artefactos norteamericanos de la preguerra. Estas imitaciones eran introducidas hábilmente en el mercado de objetos de arte junto con los artículos genuinos recogidos a lo largo y a lo ancho del continente. Como en el mercado de estampillas de correo y monedas, nadie conocía exactamente el número de falsificaciones en circulación. Y nadie —especialmente los comerciantes y los coleccionistas —quería conocerlo.

Cuando Frink había renunciado, un revólver Colt de los días de la conquista del Oeste había quedado sobre su mesa, casi terminado. El mismo había preparado los moldes, había echado el metal fundido, y había pulido a mano las distintas partes. Las armas de la guerra civil y de la época de la Frontera tenían un mercado ilimitado. La W-M podía vender fácil, mente todos esos productos. Eran la especialidad de Frink.

Frink caminó lentamente hasta su mesa y tomó el caño todavía tosco del revólver. Otros tres días de trabajo y el arma hubiese quedado terminada. Sí, pensó, era un buen trabajo. Un experto hubiera notado la diferencia. Pero los coleccionistas japoneses no eran verdaderos expertos, no tenían modelos o normas que los ayudaran a juzgar.

En verdad, le parecía a Frink, nunca se les había ocurrido preguntarse si los llamados objetos de arte históricos que se vendían en las tiendas de la costa Oeste eran o no genuinos. Un día quizá lo pensarían, y entonces la burbuja estallaría de veras, y el mercado se vendría abajo, aun para los objetos auténticos. Una ley de Gresham: las falsificaciones quitaban valor a lo verdadero. Y por eso, sin duda, nadie investigaba ahora. Al fin y al cabo todos eran felices. Los industriales que aquí y allá, en distintas ciudades, fabricaban los objetos. Los comerciantes al por mayor que los llevaban a las tiendas. Los vendedores que los anunciaban y exhibían. Los coleccionistas que ponían el dinero y se llevaban las cosas a sus casas, felices, para impresionar a sus socios; amigos, amantes.

Como el papel moneda de la posguerra. Todos lo aceptaban de buena gana hasta que alguien investigó. No había hecho daño a nadie… y luego todos quedaron arruinados por igual. Pero mientras tanto nadie hablaba de eso. Ni siquiera los hombres que se ganaban la vida fabricando imitaciones. No pensaban en los productos. Se entretenían en resolver problemas técnicos.

—¿Desde cuándo no trabajas con tus propios diseños? —preguntó McCarthy.

Frink se encogió de hombros.

—Años. Puedo copiar con una exactitud de todos los demonios, pero…

—¿Te digo lo que pienso? Se me ocurre que has hecho tuya la idea de los nazis de que los judíos no son capaces de crear. Que sólo imitan y venden. Intermediarios.

McCarthy miró fijamente a Frink.

—Quizá —dijo Frink.

—Haz la prueba. Prepara diseños originales. O trabaja directamente, sin planes previos, como un niño que juega.

—No —dijo Frink.

—No tienes fe —dijo McCarthy—. Has perdido completamente la fe en ti mismo, ¿no es así? Mala cosa. Pues sé que podrías hacerlo.

Se alejó de la mesa internándose en el taller.

Mala cosa, pensó Frink. Pero de todos modos era la verdad, un hecho: No podía tener fe o entusiasmo a su antojo.

McCarthy, pensó, era un capataz excelente. Sabía cómo estimular a un hombre, cómo sacarle a uno lo mejor de uno mismo. Era un jefe por naturaleza. Durante un momento casi lo había convencido. Pero… McCarthy se había ido ahora. El esfuerzo no le había servido de nada.

Lástima que no tuviese allí el oráculo, pensó Frink. Podría consultarlo. Ver qué le aconsejaban esos cinco mil años de sabiduría. Y entonces recordó que en el vestíbulo de la compañía había un ejemplar del I Ching. Salió del taller, y caminó deprisa por el corredor.

Sentado en uno de los sillones de cromo y plástico del vestíbulo, escribió la pregunta en el dorso de un sobre: “¿He de probar ese trabajo creador privado que me han descrito hace un momento?”

Empezó a mover rápidamente los palitos.

La línea más baja era un siete, y lo mismo la segunda y tercera. El trigrama Ch’ien, se dijo. Buen comienzo, Ch’ien era lo creativo. Luego la cuarta línea, un ocho. Yin. Y la línea quinta, también un ocho, una línea yin. Señor, pensó, —excitado. Otra línea yin y tendré el hexagrama Undécimo, Thai. Paz. Un juicio muy favorable. Frink movió los tallos con manos temblorosas. Podía obtener también una línea yang. El hexagrama Veintiséis, Ta Ch’u, el poder dominador de lo grande. Los dos eran favorables, y no había alternativa.

Yin. Un seis. Paz.

Abrió el libro y leyó el juicio.

> Paz. El pequeño se aleja.
> El grande se acerca.

Buena fortuna. Éxito.

De modo que Ed McCarthy tiene razón, pensó Frink. He de abrir mi tiendecita. Bueno, un seis arriba, la única línea móvil. Volvió la página. ¿Qué decía el texto? No podía acordarse. Tenía que ser un presagio favorable, pues todo el hexagrama era tan favorable. Unión del cielo y de la tierra… Pero la primera línea y la última estaban siempre fuera del hexagrama, de modo que era posible que un seis arriba…

Los ojos de Frink encontraron el texto, y lo leyeron en un instante.

El muro cae en el foso.
El ejército es inútil ahora.
Da tus órdenes dentro de tu propia ciudad.
La perseverancia trae humillación.

¡Maldición! Exclamó Frink, horrorizado. Y el comentario:

El cambio insinuado en la mitad del hexagrama ha empezado a producirse. El muro de la ciudad se hunde en el foso de donde fue levantado. La hora final se acerca…

Era sin duda, una de las líneas más lóbregas de todo el libro, entre más de tres mil líneas. Y sin embargo el sentido del hexagrama era bueno.

¿De cuál de los dos juicios tenía que fiarse?

¿Y cómo podían ser tan diferentes? Nunca le había ocurrido antes. La buena fortuna y la ruina profetizadas a la vez por el oráculo. Qué raro destino, como si el oráculo hubiese rascado el fondo del barril, hubiese sacado de las sombras restos y huesos y los hubiera volcado luego a la luz como una buena comida fermentada. Debo de haber apretado dos botones a la vez, decidió Frink. Había confundido las cosas, obteniendo este punto de vista schlimazl de la realidad. Sólo durante un segundo, afortunadamente. No había durado mucho.

Demonios, pensó, tiene que ser uno de los dos. No es posible otra cosa. O quizá sí.

El negocio de joyería le traería suerte. El oráculo se refería claramente a eso. Pero la línea, la condenada línea, hablaba de algo más profundo, de alguna catástrofe futura que quizá ni siquiera tenía

relación con el negocio de las joyas. Algún destino terrible que lo esperaba en alguna parte, de algún modo…

¡La guerra! ¡La tercera guerra mundial! Dos mil millones de muertos, la civilización arrasada. Un chaparrón de bombas de hidrógeno.

¡Oy gewalt! pensó Frink. ¿Qué ocurre? ¿Puse yo esto en movimiento? ¿O algún otro que ha estado manejando los tallos, y a quien ni siquiera conozco? O todos nosotros, quizá. La culpa era de aquellos físicos y de aquella teoría de la sincronicidad. Todas las partículas están conectadas entre sí. No puedes estornudar sin alterar el equilibrio del universo. La vida es realmente una broma divertida, pero no hay gente alrededor y nadie puede festejar la broma. Abría un libro y le hablaba de acontecimientos futuros que hasta el mismo Dios desearía archivar y olvidar. ¿Y quién era él? La persona menos apropiada, podía probarlo.

Tomaría sus herramientas, abriría la tienda, se iniciaría en la vida de los negocios, y todo a pesar de esa línea horrible. Seguiría trabajando, creando a su modo, viviendo una vida tan buena cono le fuese posible, manteniéndose siempre activo, hasta que el muro cayera en el foso, para todos, para toda la humanidad. Ese era el mensaje del oráculo. El destino les cortaría un día la cabeza, pero mientras él tendría su trabajo.

El hexagrama era sólo para él. La línea para todos.

Soy demasiado insignificante, pensó Frink. Sólo puedo leer lo que está escrito, y luego bajar la cabeza y seguir adelante como si no hubiese visto nada. El oráculo no espera que yo me ponga a correr por las calles, gritándoles a las gentes que me escuchen.

¿Podía alterarlo alguien? se preguntó. Todos juntos… o una gran figura… o alguien estratégicamente situado, alguien que estuviese en el sitio correcto en el momento correcto. Una probabilidad. Un accidente. Y nuestras vidas, nuestro mundo, dependiendo de eso.

Frink cerró el libro, dejó el vestíbulo y regresó a los talleres. Citando vio a McCarthy le indicó con un ademán que se apartaran a un costado para seguir hablando.

—Cuanto más lo pienso —dijo Frink —más me gusta tu idea.

—Magnífico —dijo McCarthy—. Escúchame ahora. He aquí lo que haremos. El dinero se lo sacarás a Wyndam-Matson. —Le guiñó un ojo a Frink, lenta e intensamente, retorciendo el párpado. —Luego te diré cómo. Yo renunciaré también y me iré contigo. Necesitas mis diseños. Eh, ¿por qué pones esa cara? Son buenos diseños.

—Claro que sí —dijo Frink, un poco mareado.

—Te veré esta noche después del trabajo —dijo McCarthy —En mi casa. Llega a eso de las siete y cenarás con Jean y conmigo… si puedes aguantar a los chicos.

—Muy bien —dijo Frink.

McCarthy le palmeó la espalda y salió.

He recorrido un largo camino, se dijo Frink. En los últimos diez minutos. Pero no se sentía aprensivo ahora. Se sentía excitado.

Todo había ocurrido muy rápidamente en verdad, pensó mientras caminaba hacia su mesa de trabajo y recogía las herramientas. Sin embargo, así pasaban sin duda estas cosas. A la ocasión la pintan calva.

Toda la vida había esperado esto. Cuando el oráculo decía "algo ha de llevarse a cabo" se refería a esas circunstancias y a esos momentos, realmente apropiados. ¿Qué momento era ahora? Un seis arriba en el hexagrama Once cambiaba todo en el Veintiséis. El poder dominador de lo grande. Yin se transformaba en yang. La línea se mueve y aparece un nuevo momento. Y él había perdido el paso de tal modo que ni siquiera se había dado cuenta.

Apostaba que por eso le había salido esa línea terrible. Sólo así el hexagrama Once podía llegar a ser el hexagrama Veintiséis. Ese seis móvil arriba. No había motivo para que se preocupara tanto.

Pero a pesar de su excitación y su optimismo Frink no conseguía olvidarse de la línea, no del todo.

Hago lo que puedo, sin embargo, pensó irónicamente. Quizá esa misma noche, a las siete, ya no se acordaría de nada, como si la línea nunca hubiera existido.

Esperaba que fuese así realmente, se dijo, pues esta sociedad con Ed era algo importante. Había tenido una idea que no podía fallar. Y no quería quedarse afuera.

Ahora no era nadie, pero si llevaba adelante el negocio quizá juliana volviese con él. Sabía que ella quería volver. Merecía realmente estar casada con un hombre de posición, una persona que fuese alguien en la comunidad, no un meshuggener cualquiera. Los hombres eran hombres en otro tiempo, antes de la guerra. Pero todo eso había desaparecido.

No le sorprendía que juliana fuese de un lado a otro, de un hombre a otro, buscando. Y sin siquiera saber qué buscaba, qué reclamaba su biología. Pero él lo sabía, y ahora, en este negocio que iniciaría con McCarthy, lo conseguiría para ella.

A la hora del almuerzo, Robert Childan cerró las puertas de Artesanías Americanas, S. A. Comúnmente cruzaba la calle y comía en el restaurante de enfrente. De cualquier modo no estaba fuera más de media hora, y hoy sólo, tardó veinte minutos. El recuerdo de la prueba de fuego a que lo habían sometido el señor Tagomi y los empleados de la Misión Comercial le revolvía aún el estómago.

Mientras volvía a la tienda se dijo que quizá había llegado la hora de no hacer más negocios por teléfono. Todo junto al mostrador.

Dos horas mostrando artículos. Demasiado. Casi cuatro horas en total. No valía la pena abrir otra vez la tienda. Toda una tarde para vender un solo artículo, un reloj Mickey Mouse. Una pieza cara, era cierto, pero… Abrió la puerta y fue a colgar la chaqueta en la trastienda.

Cuando regresó se encontró con un cliente. Un hombre blanco. Bueno, pensó, qué sorpresa.

—Buenos días, señor —dijo Childan con una leve reverencia.

El hombre era probablemente un pinoc. Alto, de tez bastante oscura. Bien vestido, a la moda. Pero no a sus anchas. Un leve brillo de transpiración en la frente.

—Buenos días —murmuró el hombre moviéndose por la tienda y mirando las vitrinas.

Luego, de pronto, se acercó al mostrador. Buscó en un bolsillo de la chaqueta, sacó un tarjetero de cuero, pequeño y brillante, y le dio a Childan una tarjeta multicolor, impresa con caracteres muy adornados.

En la tarjeta un emblema imperial. Y una insignia militar. La Marina. Almirante Harusha. Robert Childan examinó la tarjeta, impresionado.

—La nave del almirante —explicó el cliente —se encuentra en este momento en la bahía de San Francisco. El portaaviones Syokaku.

—Ah —dijo Childan.

—El almirante Harusha nunca visitó la Costa Oeste —explicó el cliente—. Desea hacer muchas cosas aquí, entre otras visitar personalmente la famosa tienda de usted. Allá en las Islas se habla. mucho de Artesanías Americanas, S. A.

Childan saludó con una inclinación, deleitado.

—Sin embargo —continuó diciendo el hombre —y a causa de sus numerosos compromisos el almirante no podrá tener el placer de conocer la tienda de usted. Pero me ha enviado a mí, su ayuda de cámara.

—¿El almirante es un coleccionista? —preguntó Childan, pensando a toda velocidad.

—Es un amante de las artes. Un conocedor. Pero no un coleccionista. Mi almirante desea obsequiar a cada uno de los oficiales de la nave un artefacto histórico valioso, un revólver de aquella epopeya, la guerra civil norteamericana. —El hombre hizo una pausa. Son doce oficiales en total.

Childan pensó rápidamente: doce revólveres de la guerra civil. Precio para el cliente: casi diez mil dólares. Se estremeció.

—Como es bien sabido —continuó el hombre —la tienda de usted vende esos invalorables artefactos antiguos, arrancados de las páginas de la historia, y que se pierden, ay, demasiado rápidamente en el

limbo del tiempo.

Eligiendo con mucho cuidado todas las palabras —no podía permitirse perder este negocio, cometer un solo error —Childan dijo: —Sí, es cierto. Ninguna tienda de los Estados del Pacífico puede ofrecer armas tan finas de la guerra civil. Me agradará mucho servir al almirante Harusha. ¿Desea usted que lleve mi soberbia colección a bordo del Syokaku? ¿Esta misma tarde, quizá?

—No, las examinaré aquí —dijo el hombre.

Doce. Childan sacó cuentas. No tenía doce armas, en verdad sólo tenía tres. Pero podía obtener doce, si la suerte lo acompañaba, por distintos medios en el curso de la semana. Expreso aéreo desde el Este, por ejemplo. Y ciertos contactos locales.

—Usted, señor —dijo—, ¿es un conocedor de esas armas?

—Hasta cierto punto —dijo el hombre—. Tengo una pequeña colección de armas de bolsillo, inclusive una pistolita secreta que parece una ficha de dominó. 1840, aproximadamente.

—Una pieza exquisita —dijo Childan mientras se encaminaba hacia la caja fuerte donde guardaba los revólveres.

Cuando volvió al mostrador vio que el hombre estaba llenando un cheque de banco. El hombre se detuvo y dijo:

—El almirante desea pagar por adelantado. Un depósito de quince mil dólares del Pacífico.

Childan sintió que se le iba la cabeza. Dominándose, habló con una voz tranquila y hasta logró parecer un poco aburrido.

—Como usted quiera. No es indispensable. Una cuestión formal. —Puso en el mostrador un estuche de cuero y dijo: —Una pieza excepcional. Un Colt 44 de 1860. —Abrió la caja —Del ejército yanqui. Los soldados azules los empleaban para tirar de cerca.

El hombre examinó largo rato el Colt 44. Al fin, alzando los ojos, dijo con calma: —Señor, esto es una imitación.

—¿Eh? —dijo Childan, sin entender.

—Esta pieza no tiene más de seis meses. Señor, lo que usted me ofrece es un engaño. Es desolador. Mire usted. La madera. Envejecida artificialmente con ácidos químicos. Qué vergüenza.

El hombre dejó el arma en el mostrador.

Childan tomó el arma y se quedó mirándola, sin saber qué decir.

—No puede ser —murmuró al cabo de un rato.

—Una imitación del arma auténtica histórica. Nada más. Temo, señor, que lo hayan engañado. Quizá algún inescrupuloso. Tiene usted que informar a la policía de San Francisco. —El hombre asintió, con una inclinación de cabeza —Me preocupa realmente. Debe de tener usted otras imitaciones en la tienda. ¿Es posible, señor, que usted, propietario, comerciante de estos artículos, no sepa distinguir entre las piezas falsas y las auténticas?

Silencio.

Extendiendo la mano, el hombre tomó del mostrador el cheque que no había alcanzado a completar. Se lo puso otra vez en el bolsillo, se guardó la lapicera, y saludó con una reverencia.

—Es una lástima, señor, pero parece evidente, ay, que Artesanías Americanas, S. A. no podrá satisfacer nuestros deseos. El almirante Harusha se sentirá realmente decepcionado. Pero entiende usted que en mi posición…

Childan miró otra vez el revólver.

—Buenos días, señor —dijo el hombre—. Acepte usted por favor un humilde consejo, Pida usted a algunos expertos que examinen lo que usted adquiere. La reputación de usted… No es necesario que me alargue en explicaciones.

—Señor, si usted, por favor… —tartamudeó Childan.

—Quédese tranquilo, señor. No hablaré de esto con nadie. Le… le diré al almirante que hoy la tienda de usted estaba cerrada, lamentablemente. Al fin y al cabo… —El hombre se detuvo en el umbral —Al fin y al cabo usted y yo somos blancos.

Haciendo otra reverencia, el hombre partió.

Childan se quedó solo, con el revólver en la mano.

No puede ser, pensó.

Pero tenía que ser. Dios santo. Estaba arruinado. Había perdido una venta de quince mil dólares. Y su reputación, si esto se sabía. Si ese hombre, el ayudante del almirante Harusha, no era discreto.

Me suicidaré, decidió. He perdido mi posición. No puedo seguir, es indiscutible.

Por otra parte, quizá el hombre se había equivocado.

Quizá mentía.

Lo había mandado Objetos Históricos de los Estados Unidos para destruirlo. O Rarezas Artísticas de la Costa Oeste.

Cualquiera de los competidores.

El arma era genuina sin duda.

¿Cómo podía saberlo? Childan pensó un rato. Ah. Le pediría al Departamento de Criminología de la Universidad de California que analizasen el arma. Conocía a alguien allí, o por lo menos había conocido a alguien en otro tiempo. Esto ya había ocurrido otra vez. Supuesta falta de autenticidad de una pistola.

Telefoneó rápidamente a una compañía de mensajeros de la ciudad y les dijo que le enviaran un hombre, enseguida. Luego empaquetó el arma y redactó una nota para el laboratorio de la Universidad, pidiendo que le calcularan la edad del arma inmediatamente y le informaran por teléfono. Llegó el mensajero. Childan le entregó la nota y el paquete y le dijo que fuera a la Universidad en helicóptero. El hombre partió y Childan empezó a

pasearse por la tienda, esperando.

A las tres llamó la Universidad.

—Señor Childan —dijo la voz—, nos pidió usted que examináramos la autenticidad de esta arma militar, Colt. 44, 1860. —Una pausa. Childan apretó aprensivamente el tubo del teléfono. —Este es el informe del laboratorio. Reproducción obtenida mediante moldes de plástico, excepto la culata de nogal. Los números de serie desconocidos. No se empleó el método del gas de cianuro para endurecer la armazón. Las superficies castañas y azules han sido obtenidas mediante proceso técnico moderno, de acción rápida. Toda el arma artificialmente envejecida.

Childan alcanzó a murmurar: —El hombre que me trajo el arma para que yo le diera mi opinión…

—Dígale que lo engañaron —informó el técnico de la Universidad —. Que lo engañaron bien. Excelente trabajo. Obra de un verdadero profesional. Verá usted, el arma auténtica… ¿Recuerda las partes azules? Se las ponía en una caja de correas de cuero, sellada, con gas de cianuro, y se las calentaba. Un proceso bastante tosco. Esta arma en cambio fue fabricada con buenos equipos. Hemos detectado partículas de sustancias pulidoras de metales, bastante raras. Bueno, no tenemos pruebas, pero sabemos que hay toda una industria que vive fabricando estas imitaciones. Tiene que haberla. Hemos visto muchas armas de este tipo.

—No —dijo Childan—. Eso es sólo un rumor. Puedo asegurárselo, sin ninguna duda. —La voz se le quebró en un chillido. —Y sé por qué se lo digo. ¿Por qué cree usted que le envié el arma? Descubrí enseguida que era falsa, luego de tantos años de experiencia. Una rareza de veras, algo insólito. Una broma en realidad. Una jugarreta. —Childan calló, jadeando —Gracias por haber confirmado mis propias observaciones. Mándeme la cuenta. Gracias.

Cortó rápidamente la comunicación.

Luego, sin hacer una pausa, sacó los libros y se puso a rastrear el arma. ¿Cómo le había llegado? ¿De quién?

Se la había mandado, descubrió, un importante comerciante al por mayor, Ray Calvin, de San Francisco. Le telefoneó enseguida.

—Quiero hablar con el señor Calvin —dijo, un poco más tranquilo.

Una voz áspera y rápida:

—¿Sí?

—Habla Bob Childan. De Artesanías Americanas, de la calle Montgomery Ray, se trata de un problema delicado. Quiero verlo hoy, en su oficina o en cualquier otra parte, a solas. Créame, señor, tenemos que hablar.

Childan descubrió que estaba aullando en el teléfono.

—Muy bien —dijo Ray Calvin.

—No se lo diga a nadie. Es absolutamente confidencial.

—¿A las cuatro?

—A las cuatro —dijo Childan—. En su oficina. Buenos días.

Colgó el tubo tan furiosamente que todo el aparato cayó del mostrador al piso. Childan se arrodilló y puso otra vez el aparato en su lugar.

No necesitaba salir antes de media hora, y mientras tanto sólo podía pasearse, y esperar. Tuvo una idea. Llamó a las oficinas de San Francisco de El Heraldo de Tokio, en la calle Market.

—Señores, —dijo—, por favor, quisiera saber si el portaaviones Syokaku está en el puerto, y si es así desde hace cuántos días. Agradeceré mucho al estimable periódico de ustedes está información.

Una espera agonizante. La muchacha volvió al fin.

—De acuerdo con nuestros archivos, señor —dijo con una risita —, el portaaviones Syokaku está en el fondo del mar de las Filipinas. Fue hundido por un submarino norteamericano en 1945. ¿Algún otro problema que podamos resolverle, señor?

En el diario, obviamente, apreciaban ese tipo de bromas.

Childan colgó. Ninguna nave Syokaku en los últimos diecisiete años. Probablemente ningún almirante Harusha. El hombre había sido un impostor. Y sin embargo…

El hombre había dicho la verdad. El Colt 44 era una falsificación.

No tenía sentido.

Quizá el hombre era un especulador que intentaba copar el mercado de revólveres de la guerra civil. Un experto. Había reconocido la imitación. Un profesional de profesionales.

Sólo un profesional podía darse cuenta. Alguien que estaba en el negocio. No un mero coleccionista.

Childan se sintió algo aliviado. Muy pocos se darían cuenta. Quizá nadie más.

¿Olvidaría el asunto?

Pensó un rato. No. Debía investigar, conseguir que Ray Calvin le devolviera el dinero. Y… tendría que enviar otros artefactos al laboratorio de la universidad.

¿Y si se descubría que muchos no eran auténticos?

El problema era difícil.

No hay otro camino, decidió, malhumorado, desesperado. Tenía que enfrentar a Ray Calvin y pedirle que investigara hasta llegar a las mismas fuentes. Quizá Calvin era inocente, quizá no. Le advertiría, de cualquier modo, que no más imitaciones o dejaría de comprarle.

Calvin tiene que cargar con la pérdida, decidió. Si se niega, hablaré con los dueños de las otras tiendas, arruinaré la reputación de Calvin. ¿Por qué he de arruinarme solo? Que el castigo llegue a los

responsables.

Pero mantengamos el secreto, se dijo; que el asunto quede entre nosotros.

Capítulo 5

La llamada telefónica de Ray Calvin sorprendió realmente a Wyndam-Matson. No entendía bien, en parte porque Calvin hablaba como de costumbre muy rápidamente, y en parte porque en ese momento —las once y media de la noche —estaba entreteniéndose con una dama en sus habitaciones del hotel Muromachi.

—Escuche, amigo mío —dijo Calvin—, todo lo que nos envió la última vez se lo mandamos a usted de vuelta. Le devolveremos también otros artículos pero le advierto que hemos pagado todo, excepto el último envío. La factura es del dieciocho de mayo.

Naturalmente, Wyndam-Matson quiso saber por qué.

—Todo es falsificado —dijo Calvin.

—Pero usted ya lo sabía. —Wyndam-Matson estaba muy confundido. —Quiero decir, Ray, que usted conocía bien la situación.

Miró alrededor. La muchacha estaba en alguna parte, en el tocador probablemente.

—Sí, yo sabía que eran falsificaciones —dijo Calvin—. No hablo de eso. Escúcheme. No me importa mucho que una de esas armas que usted me envía haya sido usada o no en la guerra civil. Sólo pretendo un Colt 44 satisfactorio, cualquiera que sea el nombre que tenga en los catálogos de ustedes. Es necesario que se ajuste a las normas. ¿Sabe usted quién es Robert Childan?

Wyndam-Matson recordaba vagamente que era alguien importante.

—Sí.

—Estuvo aquí hoy. En mi oficina. Lo llamo a usted desde mi oficina, no desde mi casa. Todavía estamos trabajando en esto. En fin, Childan vino hoy y me contó una larga historia. Estaba realmente furioso. Agitado. Bueno, parece que un cliente importante, un almirante japonés, fue a verlo, o mandó a alguien. Childan habló de un pedido de veinte mil dólares, pero esto debe de ser una exageración. De cualquier modo, y no hay motivos para no creerlo, el japonés quería comprar, le echó una ojeada a uno de esos revólveres que fabrican ustedes, vio que era una falsificación, se guardó otra vez el dinero, y se fue. Bueno, ¿qué dice usted?

Wyndam-Matson no sabía qué decir, pero pensó inmediatamente: es cosa de Frink y McCarthy. Dijeron que harían algo, y es esto. Aunque no sabía qué habían hecho realmente. No le encontraba sentido a la historia de Calvin.

Sintió de pronto una especie de miedo supersticioso. ¿Cómo podían haber falsificado un artículo fabricado en el mes de febrero? Había pensado que hablarían con la policía o los periódicos, o el

gobierno pinoc de Sacramento, y por supuesto, se había cubierto bien las espaldas. Todo era muy raro. No sabía qué decirle a Calvin. Farfulló durante un tiempo que le pareció interminable, y al fin pudo cortar la comunicación.

En ese momento descubrió, sobresaltándose, que Rita había salido del dormitorio y había escuchado casi toda la charla. Había estado paseándose, irritada, de un lado a otro, vestida sólo con un calzón de seda negra, y el pelo rubio suelto sobre las espaldas desnudas, ligeramente pecosas.

—Llama a la policía —dijo Rita.

Bueno, pensó Wyndam-Matson, me saldría más barato quizá ofrecerles dos mil dólares. Los aceptarán. Probablemente no quieran otra cosa. Son hombres pequeños, con pensamientos pequeños. Invertirán el dinero en el nuevo negocio, lo perderán, y al cabo de un mes estarán otra vez en la ruina.

—No —dijo.

—¿Por qué no? El chantaje es un delito.

Era difícil explicarlo. Wyndam-Matson estaba acostumbrado a pagar a la gente. El dinero que podía darles a Frink y McCarthy sería contabilizado como gastos generales. Y si la suma era pequeña… Pero la muchacha no estaba del todo equivocada. Rumió el asunto.

Les daré dos mil, decidió, pero me pondré en contacto con ese hombre que conozco en el Centro Cívico, ese inspector de policía. Le pediré que investigue a Frink y a McCarthy. Si encuentra algo y aparecen de nuevo, podré sacármelos de encima fácilmente.

Por ejemplo, pensó, alguien le había dicho que Frink era semita. Que se había cambiado la nariz y el nombre. Bastaría con notificar al cónsul alemán. Asunto de rutina. El cónsul pediría la extradición a las autoridades japonesas, y tan pronto como el individuo cruzase la línea de demarcación le darían una dosis de gas. Parecía que tenían uno de esos campos en Nueva York. Un campo con hornos.

—Me sorprende que alguien pueda chantajear a un hombre tan importante —dijo la muchacha, mirándolo.

—Bueno, te explicaré —dijo Wyndam-Matson —Todo este condenado asunto de la historicidad es un disparate. Estos japoneses no se dan cuenta. Te lo probaré. —Se incorporó, corrió al estudio, y volvió enseguida con dos encendedores que dejó en la mesita de café —Míralos bien. Parecen iguales, ¿no es cierto? Bueno, uno es histórico, el otro no. —Sonrió mostrando los dientes. —Tómalos. Adelante. Uno vale… cuarenta o cincuenta mil dólares en el mercado de coleccionistas.

La muchacha tomó lentamente los dos encendedores y los examinó.

—¿No la sientes? —bromeó Wyndam-Matson—. ¿La historicidad?

—¿Qué es eso?

—Valor histórico. Uno de esos encendedores estaba en el bolsillo de Franklin D. Roosevelt el día que lo asesinaron. El otro no. Uno tiene historicidad, mucha. El otro nada. ¿Puedes sentirla? —Wyndam-Matson tocó ligeramente con el codo a la muchacha. —No, no puedes. No sabes cuál es cuál. No hay ahí "plasma místico", no hay "aura".

La muchacha miraba los encendedores con una ex. presión de temor reverente.

—¿Es realmente cierto? ¿Que tenía uno de éstos en el bolsillo aquel día?

—Exactamente. Y puedo decirte cuál de los dos. Te das cuenta. Los coleccionistas se estafan a sí mismos. El revólver que un soldado disparó en una batalla famosa, como la de Meuse-Argonne, por ejemplo, es igual al revólver que no fue empleado en esa batalla, salvo que tú lo sepas. Está aquí. —Wyndam-Matson se tocó la frente —En la cabeza, no en el revólver. Yo fui coleccionista un tiempo. En realidad ese fue el camino que me trajo a este negocio. Coleccionaba estampillas. De las colonias inglesas.

La muchacha estaba ahora de pie junto a la ventana mirando las luces del centro de San Francisco.

—Mis padres decían que si él hubiese vivido no hubiéramos perdido la guerra —murmuró.

—Muy bien —continuó Wyndam-Matson—. Supongamos ahora que el gobierno canadiense o cualquiera encontrara las planchas con que se imprimieron unos sellos de correo. Y la tinta. Y una provisión de…

—No creo que uno de éstos haya pertenecido a Franklin Roosevelt —dijo la muchacha.

Wyndam-Matson rió entre dientes. —De eso se trata. Tengo que probártelo con algún documento. Un certificado de autenticidad. Y de este modo todo es una estafa, una ilusión colectiva. ¡El valor histórico está en el certificado, no en él objeto mismo!

—Muéstrame el certificado.

—Enseguida.

Incorporándose, Wyndam-Matson fue al estudio y descolgó de la pared el certificado enmarcado del Instituto Smithsoniano. El certificado y el encendedor le habían costado una fortuna, pero valían la pena, pues le permitían probar que tenía razón que la palabra "falsificado" no significaba nada realmente, pues la palabra "genuino" tampoco tenía sentido.

—Un Colt 44 es un Colt 44 —le dijo a la muchacha mientras volvía a la sala—. Es una cuestión de calibre y forma, no de fecha de fabricación. Es una cuestión de…

La muchacha extendió la mano. Wyndam-Matson le dio el

documento.

—De modo que es auténtico —dijo la muchacha al fin.

—Sí, éste. —Wyndam-Matson alzó el encendedor que tenía una larga raya en un costado.

—Creo que me voy a ir ahora —dijo la muchacha—. Te veré alguna otra noche.

Dejó el certificado y el encendedor y fue hacia el dormitorio donde tenía la ropa.

—¿Por qué? —gritó Wyndam-Matson, agitado, siguiéndola—. Ya sabes que no hay ningún peligro. Mi mujer estará afuera varias semanas. Ya te expliqué la situación. Un desprendimiento de retina.

—No es eso.

—¿Qué entonces?

—Por favor —dijo Rita—, consígueme un pedetaxi mientras me visto.

—Te llevaré yo a tu casa —gruñó Wyndam-Matson.

La muchacha se vistió, y luego mientras Wyndam-Matson iba al ropero a buscarle el abrigo, se paseó por la sala. Parecía pensativa, ausente, hasta un poco deprimida quizá. El pasado entristece a la gente, reflexionó Wyndam-Matson. Maldita sea, ¿por qué se le habría ocurrido sacar el tema? Pero demonios, era tan joven. Lo más probable era que no hubiese oído nunca el nombre de Roosevelt.

Rita se arrodilló junto a la biblioteca.

—¿Leíste esto? —preguntó sacando un libro.

Wyndam-Matson acercó los ojos miopes. Una cubierta de colores brillantes. Una novela.

—No —dijo—. Mi mujer compra esas cosas. Lee mucho.

—Tendrías que leerla.

Sintiéndose aun decepcionado, Wyndam-Matson tomó el libro y miró el título. La langosta se ha posado.

—¿No es uno de esos libros prohibidos en Boston? —preguntó.

—Prohibido en todos los Estados Unidos. Y en Europa, por supuesto.

La muchacha había ido hacia el vestíbulo y ahora estaba allí, esperando.

—He oído hablar de este Hawthorne Abendsen —dijo Wyndam-Matson.

En realidad nunca había oído el nombre. Y no recordaba nada del libro, excepto que era muy popular en ese momento. Otra moda. Otra locura colectiva. Se inclinó y metió el volumen en el estante.

—No tengo tiempo para leer obras populares de ficción. Estoy demasiado ocupado con el trabajo.

Las secretarias, pensó ácidamente, leían esa basura, solas, en cama, antes de dormir. Un menguado sustituto de la realidad, que

temían y deseaban.

—Una de esas historias de amor —dijo mientras abría malhumorado la puerta del vestíbulo.

—No —dijo la muchacha—. Una historia de guerra. —Y añadió mientras iban por el pasillo hacia el ascensor: —Dice lo mismo que mis padres.

—¿Quién? ¿Ese Abbotson?

—Sí. Sostiene la teoría de que si Joe Zangara no lo hubiese matado, Roosevelt habría sacado a EEUU de la depresión, y luego de armar al ejército…

Se interrumpió. Habían llegado al ascensor y había otra gente esperando.

Más tarde, mientras iban por las calles nocturnas en el Mercedes Benz de Matson, Rita prosiguió: —Según Abendsen, Roosevelt hubiese sido un presidente tremendamente enérgico. Tanto como Lincoln. Nos dejó una muestra en el año que fue presidente, con todas esas innovaciones. El libro es una obra de ficción. Quiero decir que es un relato novelado. Roosevelt no es asesinado en Miami. Continua su mandato y lo reeligen en 1936, de modo que es presidente hasta 1940, hasta los primeros años de la guerra. ¿Entiendes? Es todavía presidente cuando Alemania ataca a Inglaterra, a Francia y a Polonia. Es testigo de todo eso y prepara al país. Garner fue un presidente realmente mediocre. Podía haber evitado muchas cosas. Y luego, en 1940, hubieran elegido a un demócrata y no a Bricker, y…

—De acuerdo con ese Abelson —interrumpió Wyndam-Matson.

Miró a la muchacha. Dios, leían un libro, pensó, y luego charlaban toda la vida.

—El libro dice que en 1940, después de Roosevelt, el presidente habría sido Rexford Tugwell, y no un aislacionista como Bricker. —La muchacha hablaba ahora animadamente, moviendo las manos. Las luces del tránsito se le reflejaban en la cara tersa —Y Tagwell hubiera continuado la política antinazi de Roosevelt, y Alemania no se hubiera atrevido a auxiliar al Japón en 1941. No habrían cumplido el tratado. ¿Entiendes? —Se volvió hacia Wyndam-Matson y le apretó el hombro. —¡Y Alemania y el Japón habrían perdido la guerra!

Wyndam-Matson se rió.

Mirándolo, buscando algo en la cara de Wyndam-Matson —y él no podía saber qué y además tenía que observar los otros coches — Rita dijo: —No es un chiste. Hubiese sido realmente así. Los Estados Unidos hubieran podido derrotar a los japoneses, y…

—¿Cómo? —interrumpió Wyndam-Matson.

—Está todo explicado en el libro. —La muchacha calló un momento. —Es una novela —dijo al fin—, y hay muchas partes de ficción, por supuesto. Tiene que ser un libro entretenido, pues si no la

gente no lo leería. Hay un tema de interés humano también. La historia de dos jóvenes. El muchacho está en el ejército norteamericano, y la chica… Bueno, de cualquier modo el presidente Tugwell es realmente inteligente, y descubre enseguida las intenciones de los japoneses… No está prohibido hablar de esto —dijo con una voz ansiosa—. Los japoneses han permitido la venta del libro en el Pacífico. Me dijeron que muchos de ellos están leyéndolo. Es muy popular en las Islas. Está provocando muchas discusiones.

—Escucha —dijo Wyndam-Matson—. ¿Qué dice de Pearl Harbor?

—El presidente Tugwell es tan inteligente que tiene todos los barcos en alta mar. De modo que los japoneses no destruyen la flota norteamericana.

—Ya veo.

—De modo que no hubo realmente ningún Pearl Harbor. Atacaron, pero sólo hundieron unos botecitos.

—¿Y el libro se llama La langosta algo?

—La langosta se ha posado. Es una cita de la Biblia. —Y como no hubo Pearl Harbor, los japoneses fueron derrotados. No, el Japón hubiera ganado de cualquier modo. Aun sin Pearl Harbor.

—En el libro la flota norteamericana impide que tomen las Filipinas y Australia.

—Las hubieran tornado de todos modos. La flota de ellos era superior. Conozco bastante bien a los japoneses, y estaban destinados a dominar el Pacífico. Los Estados Unidos eran un país en decadencia desde la primera guerra mundial. Todas las naciones aliadas estaban ya arruinadas antes de la guerra, espiritualmente y moralmente arruinadas.

—Y los alemanes no hubiesen tomado Yalta —dijo Rita, con terquedad—. Churchill se hubiera mantenido en el poder y hubiese guiado a Inglaterra a la victoria.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En el norte de África Churchill hubiera derrotado a Rommel eventualmente.

Wyndam-Matson bufó.

—Y una vez derrotado Rommel, los británicos hubieran podido atravesar Turquía y unirse al ejército ruso. En el libro los rusos paran a los alemanes en una ciudad del Volga. Nunca oímos hablar de esa ciudad, pero existe, pues la busqué en el atlas.

—¿Cómo se llama?

—Stalingrado. De modo que los británicos hubieran cambiado el curso de la guerra. En el libro Rommel se unió a las fuerzas alemanas que volvían de Rusia, los ejércitos de von Paulus, ¿recuerdas? Y los alemanes no llegan al Medio Oriente ni consiguen el petróleo que necesitaban tanto, ni se encuentran con los japoneses que ocuparon la

India. Y…

—Ninguna estrategia hubiese podido derrotar a Erwin Rommel —dijo Wyndam-Matson—. Y cualquier resistencia, aun la de esa ciudad llamada tan heroicamente Stalingrado, no hubiera hecho más que retrasar el fin. Escucha. Yo conocí a Rommel. En Nueva York, una vez que fui allá por asunto de negocios, en 1948. —En realidad sólo había visto una vez al gobernador militar de los Estados Unidos, durante una recepción en la Casa Blanca, y desde lejos. —Qué hombre. Qué dignidad y qué presencia. De modo que sé lo que te digo.

—Fue terrible —dijo Rita —cuando relevaron al general Rommel y nombraron a ese espantoso Lammers. Los asesinatos y esos campos de concentración comenzaron realmente entonces.

—Ya existían cuando Rommel era gobernador militar.

—Pero… —Rita movió las manos —No era oficial. Quizá esos rufianes de la SS hacían ya esas cosas… Pero Rommel no era como ellos. Se parecía más a aquellos prusianos de antes. Era un hombre duro…

—Te diré quien hizo una buena obra en los Estados Unidos —interrumpió Wyndam-Matson—, el verdadero autor del renacimiento económico. Albert Speer. No Rommel ni la Organización Todt. El Partido no pudo haber elegido un hombre mejor. Speer consiguió poner de nuevo en funcionamiento todas esas compañías y fábricas, ordenándolas en un sistema eficiente. Sería muy bueno tener todo eso aquí y no estas empresas que luchan unas contra otras perdiendo tiempo y energías. No hay nada más tonto que la competencia económica.

Rita dijo:

—Yo no podría vivir en esos campos de trabajo, esos dormitorios colectivos del Este. Una amiga mía vivió allí. Le censuraban las cartas. No pudo decirme nada hasta que regresó. Tenían que levantarse a las seis y media de la mañana y las despertaban con una banda de música.

—Te acostumbrarías. Vivienda limpia, comida adecuada, horas de recreo, cuidados médicos. ¿Qué quieres? ¿Cerveza con huevos fritos?

El amplio coche alemán se movió en silencio entre la niebla fresca de la noche de San Francisco.

El señor Tagomi estaba sentado en el piso, sobre las piernas cruzadas. Tenía en la mano un tazón de té negro que soplaba de cuando en cuando mientras alzaba los ojos hacia el señor Baynes y sonreía.

—Magnífico este sitio —dijo Baynes—. Hay verdadera paz aquí en la costa del Pacífico. Muy distinto de… allá —concluyó vagamente.

—“Dios le habla al hombre con el signo del despertar” —murmuró el señor Tagomi.

—¿Perdón?

—El oráculo. Discúlpeme. Una volandera respuesta cortical.

Quiere decirme que estaba distraído, pensó Baynes. Se sonrió.

—Somos gente absurda —dijo el señor Tagomi —que vive de acuerdo con un libro de hace cinco mil años. Le hacemos preguntas como si fuese algo vivo. Está vivo. Lo mismo que la Biblia cristiana. Hay muchos libros vivos. No de un modo metafórico. Los anima el espíritu, ¿no cree usted?

Tagomi alzó los ojos estudiando la reacción de Baynes.

Eligiendo con cuidado las palabras, Baynes dijo: —No… no sé mucho de religiones, y prefiero mantenerme dentro de los límites de mi competencia.

En realidad, no entendía muy bien de qué estaba hablando el señor Tagomi. Debía estar cansado, pensó. Desde que había llegado allí, esa noche todo le parecía… una historia de gnomos. Como si las cosas fueran todas más pequeñas, y al mismo tiempo tuvieran algo de cómico. ¿Qué libro era ese, de hacía cinco mil años? El reloj Mickey Mouse, la tacita frágil del señor Tagomi… y en la pared de enfrente una enorme cabeza de búfalo, fea y amenazante.

—¿Qué es esa cabeza? —preguntó de pronto.

—Nada menos —dijo el señor Tagomi —que el alimento de los aborígenes en días lejanos.

—Ah.

—¿Quiere que le muestre el arte de matar al búfalo? —El señor Tagomi dejó su taza en la mesa y se puso de pie. En su propia casa, de noche, llevaba bata de seda, zapatillas, y corbata blanca. —Aquí voy yo, montado en una locomotora. —Se sentó de cuclillas en el aire. —Sobre las rodillas, un fiel Winchester de 1866, sacado de mi propia colección. —Le echo una ojeada al señor Baynes. —El viaje lo ha cansado, señor.

—Temo que sí —dijo Baynes—. Todo esto me abruma un poco. Tantas preocupaciones de negocios…

Y otras preocupaciones, pensó. Le dolía la cabeza.

Se preguntó si allí, en la costa del Pacífico, se conseguirían los excelentes analgésicos de I. G. Farben.

—Hemos de tener fe en alguien —dijo el señor Tagomi—. No podemos —conocer todas las respuestas. No podemos ver adelante por nuestros propios medios.

El señor Baynes asintió.

—Mi mujer debe de tener algo para la cabeza de usted —dijo el señor Tagomi, viendo que el señor Baynes se quitaba los anteojos y se frotaba la frente—. Los músculos de los ojos duelen. Perdóneme.

Haciendo una reverencia, salió del cuarto.

Lo que necesito es dormir, pensó Baynes. Una noche de descanso.

¿O no enfrento la situación como es debido? Me amilanan las dificultades.

Cuando el señor Tagomi volvió trayendo un vaso de agua y alguna clase de píldora, el señor Baynes dijo: —Tendría que despedirme, sí, y marcharme a mi hotel, pero antes quisiera saber algo. Mañana podríamos discutirlo más ampliamente si a usted le parece. ¿Ha oído hablar de una tercera persona que se uniría a nuestras conversaciones?

La cara del señor Tagomi mostró una expresión de sorpresa, durante un instante. Luego la sorpresa se desvaneció y fue reemplazada por una descuidada indiferencia.

—No oí nada. Sin embargo… es interesante, claro está.

—Alguien de las Islas.

—Ah —dijo el señor Tagomi, muy tranquilo ahora, y aparentemente nada sorprendido.

—Un hombre de negocios de cierta edad, ya retirado —dijo el señor Baynes—. Que viene por barco. Salió hace dos semanas. No le gusta viajar en avión.

—Los primores de lo arcaico —dijo el señor Tagomi.

—Conoce bien el mercado en las Islas y podrá informarnos adecuadamente. De cualquier modo iba a venir a San Francisco a pasar unas vacaciones. No es terriblemente importante, pero con su ayuda nuestras conversaciones podrán ser más precisas.

—Sí —dijo el señor Tagomi—, informándonos acerca de la situación —del mercado en las Islas. He estado fuera dos años.

—¿Quiere darme esa píldora, por favor?

Sobresaltándose, el señor Tagomi bajó los ojos y vio que todavía tenía en las manos la píldora y el agua.

—Perdón. Es un remedio poderoso. Se llama saracaína. Fabricada por una compañía de drogas en el distrito chino. —Extendió la mano y añadió: —No crea hábito.

—Este señor anciano —dijo el señor Baynes mientras se preparaba a tomar la píldora —irá a verlo a usted directamente en la Misión Comercial, creo. Le daré el nombre para que la gente de usted lo reciba cuando llegue el momento. Yo no lo conozco, pero tengo entendido que es un poco sordo y un poco excéntrico. No queremos que se sienta… desagradado. —El señor Tagomi puso cara de haber entendido. —Le gustan los rododendros. Se sentirá feliz si usted consigue a alguien que pueda hablarle de rododendros durante una media hora, mientras preparamos nuestra conferencia. Le escribiré el nombre.

El señor Baynes se tomó la píldora, sacó la lapicera y escribió.

—El señor Shinjiro Yatabe —leyó el señor Tagomi aceptando el papelito y guardándolo obedientemente en la libreta de notas.

—Algo más.

El señor Tagomi se llevó la taza a los labios, lentamente, escuchando.

—Una minucia delicada. Este viejo señor… tiene casi ochenta años. Antes de retirarse hizo algunos malos negocios. ¿Comprende usted?

—Ya es una persona acomodada —dijo el señor Tagomi—. Y vive quizá de una pensión.

—Exactamente. Y la pensión es penosamente pequeña. Y trata de aumentarla con distintas operaciones, aquí y allí.

—Una información de muy escasa importancia —dijo el señor Tagomi—. La burocracia, como siempre. Entiendo muy bien la situación. El anciano caballero recibe un estipendio por su asesoramiento, y no informa a la Caja de Pensiones. De modo que hemos de mantener en secreto esa visita. Ellos sólo saben que se toma tinas vacaciones.

—Es usted un hombre avezado.

—Esta situación ya se ha presentado antes —dijo el señor Tagomi —. En nuestra sociedad no hemos resuelto aún el problema de los ancianos, cada día más numerosos a medida que progresa la ciencia médica. La China nos ha enseñado a honrar a los ancianos. Para los alemanes, sin embargo, nuestra negligencia es casi una virtud. Tengo entendido que matan a los viejos.

—Los alemanes —murmuró Baynes frotándose de nuevo la frente.

¿Le había hecho efecto la píldora? Se sentía un poco somnoliento.

—Siendo usted escandinavo ha tenido sin duda muchos contactos con la Europa Festung. Por ejemplo, usted embarcó en Tempelhof. ¿Es posible defender una actitud semejante? Usted es neutral. Deme su opinión, si le parece.

—No sé de qué actitud me habla —dijo el señor Baynes.

—La actitud hacia los viejos, los enfermos, los débiles, los locos, todas las variedades de los inútiles. “¿Para qué sirve un bebé recién nacido?” se preguntó una vez un filósofo anglosajón. He meditado muy a menudo en esa frase. Pues bien, no sirve en general para nada.

El señor Baynes emitió algunos sonidos ininteligibles y corteses.

—¿No es acaso cierto —dijo el señor Tagomi —que ningún hombre ha de ser instrumento de las necesidades de otro? —Se inclinó hacia adelante, ansiosamente. —Por favor, deme usted su opinión neutral escandinava.

—No sé —dijo el señor Baynes.

—Durante la guerra —dijo el señor Tagomi —fui un funcionario menor en el Distrito de la China. En Shangai. El gobierno imperial mantenía allí un campamento de judíos, y el ministro nazi en Shangai nos exigió que los masacráramos. Pedí consejo a mis superiores. La

respuesta fue “nos oponemos por consideraciones humanitarias”. Rechazaron la exigencia como muestra de barbarie. Me impresionó.

—Ya veo —murmuró el señor Baynes. ¿Me está tirando de la lengua? se preguntó. Se sentía despierto ahora. Estaba recobrando la lucidez.

—Los nazis —continuó el señor Tagomi —dijeron siempre que los judíos no son de raza blanca, sino asiáticos. Señor, las autoridades del Japón, aun ciertas gentes del gabinete de guerra, han meditado a menudo en las implicaciones de esta teoría. No he discutido nunca el asunto con ciudadanos del Reich, pero…

El señor Baynes lo interrumpió.

—Bueno, yo no soy alemán. De modo que no puedo hablar en nombre de Alemania. —Se puso de pie y fue hacia la puerta — Continuaremos la discusión mañana. Perdóneme, hoy no puedo pensar.

En realidad, se sentía completamente lúcido. Tengo que salir de aquí, se dijo. Este hombre me está llevando demasiado lejos.

—Perdone usted la estupidez del fanatismo —dijo el señor Tagomi apresurándose a abrir la puerta—. Las preocupaciones filosóficas me han hecho olvidar la realidad humana.

Llamó en japonés y la puerta de calle se abrió. Un joven japonés entró y saludó con una reverencia, echándole una ojeada al señor Baynes.

Mi chofer, pensé, el señor Baynes.

Quizá aquellas observaciones quijotescas en el vuelo de la Lufthansa, se le ocurrió de pronto. Lo que le había dicho a aquel fulano, Lotze. Había hablado con los japoneses de allí seguramente.

Lamentó haber atacado a Lotze de aquel modo, ahora era demasiado tarde.

No soy la persona adecuada, se dijo. De ningún modo. No para esto.

Y sin embargo, un sueco podía decir esas cosas. Todo estaba bien. Era demasiado escrupuloso. Arrastraba aún hábitos del pasado. Pero en realidad podía hablar libremente ahora. Tenia que adaptarse.

No obstante, se resistía totalmente a esa adaptación. La sangre que llevaba en las venas, los huesos, los órganos. Abre la boca, se dijo. Di algo, cualquier cosa. Una opinión, si quieres tener éxito.

—Quizá —dijo —los impulsa un desesperado arquetipo inconsciente. En el sentido jungiano.

El señor Tagomi asintió.

—He leído a Jung. Entiendo.

Se dieron la mano.

—Lo llamaré por teléfono mañana a la mañana —dijo el señor Baynes—. Buenas noches, señor.

Saludó con una reverencia y el señor Tagomi respondió del mismo modo.

El joven y sonriente japonés dio un paso adelante, y dijo algo que el señor Baynes no pudo entender.

—¿Eh? —dijo Baynes mientras recogía el abrigo y salía al porche.

El señor Tagomi explicó: —Le está hablando en sueco, señor. Ha seguido un curso en la Universidad de Tokio sobre la guerra de los treinta años y es un admirador del gran héroe de ustedes, Gustavo Adolfo. —El señor Tagomi sonrió con simpatía. —Es evidente, sin embargo, que no ha logrado dominar una lengua tan extraña. Habrá estudiado conversación con discos de fonógrafo. Un sistema barato, muy popular entre los estudiantes.

El joven japonés, que evidentemente no comprendía inglés, inclinó la cabeza y sonrió.

—Entiendo —dijo el señor Baynes—. Bueno, deséele buena suerte de mi parte.

Yo tengo también mis problemas con la lengua, pensó. No hay ninguna duda.

Dios, el estudiante japonés lo llevaría al hotel y trataría de hablarle en sueco todo el camino. Un idioma que el señor Baynes entendía apenas, y sólo cuando se lo hablaba con mucha corrección, no ciertamente en boca de un estudiante japonés que había tratado de aprenderlo oyendo unos discos.

No conseguirá que yo entienda una palabra, pensó el señor Baynes, pero insistirá una y otra vez. Tiene que aprovechar esta oportunidad, pues es difícil que se encuentre otra vez con un sueco. El señor Baynes gruñó entre dientes. Qué prueba de fuego sería el viaje en auto, para los dos.

Capítulo 6

La señora Juliana Frink había salido a la mañana temprano a hacer sus compras y caminaba ahora por la acera, llevando los dos sacos de papel, deteniéndose delante de los escaparates, y disfrutando del día luminoso y fresco.

¿No tenía que comprar algo en la cafetería? Entró. No comenzaba a trabajar en la academia de judo hasta el mediodía y le sobraba tiempo. Se sentó en un taburete junto al mostrador, dejó sus paquetes a un costado y se puso a mirar las revistas.

El último número de Life, vio, traía un artículo importante titulado: TELEVISIÓN EN EUROPA. UNA OJEADA AL FUTURO. Juliana volvió las páginas, interesada, y vio la fotografía de una familia alemana que miraba televisión. El canal de Berlín, decía el artículo, transmitía ya durante cuatro horas. Un día habría estaciones de televisión en todas las principales ciudades europeas. Y en 1970 instalarían una en Nueva York.

Otra fotografía mostraba cómo unos ingenieros alemanes ayudaban a unos técnicos neoyorquinos. Era fácil descubrir quiénes eran los alemanes. Hombres de aspecto saludable, limpios, enérgicos. Los norteamericanos, por su parte, eran gente, y nada más.

Uno de los técnicos alemanes señalaba algo, y los norteamericanos trataban de ver qué señalaba. Yo diría que tienen mejor vista que nosotros, decidió Juliana. Una dieta más adecuada durante estos últimos veinte años. Se dice que pueden ver cosas que nadie ve. ¿Vitamina A quizá?

¿Cómo sería eso de estar sentado en la casa de uno y ver todo el mundo en una pantallita, gris? En verdad, si los nazis podían volar entre la Tierra y Marte no era difícil tampoco que consiguieran transmitir imágenes. Me parece que yo preferiría eso, se dijo Juliana, ver esos espectáculos cómicos con Bob Hope y Jimmy Durante. Ir de un lado a otro por Marte no le parecía tan atractivo. Sí, pensó mientras dejaba la revista en el estante. Los nazis no tenían sentido del humor, y la televisión no podía entusiasmarlos mucho. De cualquier modo habían matado a la mayoría de los grandes cómicos, casi todos judíos. En realidad habían matado casi todas las formas de entretenimiento. No se sabía muy bien por qué toleraban a Bob Hope. Por supuesto, Hope tenía que transmitir desde Canadá. Había un poco más de libertad allí. Pero Hope decía cosas realmente. Como aquel chiste sobre Goering… Goering compraba la ciudad de Roma y se la llevaba a su retiro en las montañas y luego la ponía de nuevo en su sitio. Y revivía el cristianismo para que sus leones tuvieran algo que…

—¿Va a comprar esa revista, señorita? —dijo el anciano

macilento que atendía el mostrador, mirándola.

Juliana dejó el ejemplar del Reader's Digest que había empezado a hojear.

Caminando otra vez por la acera con sus paquetes, Juliana pensó: Quizá Goering sea el nuevo Führer cuando muera Bormann. Parece distinto de los otros. Bormann subió antes porque estaba allí esperando mientras Hitler empeoraba. El viejo Goering, en cambio, se pasaba los días en su palacio de los bosques. Goering debía de haber sido Führer después de Hitler, pues su Luftwaffe había destruido los puestos de radar ingleses, y luego la RAF. Hitler hubiera preferido que bombardearan Londres, hasta no dejar una casa en pie, como en Rotterdam.

Pero Goebbels se le adelantaría seguramente, decidió. Eso era lo que decía todo el mundo. Si el espantoso Heydrich no llegaba antes. Heydrich los mataría con gusto a todos. Estaba loco de veras.

El que me gusta, pensó, es von Schirach, el único que parece normal. Pero no tenía ninguna posibilidad.

Dio media vuelta y subió los escalones del viejo edificio de madera.

Cuando abrió la puerta del dormitorio vio que Joe Cinnadella estaba aún donde lo había dejado, en el centro de la cama, boca abajo, con los brazos colgando a los costados, durmiendo.

No, pensó. No puede estar todavía aquí. El camión se ha ido.

Entró en la cocina y dejó los paquetes en la mesa junto a los platos del desayuno.

¿Habrá esperado a que el camión se fuera a propósito? se preguntó.

Qué hombre raro… Había estado tan activo con ella, casi toda la noche. Y sin embargo, había sido siempre como si él no hubiese estado allí, como si todo el tiempo él hubiera estado pensando en otra cosa.

Guardó lo que había comprado en el congelador, y luego se puso a limpiar la mesa del desayuno. Quizá lo había hecho tantas veces, pensó, que ya era para él como una segunda naturaleza. Se mueve como yo ahora mientras pongo estos platos y estos cubiertos en la pileta, pensó. Podría hacerlo aunque le sacaran tres cuartas partes del cerebro, como la pata de una rana en una clase de biología.

—Eh —llamó—, despierta.

Joe gruñó y se agitó en la cama.

—¿Oíste el programa de Bob Hope la otra noche? —dijo Juliana —. Contó un chiste realmente gracioso. Un mayor alemán se entrevista con unos marcianos. Los marcianos no tienen certificados que prueben la ascendencia aria de la raza, y el mayor informa a Berlín que Marte está habitado por judíos. —Entró en el dormitorio — Y los marcianos miden treinta centímetros y tienen dos cabezas…

Joe había abierto los ojos. No dijo nada. Se quedó mirando a Juliana, sin parpadear. Una sombra de barba en la mejilla, la mirada tenebrosa…, Juliana calló.

—¿Qué pasa? —le dijo —al fin—. ¿Tienes miedo?

No, pensó enseguida, Frank tenía miedo. Esto es en cambio… no sé qué.

—El camión se fue —dijo Joe, sentándose.

—¿Qué vas a hacer?

Juliana se sentó también al borde de la cama y se secó los brazos y manos con el repasador.

—Me recogerá cuando pase de vuelta por aquí. Mi compañero no le dirá nada a nadie. Sabe que yo haría lo mismo por él.

—¿Ya ocurrió antes?

Joe no respondió. Lo dejaste ir, se dijo Juliana. Lo supe enseguida.

—¿Y si toma otra ruta? —preguntó.

-.Siempre toma la cincuenta. Nunca la cuarenta. Tuvo un accidente una vez en la cuarenta. Unos caballos se le cruzaron en el camino y se los llevó por delante. En las Rocosas.

Joe tomó las ropas de la silla y empezó a vestirse.

—¿Cuántos años tienes, Joe? —preguntó mientras le miraba el cuerpo desnudo.

—Treinta y cuatro.

Entonces, pensó Juliana, debes de haber estado en la guerra. Joe no tenía ningún defecto físico evidente. Un cuerpo proporcionado, delgado, con piernas largas. Joe notó que Juliana lo miraba y se volvió, encogiéndose.

—¿No puedo mirar? —dijo Juliana, preguntándose por qué no. Toda la noche juntos y ahora esta pudibundez—. ¿Somos bichos? —dijo—. ¿No toleramos vernos a la luz del día? ¿Tenemos que escondernos en los agujeros de las paredes?

Joe gruñó y fue hacia el baño en calzoncillos y calcetines, frotándose la barbilla.

Esta es mi casa, pensó Juliana. Dejo que te quedes, y tú no permites que lo mire. ¿Para qué te quedas entonces?

Fue también al baño. Joe estaba llenando la palangana con agua caliente, para afeitarse. Tenía un tatuaje en el brazo, descubrió Juliana, una letra C de color azul.

—¿Qué es eso? ¿Tu mujer? ¿Conne? ¿Corinne?

—Cairo —dijo Joe, enjabonándose.

Que nombre exótico, pensó Juliana con envidia. Y sintió enseguida que enrojecía. Soy realmente estúpida, se dijo. Un italiano de treinta y cuatro años que venía de la parte nazi del mundo… Había estado en la guerra, por supuesto, del lado del Eje. Y había combatido

en El Cairo. El tatuaje era el sello de los veteranos italianos y alemanes, un recuerdo de la campaña en la que el Afrikan Korps del general Rommel había derrotado a los australianos y a los ingleses comandados por el general Gott.

Salió del baño, volvió al dormitorio, y empezó a hacer la cama con manos rápidas.

Las cosas de Joe estaban apiladas ordenadamente en la silla. La ropa, una valija pequeña, artículos personales. Entre ellos una cajita de felpa, algo parecida a un estuche de anteojos. Juliana la abrió y miró adentro.

Peleaste en El Cairo, realmente, se dijo mientras contemplaba la cruz de hierro con el nombre de Joe y la fecha grabados en la parte superior. No le daban la cruz a todos, sólo a los valientes. Se preguntó qué habría hecho Joe. No tenía entonces más de diecisiete años.

Joe apareció en la puerta del cuarto de baño cuando Juliana sacaba la medalla de la caja. Juliana se sobresaltó, sintiéndose culpable. Pero Joe no parecía enojado.

—Estaba mirándola —dijo Juliana—. Nunca había visto una antes. ¿Te la puso el mismo Rommel?

—Me la dio el general Bayerlein. Rommel había sido transferido a Inglaterra, para que dirigiera allí las últimas batallas.

Joe había hablado con una voz serena, pero había empezado a frotarse la frente de nuevo, con aquel movimiento monótono que parecía un tic nervioso, meciéndose los dedos en el pelo como si se peinara.

—¿Me contarás? —preguntó Juliana.

Joe volvió al baño y mientras se afeitaba y se daba una ducha caliente le contó a Juliana una breve historia, nada parecida a la que ella hubiese querido escuchar. Los dos hermanos mayores habían combatido en la campaña de Etiopía. Él tenía entonces trece años y era miembro de una organización fascista de jóvenes, en Milán, su ciudad natal. Más tarde los dos hermanos se habían enganchado en un batallón de artilleros, a las órdenes de un mayor llamado Ricardo Pardi, y cuando estalló la segunda guerra mundial, Joe se había unido a ellos. Combatieron juntos en el ejército de Graziani. El equipo, los tanques sobre todo, no servía para nada. Cada vez que se encontraban con los ingleses, los soldados y hasta los oficiales de Graziani caían como moscas. Para que las puertas de los tanques no se abrieran las sostenían desde dentro con sacos de arena. El mayor Pardi, sin embargo, consiguió al fin unos proyectiles defectuosos. El batallón los pulió, los engrasó, y los disparó contra el enemigo. La artillería de Pardi detuvo así a los tanques del general Wavell en el 43.

—¿Viven aún tus hermanos? —preguntó Juliana.

Los hermanos de Joe habían muerto en el 44. Los comandos

ingleses, el grupo del desierto que operaba detrás de las líneas alemanas, los habían estrangulado con alambre. Los comandos habían peleado ferozmente en los últimos días de la guerra, cuando era claro ya que los aliados no podían ganar.

—¿Qué piensas ahora de los ingleses? —preguntó Juliana, titubeando.

Joe habló con un tono inexpresivo. —Me hubiera gustado que hubiesen hecho en Inglaterra lo que hicieron en Africa.

—Pero han pasado… dieciocho años —dijo Juliana—. Sé que los ingleses, especialmente, se comportaron de un modo terrible. Pero,..

—Hablan de las cosas que los nazis les hicieron a los judíos —dijo Joe—. Los británicos los superaron. En la batalla de Londres. —Una pausa —Aquellas armas de fósforo y petróleo. Vi las tropas alemanas, luego. Barcazas y barcazas reducidas a cenizas. Y las cañerías bajo el agua, que incendiaban el mar. Y las incursiones aéreas sobre la población civil. Churchill pensaba que los bombardeos aún podían salvar la guerra, en los últimos días. Los ataques terribles a Hamburgo y Essen…

—No hablemos de eso —dijo Juliana. Se puso a freír jamón, en la cocina, y se volvió al aparatito de radio Emerson, de caja plástica, que Frank le había regalado en un cumpleaños—. Te prepararé algo de comer. —Buscó en la radio una música ligera y agradable.

—Mira esto —dijo Joe, sentado en la cama junto a la valijita. La había abierto sacando un libro gastado por el uso. Le sonrió a Juliana, mostrando los dientes—. Acércate. ¿Sabes qué dicen algunos? Este hombre… —señaló el libro —es muy gracioso. Siéntate. —Tomó a Juliana por el brazo y la obligó a sentarse. —Quiero leerte. Imagina que hubieran ganado ellos. ¿Qué hubiese ocurrido? No tenemos por qué preocuparnos. Este hombre lo ha pensado todo ya.

—Joe abrió el libro y pasó lentamente las hojas —El Imperio Británico controlaría toda Europa. Todo el Mediterráneo. Ni Italia ni Alemania estarían allí. Soldaditos de altos sombreros de piel en todas partes. Los dominios del rey llegarían al Volga.

—¿Eso sería tan malo? —preguntó Juliana, en voz baja.

—¿Leíste el libro?

—No —reconoció Juliana, inclinándose para ver la cubierta. Había oído hablar del libro, sin embargo. Mucha gente estaba leyéndolo—. Pero Frank y yo, mi primer marido y yo, hablábamos a menudo de cómo sería el mundo si los aliados hubiesen ganado la guerra.

Joe no escuchaba, aparentemente. Tenía los ojos clavados en el ejemplar de La langosta se ha posado.

—Y en este libro —dijo—, ¿sabes cómo ganaron los ingleses? ¿Cómo batieron al Eje?

Juliana meneó la cabeza, sintiendo la tensión creciente de Joe. La barbilla le temblaba ahora a Joe; se pasaba la lengua por los labios, y se acariciaba el pelo. Habló al fin con una voz ronca: —Italia traiciona al Eje.

—Oh —dijo Juliana.

—Italia se pasa a los aliados. Se une a los anglosajones y abre lo que este hombre llama el "suave bajo vientre" de Europa. Pero es natural que lo imagine de este modo. Todos sabemos qué cobardes eran los soldados italianos: echaban a correr cada vez que veían a los ingleses. Siempre con la botella de vino en la mano. Hombres blandos, poco amigos de la guerra. Este hombre… —Joe cerró el libro y miró la contratapa. —Abendsen. No lo acuso. Escribe esta fantasía, imagina cómo sería el mundo si el Eje hubiera perdido. ¿Cómo hubiera podido perder sino por la traición de los italianos? —Joe carraspeó —El duce… era un payaso. Nadie lo ignora.

—Tengo que dar vuelta al jamón.

Juliana se apartó y se metió otra vez en la cocina.

Joe fue detrás de ella, llevando el libro.

—Y luego entraron los norteamericanos en la guerra. Después de vencer a los japoneses. Y terminada la guerra, los ingleses y los norteamericanos se dividen el mundo. Exactamente como lo hicieron en la realidad los japoneses y los alemanes.

—Los japoneses, los alemanes y los italianos —dijo Juliana.

Joe se quedó mirándola.

—Te olvidabas de los italianos —dijo Juliana mirándolo, serenamente. ¿Tú también te olvidas?, pensó. ¿Cómo todos los demás? El pequeño imperio del Cercano Oriente… la comedia musical Nueva Roma.

Joe se sentó a la mesa y Juliana le sirvió un plato de jamón con huevos tostados y mermelada, y café. Joe comió rápidamente.

—¿Qué te servían en Africa del Norte? —preguntó Juliana, sentándose.

—Carne de asno —dijo Joe.

—Qué asco.

Torciendo la cara, Joe continuó:

—Asino Morto. Las latas tenían las iniciales estampadas: AM. Los alemanes las llamaban Alter Mann. Hombre Viejo.

Joe se puso a comer otra vez.

Me gustaría leer esto, pensó Juliana mientras tomaba el libro de debajo del brazo de Joe. ¿Se quedará aquí tanto tiempo? El libro tenía manchas de grasa, y páginas rotas, y marcas de dedos en todas partes. Había sido leído por camioneros en las largas paradas, pensó Juliana, a altas horas de la noche… Apuesto a que lees lentamente, Joe, se dijo. Apuesto a que estás metido en este libro desde hace semanas o

meses.

Abriendo el libro por cualquier parte, leyó:

> —…ahora, en la ancianidad, imaginaba un porvenir tranquilo, un dominio que los antiguos podían haber concebido, pero sin comprender: naves que iban de Crimea a España, y en todas partes la misma moneda, la misma bandera, el mismo lenguaje. La vieja Unión que se extendía de la salida del sol a la puesta del sol: había sido alcanzado al fin, el sol y la bandera…

—El único libro que llevo siempre conmigo —dijo Juliana —no es realmente un libro: es un oráculo, el I Ching… Frank me acostumbró a usarlo, y recurro a él cada vez que tengo que decidir. —Cerró La langosta se ha posado. —¿Quieres verlo? ¿Quieres que lo consultemos?

—No —dijo Joe.

Apoyando el mentón en los brazos cruzados, sobre la mesa, y mirando a Joe de soslayo, Juliana dijo: —¿Te has mudado aquí para siempre? ¿Qué proyectos tienes?

Todo el tiempo inventando insultos y calumnias, pensó. Joe la horrorizaba, con ese odio a la vida. Pero… tenía algo. Era como un animalito, poco importante, pero listo. Estudiando la cara limitada, morena y desierta de Joe, Juliana se preguntó cómo era posible que en algún momento le hubiese parecido más joven. Pero aun esto era cierto, se dijo. Estaba todavía en la infancia, el hermanito menor que adora a los dos hermanos mayores, al mayor Pardi, y al general Rommel, y que jadea y suda para soltarse y arrojarse sobre los soldados británicos. ¿Habrían ahorcado realmente a los hermanos de Joe, con alambre? Los cuentos de atrocidades y las fotos que se habían publicado luego de la guerra… Juliana se estremeció. Pero los comandos británicos habían sido juzgados y condenados hacía ya mucho tiempo.

En la radio había cesado la música, y ahora se oía lo que parecía ser un programa de noticias, transmitido en onda corta desde Europa. La voz se apagó y fue sólo un farfulleo. Una pausa, y nada. Silencio. Luego el locutor de Denver, con mucha claridad. Juliana se inclinó para cambiar la estación pero Joe le detuvo la mano.

—…la noticia de la muerte del canciller Bormann ha sorprendido al pueblo alemán, pues ayer apenas se había anunciado…

Juliana y Joe se pusieron de pie de un salto.

—…todas las estaciones de radio alemanas cancelaron sus programas habituales y los oyentes escucharon los compases solemnes,

del coro de la división SS Das Reich que entonó el himno del Partido, el Horst Wessel Lied. Más tarde, en Presde, donde se encuentran el Secretario del Partido y los jefes de la Sicherheitsdienst, la policía de seguridad nacional que reemplazó a la Gestapo luego de…

Joe subió el volumen.

—…la reorganización del gobierno, de acuerdo con los consejos del desaparecido Reichsführer Himmler—, Albert Speer y otros, se han proclamado dos semanas de duelo nacional, y se informa que muchas tiendas y oficinas ya han cerrado sus puertas. Y sin embargo nada se ha dicho aún de la convocatoria del Reichstag, el antiguo parlamento del Tercer Reich, que ha de aprobar…

—Será Heydrich —dijo Joe.

—Me gustaría que fuese ese hombre grande y rubio, Schirach —dijo Juliana—. Cristo, de modo que al fin se murió. ¿Crees que Schirach tiene alguna oportunidad?

—No —dijo Joe, secamente.

—Quizá estalle una guerra civil —dijo Juliana—. Pero son tan viejos ahora, Goering y Goebbels, todos los muchachos del viejo Partido.

La radió decía en ese momento:—… entrevistado en su retiro de los Alpes, cerca de Brenner…

—Ese es el gordo Hermann —comentó Joe.

—…dijo simplemente que se sentía muy apenado por la muerte de alguien que no era sólo un soldado, un patriota y un leal jefe del Partido sino también, como lo había dicho muchas veces, un amigo personal, y a quien, como todos recuerdan, apoyó poco después de la guerra, cuando los elementos que se oponían al ascenso de Herr Bormann al poder supremo…

Juliana apagó la radio.

—Pura charla dijo—. ¿Por qué usan las palabras de ese modo? Hablan de esos criminales terribles como si fuesen parecidos a nosotros..

—Son como nosotros —dijo Joe. Se sentó otra vez y volvió a la comida—. No hicieron nada que no hubiéramos hecho nosotros si hubiésemos estado en su lugar. Salvaron al mundo del comunismo. Estaríamos viviendo ahora gobernados por los rojos, si no hubiese sido por Alemania. Estaríamos peor.

—Hablas y hablas —dijo Juliana—. Como la radio. Charla pura.

—He vivido bajo los nazis —dijo Joe—. Sé cómo es. ¿Es sólo charla haber vivido con ellos trece, casi quince años? Conseguí una tarjeta de trabajo de la OT. Trabajé para la Organización Todt desde 1947, en Africa del Norte y los Estados Unidos. Escucha. —sacudió el índice ante la cara de Juliana. —Yo tenía ese talento de los italianos para trabajar los terrenos; la OT me clasificó entre los mejores. No me

dedicaba a palear asfalto y a mezclar cemento para los autobahns. Era ayudante de un ingeniero. Un día el doctor Todt vino a inspeccionar el trabajo de la cuadrilla. "Tiene usted buenas manos", me dijo. Fue un gran momento, Juliana. Te reconocen la dignidad del trabajo, no son sólo palabras. Antes de los nazis. todo el mundo despreciaba el trabajo manual, yo también. Todos éramos aristócratas. El Frente de Trabajo puso fin a todo eso. Me vi las manos por primera vez en la vida. —Hablaba ahora muy rápidamente y con tanto acento que a Juliana le costaba trabajo seguirlo. —Todos vivíamos allá en los bosques, en el norte del Estado de Nueva York, como hermanos. Cantábamos canciones. Íbamos a trabajar entonando marchas. Era el espíritu de la guerra, pero para la construcción, no la destrucción. Aquellos fueron los mejores días, la reconstrucción luego de la lucha, hileras de edificios públicos, sólidos, limpios, hermosos; levantábamos otra vez manzana a manzana todo el centro de las ciudades, Nueva York y Baltimore. Ahora, por supuesto, ese trabajo ha quedado atrás. Los grandes monopolios como Krupp and Sohnen de Nueva Jersey son los que mandan. Pero esto no es nazi; es el viejo poder europeo. Y algo peor. Los nazis como Rommel y Todt son hombres millones de veces mejores que los industriales como Krupp y los banqueros, y todos esos prusianos. Tendrían que haber pasado por las cámaras de gas. Todos esos caballeros de etiqueta.

Pero, pensó Juliana, los caballeros de etiqueta están aquí para siempre. Y tus ídolos, Rominel y el doctor Todt, vinieron aquí luego de la guerra sólo a sacar la basura, a construir los caminos, a poner en marcha las industrias. Hasta dejaron a los judíos con vida, una sorpresa afortunada. Una amnistía, para que los judíos pudieran trabajar también. Hasta el 49 por lo menos… y luego adiós Rommel y Todt, retírense a descansar.

¿No lo sabía acaso? se preguntó Juliana. ¿No se lo había oído todo esto a Frank? Joe no podía decirle nada nuevo acerca de la vida bajo los nazis. Mi marido era —es —judío, pensó; sabían bien que el doctor Todt era un hombre incomparablemente modesto, educado, que sólo pretendía dar trabajo —trabajo decente y respetable —a millones de hombres y mujeres norteamericanos que iban de un lado a otro entre las ruinas, pálidos y sin esperanza. Todt quería dar asistencia médica y habitación y vacaciones a todos los hombres, sin tener en cuenta la raza. Era un constructor, no un pensador… y en la mayoría de los casos había conseguido lo que quería, lo había conseguido realmente. Pero…

Una idea que venía molestándola salió de pronto a la luz.

—Joe. La langosta, ¿no está prohibido en el Este?

Joe asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Cómo puedes leerlo entonces? —Había algo poco claro aquí —

¿No fusilan a la gente que lee libros prohibidos?

—Eso depende de tu grupo racial. De la banda que lleves en el brazo.

Por supuesto. Los eslavos, los polacos, los portorriqueños no podían leer o escuchar cualquier cosa. Los anglosajones habían salido mejor del paso. Mandaban a sus niños a las escuelas públicas, iban a los museos, las bibliotecas, los conciertos. Sin embargo… La langosta no era lectura reservada a algunos. Estaba prohibido, y para todos.

—Lo leo en los cuartos de baño —dijo Joe—. Lo escondo en la almohada. En realidad, lo leo porque está prohibido.

—Eres valiente —dijo Juliana.

Joe. titubeó: —¿Me estás tomando el pelo?

—No.

Joe aflojó el cuerpo.

—Es fácil para ustedes aquí. Viven a salvo, sin propósito definido, sin nada que hacer, sin preocupaciones. Fuera de la corriente de la historia, aún en el pasado, ¿no es así?

Miró a Juliana burlonamente.

—Te estás envenenando —dijo Juliana —con tu propio cinismo. Te han llevado todos tus ídolos, uno por uno, y ahora no tienes a nadie a quien querer.

Le alcanzó a Joe el tenedor. Come, pensó. O renuncia también a los procesos biológicos.

—Joe, mientras comía, señaló el libro con un movimiento de cabeza y dijo: —Ese hombre, Abendsen, vive cerca de aquí, según dice la cubierta. En Cheyenne. Desde un sitio tan seguro puede tener realmente una buena perspectiva del mundo, ¿no te parece? Lee lo que dice, léelo en voz alta.

Juliana tomó el libro y leyó en la contratapa: —"Ex marino. En Inglaterra, durante la segunda guerra mundial, fue herido por un sargento nazi del cuerpo de tanques. Escribe en lo que es prácticamente una fortaleza, rodeado de armas." —Juliana dejó el libro y comentó: —No lo dice aquí, pero he oído que es casi paranoico. Alambre de púa electrizado alrededor de la casa, y eso en plena montaña. Es difícil llegar.

—Quizá tenga razón —lijo Joe —al vivir así. Luego de escribir ese libro. Los jerarcas nazis pusieron el grito en el cielo cuando lo leyeron.

—Ya vivía así antes. Escribió el libro allí. El sitio se llama… —Juliana echó una ojeada a la solapa del libro. —El Castillo. Así lo llama él.

—No lo detendrán —dijo Joe, masticando rápidamente—. Ha de estar siempre atento. Es un hombre listo.

—Pienso que se necesita mucho coraje para escribir un libro así —dijo Juliana—. Si el Eje hubiera perdido la guerra podríamos decir y

escribir cualquier cosa, como antes. Éramos un país unido y teníamos un sistema legal justo, igual para todos.

Juliana, sorprendida, vio que Joe asentía.

—No lo entiendo —dijo—. ¿En qué crees? ¿Qué buscas? Defiendes a esos monstruos que asesinaron a los judíos; y luego tú…

Tomó a Joe por las orejas y tironeó. Joe parpadeó sorprendido y dolorido. Juliana se puso de pie, arrastrándolo.

Se miraron, resollando, incapaces de hablar.

—Déjame terminar la comida que me has preparado —dijo Joe al fin.

—¿No me lo dirás? ¿No quieres decírmelo? Lo sabes muy bien, y sigues comiendo como si no tuvieras la menor idea de lo que hablo.

Juliana le soltó las orejas a Joe, brillantes y rojas.

—Charla sin sentido —dijo Joe—. No vale nada. Como la radio, lo que tú dijiste. ¿No recuerdas cómo llamaban los camisas pardas a la gente que se pasa las horas tejiendo filosofías? Eierkofif. Cabeza de huevo. Pues esas cabezas redondas se quiebran muy fácilmente… en los tumultos callejeros.

—Si piensas eso de mí —dijo Juliana—, ¿por qué no te vas? ¿Para qué te quedas?

La sonrisa enigmática de Joe le heló la sangre.

Ojalá nunca te hubiera dejado venir conmigo, se dijo. Y ahora es demasiado tarde. Sé que no puedo librarme de él, es demasiado fuerte.

Algo terrible está pasando, pensó. Algo que sale de él. Y me parece que yo ayudo.

—¿Qué te ocurre? —Joe se acercó a ella, le tocó la barbilla, le acarició el cuello, metió los dedos por debajo de la blusa y le apretó los hombros afectuosamente. —Estás de mal humor. Tienes un problema. Te analizaré.

—Te llamarán analista judío. —Juliana sonrió débilmente. —¿Quieres terminar tus días en un horno?

—Les tienes miedo a los hombres, ¿no es así?

—No sé.

—Lo vi anoche. Porque yo… —Joe se interrumpió bruscamente. —Estuve atento a lo que querías y necesitabas.

—Claro, porque te acostaste con tantas mujeres, eso habías empezado a decir.

—Pero sé que tengo razón. Escucha. Nunca te haré daño, Juliana. Te lo juro por mi madre muerta. Te doy mi palabra. Tendré una consideración especial contigo, y si quieres aprovechar mi experiencia, te ayudaré. Te quitaré los nervios. Puedo hacer que te sientas mejor, y no en mucho tiempo. Has tenido mala suerte, eso es todo.

Juliana asintió, un poco animada. Pero se sentía aún fría y triste, y no sabía realmente por qué.

Antes de empezar el día, el señor Nobusuke Tagomi estaba un rato a solas. Se sentaba en la oficina del edificio del Times nipón y meditaba.

Ya antes de dejar la casa para ir a la oficina, había recibido el informe de Ito sobre el señor Baynes. No había ninguna duda en la mente del estudiante: el señor Baynes no era sueco. El señor Baynes era indudablemente un hombre de nacionalidad alemana.

Pero el conocimiento que tenía Ito de las lenguas germanas nunca había impresionado a Misiones Comerciales ni a la Tokkoka, la policía secreta japonesa. El tonto, posiblemente, no había encontrado nada de qué hablar, se dijo el señor Tagomi. Un entusiasmo torpe, unido a doctrinas románticas. Una sospechosa manía de husmear.

De cualquier modo la conferencia con el señor Baynes y el individuo anciano de las Islas comenzaría pronto, a la hora anunciada, cualquiera que fuera la nacionalidad del señor Baynes. Y al señor Tagomi le gustaba el hombre. Esto era, decidió, el talismán básico del hombre de alta posición, como él mismo. Reconocer enseguida al hombre de valor. Intuición para juzgar a la gente. Saber ver más allá de las ceremonias de cortesía y las formalidades. Descubrir el corazón.

El corazón encerrado entre dos líneas de yin, de pasión oscura. Ahogado a veces, y sin embargo, aun entonces, en el centro, la luz de yang, el resplandor. Me gusta ese hombre, se dijo el señor Tagomi, alemán o sueco. Esperaba que la saracaína le hubiese aliviado el dolor de cabeza. Tenía que preguntárselo, antes que nada.

El intercomunicador del escritorio emitió un zumbido.

—No —dijo el señor Tagomi en el micrófono—. Nada de discusiones. Este es un momento dedicado a la Verdad Interior, la introversión.

La voz del señor Ramsey en el altoparlante minúsculo: —Señor, han llegado noticias del servicio de prensa. El Canciller del Reich ha muerto. Martin Bormann.

La voz de Ramsey se apagó secamente. Silencio.

Los negocios de hoy quedan cancelados, pensó el señor Tagomi. Dejó el escritorio y caminó rápidamente por la oficina, apretándose las manos. Reflexionemos. Habrá que despachar enseguida una nota formal al cónsul del Reich. Item menor: los subordinados pueden continuar sus tareas. Profunda pena, etc. Todo el Japón se une al pueblo alemán en esta hora de tristeza. ¿Luego? Hay que hacerse vitalmente receptivo. Prepararse a recibir inmediatamente información de Tokio.

Apretó el botón del intercomunicador y dijo: —Señor Ramsey, asegúrese de que estamos en comunicación con Tokio. Informe a las señoritas operadoras que estén alertas.

—Sí, señor —dijo Ramsey.

—No me moveré de aquí. Evíteme todos los asuntos de rutina. Retenga todos los llamados comunes.

—¿Señor?

—He de tener las manos libres para poder actuar rápidamente, si es necesario.

—Sí, señor.

Media hora más tarde, a las nueve, llegó un mensaje del más alto oficial imperial en la Costa Oeste, el embajador japonés ante los Estados del Pacífico de América, el honorable barón L. B. Kaelemakule. El ministerio de relaciones exteriores había convocado a una sesión extraordinaria en el edificio de la embajada, en la calle Sutter, y cada una de las misiones comerciales enviaría un alto representante. En este caso eso significaba el señor Tagomi en persona.

No había tiempo de cambiarse de ropa. El señor Tagomi corrió al ascensor expreso, descendió a la planta baja, y un momento más tarde estaba en camino en la limusine de la misión, un Cadillac negro de 1840 conducido por un experto chofer chino.

Los coches de otros dignatarios estaban ya estacionados alrededor de la embajada: doce en total. Funcionarios de alta jerarquía —el señor Tagomi no los conocía a todos —subían por las amplias escalinatas y entraban en el edificio. El chofer mantuvo la portezuela abierta —y el señor Tagomi salió rápidamente del coche, tomando el portafolios, estaba vacío, pues no tenía ningún papel que traer, pero había que evitar por todos los medios la impresión de que era un simple espectador. Subió por los escalones con aire de quien desempeña un importante papel en los acontecimientos, aunque en verdad nadie le había hablado del propósito de la reunión.

En el vestíbulo unos grupos pequeños discutían en voz baja. El señor Tagomi se unió a unos hombres que conocía saludando con un solemne movimiento de cabeza.

Un empleado de la embajada apareció al fin y los llevó directamente a una sala amplia, con sillas plegadizas. La gente se sentó. No se oía otro ruido que unas toses ocasionales y el movimiento de los cuerpos en los asientos. Nadie hablaba.

Un caballero que llevaba en la mano unos papeles se adelantó hasta una mesa que se alzaba en una pequeña plataforma. Pantalones a rayas: representante del ministerio.

Hubo un momento de confusión. Algunos hombres hablaron en voz baja entre ellos, juntando las cabezas.

—Señores —dijo el hombre del ministerio con voz sonora a imperativa. Todos los ojos se fijaron en él—. Como todos ustedes saben, se ha confirmado el fallecimiento del Reichskanzler. Hay una declaración oficial de Berlín. Esta reunión, que no durará mucho, de

modo que todos podrán volver pronto á sus oficinas, tiene el propósito de informar a ustedes, de acuerdo con nuestras propias estimaciones, acerca de las distintas facciones en pugna en la escena política alemana y que puedan estar disputándose ya el puesto dejado por Herr Bormann.

"Ante todo los notables. El principal de todos ellos, Hermann Goering. Perdonen los detalles demasiado familiares, por favor.

"El Gordo, llamado así a causa de sus dimensiones corporales, y que fue un valeroso as de la aviación en la primera guerra mundial fundó la Gestapo y alcanzó notable poder en el gobierno prusiano. Nazi implacable desde la primera hora, fue sin embargo un hombre inclinado a excesos de sibarita, tanto que algunos llegaron a atribuirle una disposición amable, de aficionado al vino. Nuestro gobierno los insta a ustedes a no compartir esta opinión. Se ha dicho también de este hombre que no goza de buena salud, y aun que tiene apetitos mórbidos, y se lo ha comparado a los antiguos césares romanos, que vivían complaciéndose en el vicio y cuyo poder aumentaba junto con la edad. La idea de un hombre vestido de toga, rodeado de leones, y propietario de un inmenso castillo repleto de trofeos y objetos de arte, es sin duda exacta. Durante la guerra los trenes cargueros llevaban a su residencia el producto de los saqueos, aun descuidando las necesidades militares. Nuestra evaluación: este hombre aspira a un poder enorme, y es capaz de obtenerlo. La falta de sobriedad lo ha distinguido siempre de todos los otros nazis, sobre todo si lo comparamos con el fallecido H. Himmler que fue siempre, por su propia voluntad, un pobre asalariado. Herr Goering, representante de la mentalidad consumidora, ha utilizado el poder como medio de adquirir una fortuna personal. Mentalmente primitivo, aun vulgar, pero sin embargo inteligente, quizá el más inteligente de todos los jefes nazis. Objeto de su vida: la propia glorificación al modo de los antiguos emperadores.

"Le sigue Herr J. Goebbels. Sufrió de polio en la juventud. Católico en un principio. Orador brillante, escritor, mente fanática y flexible, ingenioso, urbano, cosmopolita. Muy activo con las damas. Elegante. Educado. Notablemente capaz. Enorme capacidad de trabajo. Se dice que no descansa nunca. Personaje sumamente respetable. Puede ser encantador, pero se cuenta que es capaz de superar a todos los otros nazis en ferocidad. La orientación ideológica sugiere perspectivas jesuítico —medievales, exacerbadas por un nihilismo alemán postromántico. Se considera que es el único intelectual auténtico del Partido. Le interesó el teatro en la juventud. Pocos amigos. No es apreciado por los subordinados. Producto, sin embargo, de los mejores elementos de la cultura europea. No ambiciona ningún provecho personal. Quiere el poder por el poder

mismo. Amor a la organización de acuerdo con el modelo clásico prusiano.

"Herr R. Heydrich.

El oficial del ministerio hizo una pausa, miró alrededor, y prosiguió:

—Mucho más joven que los ya citados. Ayudó a la revolución en 1932. Hombre de carrera en la élite de la SS. Subordinado de H. Himmler. Pudo haber tenido parte en los incidentes de 1948, cuando H. Himmler murió de modo misterioso. Eliminó oficialmente a otros contendores que comandaban el aparato policial, como A. Eichmann, W. Schellenberg, y alguien más. Se dice que es temido por mucha gente del Partido. Responsable del control de los elementos de la Wehrmacht luego del famoso conflicto entre la policía y el ejército y que llevó a la reorganización del gobierno. Apoyó incondicionalmente a M. Bormann. Producto de élite y sin embargo anterior al llamado sistema de la SS. Desprovisto, se dice, de mentalidad afectiva en el sentido tradicional. Impulsos de naturaleza enigmática. Parece interpretar la sociedad como un juego de conflictos humanos. Un desinterés casi científico, como el que se encuentra a veces en ciertos círculos tecnológicos. No interviene en las disputas ideológicas. En resumen: puede atribuírsele una mentalidad muy moderna, del tipo postiluminista, capaz de prescindir de las llamadas ilusiones necesarias, como la creencia en Dios, etcétera. Los especialistas en ciencias sociales de Tokio no han podido descubrir el significado de esta mentalidad, que algunos llaman realista. Este hombre, por lo tanto, es un signo de interrogación. No obstante, nótese que el deterioro de la afectividad es uno de los signos de la esquizofrenia patológica.

El señor Tagomi se sintió de pronto enfermo.

—Baldur von Schirach. Antiguo jefe de las juventudes hitlerianas. Presuntamente idealista. De aspecto físico atractivo, pero poco competente, y falto de experiencia. Creyente sincero en los fines del Partido. Fue el responsable del secado del Mediterráneo y de la ganancia para la agricultura de muy vastos terrenos. En los primeros años de la década del cincuenta trató de mitigar la exterminación racial en tierras eslavas. Expuso el caso directamente ante el pueblo alemán, sugiriendo que los eslavos vivieran en zonas de reserva. Trató también de eliminar ciertas formas misericordiosas de asesinato y ciertos experimentos médicos, pero fracasó.

"Doctor Seyss-Inquart. Nazi de origen austriaco, ahora encargado de las áreas coloniales del Reich. El hombre más odiado, posiblemente, en todo el territorio del Reich. Se dice que fue el inspirador de todas o casi todas las medidas de represión que diezmaron a los pueblos conquistados. Trabajó con Rosenberg en favor

del triunfo de doctrinas ideológicas grandiosas, de tipo muy alarmante, como la esterilización de toda la población rusa al fin de la guerra. No hay pruebas ciertas sobre esto, pero se lo considera responsable, junto con otros, de los holocaustos de la población africana. Posiblemente el de temperamento más parecido al primer Führer, A. Hitler.

El hombre del ministerio interrumpió el monótono recitado.

Me parece que me estoy volviendo loco, pensó el señor Tagomi. Tengo que salir de aquí, voy a sufrir un ataque. Me estallan las entrañas, me muero. Se incorporó trabajosamente, y se abrió paso entre las sillas, hacia el pasillo. Apenas podía ver. Tenía que llegar al lavatorio. Corrió pasillo arriba.

Unas cabezas se volvieron. Qué humillación, pensó el señor Tagomi. Enfermo en una reunión importante. Perderé el puesto y mi honor. Un empleado de la embajada le abrió la puerta. Salió de la sala.

El señor Tagomi dejó de sentir pánico, casi instantáneamente. Veía otra vez las cosas. El piso y las paredes habían dejado de moverse.

Un ataque de vértigo, se dijo. Un mal funcionamiento del oído medio, sin duda.

El diencéfalo, el cerebelo, que han actuado, pensó. Un colapso orgánico momentáneo.

Piensa algo tranquilizador.. Recobra el orden del mundo. ¿A qué recurrir? ¿La realidad? Pensó: Ahora suena una gavota serena. Todo lo ves de un modo tan exacto. Así son precisamente las cosas. Una forma pequeña del mundo habitual. Gondoleros. Cerró los ojos e imaginó la compañía D'Oyle tal como la había visto en uno de sus viajes, luego de la guerra. El mundo finito, finito…

Un empleado de la embajada, junto a él, preguntó:

—Señor, ¿puedo ayudarle de algún modo?

El señor Tagomi hizo una reverencia.

—Estoy bien ahora. Me he recuperado.

En la cara del otro había calma, consideración. Ninguna expresión de burla. ¿Se estarán riendo todos de mí? pensó el señor Tagomi. ¿Dentro de ellos?

¡El mal existe! Es real, como el cemento.

No puedo creerlo, se dijo. No puedo soportarlo. El mal no es un punto de vista. Caminó por el vestíbulo, oyendo el ruido del tránsito de la calle Sutter, la voz del hombre del ministerio. Toda nuestra religión es un error. ¿Qué haré? Se encaminó hacia la calle. Un empleado de la embajada le abrió la puerta y el señor Tagomi bajó por la escalinata hacia los coches estacionados. Los chóferes esperaban de pie.

El mal es un elemento consustanciado con el mundo, se dijo el señor Tagomi. Se derrama sobre nuestras cabezas, entra en nuestros cuerpos, nuestras mentes, nuestros corazones, hasta en las piedras de la calle.

¿Por qué?

Somos topos ciegos, que se arrastran y se meten en el suelo¡, percibiendo el mundo con nuestros hocicos. No sabemos nada. Lo comprendí de pronto… Y ahora no sé a dónde ir. No hice otra cosa que chillar de miedo, y escaparme. Qué lastimoso.

Se ríen de mí, pensó al ver que los chóferes lo miraban mientras él se acercaba al coche. Me olvidé el portafolios. Lo dejé allá, junto a la silla. Todos los ojos vueltos hacia él mientras saludaba al chofer. El hombre le abrió la portezuela. El señor Tagomi se escurrió en el coche.

Lléveme al hospital, pensó. No, lléveme de vuelta a la oficina.

—Edificio de Times nipón —dijo en voz alta—. Conduzca lentamente.

Observó la ciudad, los coches, las tiendas, los edificios nuevos y altos, muy modernos. La gente. Los hombres y las mujeres que iban a sus distintos asuntos.

Cuando llegó a la oficina le pidió al señor Ramsey que se pusiera en contacto con otra de las Misiones, la de Minerales No Ferrosos. Que el representante ante el ministerio lo llamara tan pronto como estuviera de vuelta.

El llamado llegó poco antes del mediodía.

—Habrá notado usted probablemente que me sentí mal durante la reunión —dijo el señor Tagomi en el teléfono—. Seguramente todos se dieron cuenta, especialmente cuando salí deprisa.

—No noté nada —dijo el hombre de los No Ferrosos—. Pero no lo vi luego y me pregunté qué se habría hecho de usted.

—Tiene usted mucho tacto —dijo el señor Tagomi con voz apagada.

—De ningún modo. Le aseguro que todos estaban demasiado pendientes del orador para prestar atención a alguna otra cosa. En cuanto a lo que ocurrió luego de la partida de usted… ¿Oyó usted el comentario acerca de los aspirantes al poder? Eso fue lo primero.

—Oí hasta la parte del doctor Seyss-Inquart.

—El orador se detuvo luego en el examen de la situación económica del Reich. Las Islas opinan que la pretensión alemana de reducir las poblaciones de Europa y el norte de Asia a la condición de esclavos —esquema completado con el asesinato de intelectuales, elementos burgueses, jóvenes patriotas, etcétera ha sido una catástrofe económica. Sólo se han salvado gracias al formidable progreso tecnológico de la ciencia y la industria alemanas. Un arma milagrosa.

—Sí —dijo el señor Tagomi. Sentado al escritorio, sosteniendo el

teléfono con una mano se sirvió una taza de té—. Como las otras armas milagrosas de la guerra, las bombas V-1 y V-2 y los cazas.

—Es todo un juego de manos —dijo el hombre de Minerales No Ferrosos—. La utilización de la energía atómica los ha ayudado a mantener el equilibrio. Y también la diversión circense de esos cohetes que viajan a Marte y a Venus. El hombre del ministerio señaló que aunque esos viajes lean encendido la imaginación popular no han producido ningún beneficio económico importante.

—Pero son dramáticos —dijo el señor Tagomi.

—El pronóstico del hombre del ministerio es sombrío. Opina que la mayoría de los jerarcas nazis se niegan a enfrentar la crisis económica. De este modo se acrecienta la tendencia a aventuras azarosas, cada vez de mayor riesgo, menos seguras. El ciclo comienza con un entusiasmo maníaco, luego sigue el miedo, las soluciones políticas desesperadas. Bueno, todo esto parecería favorecer a los candidatos más irresponsables y más implacables.

El señor Tagomi asintió inclinando la cabeza.

—Podemos presumir por lo tanto que el elegido estará entre los peores y no entre los mejores. Los derrotados en esta lucha serán los elementos sobrios y responsables.

—¿Quiénes serían los peores?

—De acuerdo con la opinión del gobierno imperial R. Heydrich, el doctor Seyss-Inquart, y H. Goering.

—¿Y los mejores?

—Posiblemente B. von Schirach y el doctor Goebbels. Pero fue menos explícito en este punto.

—¿Algo más?

—Nos dijo que debíamos tener fe en el emperador y. en el gabinete, en estas circunstancias más que en ninguna otra. Que tengamos confianza en el Palacio.

—¿Hubo un momento de respetuoso silencio?

—Sí.

El señor Tagomi le dio las gracias al hombre de Minerales No Ferrosos y colgó.

Bebía aún el té cuando el intercomunicador zumbó brevemente. La voz de la señorita Ephreikian dijo: —Señor, usted deseaba enviar un mensaje al cónsul alemán. —Una pausa. —¿Desea dictármelo ahora?

Es cierto, musitó el señor Tagomi. Me había olvidado.

—Venga a la oficina —dijo.

La muchacha entró al rato, sonriendo animadamente. —¿Se siente usted mejor, señor?

—Sí. Gracias a una inyección de vitaminas. —El señor Tagomi meditó —Por favor. ¿Cómo se llama el cónsul alemán?

—Tengo aquí el nombre, señor. Freiherr Hugo Reiss.

—Mein Herr —comenzó el señor Tagomi—. Ha llegado a mí la dolorosa noticia de que el conductor de ustedes, Herr Martin Bormann, ha muerto. Escribo estas palabras y las lágrimas me suben a los ojos. Cuando recuerdo las hazañas audaces perpetradas por Herr Bormann para proteger al pueblo alemán de los enemigos del interior y el exterior, tanto como las medidas extremas de rigor dictadas para enfrentar a los escépticos y los traidores que traicionaban esa esencia de la humanidad que es la visión del cosmos, al que luego de eones se han lanzado al fin las rubias razas nórdicas de ojos azules…

El señor Tagomi se detuvo. No sabía cómo terminar. La señorita Ephreikian detuvo el grabador y esperó.

—Son tiempos de esplendor —dijo Tagomi.

—¿Grabo esto también, señor? ¿Es parte del mensaje?

La muchacha, titubeando, encendió otra vez el aparato.

—Le hablaba a usted —dijo el señor Tagomi.

La muchacha sonrió.

—Hágame escuchar mis palabras —dijo el señor Tagomi.

La cinta del grabador giró. Luego el señor Tagomi se oyó decir con una vocecita metálica que salía del altoparlante de diez centímetros:—… perpetradas por Herr Bormann para proteger al pueblo alemán…

Tagomi escuchó las palabras, que sonaban como chillidos de insecto. Aleteos y rasguños corticales, pensó.

—Ya tengo la conclusión —dijo cuando la cinta dejó de girar—. Decididas a exaltarse y a inmolarse y obtener así un nicho en la historia de donde ninguna forma de vida podrá desalojarlas, por más que se esfuerce. —Hizo una pausa. —Somos todos insectos —le dijo a la señorita Ephreikian—. Escurriéndonos hacia algo terrible o divino. ¿No está usted de acuerdo?

Hizo una reverencia. La señorita Ephreikian, sentada con la grabadora, respondió a su vez con una leve inclinación de cabeza.

—Envíe eso —dijo el señor Tagomi—. Fírmelo, etcétera. Modifique las frases, si le parece, para que signifiquen algo. —La muchacha fue hacia la puerta y el señor Tagomi añadió: —O para que no signifiquen nada. Como usted prefiera.

La señorita Ephreikian abrió la puerta mirando de soslayo al señor Tagomi.

El señor Tagomi, solo otra vez, se puso a trabajar en cuestiones de rutina. Pero la voz del señor Ramsey sonó casi enseguida en el intercomunicador: —Señor, un llamado del señor Baynes.

Bien, pensó el señor Tagomi. Ahora podremos iniciar discusiones importantes.

—Comuníqueme —dijo tomando el teléfono.

—Señor Tagomi —dijo la voz del señor Baynes.

—Buenas tardes. La noticia de la muerte del canciller Bormann me obligó a dejar inesperadamente la oficina, esta mañana. Sin embargo…

—¿El señor Yatabe se ha puesto ya en contacto con usted?

—No todavía —dijo el señor Tagomi.

El señor Baynes parecía agitado: —¿Les recomendó usted a sus empleados que estén atentos?

—Sí —dijo el señor Tagomi—. Lo harán pasar tan pronto como llegue. —Anotó mentalmente que se lo advertiría al señor Ramsey. Hasta ahora no se había acordado. ¿Las discusiones no comenzarían entonces hasta que llegara el viejo caballero? Se sintió desanimado. —Señor —dijo—, estoy ansioso por empezar. ¿No nos presentará usted esos moldes de inyección? Aunque hoy ha habido mucha confusión…

—Ha ocurrido un cambio —dijo el señor Baynes—. Esperaremos por el señor Yatabe. ¿Está usted seguro de que no ha llegado? Quiero que me dé usted su palabra de que me avisará tan pronto como él llame. No lo olvide, por favor, señor Tagomi.

La voz del señor Baynes parecía ahora tensa, vibrante.

—Le doy mi palabra —dijo el señor Tagomi, sintiéndose también agitado. La muerte de Bormann; eso era la causa del cambio—. Mientras —continuó rápidamente—, me agradaría mucho disfrutar de la compañía de usted, durante el almuerzo quizá. No he tenido aún la oportunidad de almorzar. —Improvisó: —Aunque no discutamos cuestiones específicas podríamos examinar juntos la situación mundial, en particular…

—No —dijo el señor Baynes.

¿No? pensó el señor Tagomi. —Señor —dijo—. Hoy no me siento bien. He tenido un lamentable accidente. Era mi esperanza confiarme en usted.

—Lo siento —dijo el señor Baynes—. Lo llamaré más tarde.

Un golpe seco en el teléfono. El hombre había colgado abruptamente.

Lo he ofendido, pensó el señor Tagomi. Ha tenido que darse cuenta de que no avisé a mi gente acerca del viejo caballero. Pero aquello era una fruslería. Apretó el botón del intercomunicador y dijo: —Señor Ramsey, venga a mi oficina por favor.

Lo corregiría inmediatamente. Había algo más, decidió. La muerte de Bormann había sido un sacudón para el señor Baynes.

Una fruslería, que señalaba sin embargo insensatez y descuido. El señor Tagomi se sintió culpable. No tenía un buen día. Debía de haber consultado el oráculo, descubrir el significado del Momento. Se había alejado del Tao, era evidente.

¿Cuál de los sesenta y cuatro hexagramas estaba dominando

ahora su vida? se preguntó. Abrió el cajón, sacó el I Ching y dejó los dos volúmenes sobre el escritorio. Había tanto que preguntarles a los sabios. Tantas preguntas que apenas lograba articular…

Cuando Ramsey entró en la oficina, el señor Tagomi ya había obtenido el hexagrama.

—Mire, señor Ramsey.

Le mostró el libro. El hexagrama era el Cuarenta y siete. Opresión. Agotamiento.

—Un mal presagio, generalmente —dijo el señor Ramsey—. ¿Qué preguntó usted, señor? Espero no ser indiscreto.

—Pregunté acerca del Momento —dijo el señor Tagomi—. El momento para todos nosotros. Ninguna línea móvil. Un hexagrama estático.

El señor Tagomi cerró el libro.

A las tres de la tarde, Frank Frink esperaba aún junto con su socio y amigo a que Wyndam-Matson tomara una decisión acerca del dinero. Decidió al fin consultar el oráculo. ¿Cómo marcha la situación?, preguntó, y arrojó las monedas.

El hexagrama era el Cuarenta y siete. Obtuvo una línea móvil. Un nueve en el quinto lugar.

> Le arrancan la nariz y los pies.
>
> Opresión a manos del hombre con bandas rojas en las rodillas.
>
> La alegría viene dulcemente.
>
> Ofrendas y libaciones son aconsejables.

Durante mucho tiempo —media hora por lo menos Frink estudió la línea y sus connotaciones, preguntándose qué podría significar. El hexagrama y especialmente la línea móvil lo perturbaban. Al fin concluyó de mala gana que no recibirían el dinero.

—Te fías demasiado de ese libro —dijo Ed McCarthy.

A las cuatro llegó un mensajero de la Compañía W-M y les entregó a Frink y a McCarthy un sobre de papel de Manila. Lo abrieron y encontraron dentro un cheque certificado por dos mil dólares.

—De modo que estabas equivocado —dijo McCarthy.

Frink pensó: Entonces el oráculo se refería a una consecuencia futura. Esto es lo malo; más tarde, cuando ha ocurrido, uno mira hacia atrás y descubre qué quería decir el oráculo. Pero ahora…

—Podemos empezar a instalar la tienda —dijo McCarthy.

Frink se sintió cansado de pronto.

—¿Hoy? ¿Ahora mismo?

—¿Por qué no? Hemos escrito ya las cartas pidiendo materiales. Sólo falta que las llevemos al correo. Cuanto antes mejor. Y los materiales locales los podemos traer personalmente.

Poniéndose la chaqueta, Ed fue hacia la puerta del cuarto de Frink.

Le habían dicho al propietario que le alquilarían el sótano del edificio. Ahora se lo utilizaba como depósito. Una vez que sacaran los cajones podían armar el banco de trabajo, arreglar la instalación eléctrica, montar los motores. Ya habían preparado los planos, y las listas de materiales. De modo que habían comenzado ya; realmente.

Hemos entrado en el mundo de los negocios, pensó Frank Frink. Hasta estaban de acuerdo a propósito del nombre: JOYAS TRADICIONALES DE EDFRANK.

—Todo lo que podemos hacer hoy —dijo —es comprar la madera para el banco, y quizá las partes eléctricas. Pero no los materiales de las joyas.

Fueron a un depósito de madera en el sur de San Francisco. Media hora después ya tenían la madera.

—¿Qué te preocupa? —dijo Ed McCarthy mientras entraban en una ferretería al por mayor.

—El dinero. Me deprime. Financiar un negocio de este modo.

—El viejo W-M es un hombre comprensivo —dijo McCarthy.

Lo sé, pensó Frink. Por eso mismo me siento deprimido. Hemos entrado en el mismo mundo. Somos como él. No es agradable.

—No mires hacia atrás —dijo McCarthy—. Mira hacia adelante. A los negocios.

Estoy mirando adelante, —pensó Frink. Recordó el hexagrama. ¿Qué ofrendas y libaciones podría hacer? ¿Y a quién?

Capítulo 7

Los Kasoura, la hermosa pareja de japoneses que había visitado la tienda de Robert Childan, le telefonearon a fines de semana y le pidieron que fuera a cenar. Childan había estado esperando oír de ellos, y se mostró encantado.

Cerró Artesanías Americanas S. A. un poco temprano y tomó un pedetaxi hasta el barrio elegante donde vivían los Kasoura. Conocía el barrio aunque allí no había gente blanca. Mientras el pedetaxi lo llevaba por las calles serpeantes enmarcadas de césped y sauces, Childan contempló los modernos edificios admirando la gracia de los diseños. Los balcones de hierro forjado, las atrevidas y sin embargo modernas columnas, los colores de pastel, la utilización de texturas variadas… todo se sumaba en verdaderas obras de arte. Recordaba aún cuando aquel sitio no había sido más que escombros de guerra.

Los niñitos japoneses que jugaban afuera lo observaron sin hacer comentarios y luego volvieron al fútbol o al béisbol. Pero, pensó Childan, no así los adultos; los bien vestidos jóvenes japoneses que estacionaban sus autos o entraban en las casas lo observaron con mayor interés. ¿Vivía él aquí?, se preguntaban quizá. Hombres jóvenes que volvían de las oficinas… Hasta los jefes de las misiones comerciales vivían en el barrio. Childan vio Cadillacs estacionados en la calle. A medida que el pedetaxi lo acercaba a la casa de los Kasoura, se sentía cada vez más nervioso.

Poco después, mientras subía las escaleras del edificio de los Kasoura, pensó: Aquí estoy, no llamado a una reunión de negocios sino invitado a cenar. Se había puesto, claro está, las mejores ropas, y por lo menos confiaba en su propio aspecto. Mi aspecto, pensó. Sí, eso es. ¿Qué aspecto tenía? No engañaba a nadie; no era de allí, de esa zona donde los hombres blancos habían levantado antes una de sus más hermosas ciudades. Un extraño en su propio país.

Llegó a la puerta de los Kasoura, en el extremo de un pasillo alfombrado, y tocó el timbre. Al rato la puerta se abrió. Allí estaba la joven señora Kasoura, vestida con un obi y un kimono de seda, el largo pelo negro recogido en la nuca, sonriéndole y dándole la bienvenida. Detrás en la sala, el marido, con un vaso en la mano, asintiendo. —Señor Childan. Entre.

Inclinándose, Childan entró.

Todo era de un extremado buen gusto. Y… tan ascético. Pocos muebles. Una lámpara aquí, una mesa, una biblioteca, un cuadro en la pared. El increíble sentido japonés del wabi. Esto no era concebible en los ingleses. La capacidad de encontrar en objetos simples una belleza que superaba los elaborados adornos. Algo que tenía relación con la

distribución de los objetos.

—¿Quiere beber algo? —preguntó el señor Kasoura—. ¿Scotch y soda?

—Señor Kasoura… —alcanzó a decir Childan.

—Paul —dijo el joven japonés, y señalando a la mujer—: Betty. Y usted se llama…

—Robert —murmuró el señor Childan.

Sentados en la alfombra blanda, bebiendo, escuchaban una grabación de koto, arpa japonesa de trece cuerdas. Había sido puesta a la venta por la HMV japonesa, y era bastante popular. Childan notó que todas las partes del fonógrafo estaban ocultas; incluso los altavoces. No podía saber de dónde venía el sonido.

—Como no sabemos qué acostumbra cenar —dijo Betty—, hemos tornado nuestras precauciones. En el horno de la cocina eléctrica hay carne asada. Junto con esto, unas papas y salsa de crema y chives. Una máxima dice: nadie puede equivocarse si sirve carne asada a un invitado la primera vez.

—Magnífico —dijo Childan—. Soy muy aficionado a la carne.

Y ciertamente lo era. Pocas veces comía carne. Las praderas del Medio Oeste ya no enviaban mucho a la Costa Oeste. No podía recordar cuándo había gustado por última vez un buen asado.

Era hora de entregar los regalos.

Del bolsillo del chaleco sacó algo envuelto en papel de seda. Lo dejó discretamente en la mesa baja. La pareja lo notó enseguida, y esto obligó a Childan a decir: —Una bagatela para ustedes. Algo que muestre una parte de la alegría y del placer que siento estando aquí.

Childan abrió el papel de seda, mostrándoles el regalo. Un trozo de marfil tallado hacía un siglo por los balleneros de Nueva Inglaterra. Un objeto de arte diminuto llamado scrimshaw. Las caras de los japoneses se iluminaron; conocían bien los scrimshaws que los viejos marinos tallaban en momentos de ocio. Nada podía resumir mejor la vieja cultura norteamericana.

Silencio.

—Gracias —dijo Paul.

Robert Childan saludó inclinándose, sintiendo que el corazón se le apaciguaba, libre de la ansiedad y opresión que habían pesado últimamente sobre él. Lo que tenía que hacerse había sido hecho. La ofrenda; el reingreso como decía el I Ching.

Ray Calvin le había restituido el Colt 44, asegurándole además por escrito que el problema no se repetiría. Y sin embargo, esto no lo había tranquilizado del todo. Sólo ahora, en esta situación que no tenía ninguna relación con lo demás, la impresión de que todo estaba estropeándose se le había borrado un momento., El wabi de alrededor, esas radiaciones de armonía… aquella era la causa, decidió. La

proporción. El equilibrio. Estaban tan cerca del Tao estos dos jóvenes japoneses. Por eso antes había reaccionado así, sintiendo el Tao, vislumbrándolo en sí mismo.

¿Cómo sería, se preguntó, conocer realmente el Tao? El Tao es lo que primero da luz, luego oscuridad. La interdependencia de las dos fuerzas primeras traía una constante renovación, impidiendo así que todo se desgastara. El universo no se extinguiría nunca, pues en el momento en que las sombras parecen borrarlo todo, hasta ser de veras trascendentes, las nuevas semillas de luz renacen en las profundidades. Ese era el camino. Cuando la semilla cae, cae en la tierra, en el suelo. Y allá abajo, de un modo invisible, nace a la vida.

—Una hors d'ouvre —dijo Betty. Se inclinó para extender un plato de galletitas de queso, y etcétera. Childan tomó dos y dio las gracias.

—Hay muchas novedades internacionales en estos días —dijo Paul bebiendo—. Mientras venía a casa esta noche escuché la transmisión directa del funeral del Estado en Munich, incluyendo un desfile de cincuenta mil banderas, y cosas parecidas. Mucho canto: Ich hatte einen Kamerad. El cuerpo está ahora a la vista de todos los militantes.

—Sí, nos perturbaron a todos —dijo Robert Childan—. Las noticias de principios de semana.

—El Times nipón de esta noche dice que von Schirach está arrestado en su casa, según fuentes fidedignas —dijo Betty—. Por órdenes de la SD.

—Malo —dijo Paul sacudiendo la cabeza.

—Es indudable que las autoridades desean mantener el orden —dijo Childan—. Se sabe que von Schirach es un hombre terco, que actúa a menudo apresuradamente. Algo parecido a R. Hess en el pasado. Recuerde aquel vuelo disparatado a Inglaterra.

—¿Qué otra cosa informa el Times nipón? —le preguntó Paul a su mujer.

—Mucha confusión y muchas intrigas. Unidades del ejército que se mueven de aquí para allá. Visas canceladas. Puestos fronterizos cerrados. El Reichstag en sesión permanente. Discursos.

—Eso me recuerda el magnífico discurso que le oí al doctor Goebbels —dijo Robert Childan—. Por radio, hace cerca de un año. Muchas invectivas ingeniosas. El auditorio en un puño, como de costumbre. Todo el espectro de las emociones. Ahora que el original Adolf Hitler ha desaparecido, el doctor Goebbels es sin duda el orador nazi número uno.

—Es cierto —convinieron Paul y Betty.

—El doctor Goebbels tiene también una magnífica esposa y hermosos niños —continuó Childan—. Individuos de tipo muy alto.

—Cierto —dijeron Paul y Betty—. Un hombre de familia, muy diferente de muchos otros grandes cabecillas alemanes —dijo Paul—. De costumbres sexuales dudosas.

—No presto mucha atención a —los rumores —dijo Childan—. ¿Se refieren a gente como E. Roehm? Historia vieja. Olvidada hace tiempo.

—Pienso sobre todo en H. Goering —dijo Paul, bebiendo lentamente y examinando el vaso—. Cuentos de orgías romanas de la más fantástica variedad. Sólo oírlas le pone a uno la carne de gallina.

—Mentiras —dijo Childan.

—Bueno, el tema no vale la pena —dijo Betty mirando a los dos hombres.

Los vasos estaban vacíos y la señora Kasoura fue a llenarlos.

—Las discusiones políticas enardecen demasiado —dijo Paul—. En cualquier parte a donde usted vaya. Es esencial mantenerse sereno.

—Sí —convino Childan—. En calma y orden. De ese modo todo vuelve a la estabilidad de costumbre.

—Los períodos que siguen a la muerte del líder son siempre críticos en una sociedad totalitaria —dijo Paul—. La falta de tradición y las instituciones burguesas combinadas… —Se interrumpió. —Mejor dejemos la política. —Sonrió —Hace ya tiempo que no somos estudiantes.

Robert Childan sintió que se ruborizaba y se inclinó sobre el vaso para ocultarse a los ojos del japonés. Qué modo terrible de empezar una conversación. Había estado discutiendo de política de un modo tonto a insolente. Había expresado puntos de vista opuestos, sin ninguna cortesía, y sólo el tacto extremo de Kasoura había podido salvar la noche. Cuánto tengo que aprender, pensó. Son tan graciosos y educados. Y yo… el bárbaro blanco, de veras.

Durante un rato se limitó a beber y a mantener una expresión artificial de satisfacción. He de seguir los caminos que ellos me muestran, se dijo a sí mismo. Estar siempre de acuerdo.

Sin embargo, se asustó pensando que la bebida, y la fatiga y los nervios le habían embotado el cerebro. ¿Podría arreglar el entuerto? Nunca lo invitarían otra vez; era demasiado tarde. Se sintió desesperado.

Betty, de vuelta de la cocina, se había sentado de nuevo en la alfombra. Qué atractiva, pensó Childan otra vez. La figura delgada. Aquellos cuerpos eran tan superiores; ni gordos ni bulbosos. No necesitaban fajas ni corpiños. Tenía que ocultar que se sentía fascinado; eso sobre todas las cosas. Y sin embargo, de cuando en cuando, se permitía echarle una ojeada a Betty. La piel, el cabello, y los ojos eran de un hermoso color oscuro. Parecemos cocidos a medias, comparados con ellos, pensó. Nos sacaron del horno antes de

tiempo. El viejo mito aborigen, y allí estaba la prueba.

Tenía que pensar en otra cosa. Hablar de algo mundano, por ejemplo. Miró alrededor, como buscando el tema. El silencio caía pesadamente y Childan sentía la tensión casi como un calor excesivo. Insoportable. ¿Qué demonios decir? Algo que no fuera desde luego peligroso. Descubrió un libro en un gabinete bajo de laca negra.

—Veo que están leyendo La langosta se ha posado —dijo—. He oído hablar, pero el exceso de trabajo no me deja tiempo para leer. — Se incorporó, fue a tomar el libro, examinando cuidadosamente las expresiones de los japoneses; parecían complacidos, de modo que prosiguió: —¿Una novela policial? Perdonen mi ignorancia. —Volvió las páginas.

—No una novela policíaca —dijo Paul—. Al contrario, una forma interesante del género de ficción, posiblemente relacionada con la ciencia —ficción.

—Oh no —se opuso Betty—. No hay ciencia en la obra. No se trata del futuro. El tema de la ciencia —ficción es el futuro, en particular un futuro donde la ciencia ha avanzado todavía más. El libro no tiene esas características.

—Pero —dijo Paul —habla de otro presente posible. Hay muchas novelas de ciencia —ficción de esa especie. —Le explicó a Robert: — Perdone mi insistencia, pero, como sabe mi mujer, fui durante un tiempo un entusiasta de la ciencia —ficción. Empecé temprano; tenía menos de doce años. Eran los primeros días de la guerra.

—Entiendo —dijo Robert Childan, cortésmente.

—¿Quiere que le prestemos La langosta? —preguntó Paul—. Lo terminaremos pronto, dentro de un día o dos. Mi oficina está en el centro de la ciudad, no lejos de la estimada tienda de usted. Puedo llevárselo sin dificultades a la hora del almuerzo. —El japonés calló y luego, pensó Childan, a causa quizá de una señal de Betty, continuó diciendo: —Usted y yo, Robert, podríamos almorzar juntos entonces.

—Gracias —dijo Robert. No se le ocurrió otra cosa. Un almuerzo, en uno de los restaurantes de moda del centro. Él, Robert, y este sofisticado y aristócrata japonés. Era demasiado. Sintió que se le nublaban los ojos. Pero continuó examinando el libro y asintiendo. — Sí —dijo—, esto —parece interesante. Me gustaría mucho leerlo. Me agrada conocer el tema del día. —¿Era aquella una buena observación? Admitir que se interesaba porque el libro estaba de moda. Quizá no era lo adecuado. No lo sabía, pero sin embargo lo sentía así —La calidad de un libro no depende de las cifras de venta — dijo—. Todos lo sabemos. Muchos bestsellers son terriblemente mediocres. —Childan farfulló: —Este, sin embargo…

—Muy cierto —dijo Betty—. El gusto de la mayoría es realmente deplorable.

—Como en música —dijo Paul—. Nadie se interesa en el auténtico jazz folklórico norteamericano, por ejemplo. Robert, ¿es usted aficionado a Bunk Johnson y Kid Ory y otros contemporáneos? ¿El primer jazz Dixieland? Tengo toda una colección de esa vieja música, grabaciones originales de la casa Genet.

Robert dijo: —Temo conocer poco de música negra. —La pareja no pareció realmente complacida con esta observación. —Prefiero los clásicos. Bach y Beethoven.

Seguramente esto era aceptable, se dijo, sintiéndose ahora un poco resentido. ¿Se suponía que debía negar a los grandes maestros de la música europea, los clásicos inmortales, y preferir en cambio el jazz de Nueva Orleáns que se tocaba en los bares del barrio negro?

—Quizá si escuchamos una selección de los New Orleans Rhythm Kings —comenzó a decir Paul, dejando el cuarto, pero Betty lo detuvo con una mirada. Paul volvió, encogiéndose de hombros.

—La cena está casi lista —dijo Betty.

Paul se sentó otra vez, y un poco malhumorado, pensó Robert, murmuró: —El jazz de Nueva Orleáns es la más auténtica música folklórica norteamericana. Nació en este continente. Todo lo demás vino de Europa, como por ejemplo las sentimentales baladas inglesas.

—Esta es una discusión interminable entre nosotros —dijo Betty, sonriéndole a Robert—. No comparto ese amor por el jazz original.

Teniendo todavía en la mano el ejemplar de La langosta se ha posado, Robert preguntó: —¿Qué otro presente posible describe el libro?

Al cabo de un rato, Betty dijo: —Uno en el que Alemania y el Japón perdieron la guerra.

Todos callaron.

—Es hora de comer —dijo Betty, poniéndose de pie—. Acompáñenme, por favor, los dos hambrientos hombres de negocios.

Llevó a Robert y Paul a la mesa de la cena, puesta ya con un mantel blanco, cubiertos de plata, porcelana, servilletas de algodón en las que Robert reconoció unos servilleteros de hueso de la época norteamericana primitiva. La plata también era plata norteamericana. Las copas y los platos eran Royal Albert, de color azul oscuro y amarillo. Muy excepcionales; no pudo dejar de mirarlos sintiendo una admiración profesional.

Las fuentes no eran norteamericanas. Parecían ser japonesas, no estaba seguro, pues no sabía mucho de eso.

—Esto es porcelana Imari —dijo Paul, notando el interés de Childan—, de Arita. En el Japón se la considera producto de primera clase.

Los tres se sentaron.

—¿Café? —le preguntó Betty a Robert Childan.

—Sí —dijo Childan—. Gracias.

—Después de la cena —dijo Betty, yendo a buscar la mesita rodante. Pronto todos estaban comiendo. A Robert la comida le pareció deliciosa. La japonesa era una cocinera excepcional. La ensalada en particular le gustó sobremanera. Paltas, corazones de alcauciles, una variedad rara de queso azul… Gracias a Dios no le habían servido una comida nacional, esos platos de verdura y carne que abundaban tanto desde la guerra.

Y los interminables mariscos. Los había comido tantas veces que ya no podía soportar otro langostino ni otra ostra.

—Me gustaría saber —dijo Robert —cómo sería un mundo donde Alemania y Japón perdieron la guerra.

Ni Paul ni Betty contestaron durante un rato. Al fin Paul dijo: —Las diferencias son muy complicadas. Mejor que lea el libro. Si se lo cuento, perderá interés para usted.

—Tengo ideas muy claras sobre el tema —dijo Robert—. Lo pensé muchas veces. —La voz de Robert era firme, casi dura. —Mucho peor.

Los japoneses parecieron sorprendidos. Quizá a causa del tono de Robert.

—El comunismo dominaría el mundo —continuó diciendo Robert.

Paul asintió. —El autor, el señor H. Abendsen, considera ese aspecto, la expansión de la Unión Soviética. Pero como en la primera guerra mundial, todavía en el bando victorioso, la Rusia campesina, país de segundo orden, se enreda en sus propios problemas. Es el hazmerreír del mundo, y todos recuerdan la guerra que sostuvieron con el Japón, cuando…

—La victoria nos costó muchos sufrimientos —dijo Robert—. Pero fue por una buena causa. Detener la dominación eslava del mundo.

Betty dijo en voz baja:

—Personalmente no creo en la verdad de toda esa charla histórica acerca de la dominación mundial. De nadie, eslavos o chinos o japoneses.

Betty miró a Robert plácidamente. Tenía completo dominio de sí misma, no se había dejado arrastrar por las palabras, pero era evidente que trataba de decir lo que sentía. Unas manchas de color, muy rojas, le aparecieron en la cara.

Comieron un tiempo sin conversar.

Repetí mi error, se dijo Robert Childan. Imposible evitar el tema. Estaba en todas partes. En un libro que descubría casualmente, o en una colección de discos, o en aquellos servilleteros de hueso… Objetos saqueados por los conquistadores.

Había que enfrentar los hechos. Estaba tratando de admitir que estos japoneses y él eran semejantes. Pero aun cuando se mostrara agradecido porque ellos habían ganado la guerra, y la nación de él

había perdido, no había ningún terreno común. Lo que las palabras significaban para él no se parecía nada a lo que pensaban ellos. Los cerebros de las dos partes eran distintos. Lo mismo las almas. Allí estaban ellos ahora bebiendo en copas de porcelana inglesa, comiendo con plata norteamericana, escuchando música negra. Todo en la superficie. Disponían de esas cosas porque contaban con dinero y poder; pero eran sólo aficionados, que se engañaban con ersatz.

Aun el I Ching que habían impuesto a la fuerza, era un libro chino. Algo que habían tomado prestado. ¿A quién engañaban? ¿Se lo creían ellos mismos? Adoptaban costumbres de aquí y de allá, ropa, comida, charla, paseos, como por ejemplo papas asadas, y crema y cebollas, incorporando a sus tradiciones un viejo plato americano. Pero nadie se engañaba, y él, Childan, menos que nadie.

Sólo las razas blancas son creativas, reflexionó. Sin embargo, él, miembro de esa raza tenía que golpearse la cabeza contra el suelo, saludando a esos dos. Qué distinto sería todo si los americanos hubieran ganado, se dijo. No habría Japón, y el poder deslumbrador de los Estados Unidos se hubiese extendido por el mundo entero.

Tengo que leer ese libro, La langosta, pensó. Es casi un deber patriótico, se me ocurre.

Betty le dijo en voz baja:

—Robert, no come usted. ¿Está mal preparada la comida?

Robert se llevó inmediatamente a la boca un tenedor de ensalada.

—No —dijo—. Es realmente la comida más deliciosa que yo haya probado en años.

—Gracias —dijo Betty, obviamente complacida—. He hecho todo lo posible por preparar algo auténtico… Por ejemplo, he hecho mis compras en esos minúsculos mercados norteamericanos de la calle Mission. Entiendo que esto es McCoy auténtico.

Prepara de un modo perfecto las comidas nativas, pensó Robert Childan. Lo que decían era cierto: los poderes de imitación de esta gente parecían ilimitados. Pastel de manzanas, coca cola, un paseo luego del cine, Glenn Miller… Tenían envuelta en papel de arroz una Norteamérica completamente artificial. Una mamá de papel de arroz en la cocina, un papá de papel de arroz que lee el periódico, un perrito de papel de arroz echado en la alfombra. Todo.

Paul lo observaba en silencio. Robert Childan, advirtiendo de pronto la atención del hombre abandonó estas ideas y se aplicó concienzudamente a la comida. ¿Me leerá los pensamientos? se preguntó. ¿Verá lo que pienso realmente? Sé que no he mostrado nada. He cuidado mi lenguaje; es imposible que haya sacado alguna deducción.

—Robert —dijo Paul—, como usted nació y se educó aquí, y ha hablado siempre el idioma norteamericano, quizá pueda ayudarme a

propósito de un libro que no he entendido del todo. Una novela de 1930 de autor norteamericano.

Robert saludó con un movimiento de cabeza.

—El libro —dijo Paul—, que es bastante raro, y del que tengo un ejemplar, está firmado por Nathanael West. El título es Señorita Corazones Solitarios. Lo he leído con agrado pero no he comprendido del todo las intenciones dé West.

Paul miró esperanzadamente a Robert.

Robert Childan contestó: —Temo… temo no haber leído nunca ese libro.

Ni siquiera, pensó, lo he oído nombrar.

Paul estaba evidentemente decepcionado. —Qué lástima. Es un libro pequeño. Habla de un hombre que escribe una columna en un periódico; le consultan problemas sentimentales, hasta que evidentemente el dolor lo enloquece y se cree Jesucristo. ¿Recuerda? Quizá lo leyó hace tiempo.

—No —dijo Robert.

—Muestra una rara perspectiva acerca del sufrimiento —dijo Paul —. Una visión muy original del problema del sufrimiento que no tiene causa aparente. Tema principal de todas las religiones. Los cristianos declaran a menudo que la razón del sufrimiento es el pecado.. West parece dar una interpretación más nueva, que se suma a las anteriores. West opina que sufre sin causa aparente quizá y sobre todo porque es judío.

—Si Alemania o el Japón hubiesen perdido la guerra —dijo Robert—, hoy los judíos dominarían el mundo. A través de Moscú y Wall Street.

Robert Childan creyó notar que los dos japoneses, el hombre y la mujer, se encogían de algún modo. Le pareció que se borraban, se enfriaban, se replegaban.. La habitación misma se enfrió. Robert Childan se sintió abandonado. Comiendo solo. ¿Qué había hecho ahora? ¿Qué habían interpretado los japoneses? Estúpidos, incapaces de entender una lengua extraña, el pensamiento occidental, por eso mismo se mostraban resentidos. Qué tragedia, pensó mientras continuaba comiendo. Y sin embargo… ¿qué podía hacerse?.

Había que recuperar la claridad anterior, de hacía sólo un momento. Valía la pena. No lo había entendido del todo hasta ahora. En verdad, ya no se sentía tan mal como antes, pues casi había olvidado aquel sueño insensato. Había llegado allí, recordó, esperando tantas cosas. Una niebla romántica, casi adolescente, lo había envuelto un momento mientras subía las escaleras. Pero había que admitir la realidad; tenía que crecer.

Y eso era lo que ocurría, allí y ahora: Estas gentes no eran exactamente humanas. Estaban vestidas como seres humanos, pero

eran como monos de circo; inteligentes y capaces de aprender, y nada más.

¿Por qué se sometía entonces? ¿Sólo porque ellos hablan ganado?

El encuentro con los Kasoura le había revelado una grave falla de su propio carácter. Pero así eran las cosas. Tenía la tendencia patética a… bueno, a elegir ineludiblemente el menor de dos males. Una vaca que ve de pronto el agua y galopa sin premeditación.

Había estado comportándose hasta ahora de acuerdo con el mundo exterior porque así parecía más seguro; al fin y al cabo, estos eran los ganadores, los que mandaban. ¿Por qué motivo iba a buscar su propia perdición? Habían leído un libro norteamericano y querían que se los explicara; esperaban que él, hombre blanco, les diese la respuesta. Y él hubiese tratado, pero en este caso no podía, aunque lo hubiese leído no habría podido sin duda.

—Quizá un día le eche una ojeada a ese libro, Señorita Corazones Solitarios —le dijo a Paul—. Luego le explicaré a usted qué significa.

Paul asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Sin embargo, y por ahora, estoy demasiado ocupado con mi trabajo —dijo Robert—. Más tarde, quizá… Estoy seguro de que no me llevará mucho tiempo.

—No —murmuró Paul—. Es un libro muy corto.

Tanto Paul como Betty parecían tristes, pensó Childan. Se preguntó si ellos, también, sentirían ese abismo infranqueable que los separaba. Espero que sí, se dijo. Se lo merecen. Una vergüenza… El mensaje de un libro tiene que descifrarlo uno mismo.

Robert Childan comió más complacido.

No hubo ningún otro episodio que echara a perder la velada. A las diez, cuando dejó la casa de los Kasoura, Robert Childan se sentía aún confiado.

Bajó las escaleras sin prestar mucha atención a los residentes japoneses que iban a los cuartos de baño comunes o volvían a las habitaciones y a veces le clavaban los ojos. Ya afuera, en las sombras de la calle, llamó un pedetaxi, y pidió que lo llevara de vuelta.

Se había preguntado muchas veces cómo sería encontrarse con ciertos clientes fuera de la tienda. No era tan malo al fin y al cabo. Y esta experiencia podía ayudarlo en sus negocios.

Reunirse con gentes que lo intimidaban a uno tenía sin duda un efecto terapéutico. Uno descubría cómo eran en realidad, y entonces el miedo desaparecía.

Childan llegó al fin a las puertas de su casa. Le pagó al conductor del pedetaxi y subió por las escaleras familiares.

Allí, en el cuarto de adelante, lo esperaba un hombre que no conocía. Un hombre blanco, de abrigo, sentado en el sofá y que leía el periódico. Childan se detuvo asombrado en el umbral, y el hombre

dejó el periódico, se incorporó lentamente, y buscó en el bolsillo del chaleco. Sacó una tarjeta y la mostró.

La Kempeitai.

Era un pinoc. Empleado de la policía de Sacramento, instalada por las autoridades japonesas de ocupación. Childan sintió miedo.

—¿Es usted Robert Childan?

—Sí, señor —dijo Childan.

—Hace poco —dijo el policía consultando unos papeles que había sacado de un portafolios, que tenía en el sofá —lo visitó un hombre, un hombre blanco, que dijo ser representante de un oficial de la marina imperial. Investigaciones posteriores mostraron que esto no era así. No hay tal oficial. No hay tal barco.

El policía miró a Childan.

—Correcto —dijo Childan.

—Nos informaron —continuó el policía —acerca de un tumulto en el área de la Bahía. Este hombre estaba evidentemente complicado. ¿Quiere usted describirlo?

—Menudo, de piel algo oscura —comenzó a decir Childan.

—¿Judío?

—¡Sí! —dijo Childan—. Ahora que lo pienso. Aunque no me di cuenta en el momento.

—Aquí tiene una foto.

El hombre le pasó la fotografía a Childan.

—Es él —dijo Childan. No había duda. Los poderes de detección de la Kempeitai eran bastante asombrosos—. ¿Cómo lo encontraron? No informé personalmente, pero llamé por teléfono a mi socio, Ray Calvin, y le dije…

El policía le indicó que se callara.

—Tiene usted que firmar este papel, y nada más. No lo llamarán a la corte; esto es sólo una formalidad legal y aquí termina la intervención de usted. —Le alcanzó a Childan el papel y luego una lapicera —Se dice aquí que este hombre fue a verlo y trató de engañarlo invocando una representación falsa y todo lo demás. Lea el papel. —El policía se levantó el puño de la camisa y le echó una ojeada al reloj de pulsera mientras Robert Childan leía el papel —¿Es sustancialmente correcto?

Lo era… sustancialmente. Robert Childan no tuvo tiempo de prestar mucha atención al papel, y de todos modos no recordaba muy bien lo que había ocurrido aquel día. Pero sabía que el hombre había tratado de engañarlo, y que esto tenía relación con un tumulto ocurrido en la Bahía. Además, como el policía había dicho, el hombre era judío. Robert Childan miró el nombre debajo de la foto, Frank Frink. Nacido Frank Fink. Sí, ciertamente era judío. Cualquiera podía decirlo, con un apellido como Fink. Y el hombre se lo había cambiado.

Childan firmó el papel.

—Gracias —dijo el policía. Juntó sus cosas, se acomodó el sombrero, deseó buenas noches a Childan, y partió. Todo el asunto había llevado sólo un momento.

Parece que ya le tienen las manos encima, pensó Childan. Cualquiera que fuese el asunto en que estaba metido.

Un verdadero alivio. Trabajaban rápido, de veras. Aquella era una sociedad de leyes y orden, donde los judíos no podían emplear sus sutilezas a costa de los inocentes. Los ciudadanos estaban de veras protegidos.

No entendía cómo no había reconocido enseguida las características raciales. Gente engañosa.

Él, Childan, no era amigo de engaños, evidentemente, decidió, y no tenía muchas defensas. Aquel hombre, por ejemplo, podía haberlo convencido de cualquier cosa. Era una forma de hipnosis, capaz de dominar toda una sociedad.

Mañana tendré que comprar ese libro, La langosta, se dijo. Sería interesante ver cómo el autor describía un mundo gobernado por judíos y comunistas, el Reich en ruinas, y Japón sin duda una provincia de Rusia; y Rusia misma extendiéndose del Atlántico al Pacífico. Se preguntó si el autor —cualquiera fuese su nombre hablaría de una guerra entre Rusia y los Estados Unidos. Un libro interesante, pensó. Raro que a nadie se le hubiese ocurrido escribirlo antes.

Una obra así podía mostrar qué afortunados eran realmente. A pesar de las desventajas obvias… todo podría haber sido mucho peor. Había una verdadera lección moral en aquel libro. Sí, los japoneses estaban allí, gobernándolos, y los norteamericanos eran una nación derrotada. Pero tenían que mirar adelante; tenían que construir. Les esperaban grandes acontecimientos, como la colonización de los planetas.

Recordó que era la hora de las noticias. Se sentó y encendió la radio. Quizá habían elegido ya al nuevo canciller del Reich. Se sintió excitado. Para él Seyss-Inquart era el más dinámico. El más capaz de llevar adelante programas audaces.

Me gustaría estar allá, pensó. Quizá algún día tuviese bastante dinero como para viajar a Europa y ver todo. Era una lástima perdérselo ahora. Clavado allí en la Costa Oeste donde no ocurría nada. La historia lo pasaba por alto.

Capítulo 8

A las ocho de la mañana Freiherr Hugo Reiss, el cónsul del Reich en San Francisco, salió de su Mercedes Benz 224 E y subió apresuradamente los escalones del consulado, seguido por dos jóvenes empleados del Ministerio de Relaciones Exteriores, Los subordinados de Reiss ya habían abierto la puerta, y el cónsul entró saludando con la mano levantada a las dos muchachas recepcionistas, al vicecónsul Herr Frank, y luego, en la oficina, al secretario Herr Pferdehuf.

—Freiherr —dijo Pferdehuf—, acaba de llegar de Berlín un radiograma en código. Prioridad uno.

Esto significaba que el mensaje era urgente.

—Gracias —dijo Reiss, sacándose el abrigo y dándoselo a Pferdehuf.

—Hace diez minutos llamó Herr Kreuz vom Meere. Quiere que lo llame.

—Gracias —dijo Reiss.

Se sentó a la mesita junto a la ventana, sacó la tapa de la fuente del desayuno, vio en un plato unos huevos revueltos, se sirvió café de la cafetera de plata, y desplegó el periódico de la mañana.

El hombre que lo había llamado, Kreuz vom Meere, era jefe del Sicherheitsdienst en el área del Pacífico; tenía sus oficinas bajo un nombre falso, en la terminal aérea. Las relaciones entre Reiss y Kreuz vom Meere no eran fáciles. Las respectivas jurisdicciones se superponían en innumerables asuntos; una política deliberada, sin duda, de las autoridades de Berlín. Reiss tenía un cargo honorario en las SS, el rango de mayor, y esto lo convertía técnicamente en el subordinado de Kreuz vom Meere. El cargo le había sido encomendado hacía varios años, y ya en aquel tiempo Reiss había descubierto el propósito del nombramiento. Pero no podía hacer nada. Sin embargo, el problema lo irritaba todavía.

El periódico, que había llegado en el avión de la Lufthansa de las seis de la mañana, era el Frankfurter Zeitung. Reiss leyó cuidadosamente la primera página. Von Schirach estaba arrestado en su casa, y posiblemente muerto. Malo. Goering esperaba en una base de entrenamiento de la Luftwaffe, rodeado por veteranos de guerra, todos leales al Gordo. Ninguno lo traicionaría. Tampoco los novatos de la SD. ¿Y qué pasaba con el doctor Goebbels?

Quizá en el corazón de Berlín, dependiendo como siempre de su propio ingenio, de sus poderes de persuasión, que podían sacarlo de cualquier dificultad. Si Heydrich le enviaba un escuadrón, reflexionó Reiss, el menudo doctor no sólo discutiría con ellos, también los convencería de que se pasaran a su bando. Los nombraría empleados

del Ministerio de Propaganda a Instrucción Pública.

Podía imaginarse al doctor Goebbels en ese momento, en las habitaciones de alguna hermosa actriz, sin prestar atención a las unidades de la Wehrmacht que desfilaban por las calles. Nada asustaba a aquel Quero. Goebbels sonriendo burlonamente continuaría acariciando el hermoso pecho de la dama con la mano izquierda, mientras escribía el artículo para el Angriff de ese día con… El secretario lo llamó interrumpiendo los pensamientos de Reiss. —Lo siento. Kreuz vom Meere está otra vez en el teléfono.

Incorporándose, Reiss se acercó al escritorio y tomó el aparato.

—Habla Reiss.

Los pesados acentos bávaros del jefe local de la SD:

—¿Alguna noticia de ese hombre de la Abwehr?

Sorprendido, Reiss trató de recordar a qué se refería Kreuz vom Meere.

—Hummm —murmuró—. Según parece hay tres o cuatro hombres de la Abwehr en la costa del Pacífico.

—El que llegó por Lufthansa la semana pasada.

—Oh —dijo Reiss, y sosteniendo el tubo del teléfono entre la oreja y el hombro, sacó la cigarrera—. Nunca vino por aquí.

—¿Qué hace?

—Dios, no lo sé. Pregúntele a Canaris.

—Me gustaría que llamara al Ministerio para que ellos hablaran a la Cancillería y se comunicaran con el Almirantazgo, pidiéndoles que la Abwehr retire a su gente o nos digan por qué están aquí.

—¿No puede hacerlo usted?

—Todo es muy confuso.

Le habían perdido completamente la pista al hombre de la Abwehr, decidió Reiss. Alguien de las oficinas de Heydrich les había dicho —a los agentes locales de la SD —que vigilaran al hombre. Y ahora querían hacerlo responsable del caso.

—Si viene por aquí —dijo Reiss —trataré de que lo sigan. No tenga ninguna duda.

Por supuesto había pocas posibilidades de que el hombre apareciera. Y los dos lo sabían.

—El nombre es indudablemente falso —opinó Kreuz vom Meere —. No sabemos cómo se llama, por supuesto. Es un individuo de aspecto aristocrático. Alrededor de cuarenta. Capitán. Se hace llamar Rudolf Wegener. Una de esas viejas familias monárquicas del este de Prusia. Apoya probablemente a von Papen en el Systemzeit. —Reiss se puso cómodo mientras Kreuz von Meere charlaba —La única explicación es que estos monárquicos traten de reducir el presupuesto de la marina, ya que de ese modo les sería posible…

Al fin Reiss consiguió librarse del teléfono. Cuando volvió a la

mesa del desayuno descubrió que los huevos estaban fríos. El café sin embargo se conservaba caliente; lo bebió y volvió a la lectura del periódico pensando que aquello no se terminaba nunca. La gente de la SD trabajaba toda la noche. Podían llamarlo a uno a las tres de la mañana.

El secretario Pferdehuf metió la cabeza en la oficina, vio que Reiss no estaba en el teléfono, y dijo: —Acaban de llamar de Sacramento, muy alterados. Dicen que hay un judío suelto por las calles de San Francisco.

Pferdehuf y Reiss se rieron.

—Muy bien —dijo Reiss—, dígales que se calmen y que nos envíen los papeles. ¿Alguna otra cosa?

—Mensajes de condolencia.

—¿Más?

—Muy pocos. Los tengo en mi escritorio, para cuando usted los necesite. Ya hemos mandado las respuestas.

—Hoy tengo que hablar en esa reunión —dijo Reiss—. A la tarde, a esos hombres de negocios.

—Se lo recordaré —dijo Pferdehuf.

Reiss se reclinó en la silla. —¿Una apuesta?

—No a propósito de las deliberaciones del Partido. Si se refiere a eso.

—Elegirán al verdugo.

Morosamente, Pferdehuf dijo: —Heydrich no puede ir más lejos. Nunca tratará de pasar por encima del Partido. Se asustaría mucho. La sola idea los pondría furiosos a los cabecillas del Partido. Habría una coalición en veinticinco minutos, tan pronto como el primer coche de la SS saliera de Prinzalbrechtstrasse. Tienen el apoyo de esos potentados como Krupp y Thyssen…

Pferdehuf se interrumpió. Uno de los criptógrafos se le había acercado con un sobre.

Reiss extendió la mano. El secretario le dio el sobre.

Era un radiograma urgente en código, descifrado y pasado. a máquina.

Cuando Reiss acabó de leer vio que Pferdehuf estaba esperando. Reiss arrugó el papel y lo echó en el cenicero de cerámica del escritorio, acercándole el encendedor.

—Hay un general japonés que está aquí de incógnito. Tedeki. Será mejor que baje a la biblioteca pública y consiga una de esas revistas japonesas del ejercito con el retrato de este hombre. Hágalo discretamente, por supuesto. No creó que tengamos aquí nada sobre él. —Fue hacia el mueble del archivo, y enseguida cambió de parecer. —Consiga la información posible. Las estadísticas. Tienen que estar en la biblioteca. —Añadió: —Este general Tedeki era comandante en jefe

hace unos años. ¿Lo recuerda?

—Un poco —dijo Pferdehuf—. Un hombre de agallas. Ha de tener unos ochenta ahora. Me parece que apoyó una especie de programa acelerado, que llevaría al Japón al espacio.

—En eso falló —dijo Reiss.

—No me sorprendería que hubiese venido aquí por cuestiones de salud —dijo Pferdehuf—. Ya han venido otros viejos militares japoneses al hospital de la U.C. De ese modo pueden aprovechar las técnicas quirúrgicas alemanas que no tienen allá. Naturalmente mantienen el secreto. Razones patrióticas, usted sabe. De modo que quizá convenga tener un hombre vigilando en el hospital, si Berlín no quiere perderlo de vista.

Reiss asintió. Era posible que el viejo general anduviese metido en especulaciones comerciales. La gente que había conocido mientras estaba en actividad podía serle útil ya retirado. ¿O no estaba retirado? El mensaje lo llamaba general no general retirado.

—Tan pronto como tenga la fotografía —dijo Reiss —pase unas copias a nuestro agente del aeropuerto y los muelles. Ya ha de estar en la ciudad. Estas cosas tardan siempre un tiempo en llegar a nuestras manos.

Y por supuesto si el general ya estaba en San Francisco, la gente de Berlín estaría furiosa con el consulado de los EEPA. El consulado habría podido interceptarlo… antes que Berlín hubiese enviado la orden.

Pferdehuf dijo: —Sellaré el radiograma de Berlín, y si más tarde hay algún problema mostraremos cuándo lo recibimos. La hora exacta.

—Gracias —dijo Reiss. Los funcionarios de Berlín eran maestros en el arte de transferir responsabilidades, y Reiss estaba cansado de su papel de chivo emisario. Había ocurrido demasiadas veces —Para estar más seguros —dijo —me parece mejor que contestemos el mensaje. Diga: “Instrucciones llegaron demasiado tarde. Individuo visto ya en la zona. Posibilidad de interceptación remota en este momento.” Dele forma y mándelo. Que parezca adecuado y vago a la vez. Ya entiende.

Pferdehuf asintió. —Lo mandaré enseguida y anotaré la fecha y la hora.

Salió del cuarto y cerró la puerta.

Tenía que cuidarse, reflexionó Reiss, o se encontraría de pronto como cónsul de un montón de negros en una isla de la costa de Sudáfrica. Casi sin darse cuenta tendría como amante a una mamá negra, y once o doce negritos lo llamarían papá.

Se sentó de nuevo a la mesa del desayuno y encendió un cigarro egipcio Simon Artz 70, cerrando cuidadosamente la caja de metal.

No parecía que fueran a interrumpirlo durante un rato, de modo

que sacó del portafolios el libro que había estado leyendo, lo abrió en la página del señalador, se puso cómodo y continuó.

> …¿Había caminado tanto por estas calles de coches silenciosos, en la paz dominical de una mañana del Tiergarten? Otra vida. Helado de crema, un sabor que podía no haber existido nunca. Ahora hervían ortigas y estaban contentos. Dios, exclamó. ¿No pararían nunca? Los enormes tanques británicos continuaban llegando. Otro edificio, podía haber sido una casa habitación o una tienda, una escuela o unas oficinas; quizá… las ruinas se sacudieron, cayendo en fragmentos. Debajo de los escombros otro puñado de supervivientes, enterrados sin ni siquiera el sonido de la muerte. La muerte se había extendido alrededor, sobre los vivos, los heridos, las pilas de cadáveres. El hediondo, estremecido cadáver de Berlín, las torres ciegas todavía en pie, que desaparecían sin una protesta, como ahora este edificio anónimo que el orgullo del hombre había levantado en otro tiempo.
>
> Una película gris, notó el muchacho, le cubría los brazos. Una ceniza en parte inorgánica, en parte el producto final de la vida, devorado por el fuego. Todo estaba mezclado ahora, sabía él, y se sacudió los brazos. No pensó mucho más; ya tenía otro pensamiento, si es que era posible pensar en medio de los gritos y los estruendos de las granadas. Hambre. Durante seis días no había comido otra cosa que ortigas, y ahora las ortigas habían desaparecido. El campo de matorrales se había hundido en un vasto cráter de tierra. Otras figuras pálidas y delgadas se habían acercado al cráter, como el muchacho, habían estado allí en silencio, y luego se habían ido. Una madre anciana que llevaba una babushka alrededor de la cabeza gris, y una canasta vacía bajo el brazo. Un manco, los ojos vacíos como la canasta.
>
> Una muchacha. Desaparecida ahora entre los árboles desgarrados donde se escondía el muchacho, Eric.
>
> Y la serpiente continuaba acercándose.
>
> ¿Terminaría alguna vez? se preguntó él. ¿Y qué ocurriría entonces? ¿Los alimentarían, estos…?

—Freiherr —llegó la voz de Pferdehuf—. Lamento interrumpirlo. Sólo una palabra.

Reiss saltó, cerró el libro. —Adelante.

Cómo escribe este hombre, pensó. Lo había llevado a otro mundo,

un mundo real. La caída de Berlín en manos de los ingleses, tan vívida como si hubiese ocurrido de veras. Reiss se estremeció.

Era ese poder de evocación que tienen las novelas, se dijo, aun las novelas populares. No era raro que el libro hubiese sido prohibido en el territorio del Reich, él mismo lo hubiese prohibido. Lamentaba haber empezado a leerlo. Pero era demasiado tarde; tenía que terminarlo ahora.

—Unos marinos de un barco alemán —dijo el secretario—. Se les pidió que se presentaran a usted.

—Sí —dijo Reiss. Fue rápidamente hacia la puerta y entró en la oficina de adelante. Allí esperaban tres marineros con pesados suéteres grises, todos de pelo rubio, caras fuertes, un poco nerviosos. Reiss alzó la mano derecha—. Heil Hitler. —Una breve sonrisa.

—Heil Hitler —farfullaron los hombres, y sacaron los papeles.

Tan pronto como acabó de certificar la visita de los marinos, Reiss corrió de vuelta a su oficina.

Ya solo otra vez reabrió La langosta se ha posado.

Se encontró leyendo una escena donde aparecía… Adolf Hitler. Esta vez ya no pudo detenerse, y continuo, sintiendo un calor en la nuca.

El juicio, comprendió, de Hitler. Luego del fin de la guerra. Hitler en manos de los aliados, Dios. También Goebbels, Goering, todo el resto. En Munich.

Evidentemente Hitler estaba respondiendo al fiscal norteamericano.

> …Durante un momento el viejo espíritu oscuro flameó y pareció encenderse. Un estremecimiento sacudió el cuerpo vacilante; la cabeza se alzó. Los labios que babeaban emitieron un murmullo apagado, un ladrido ronco: Deutsche, hier steh' Ich. Los hombres miraron y escucharon estremeciéndose, algunos ajustaron los auriculares; las caras de los rusos, los norteamericanos, los ingleses y los alemanes se endurecieron, atentas. Sí, pensó Karl. Aquí está una vez más… nos han derrotado, y eso no es todo. Le han quitado la máscara a este superhombre, mostrándolo como es. Sólo… un…

—Freiherr.

Reiss descubrió que el secretario había entrado en la oficina.

—Estoy ocupado —dijo de malhumor. Cerró el libro—. Estoy tratando de leer este libro, ¡Dios santo!

Era inútil. Lo sabía.

—Otro radiograma en código de Berlín —dijo Pferdehuf—. Alcancé a entender algo cuando empezaba a descifrarlo. Se refiere a la situación política.

—¿Qué decía? —murmuró Reiss frotándose la frente con los dedos.

—El doctor Goebbels habló por radio inesperadamente. Un discurso importante. —El secretario estaba excitado. —Recibiremos el texto y tiene que aparecer en la prensa de aquí.

—Sí, sí —dijo Reiss.

El secretario dejó la oficina y Reiss abrió de nuevo el libro. Una ojeada más, a pesar de su resolución… Buscó el párrafo.

> …en silencio Karl contempló el ataúd envuelto en una bandera. Ahí yacía, y ahora había desaparecido, realmente. Ni siquiera los poderes demoníacos podían traerlo de vuelta. El hombre —¿o era al fin y al cabo un Uebermensch? —a quien Karl había seguido ciegamente, había adorado… hasta el borde de la tumba. Adolf Hitler había muerto, pero Karl se aferraba a la vida. No lo seguiré, murmuró la mente de Karl. Iré adelante, vivo. Y reconstruiré. Y todos reconstruiremos. Es necesario.
>
> Qué lejos, qué terriblemente lejos lo había llevado la magia del líder. ¿Y qué quedaba ahora que habían puesto punto final a aquella historia increíble, el viaje desde el aislado pueblo aldeano de Austria a la pobreza miserable de Viena, desde la pesadilla de las trincheras, pasando por las intrigas políticas, la fundación del Partido, la cancillería, lo que por un instante había parecido la dominación del mundo?
>
> Karl sabía. Bluff. Hitler les había mentido. Los había gobernado con palabras vacías.
>
> No es demasiado tarde. Nos hemos dado cuenta, Adolf Hitler. Y al fin sabemos qué eres realmente. Y el partido nazi, esa terrible época de crímenes y fantasías megalomaníacas, sabemos qué es. Qué era.
>
> Karl se volvió alejándose del ataúd silencioso…

Reiss cerró el libro y se quedó pensando. A pesar de sí mismo se sentía perturbado. Tenía que haber presionado un poco más a los japoneses, se dijo, para que prohibieran el maldito libro. La obra, obviamente, estaba de parte de ellos. Hubiera podido arrestar también a… como se llamaba… Abendsen. Disponía de poder suficiente en el Medio Oeste.

Lo más perturbador era eso: La muerte de Adolf Hitler, la derrota y destrucción de Hitler, el Partido, y Alemania misma, tal como se describían en el libro de Abendsen… Todo esto, de algún modo, tenía mayor grandeza, estaba más de acuerdo con el viejo espíritu que el mundo actual. El mundo de la hegemonía alemana.

¿Cómo podía ser? se preguntó Reiss. ¿El motivo era sólo la habilidad de Abendsen como escritor?

Conocían un millón de trucos, estos novelistas. El doctor Goebbels, por ejemplo; así había empezado, escribiendo novelas. Los escritores apelaban a los instintos básicos, comunes a todos, aun detrás de las superficies más respetables. Sí, el novelista conocía a los seres humanos, qué poco valían, gobernados por los testículos, empujados por el miedo, vendiéndose a todo en nombre de la codicia… el novelista sólo tenía que tocar el tambor, y obtenía una respuesta. Y observando las reacciones de la gente, el novelista reía, por supuesto, llevándose la mano a la boca.

Ese libro, por ejemplo, reflexionó Herr Reiss, apelaba a los sentimientos, no a la inteligencia; y naturalmente el autor obtenía su paga… Siempre en estos casos había una cuestión de dinero. Era obvio que alguien le había puesto la Hundsfott encima, le dijo qué historia debía escribir, y estos hombres escribían cualquier cosa si les pagaban bien. Contaban un montón de mentiras, y luego el público se tomaba la sopa bien preparada. ¿Dónde habían publicado el libro? Herr Reiss examinó el ejemplar. Omaha, Nebraska. El último reducto de la industria editorial plutocrática, en un tiempo instalada en el centro de Nueva York, apoyada por el oro de judíos y comunistas…

Quizá este Abendsen era judío.

Están todavía acechándonos, tratando de envenenarnos, se dijo Herr Reiss. Este jüdische Buch… Cerró de golpe el ejemplar de La langosta. El nombre real era probablemente Abendstein. La SD ya estaría investigando, sin duda.

Tendrían que enviar a alguien a los EEMR pensó, para que visitara a Herr Abendstein. Se preguntó si Kreuz vom Meere habría recibido instrucciones. Quizá no, a causa de toda aquélla charla en Berlín. Los asuntos domésticos eran graves, no tenían tiempo para otras cosas.

Pero ese libro, pensó Reiss, era peligroso. Si en alguna hermosa mañana alguien encontrase a Abendstein colgando del cielo raso, la noticia devolvería la sensatez a cualquiera que pudiese haber sido influido por el libro. Ellos, los alemanes, tendrían así la última palabra. Habrían escrito el colofón.

Necesitarían un hombre blanco, por supuesto. Herr Reiss se preguntó qué estaría haciendo Skorzeny en esos días.

Releyó la sobrecubierta del libro. El hombre vivía en una

barricada. Allá arriba, en un verdadero castillo. No era tonto. Quien entrara allí y llegase a Abendstein no saldría con vida.

Quizá fuese una insensatez. Al fin y al cabo él libro ya estaba impreso. Era demasiado tarde. La zona estaba ocupada por los japoneses… los hombrecitos amarillos harían un escándalo.

Sin embargo, si se llevaba a cabo hábilmente… si se manejaba con cuidado…

Freiherr Hugo Reiss escribió unas palabras en el memorándum. Habría que hablar con el general de la SS, Otto Skorzeny, o mejor aún Otto Ohlendorf del Amt III del Reichssicherheitshauptamt. ¿No comandaba Ohlendorf el Einsatzgruppe D?

Y enseguida, de pronto, sin ningún síntoma previo, Reiss se sintió enfermo de rabia. Pensé que esto había acabado, se dijo. ¿No tendría fin? La guerra había terminado hacía años. Y pensaron que había terminado de veras. Pero el fiasco de África, ese loco de Seyss-Inquart tratando de llevar a la práctica los esquemas de Rosenberg…

Herr Hope tenía razón, pensó Reiss. Ese chiste a propósito de los contactos alemanes en Marte. Marte poblado de judíos. También los verían allí: judíos bicéfalos, quizá, de treinta centímetros de altura.

No podía olvidar las tareas de rutina, decidió. No le quedaba tiempo para aquellas aventuras propias de una cabeza de chorlito; Einsatzkommandos persiguiendo a Abendsen. Tenía las manos ocupadas; saludos de bienvenida a marinos alemanes y respuestas a radiogramas en código. Un asunto semejante correspondía a alguien de mayor jerarquía.

De cualquier modo, pensó, si se metía en algo parecido y todo salía mal no era difícil saber qué le pasaría: miembro de la custodia en el gobierno general del Este, o en una cámara de gas de cianuro hidrogenado Zyklon B.

Extendiendo la mano tachó cuidadosamente la nota del memorándum, y luego quemó la hoja en el cenicero de cerámica.

Llamaron a la puerta y entró el secretario trayendo un puñado de papeles.

—El discurso del doctor Goebbels. Completo. —Pferdehuf dejó las hojas sobre el escritorio. —Tiene que leerlo. Muy bueno; uno de los mejores.

Encendiendo otro cigarrillo Simon Arzt 70, Reiss se puso a leer el discurso del doctor Goebbels.

Capítulo 9

Después de dos semanas de trabajo casi constante, la joyería Edfrank había producido las primeras piezas. Allí estaban los objetos, en dos maderas cubiertas con terciopelo negro, dentro de una canasta japonesa de mimbre. Y Ed McCarthy y Frank Frink habían preparado tarjetas comerciales. Habían grabado los nombres, con tinta roja, sobre papel pesado de color, completando las tarjetas en un juego de imprenta para niños.

Habían demostrado siempre que eran buenos profesionales. En las joyas, las tarjetas y los exhibidores no se descubría la mano del aficionado. ¿Por qué habría de ser de otro modo? Los dos eran profesionales; no en la fabricación de joyas, pero en trabajos de taller en general.

Los estantes mostraban una buena variedad. Pulseras de latón, cobre, bronce, y aun hierro forjado. Pendientes, la mayoría de latón, con unos pocos adornos de plata. Aros de plata. Alfileres de plata o latón. La plata les había costado bastante; aun el soldador de plata había sido demasiado caro. Habían comprado también unas pocas piedras semipreciosas para montar en alfileres: perlas barruecas, espíneles, jade; astillas de ópalo. Y si las cosas iban bien probarían con el oro, y quizá diamantes de cinco o seis puntos.

Era el oro lo que podía darles un verdadero beneficio. Habían comenzado buscando oro de desecho, fundiendo piezas antiguas sin valor artístico, mucho más baratas que el oro nuevo. Pero aún así la inversión había sido considerable. Sin embargo, un alfiler de oro daba más ganancias que cuarenta alfileres de latón. Podían obtener casi cualquier precio en la venta al por menor de un alfiler de oro bien diseñado… siempre que consiguieran venderlo, como había dicho Frink.

Hasta ahora no habían intentado vender nada. Habían resuelto los que parecían ser problemas técnicos básicos; tenían un banco de trabajo, los motores necesarios, ruedas de esmerilar y de pulir, y todo un equipo de herramientas de acabado, desde unos duros cepillos de alambre, pasando por cepillos de latón y ruedas Gratex, hasta muñecas pulidoras de algodón, lino, cuero, gamuza que podían emplearse con compuestos de esmeril y piedra pómez o los colcótares más delicados. Y por supuesto tenían también un soldador oxiacetilénico, tanques, calibradores, mangueras, birolas, máscaras.

El equipo de herramientas de joyería era notable: alicates de Alemania y Francia, micrómetros, taladros de diamante, sierras, pinzas, tenazas, soldadoras de tercera mano, tornos, pulidoras, cizallas, martillos diminutos forjados a mano… hileras de equipos de

precisión. Y los repuestos de distinto calibre para el brazo del torno, hojas de metal, engarces de alfileres, clips. Habían gastado ya más de la mitad de los dos mil dólares, y en la cuenta bancaria de Edfrank sólo quedaban ahora doscientos cincuenta dólares. Pero estaban instalados legalmente; hasta tenían los permisos de los EEPA. Ahora sólo faltaba vender.

Ningún comerciante, pensó Frink mientras estudiaba los exhibidores, sería capaz de examinar todo aquello con más atención que ellos mismos. Parecían ciertamente buenas, esas pocas piezas selectas preparadas trabajosamente, sin soldaduras defectuosas, bordes toscos o afilados, o manchas rojizas… El control de calidad era excelente, la más leve opacidad o una raya del cepillo de alambre habían bastado para devolver la pieza al taller. No podían permitirse ningún trabajo tosco a inconcluso; un lunar negro minúsculo en un collar de plata… y era el fin del negocio.

La tienda de Robert Childan era la primera de la lista. Pero sólo Ed podía visitarla; Childan recordaría ciertamente a Frank Frink.

—Tú te encargarás de casi todas las ventas —dijo Ed, pero estaba resignado a visitar él mismo la tienda de Childan. Se había comprado un buen traje, una nueva corbata, una camisa blanca, pensando que así daría una buena impresión. No obstante, no parecía tranquilo—. Sé que somos buenos —dijo por millonésima vez—. Pero… demonios.

La mayoría de las piezas eran abstractas, espirales de alambre, lazos, diseños que hasta cierto punto habían aparecido espontáneamente, durante el proceso de fundición. Algunas tenían la delicadeza, la levedad de una telaraña; otras tenían una pesadez maciza, poderosa, bárbara casi. Las formas eran considerablemente variadas, considerando las pocas piezas que había en las bandejas de terciopelo; y sin embargo una tienda, comprendió Frink, podía comprar todo lo que tenían allí. Visitarían todas las tiendas una vez… si fracasaban. Pero si tenían éxito, si convencían a los comerciantes, se pasarían la vida recibiendo pedidos.

Los dos hombres trabajaron juntos poniendo las bandejas de terciopelo en la canasta de mimbre. Recuperaremos algo vendiendo el metal, reflexionó Frink, si se cumple lo peor. Las herramientas y el equipo; los venderían perdiendo dinero, pero por lo menos algo recuperarían.

Sería el momento de consultar el oráculo, se dijo Frink. Pregunta: ¿Cómo le irá a Ed en su primera visita a una tienda? Pero Frink se sentía demasiado nervioso. Era posible que el oráculo le diera una mala respuesta, y no se sentía capaz de enfrentarla. De cualquier modo la suerte estaba echada: Habían fabricado las piezas, habían instalado la tienda… y lo que podía decir el I Ching ya no importaba mucho.

No podía ayudarlos a vender las joyas… no podía darles suerte.

—Iré primero a ver a Childan —dijo Ed—. El resultado no tiene por qué preocuparnos. Y luego tú podrías visitar a otros dos. ¿Vienes conmigo, no es cierto? En el camión. Estacionaré del otro lado de la esquina.

Mientras iban hacia la camioneta llevando la canasta, Frink pensó que eran buenos vendedores, Ed y él mismo; no sería difícil convencer a Childan, aunque tendrían que esforzarse. Si Juliana hubiese estado allí habría ido a la tienda y habría hecho el trabajo sin parpadear. Juliana era hermosa, podía hablarle a cualquiera, y era una mujer. Al fin y al cabo, aquellas eran joyas para mujeres. Juliana hubiera podido ponérselas para ir a la tienda. Frink cerró los ojos y trató de imaginar a Juliana con uno de los brazaletes, o uno de los collares de plata. El pelo negro y la piel pálida, los ojos tristes y penetrantes, un suéter gris, un poco demasiado apretado, la plata sobre la carne desnuda, el metal que subía y bajaba junto con la respiración…

Dios, era casi como si ella estuviese allí. Los dedos fuertes y delgados de Juliana alzaban y examinaban todas las piezas; echando la cabeza hacia atrás, mirando la pieza a la luz. Juliana estaba allí, siempre presente, testigo de todo lo que él hacía.

Lo mejor para ella, decidió, eran los pendientes. Los más largos y brillantes, especialmente de latón. El cabello recogido atrás o bastante corto, mostrando el cuello y las orejas. Y podrían sacarle fotos para los anuncios y los exhibidores. Habían discutido ya la posibilidad de un catálogo, para vender por correo a comerciantes de otras partes del mundo. Juliana tendría un magnífico aspecto… hermosa piel, muy saludable, tersa, y de buen color. ¿Estaría dispuesta ella, si la encontraban? No importa lo que piense de mí, se dijo Frink; ninguna relación con nuestra vida personal. Aquello era estrictamente una cuestión de negocios.

Demonios, ni siquiera él le sacaría las fotografías. Buscarían un fotógrafo profesional. Esto complacería a Juliana, que era quizá tan vanidosa como antes. Siempre le había gustado que la gente la observara, la admirara; cualquiera. Se le ocurrió que casi todas las mujeres eran así. Trataban de llamar la atención todo el tiempo. Eran en este sentido muy infantiles.

Juliana nunca había soportado sentirse sola, pensó Frink. Necesitaba tenerlo siempre cerca, festejándola de algún modo. Los niños pequeños eran así; si los padres no los estaban mirando nada de lo que hacían les parecía real. Era seguro que en este mismo momento Juliana tenía alguien al lado. Diciéndole qué hermosa era. Alabándole las piernas, el vientre terso y chato…

—¿Qué pasa? —dijo Ed, mirando de reojo a Frink—. ¿Estás nervioso?

—No —dijo Frink.

—No me quedaré callado —dijo Ed—. Tengo algunas ideas. Y te diré otra cosa. No tengo miedo. No me siento intimidado porque este sea un lugar de moda y yo haya tenido que ponerme este traje de moda. Admito que no me gusta andar bien vestido. Admito que no me siento cómodo. Pero esto no importa. Iré a. esa tienda y haré mi trabajo.

Felicitaciones, pensó Frink.

—Diablos, si pudiste ir a visitarlo —dijo Ed —y hacerle creer que eras el enviado de un almirante japonés, yo también seré capaz de decirle la verdad, que estas joyas son piezas realmente originales, hechas a mano, y…

—Forjadas a mano —dijo Frink.

—Sí. Forjadas a mano. Quiero decir que iré allí y no saldré hasta obtener un pedido. Tiene que comprar estas piezas. Si no lo hace está realmente loco. He estudiado el mercado; nadie tiene nada parecido. Dios, cuando pienso que puede mirarla y no comprarlas… me siento tan enojado que empezaría a los golpes.

—No te olvides de decirle que no son enchapadas —interrumpió Frink—. Que cobre quiere decir cobre macizo y bronce, bronce macizo.

—Deja que lo haga a mi modo —dijo Ed—. Tengo realmente algunas buenas ideas.

Frink pensó que lo mejor sería tomar un par de piezas —Ed no lo notaría nunca —y mandárselas a Juliana. Así ella vería lo que él estaba haciendo. Los funcionarios del correo la encontrarían de algún modo;, le enviaría el paquete a la última dirección conocida. ¿Qué diría Juliana cuando abriese la caja? Tendría que poner una nota explicándole que las —había hecho él mismo; que era socio de un nuevo negocio de joyería. Le encendería la imaginación; le contaría algunas cosas, trataría de interesarla, y así ella desearía conocer más. Le hablaría de piedras y metales. Los lugares donde estaban vendiendo, las tiendas de moda…

—¿No estamos cerca? —dijo Ed, aminorando la marcha. La calle era de tránsito pesado, en el centro de la ciudad; los edificios ocultaban el cielo—. Será mejor que estacione.

—Otras cinco cuadras —dijo Frink.

—¿Tienes uno de esos cigarrillos de marihuana? —dijo Ed—. Me calmaría fumar un poco.

Frink le pasó el paquete de T'ien-lais, la marca "Música Celestial", que había aprendido a fumar en la compañía W-M.

Sé que Juliana está viviendo con alguien, se dijo Frink. Durmiendo con un hombre. Como si estuviesen casados. Conocía a. Juliana. No podría sobrevivir en otras condiciones; sabía bien cómo se

sentía ella a la caída de la noche. Cuando hacía frío y todo el mundo estaba en su casa, sentado en la sala. Nunca había estado preparada para una vida solitaria. El tampoco, comprendió.

Quizá era un hombre realmente bueno. Algún estudiante tímido que ella había llevado a la casa. Juliana podría ser una buena mujer para cualquier muchacho que nunca hubiese tenido el coraje de acercarse antes a una mujer. No era perversa ni cínica. Le haría mucho bien. Esperaba de veras que no se hubiese complicado la vida con un hombre mayor. Eso no podría tolerarlo. Un hombre experimentado y mezquino que llevaba siempre un palillo de dientes en la boca y que se pasaba las horas molestándola.

Frink sintió que estaba respirando pesadamente. Imaginó un hombre corpulento y velludo que pisoteaba a juliana, estropeándole la vida… En ese caso Juliana terminaría suicidándose, pensó Frink. Era inevitable, si ella no encontraba el hombre adecuado, y eso significaba un joven estudiante amable, sensible, capaz de apreciar las ideas de juliana.

. Fui duro con ella, pensó. Frink. Y no soy tan malo; hay muchos otros hombres peores que yo. No le costaba trabajo adivinar los pensamientos de juliana, lo que ella quería, cuando ella se sentía sola o triste o deprimida. Se había pasado mucho tiempo preocupándose y pensando en ella. Pero no había sido suficiente. Ella se merecía más, mucho más.

—Estacionaré aquí —dijo Ed. Había encontrado un sitio y estaba retrocediendo, mirando por encima del hombro.

—Escucha —dijo Frink—. ¿Puedo enviarle un par de piezas a mi mujer?

—No sabía que fueras casado. —Ed contestó frunciendo el ceño, ocupado en la tarea de estacionar. Por supuesto, siempre que no sean de plata.

Apagó el motor del camión.

—Ya estamos —dijo. Echó una bocanada de humo de marihuana, y luego aplastó el cigarrillo contra el tablero, arrojando la colilla al piso—. Deséame suerte.

—Suerte —dijo Frank Frink.

—Eh, mira. Hay uno de esos poemas waka japoneses en el reverso del paquete de cigarrillos. —Ed leyó el poema en alta voz, sobre los ruidos del tránsito.

Oyendo la llamada del cuclillo
miré hacia el sitio
de donde venía el sonido.
¿Qué vi entonces?

Sólo la luna pálida en el cielo del alba.

Le devolvió a Frink el paquete de T'ien-lais. —¡Criiisto! —dijo. Palmeó a Frink en la espalda, sonrió mostrando los dientes, abrió la puerta del camión, tomó la canasta de mimbre y bajó a la calle—. Ocúpate de poner la moneda en el medidor —dijo, echando a andar por la acera.

En un instante había desaparecido entre los otros peatones.

Juliana, pensó Frink, ¿estás sola como yo?

Salió del camión y puso una moneda en el aparato.

Miedo, pensó. Todo este negocio de las joyas. ¿Qué ocurre si no hay éxito? ¿Qué ocurre si no hay éxito? Así lo había dicho el oráculo. Quejas, lágrimas, golpes en la olla.

Un hombre que enfrenta las sombras de la propia vida, cada vez más oscuras. El paso a la tumba. Si Juliana, estuviese allí no sería tan malo. No sería malo de ningún modo.

Estoy asustado, se dijo Frink. Supongamos que Ed no venda nada. Supongamos que se rían de nosotros.

¿Qué pasa entonces?

Juliana estaba acostada sobre una sábana, en el piso de la habitación de adelante, abrazando a Joe Cinnadella. El sol de la media tarde calentaba el aire sofocante del cuarto. Una gota de transpiración corrió por la frente de Joe le colgó un momento de la mejilla, y cayó al cuello de Juliana.

—Todavía goteas —dijo Juliana.

Joe no respondió. Respiraba de un modo lento, largo, regular… Como el océano, pensó Juliana. No somos más que agua por dentro.

—¿Cómo fue?

Joe balbuceó que había sido muy bueno.

Así me pareció, se dijo Juliana. Una siempre sabe. Ahora tenían que levantarse, y recobrarse. ¿Recobrarse?

¿Había sido malo entonces? ¿Un signo de reprobación subconsciente?

Joe se movió.

—¿Vas a levantarte? —Juliana lo abrazó con fuerza—. No. No todavía.

—¿No tienes que ir al gimnasio?

No iré al gimnasio, se dijo Juliana. Se marcharían a algún sitio. No se quedarían allí mucho más tiempo. Pero sería un sitio donde no habían estado antes. Ahora o nunca.

Sintió que Joe empezaba a soltarse, inclinándose hacia atrás y poniéndose de rodillas. Juliana dejó que las manos se le deslizaran a lo largo de la espalda mojada de Joe, y oyó cómo él se iba caminando

descalzo por el piso, hacia el cuarto de baño.

Todo ha terminado, pensó. Oh bueno. Suspiró.

—Te oigo —dijo Joe desde el cuarto de baño—. Gruñes. Siempre deprimida., ¿eh? Preocupaciones, temores, sospechas, acerca de mí y de todo el mundo. —Joe asomó brevemente, chorreando agua jabonosa, la cara encendida —¿Qué te parece un viaje?

Juliana sintió que se le apresuraba el corazón. —¿Adónde?

—A alguna ciudad grande. ¿Qué tal el norte, Denver? Te llevaré a pasear, a algún espectáculo, un buen restaurante. Te conseguiré un vestido de noche o lo que necesites. ¿De acuerdo?

Juliana apenas se atrevía a creerlo.

—¿Te darán permiso en ese estudio tuyo? —preguntó Joe.

—Claro:

—Compraremos ropa para los dos —dijo Joe—. Nos divertiremos, quizá por primera vez en la vida. Te ayudará a mantenerte en pie.

—¿De dónde sacaremos el dinero?

—Lo tengo —dijo Joe—. Mira en mi valija.

Cerró la puerta del baño, y se oyó el ruido del agua.

Juliana abrió el ropero y buscó en el saco de mano manchado y estropeado. En un rincón había un sobre: letras del Reichsbank, de mucho valor y buenas en todas partes. De modo que podemos ir, comprendió Juliana. Quizá no está jugando conmigo, llevándome la corriente. Me gustaría de veras mirar dentro de él y ver qué hay ahí, pensó mientras contaba el dinero.

Debajo del sobre había una lapicera fuente grande, cilíndrica, o por lo menos algo que parecía una. lapicera fuente, pues tenía un clip en un extremo. Pero pesaba demasiado. Juliana la tomó con cuidado, y desenroscó la capucha. Sí, tenía una pluma de oro, aunque…

—¿Qué es esto? —le preguntó a Joe, que salía del baño.

Joe tomó el cilindro y lo puso de nuevo en el saco. Juliana notó que Joe manejaba el cilindro con mucho cuidado y se preguntó por qué, perpleja.

—¿Más —pensamientos mórbidos?. —dijo Joe.

Parecía animado, más que en ninguna otra ocasión en el tiempo que habían estado juntos; con un grito de entusiasmo tomó a Juliana por la cintura, la alzó en brazos, balanceándola a izquierda y derecha, mirándola a los ojos, echándole a la cara el aliento cálido, apretándola hasta que ella baló quejándose.

—No —dijo Juliana—. Soy… lenta para cambiar.

Todavía lo tengo un poco de miedo, pensó. Tanto miedo que ni siquiera puedo decírtelo, contártelo.

—Fuera por la ventana —gritó Joe, cruzando a trancos la habitación con Juliana en brazos—. Allá vamos.

—Por favor —dijo Juliana.

—Era una broma. Escucha. Marcharemos juntos, como en la Marcha sobre Roma, ¿recuerdas? El Duce iba adelante, conduciendo a los otros, como mi tío Carlo, por ejemplo. Ahora nosotros también tendremos nuestra marchita, menos importante, y que no aparece en los libros de historia. ¿De acuerdo? —Joe inclinó la cabeza y besó a Juliana en la boca, con tanta fuerza que los dientes de los dos se entrechocaron. —Qué buen aspecto tendremos, con las ropas nuevas. Y tú me enseñarás a hablar correctamente, a tener buenos modales, ¿no es cierto?

—Tú hablas muy bien —dijo Juliana—. Mejor que yo por lo menos.

—No. —Joe pareció de pronto sombrío —Hablo muy mal. Un acento de inmigrante. ¿No lo notaste así cuando nos encontramos en el café?

Juliana no le daba importancia.

—Quizá —dijo.

—Sólo una mujer conoce de veras las normas sociales —dijo Joe llevándola de vuelta y dejándola caer sobre la cama—. Sin las mujeres nos pasaríamos el tiempo hablando de carreras de autos y caballos y contando chistes verdes. No habría civilización.

Qué raro era él, pensó Juliana. Inquieto y meditabundo hasta que se decidía a actuar; entonces se animaba. ¿La necesitaba a ella de veras? Podía olvidarla, y dejarla allí; había ocurrido antes. Yo lo dejaría, se dijo, si tuviese que seguir mi camino.

—¿Ese es el dinero de tu sueldo? —preguntó mientras se vestía—. ¿Lo ahorraste? —Era demasiado, aunque por supuesto el dinero abundaba en el Este —Todos los otros conductores de camiones que — he conocido nunca…

—¿Piensas que soy un conductor de camiones? —interrumpió Joe —. Sí, viajo en camiones, pero no como conductor sino para ahuyentar a los asaltantes de caminos. Parezco un conductor, dormitando en la cabina. —Joe se sentó en una silla en un rincón del cuarto, echando la cabeza hacia atrás, fingiendo dormir, la boca abierta, el cuerpo flojo —¿Ves?

Al principio Juliana no vio nada. Luego descubrió que en la mano de Joe había un cuchillo, delgado como un cortaplumas. ¿De dónde había salido? De la manga de Joe, del aire.

—Por eso me contrató la gente de Volkswagen. Buenos antecedentes.,Nos protegíamos así contra los comandos de Haselden. —Joe le sonrió de costado a Juliana —No sabes quién cazó al coronel, en los últimos días. Los alcanzamos a orillas del Nilo, a Haselden y a cuatro del grupo, meses después de la campaña de El Cairo. Nos asaltaron una noche en busca de gasolina. Yo estaba de centinela. Haselden salió de las sombras todo pintado de negro: la cara, el

cuerpo y hasta las manos. No tenían alambres en esa época, sólo granadas y ametralladoras. Todo muy ruidoso. Trató de romperme el cuello. Yo llegué antes. —Joe saltó de la silla hacia Juliana, riendo. —Haz la valija. Puedes decirles a los del gimnasio que te tomarás unos pocos días. Llámalos por teléfono.

La historia de Joe no había convencido a Juliana. Quizá no había estado nunca en África del Norte, quizá no había combatido en la guerra del lado del Eje, quizá no había combatido nunca. ¿Qué asaltantes de caminos? No había visto jamás ningún camión que atravesara Cannon City desde el Este con un ex soldado como guardián. Quizá ni siquiera había vivido en los Estados Unidos, y lo había inventado todo. Un anzuelo para interesarla, para atraparla, para tener un aire romántico.

Quizá esté loco, pensó juliana. Una verdadera ironía… Quizá tuviese que hacer ahora de veras lo que había fingido muchas veces. Defenderse con el judo. Para salvar su… ¿virginidad? La vida. Pero lo más probable era que Joe fuese un pobre trabajador inmigrante con delirios de grandeza; quería divertirse a lo grande, gastarse todo el dinero, disfrutarlo de veras… y volver luego a la monotonía cotidiana. Y necesitaba una muchacha para eso.

—Muy bien —dijo —Llamaré al gimnasio.

Mientras iba hacia el pasillo Juliana pensó que Joe le compraría unas ropas caras y luego la llevaría a un hotel de lujo. Todos los hombres deseaban tener una mujer muy bien vestida antes de morir, aunque tuviesen que comprarle la ropa ellos mismos.

Quizá esto fuera el sueño de toda una vida para Joe Cinderella. Y Joe Cinderella era astuto. Había acertado; ella le tenía un miedo neurótico a los hombres. Frank lo sabía, también. Por eso se habían separado; por eso ella sentía, todavía ahora, esta ansiedad, esta desconfianza.

Cuando Juliana volvió del teléfono, encontró a Joe metido de nuevo en la lectura de La langosta con el ceño fruncido, sin prestar atención a ninguna otra cosa.

—¿Cuándo me dejarás leerlo? —preguntó Juliana.

—Quizá mientras manejo —dijo Joe sin alzar los ojos.

—¿Manejarás tú? ¡Pero es mi coche!

Joe no replicó; continuó leyendo.

Robert Childan alzó los ojos desde detrás de la caja. Un hombre alto, flaco, de pelo oscuro, entraba en ese momento en la tienda. Llevaba un traje un poco pasado de moda y traía una cesta en la mano. Un vendedor. Sin embargo, no tenía la sonrisa confiada de costumbre, y sí una expresión morosa y torva en la cara cariácea — Parece más un plomero o un electricista, pensó Childan.

Cuando el cliente dejó al fin la tienda, Childan llamó al hombre.

—¿Representante de quién?

—Joyería Edfrank —farfulló el hombre. Había puesto la cesta sobre un mostrador.

—Nunca oí hablar. —Childan se acercó mientras el hombre desataba la tapa de la cesta y la abría con muchos movimientos inútiles.

—Forjadas a mano. Todas piezas únicas. Todas originales. Bronce, cobre, plata. Hasta hierro forjado.

Childan echó una ojeada a la cesta. Metal sobre terciopelo negro. Piezas raras.

—No gracias. No es mi línea.

—Son muestras auténticas de artesanía americana. Contemporáneas.

Meneando la cabeza, Childan volvió a la caja registradora.

El hombre se quedó un tiempo junto al mostrador moviendo las bandejas de terciopelo y la canasta. No sacaba las bandejas ni las guardaba de vuelta; no parecía tener ninguna idea acerca de lo que estaba haciendo. Se cruzó de brazos. Childan lo observaba pensando en los problemas del día. A las dos tenía una cita para mostrarle a un cliente un juego de copas primitivo. Luego a las tres los laboratorios le devolverían otra partida de artículos que acababan de pasar por las pruebas de autenticidad. En el último par de semanas, y desde el desagradable incidente con el Colt 44, había mandado a examinar un número cada vez mayor de objetos.

—Esta pieza no es enchapada —dijo el hombre de la canasta mostrando un brazalete—. Cobre sólido.

Childan asintió con un movimiento de cabeza. El hombre se quedaría allí un rato, revolviendo las muestras, pero al fin se iría.

Sonó el teléfono. Childan contestó. Un cliente pedía noticias acerca de una silla mecedora antigua, de mucho valor, que Childan había enviado a arreglar. El trabajo no estaba terminado, y Childan tuvo que contar una historia convincente. Mirando el tránsito de la calle a través del escaparate de la tienda, habló un rato apaciguando y tranquilizando. Al fin el cliente pareció satisfecho, y se despidió.

No hay ninguna duda, pensó Childan, mientras colgaba el tubo. El asunto del Colt 44 lo había perturbado considerablemente. Ya no estaba tan seguro de la calidad de las mercaderías que tenía en la tienda. Descubrimientos de este tipo traen siempre consecuencias, y están relacionados con los años de la infancia en que se abren los ojos por vez primera a los hechos de la vida. Muestran, meditó Childan, los lazos que nos unen a los años tempranos, no sólo los relacionados con la historia de los Estados Unidos, sino también con los de la propia vida. Como si alguien pudiera cuestionar de pronto la autenticidad de nuestra propia partida de nacimiento, o la impresión que nos ha

dejado nuestro padre.

Quizá, por ejemplo, no recordaba de veras a F. D. R. Tenía de aquel hombre una imagen sintética, obtenida por destilación de distintas conversaciones. Un mito implantado sutilmente en los tejidos cerebrales. Como, se dijo, el mito de Hepplewhite, o el mito de Chippendale, o mejor aun como esas líneas que dicen Abraham Lincoln comió aquí y utilizó estos viejos cubiertos de plata. Nadie puede comprobarlo, pero el hecho sigue en pie.

En el otro mostrador, el hombre movía aún de un lado a otro las muestras y la canasta.

—Hacemos piezas a pedido —dijo—. Si algún cliente de usted tiene ideas propias.

El hombre había hablado con una voz ahogada: Carraspeó, echándole una ojeada a Childan y luego a la pieza de joyería que tenía en la mano. No sabía cómo irse, evidentemente.

Childan sonrió y no dijo nada.

No es mi responsabilidad, pensó; que él decida cuando saldrá de aquí, para volver o no volver.

El hombre se sentía incómodo, sin duda, pero nadie lo obligaba a vender de puerta en puerta. Todos sufrimos en esta vida, reflexionó Childan. Yo por ejemplo. Tratando todo el día con japoneses como Tagomi. Basta que me hablen con una voz un poco distante para que yo me sienta desgraciado.

En ese momento se le ocurrió una idea. El hombre, obviamente, no tenía experiencia. Quizá podía sacarle alguna mercadería en consignación. Valía la pena intentarlo.

—Eh —dijo Childan.

El hombre alzó enseguida los ojos, y miró fijamente a Childan.

Childan se acercó con los brazos todavía cruzados, y dijo: —Parece que tendremos una media hora tranquila.. No le prometo nada, pero podemos ver alguna cosa. Aparte esos exhibidores de corbatas.

Asintiendo, el hombre preparó el mostrador. Abrió la canasta y sacó otra vez las bandejas de terciopelo.

Me mostrará todo, pensó Childan, y tardará una hora entera, entre ajetreos y ajustes, esperando, rezando, mirándome continuamente de reojo para ver si tengo algún interés. No tengo ningún interés.

—Cuando haya sacado las piezas —dijo Childan —les echaré una ojeada, si no estoy demasiado ocupado.

El hombre trabajaba febrilmente, como incitado por las picaduras de un tábano.

Unos clientes entraron en la tienda, y Childan les dio la bienvenida. Se puso a atenderlos, y olvidó al vendedor que trabajaba con las piezas. El vendedor, reconociendo la situación, se movía ahora

más lentamente, tratando de no hacerse notar. Childan vendió una bacía de barbero, una alfombra, y recibió un adelanto por una manta tejida. Pasó el tiempo. Al fin los clientes se fueron. Childan y el vendedor se quedaron otra vez solos en la tienda.

El vendedor había terminado. Todas las joyas de muestra estaban ahora en bandejas de terciopelo, sobre el mostrador.

Robert Childan se aproximó ociosamente al mostrador, encendió un País de las Sonrisas, y se quedó allí, hamacándose sobre los talones, canturreando entre dientes. El vendedor estaba callado.

Al fin Childan extendió una mano y señaló un alfiler de corbata.

—Me gusta eso.

El vendedor dijo con una voz rápida: —Una pieza excelente. Ninguna irregularidad en la superficie. Labrada enteramente a mano, y nunca se empaña. La hemos cubierto con una laca plástica que durará años. La mejor laca industrial que pueda encontrarse hoy.

Childan asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Lo que hemos hecho aquí —dijo el vendedor —es adaptar técnicas industriales ya probadas a la fabricación de joyas. De acuerdo con nuestras noticias, nadie lo ha hecho antes. Ningún molde. Metal y soldadura. —Hizo una pausa —Las partes de atrás han sido soldadas del mismo modo.

Childan tomó dos brazaletes. Luego un alfiler, y otro alfiler. Los tuvo un momento en la mano, y los puso a un lado.

El vendedor hizo una mueca, animándose.

Examinando la tarjeta del precio en un collar, Childan dijo: —Es este…

—Precio de venta al público. Para usted un descuento del cincuenta por ciento. Y si compra alrededor de unos cien dólares, digamos, le damos un dos por ciento adicional.

Childan separó otras piezas, una a una. El vendedor parecía cada vez más agitado. Hablaba más y más rápidamente, repitiéndose al fin, hasta diciendo cosas sin sentido, todo en voz baja, y anhelante. Está seguro de que va a vender algo, se dijo Childan, pero continuó eligiendo piezas con una actitud de indiferencia.

—Una pieza excepcional —murmuró el vendedor mientras Childan terminaba de elegir separando un par de pendientes—. Creo que ha apartado usted lo mejor. Todo lo mejor. —El hombre rió. —Tiene usted realmente buen gusto.

Los ojos del vendedor chispeaban. El hombre estaba sumando mentalmente lo que Childan había elegido. El total de la venta.

—Nuestra política —dijo Childan —en el caso de mercadería todavía no probada es trabajar en consignación.

Durante unos segundos el vendedor no entendió. Dejó de hablar, y miró fijamente a Childan, sin entender.

Childan le sonrió. —En consignación —repitió el vendedor al fin.

—¿Prefiere no dejarla? —dijo Childan.

El hombre balbuceó.

—Quiere decir que se la dejo y usted me paga después cuando…

—Dos tercios del precio de venta son para usted. Cuando las piezas se venden. Las ganancias de usted son mayores de este modo. Tendrá que esperar, por supuesto, pero… —Childan se encogió de hombros. Es usted quien decide. Exhibiré la mercadería en el escaparate, si es posible. Y si hay movimiento, quizá más tarde, dentro de un mes por ejemplo, con el próximo pedido… Bueno, quizá el horizonte se haya aclarado entonces, y podamos comprar algo en firme.

El vendedor ya se había pasado bastante más de una hora mostrando la mercancía, y había vaciado toda la canasta. Las muestras estaban ahora desordenadas en montones sobre el mostrador. Poner todo en su sitio, llevaría otra hora por lo menos. Hubo un momento de silencio en la tienda.

—Estas piezas que usted ha apartado —dijo el vendedor en voz baja, ¿son las que usted quiere?

—Sí, puede dejarlas todas. —Childan fue hasta la oficina, en la trastienda. —Le firmaré un comprobante. Así sabrá usted qué piezas quedan aquí. —Childan regresó con unos papeles y continuó: —Ya sabrá usted que cuando tomamos mercadería en consignación la tienda no se hace responsable por robo o daños.

Le dio a firmar al vendedor una hoja mimeografiada. La tienda no aseguraba la devolución de las piezas. Si luego faltaba alguna, entre las no vendidas, habría que atribuirlo a un robo, se dijo Childan. Siempre había robos en las tiendas. Especialmente cuando eran artículos pequeños, como joyas.

Robert Childan no podía perder de ningún modo. No le pagaba al hombre, no invertía ningún dinero. Si vendía algo obtenía una ganancia. Si no vendía devolvía todo —o lo que se podía encontrar — más adelante, en una fecha incierta.

Childan hizo una lista de las piezas. La firmó y le dio una copia al vendedor.

—Llámeme aproximadamente en un mes —le dijo al vendedor—. Para ese entonces ya tendremos una idea.

Llevándose las joyas que había separado, Childan se encaminó a la trastienda, y dejó al vendedor ocupado en la tarea de recolectar el resto de la mercancía.

No pensé que aceptaría, reflexionó Childan. Nunca se sabe. Por eso mismo siempre vale la pena probar.

Cuando alzó otra vez los ojos, vio que el vendedor estaba listo para irse. Tenía la canasta bajo el brazo y el mostrador estaba vacío.

Se acercó a Childan, extendiéndole algo.

—¿Sí? —dijo Childan, que había estado revisando unas cartas.

—Quiero dejarle nuestra tarjeta. —El vendedor puso un papelito de aspecto raro, gris y rojo, sobre el escritorio de Childan —Joyas Edfrank. Ahí está la dirección y el número de teléfono. Por si quiere ponerse en contacto con nosotros.

Childan asintió, sonrió en silencio, y volvió al trabajo.

Cuando hizo otra pausa y alzó los ojos la tienda estaba vacía. El vendedor se había ido.

Poniendo una moneda en el aparato de la pared, Childan se sirvió una taza de té caliente instantáneo que bebió a pequeños sorbos, meditando, preguntándose si las joyas se venderían. Era improbable, aunque las piezas estaban bien hechas. Nunca había visto nada parecido. Examinó uno de los alfileres: diseño notable. Los fabricantes, por cierto, no eran aficionados.

Decidió cambiar las etiquetas y subir los precios. Les señalaría a los clientes la perfección de la mano de obra, y el carácter de piezas únicas. Originales. Pequeñas esculturas. Obras de arte, creaciones exclusivas para la muñeca o la solapa.

Una idea nueva se movía y crecía en los fondos de la mente de Childan. El problema de la autenticidad no se aplicaba a estas piezas. Y ese era un problema que un día podía llegar a arruinar toda la industria de artefactos históricos norteamericanos. No ese día, ni el siguiente, pero sí quizá después.

Era mejor no calentar todos los hierros en un solo fuego. La visita de aquel judío podía ser un presagio. Childan pensó que si llegaba a reunir un buen número de objetos no históricos, piezas contemporáneas sin valor histórico real o imaginario, quizá podría dejar atrás a la competencia. Mientras no le costara dinero…

Reclinándose en la silla hasta que el respaldo se apoyó en la pared, Childan sorbió su té, pensando.

El momento cambiaba. Había que estar preparado para cambiar junto con las circunstancias, o quedarse definitivamente en seco. Había que adaptarse.

La lucha por la supervivencia, se dijo Childan. Era necesario tener siempre los ojos bien abiertos, mirando en torno, atendiendo a las exigencias de la situación, y enfrentándolas. Estar allí en el momento adecuado haciendo lo que era adecuado.

Había que ser yin. Los orientales sabían. Los negros y avispados ojos yin…

De pronto, Childan tuvo una idea, y se irguió rápidamente en la silla. Dos pájaros, de un tiro. Ah. Se puso de pie, excitado. Envolvió con cuidado las mejores joyas, quitándoles antes la etiqueta. Un alfiler, unos pendientes, y un brazalete. Luego —ya que a las dos

cerraba la tienda —podía ir hasta el edificio donde habitaba Kasoura. El señor Kasoura, Paul, estaría trabajando. Sin embargo, la señora Kasoura, Betty, estaría muy probablemente en la casa.

Un soborno presentado como regalo: obras de arte de origen local. Un obsequio personal, con el propósito de atraer la atención de buenos compradores. Este era el modo de introducir una nueva línea en el mercado. Quedaba todo un surtido en la trastienda, y si ella se tomaba el trabajo de visitarlo, etcétera. Esto es para ti, Betty.

Childan se estremeció. Solo con ella a la tarde, en la casa. El marido afuera, trabajando. El pretexto era brillante.

Ningún peligro.

Robert Childan buscó una caja pequeña, papel de envolver y una cinta, y empezó a preparar el regalo para la señora Kasoura. Mujer morena, atractiva, delgada, con un vestido de seda oriental, tacones altos, y el resto. O quizá chaqueta y pantalón de algodón azul, estilo coolie, livianos, cómodos, informales. Ah.

¿O era todo eso demasiado audaz? Paul, el marido, podía sentirse molesto. Quizá husmease algo y reaccionara de mal modo. Era preferible, sin duda, ir más despacio, llevarle el regalo a él, a la oficina, y contarle aproximadamente la misma historia. Luego Paul le daría el regalo a Betty, sin sospechar nada. Y, pensó Childan, luego la llamaría a Betty por teléfono, al día siguiente o al otro, y sabría cómo había reaccionado.

Menos peligro todavía.

Cuando Frank Frink vio a su socio que regresaba caminando por la acera, supo enseguida que las cosas no habían andado bien.

—¿Qué pasó? —dijo tomando la canasta del brazo de Ed y poniéndola en el camión —Jesucristo, estuviste ahí una hora y media. ¿Tanto tardó en decir no?

—No dijo no —explicó Ed.

Parecía cansado. Entró en el camión y se sentó.

—¿Qué dijo entonces? —Abriendo la canasta, Frink vio que faltaban muchas de las piezas, muchas de las mejores. —Se quedó con un montón. ¿Cuál es el problema, entonces?

—Quedaron en consignación —dijo Ed.

—¿Cómo lo permitiste? —Frink no podía creerlo. Lo discutimos mucho y…

—No sé cómo ocurrió.

—Cristo —dijo Frink.

—Lo siento. Parecía que iba a comprar. Eligió un buen número. Pensé que estaba comprando.

Los dos hombres se quedaron sentados en el camión un largo rato.

Capítulo 10

Habían sido dos semanas terribles para el señor Baynes. Había llamado a la misión comercial todos los mediodías desde el hotel para preguntar si el viejo caballero había aparecido. La respuesta había sido siempre un invariable no. La voz del señor Tagomi era cada vez más fría y más formal. Cuando el señor Baynes se preparaba para hacer la llamada decimosexta pensó que tarde o temprano le dirían que el señor Tagomi no estaba. Que no aceptaría más llamadas del señor Baynes. Y eso sería el fin.

¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba el señor Yatabe?

No era difícil imaginarlo. La muerte de Martin Bormann había consternado a todo Tokio. El señor Yatabe estaba en viaje a San Francisco, a un día o dos de la costa, cuando recibió otras instrucciones: que volviera a las Islas para nuevas consultas.

Mala suerte, se dijo el señor Baynes. Una mala suerte que podía ser fatal.

Pero él tenía que quedarse donde estaba, en San Francisco, tratando de arreglar la cita para la que había venido. Cuarenta y cinco minutos en un cohete de Lufthansa desde Berlín y ahora esto. Los tiempos eran extraños. Uno podía viajar a cualquier parte, aun a los planetas. ¿Y para qué? Para pasarse los días sentado, cada vez con menos moral y menos esperanza, sumido en un creciente aburrimiento. Y mientras tanto los otros estaban trabajando. No esperando inútilmente, sin hacer nada.

El señor Baynes desplegó la edición de mediodía del Times nipón y releyó los titulares:

> EL DOCTOR GOEBBELS NOMBRADO CANCILLER
>
> Una decisión sorprendente del comité del partido. Decisivo discurso propalado por radio. Las multitudes de Berlín saludan al canciller. Se espera una declaración. Goering reemplazaría a Heydrich como jefe de policía.

Baynes leyó de nuevo todo el artículo. Luego puso a un lado el periódico una vez más, cogió el teléfono, y dio el número de la Misión Comercial.

—Habla Baynes. ¿Puede comunicarme con el señor Tagomi?

—Un momento, señor.

Un momento muy largo.

—Tagomi hablando.

El señor Baynes tomó aliento y dijo al fin: —Perdóneme esta situación tan deprimente para ambos, señor…

—Ah. Señor Baynes.

—La hospitalidad de usted, señor, es ya excesiva. Algún día podré explicarle las razones que me obligan a postergar nuestra conferencia hasta que el anciano caballero…

—Lamentablemente no ha llegado.

El señor Baynes cerró los ojos.

—Pensé que quizá desde ayer…

—Temo que no, señor. —Un tono apenas cortés. Si me perdona, señor Baynes. Asuntos urgentes.

—Buenos días, señor.

La comunicación se cortó. Esta vez el señor Tagomi ni siquiera se había despedido. El señor Baynes colgó lentamente el receptor.

Tengo que actuar, se dijo. No puedo esperar más.

Los superiores se lo habían dicho muy claramente: no se pondría en contacto con la Abwehr en ninguna circunstancia. Tenía que esperar hasta ponerse en contacto con el agregado militar japonés. Una conferencia con los japoneses y luego de vuelta a Berlín. Pero nadie había previsto que Bormann moriría en ese momento. Por lo tanto…

Había que alterar las órdenes, de acuerdo con el sentido común y las necesidades del presente, y no tenía a quien consultar.

En los EEPA trabajaban por lo menos diez personas de la Abwehr, pero algunos, y posiblemente todos, eran conocidos del competente jefe local de la SD, Bruno Kreuz vom Meere. Hacía años había encontrado brevemente a Bruno en una reunión del partido. El hombre había tenido un cierto prestigio infamante en los medios de la policía, pues fue él, en 1943, quien descubrió el plan británico-checo para matar a Reinhard Heydrich, y quien de ese modo le había salvado la vida al verdugo. De cualquier modo Bruno Kreuz vom Meere ya tenía entonces bastante autoridad en la SD. No era un simple burócrata de la policía.

Era, para decir verdad, un hombre bastante peligroso.

Hasta había la posibilidad de que aun habiendo tomado todas las precauciones, tanto las gentes de la Abwehr en Berlín como la Tokkoka de Tokio, la SD estuviese ya enterada de esta conferencia en San Francisco en las oficinas de la Misión Comercial. No obstante, y al fin y al cabo, el territorio estaba todo en manos de administradores japoneses. La SD no tenía autoridad para interferir. Podía llamar la atención a Berlín, de modo qué el alemán implicado, en este caso él mismo, sería detenido tan pronto como pusiera el pie en territorio del Reich, pero era difícil que tomaran medidas contra el representante japonés o contra la conferencia misma.

Al menos, eso era lo que esperaba el señor Baynes.

¿Era posible que la SD hubiese llegado a detener al personaje en algún punto del camino? La distancia entre Tokio y San Francisco era muy grande, especialmente para un hombre de edad avanzada y endeble que no podía viajar por aire.

El señor Baynes entendía que el próximo paso era: que los jefes superiores le dijesen si el señor Yatabe estaba todavía en viaje. Ellos lo sabrían. Si la gente de la SD le había salido al encuentro, o si el gobierno de Tokio lo había llamado de vuelta… Ellos lo sabrían.

Y si la SD había conseguido detener al anciano caballero, también podían detenerlo a él, Baynes.

Sin embargo, la situación no era desesperante, aun en aquellas circunstancias. Al señor Baynes se le había ocurrido una idea mientras esperaba día tras día en ese cuarto del Hotel Abhirati.

Era preferible que le pasara la información al señor Tagomi antes que volver a Berlín con las manos vacías. De ese modo habría por lo menos una posibilidad; aunque leve, de que la información llegara al fin a la gente adecuada. Pero el señor Tagomi no podía hacer otra cosa que escuchar, y esto no servía a los planes de Baynes. En el mejor de los casos Tagomi escucharía, lo guardaría en la memoria, y tan pronto como le fuese posible haría un viaje de negocios a la madre patria. El señor Yatabe, en cambio, estaba en otro nivel: podía escuchar, y hablar.

No obstante, Tagomi era mejor que nada. No había tiempo ya de empezar todo de nuevo, de ir montando otra vez, durante un período de meses y con un trabajo y un cuidado infinitos, el delicado contacto de una facción alemana y una facción japonesa—.

Sería de veras una sorpresa para el señor Tagomi, pensó Baynes, irónico. Encontrarse de pronto con el peso de una información semejante sobre los hombros. Nada parecido a esos moldes de inyección que eran el trabajo de todos los días.

La respuesta del señor Tagomi quizá fuera un colapso nervioso. Le pasaría la información a alguien de alrededor, o se retiraría. Hasta podía llegar a decirse a sí mismo que no había oído nada, o se resistiría a creerlo. Se pondría de pie, saludaría con una reverencia y dejaría la oficina con alguna excusa en el momento en que empezaran a hablar, pensando probablemente que él, Baynes, era un indiscreto. La gente de las Islas no lo había enviado allí para que escuchara esas cosas.

Todo era tan fácil para Tagomi, pensó Baynes. No le costaría mucho encontrar alguna escapatoria, accesible, inmediata. En cambio él mismo…

Y sin embargo, en última instancia, ni siquiera Tagomi podría escapar al asunto. No somos muy distintos, se dijo Baynes. Tagomi

podía hacer oídos sordos a las noticias, mientras le llegaran en forma de palabras. Pero más tarde no sería cuestión de palabras, y si uno podía hacérselo entender, a Tagomi o a cualquier otro…

Dejando el cuarto, el señor Baynes bajó por el ascensor al vestíbulo. Fuera del hotel, en la acera, le indicó al portero que llamara un pedetaxi, y un joven chino que pedaleaba con fuerza lo llevó a lo largo de la calle Market.

—Ahí —le dijo Baynes al conductor cuando vio el letrero que estaba buscando—. Acérquese a la acera.

El pedetaxi se detuvo junto a una boca de agua. El señor Baynes le pagó al conductor y lo despidió. No parecía que nadie lo hubiera seguido. Echó a andar por la acera y un momento después entraba con otros clientes en el vasto edificio de las Tiendas Fuga.

Había clientes en todos los salones. Los mostradores se sucedían, con muchachas vendedoras, blancas en la mayor parte, con unos pocos japoneses aquí y allá como jefes de departamento. El ruido era ensordecedor.

Luego de alguna confusión, el señor Baynes encontró la sección de ropa para hombres. Se detuvo ante las hileras de pantalones y se puso a examinarlos. Un empleado joven, blanco, se le acercó, dándole la bienvenida.

El señor Baynes dijo: —He vuelto por los pantalones de lana oscura que vi ayer. —Tropezó con la mirada del empleado y continuó: —No era usted el hombre con quien hablé. Más alto. Bigote rojo. Bastante delgado. Tenía un nombre en la solapa: Larry.

—Ha salido a almorzar —dijo el empleado—, pero vendrá enseguida.

—Me probaré éstos —dijo el señor Baynes tomando un par de pantalones.

—Muy bien, señor.

El empleado indicó un cuartito desocupado y se fue a atender a algún otro cliente.

El señor Baynes entró en el cuarto y cerró la puerta. Se sentó en una de las dos sillas y esperó.

Al cabo de unos minutos llamaron a la puerta. Un japonés bajo, de edad mediana, entró en el cuarto.

—¿No es usted de aquí, señor? —le dijo a Baynes—. ¿He de dar conformidad al crédito de usted? Permítame la tarjeta de identidad.

El japonés cerró la puerta. El señor Baynes sacó la cartera, y el japonés se sentó y empezó a examinar lo que había dentro. Encontró la foto de una muchacha y se detuvo.

—Muy hermosa.

—Mi hija Martha.

—Yo también tengo una hija llamada Martha —dijo el japonés—.

Actualmente está en Chicago estudiando piano.

—Mi hija —dijo el señor Baynes —está por casarse.

El japonés devolvió la cartera y se quedó esperando.

El señor Baynes dijo: —Llevo aquí dos semanas y el señor Yatabe no ha aparecido aún. Quiero saber si vendrá. Y si no, qué he de hacer.

—Venga mañana a la tarde —dijo el japonés. Se puso de pie y el señor Baynes lo imitó—. Buenos días.

—Buenos días —dijo el señor Baynes.

Dejó el cuarto, colgó los pantalones, y salió de la tienda.

El encuentro no le había llevado demasiado tiempo, pensó el señor Baynes mientras caminaba por la acera atestada junto con otros peatones. ¿Tendría de veras la información al día siguiente? La llamada a Berlín, la investigación del problema, los mensajes cifrados y descifrados, todo en unas pocas horas. Parecía que era posible.

Deseó haberse puesto en contacto con el agente días atrás, evitándose preocupaciones y ansiedades. Y parecía que no había mayores riesgos; todo había sido muy sencillo, y no le había llevado más de cinco o seis minutos.

El señor Baynes fue de un lado a otro, mirando los escaparates. Se sentía mucho mejor ahora. Al fin se sorprendió contemplando las fotos que se exhibían en las vidrieras de los cabarets baratos, desnudos completamente blancos manchados de moscas y con unos pechos que colgaban como pelotas de volley infladas a medias. Las fotos divirtieron al señor Baynes que siguió caminando ociosamente entre las gentes que iban hacia arriba y abajo por la calle Market.

Por lo menos había hecho algo, al fin. Qué alivio.

Reclinada cómodamente contra la portezuela del coche, Juliana leía. Al lado, sacando el codo por la ventanilla, Joe conducía apoyando apenas una mano en el volante, con un cigarrillo colgándole del labio inferior. Manejaba bien; y ya estaban bastante lejos de Canon City.

La radio del coche transmitía una música folklórica, pulposa, para bebedores de cerveza al aire libre; una banda que tocaba una de esas piezas innumerables. Juliana no había sabido nunca si eran mazurcas o polcas.

—Qué música barata —dijo Joe cuando la banda dejó de tocar—. Escucha, sé mucho de música. Te diré quién era un gran director. Tú quizá no lo recuerdes. Arturo Toscanini.

—No —dijo Juliana, sin dejar de leer.

—Era italiano. Pero tenía unas ideas políticas que los nazis no aprobaban, y después de la guerra no le dejaron dirigir. Murió hace un tiempo. Ese von Karajan que es ahora director permanente de la Filarmónica de Nueva York no me gusta nada realmente. Teníamos que oír los conciertos de Karajan, todos los compañeros. Lo que a mí

me gusta, siendo de otro país… ya te lo imaginas. —Joe le echó una ojeada a Juliana —¿Te interesa ese libro? —dijo.

—Es fascinante.

—Me gustan Verdi y Puccini. Todo lo que oyes en Nueva York es una ampulosa pesadez alemana, Wagner y Orff. Todas las semanas teníamos que ir al Madison Square Garden a esos horribles espectáculos dramáticos del partido nazi norteamericano, banderas y tambores y trompetas y antorchas centelleantes. La historia de las tribus góticas o alguna otra tontería pedagógica, cantada en vez de hablada, así podían llamarla "arte". ¿Conociste Nueva York antes de la guerra?

—Sí —dijo Juliana, tratando de leer.

—¿No era magnífico el teatro en aquellos días? Eso me dijeron. Ahora es lo mismo que la industria cinematográfica, un monopolio de Berlín. En los trece años que pasé en Nueva York no se estrenó ninguna pieza ni comedia musical que valiera algo, sólo aquellas…

—Déjame leer —dilo Juliana.

—Y lo mismo con el negocio de los libros —dijo Joe, imperturbable—. Un monopolio que opera desde Munich. Todo lo que hacen en Nueva York es imprimir; sólo grandes máquinas de impresión… Pero antes de la guerra, Nueva York era el centro editorial del mundo, o así dicen.

Llevándose las manos a los oídos, Juliana se concentró en el libro que tenía en el regazo. Había llegado a la sección de La langosta que describía el mundo de la televisión y no podía dejar de leer. La atraía sobre todo la parte de los receptores baratos para la gente sin recursos de África y Asia.

> …Sólo la técnica de los yanquis y el sistema de producción en masa —Detroit, Chicago, Cleveland, los nombres mágicos —pudo poner en marcha esa corriente incesante y de una presunta nobleza que era casi necedad, esa marea de receptores de televisión de un dólar (el dólar chino, el dólar de intercambio) listos para armar, que inundaba todas las aldeas de Oriente. Y cuando algún muchacho aldeano, flaco, de mente inquisitiva, armaba el aparato, lo hacía esperando tener una posibilidad, la de alcanzar esa meta que los generosos norteamericanos le mostrarían en el minúsculo receptor, con una batería del tamaño de una nuez. ¿Y qué mostraba el receptor? En cuclillas frente a la pantalla, los jóvenes de la aldea —y a menudo los viejos —veían palabras. Instrucciones. Primero, cómo leer. Luego el resto. Cómo cavar un pozo más

profundo. Cómo hacer un surco más profundo. Cómo purificar el agua, cuidar a los enfermos. Arriba, la luna artificial norteamericana giraba distribuyendo señales aquí y allá, a todas las ávidas muchedumbres de Oriente.

—¿Estás leyendo de cabo a rabo? —preguntó Joe—. ¿O miras un poco por encima?

—Esto es una maravilla —dijo Juliana—. Nos presenta dando alimentos y educación a todos los asiáticos, a millones.

—Obras de beneficencia en escala mundial —dijo Joe. —Sí, el New Deal del presidente Tugwell. Decidieron elevar el nivel de las masas. Escucha.

Juliana leyó en voz alta.

…¿Qué había sido China? Una anhelante y necesitada entidad con los ojos vueltos hacia Occidente, conducida por el presidente Chiang Kai Shek durante los años de guerra, ahora en la paz, y hacia la Década de la Reconstrucción. Pero para China no se trataba de reconstruir, pues en aquellas llanuras de una extensión casi sobrenatural nunca se había construido, y sólo se conocía el letargo de unos viejos sueños. Había llegado la hora de ponerse de pie. Sí, la entidad, el gigante, tenía que asomar a la vida plena de la vigilia, tenía que despertar al mundo moderno de los aviones de reacción y la energía atómica, de las autopistas, las fábricas y las nuevas drogas. ¿De dónde llegaría el trueno que despertaría al gigante? Chiang lo sabía desde hacía tiempo desde los días de lucha con el Japón. Llegaría desde los Estados Unidos. Y en 1950 un enjambre de ingenieros, maestros, médicos, agrónomos se movió como una nueva forma de vida en todas las provincias…

Interrumpiéndola, Joe dijo:

—¿Te das cuenta cómo lo hizo, eh? Sacó lo mejor de los nazis, la parte socialista, la Organización Todt, y el desarrollo económico que conseguimos gracias a Speer, ¿y quién se lleva la palma? El New Deal. Y dejó afuera la peor parte: los SS, la exterminación racial y la segregación. ¡Una utopía! ¿Crew que de haber ganado los aliados habrían podido revivir la economía con el New Deal, alcanzando esos niveles de bienestar socialista? Diablos, no. El hombre habla de una forma de sindicalismo de Estado, el Estado corporativo, como el de los tiempos del Duce. Te está diciendo que hubiéramos tenido todo lo

bueno y nada de…

—Déjame leer —dijo Juliana, seria.

Joe se encogió de hombros, pero cerró la boca. Juliana continuó leyendo, en silencio.

> …Y estos mercados, los innumerables millones que viven en China, hicieron zumbar las fábricas de Chicago y Detroit; aquella boca enorme no se calmaba nunca, y cien años de producción continua no hubieran bastado para satisfacer las necesidades de esas gentes: camiones, ladrillos, lingotes de acero, ropa, máquinas de escribir, arvejas envasadas, relojes, radios, gotas para la nariz. En 1960 el trabajador norteamericano tenía el nivel de vida más alto del mundo, y todo debido a lo que era llamado cortésmente la cláusula de "nación más favorecida" y que se aplicaba en toda transacción comercial con Oriente. Los Estados Unidos ya no ocupaban el Japón, y nunca habían ocupado China, pero el hecho no podía ocultarse: Cantón y. Tokio no les compraban a los ingleses, les compraban a los norteamericanos. Y con cada una de las ventas el trabajador de Baltimore o Los Ángeles o Atlanta tenía un poco más de prosperidad.
>
> Los planificadores, los especialistas de la Casa Blanca, pensaban que casi habían alcanzado la meta. Las naves exploradoras del espacio pronto se asomarían al vacío, desde un mundo donde habían desaparecido al fin los viejos dolores: el hambre, la enfermedad, la guerra, la ignorancia. En el Imperio Británico se habían tomado medidas económicas y sociales similares que habían favorecido de un modo semejante a las poblaciones de la India, Birmania, África, el Medio Oriente. Las fábricas del Rhur, Manchester, el Sarre, el petróleo de Bakú, todo fluía y se complementaba en una armonía intrincada pero eficaz; las poblaciones de Europa disfrutando de lo que parecía…

—Pienso que debían de haber sido los jefes —dijo Juliana, haciendo una pausa—. Siempre fueron los mejores. Los británicos.

Joe no dijo nada, aunque Juliana esperó un rato. Al fin ella continuó leyendo:

> …la realización de los sueños napoleónicos: la homogeneidad racial de las distintas características étnicas

que habían dividido a Europa desde el colapso de Roma; la visión también de Carlomagno: la Cristiandad unida, en paz, no sólo consigo misma sino además con el equilibrio del mundo. Y sin embargo todavía quedaba una úlcera molesta.

Singapur.

En los Estados Malayos había una numerosa población china, en su mayor parte dedicada a los negocios, y estos industriales burgueses en ascenso consideraban que la administración norteamericana en China significaba un tratamiento más equitativo para —los llamados "nativos". Durante el dominio británico, las razas más oscuras fueron excluidas de los clubes, los hoteles, los mejores restaurantes; estas gentes se encontraron de pronto ocupando, como en tiempos arcaicos, sitios especiales en trenes y autobuses, y —lo que era quizá peor —limitados en la elección de residencia a ciertos barrios de cada ciudad. Estos "nativos" hacían notar, y así lo recordaban en conversaciones de sobremesa y en los periódicos, que en los Estados Unidos el problema racial había sido solucionado en 1950. Blancos y negros vivían y trabajaban y comían codo con codo, aun en el Sur. La segunda guerra mundial había borrado la discriminación.

—¿Hay dificultades? —le preguntó Juliana a Joe. Joe gruñó, sin apartar los ojos del camino.

—Cuéntame —dijo Juliana—. Creo que no llegaré a terminarlo. Pronto estaremos en Denver. ¿Hay una guerra entre los norteamericanos y los ingleses, y uno de ellos queda como dueño del mundo?

—En cierto sentido —dijo Joe —no es un mal libro. El hombre da todos los detalles. Los Estados Unidos en el Pacífico, manejando algo parecido a nuestra zona de prosperidad en el Este Asiático. Rusia ha quedado dividida. Todo sigue igual durante diez años. Al fin hay dificultades, por supuesto.

—¿Por supuesto?

—La naturaleza humana —continuó Joe—. La naturaleza de la política. Sospechas, codicia, miedo. Churchill piensa que los Estados Unidos están minando el poder británico en el Sudeste Asiático, apoyándose en las colectividades chinas, que son pronorteamericanas, claro está, debido a Chiang Kai shek. Los ingleses empiezan a instalar —Joe le sonrió brevemente a Juliana, mostrando los dientes —lo que llaman "zonas de reserva". Campos de concentración, en otras palabras. Para miles de chinos, quizá desleales. Se los acusa de

sabotaje y propaganda. Churchill está tan…

—¿Quieres decir que Churchill es dueño todavía del poder? Pero para ese entonces debería de tener unos noventa años…

—Esa es la ventaja de los ingleses sobre los norteamericanos —dijo Joe—. Cada ocho años los estadounidenses se desprenden de los líderes del momento, no importa qué calificaciones tengan. Pero Churchill sigue al pie del cañón. Los Estados Unidos no tienen ningún jefe como él, luego de Tugwell. Sólo figurones. Y cuanto más envejece, más autocrático y rígido se vuelve. Churchill; quiero decir. Hasta que en la década del sesenta es casi como un viejo señor del Asia Central; nadie se le cruza en el camino. Ha estado en el poder veinte años.

—Dios mío —dijo Juliana, hojeando la última parte del libro, tratando de comprobar si lo que decía Joe era cierto.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Joe—. Churchill fue el único verdadero conductor que tuvo Gran Bretaña durante la guerra. Si lo hubieran retenido, les habría ido mejor. Créeme, ningún país es mejor que sus gobernantes. Führerprinzip, principio del liderazgo, como dicen los nazis, y con razón. Aun este Abendsen tiene que reconocerlo. Claro, los Estados Unidos alcanzan una notable expansión económica luego de ganarle la guerra al Japón, arrebatándole los inmensos mercados de Asia. Pero esto no basta, no hay espiritualidad. No es que los británicos la tengan. Los dos países son potencias plutocráticas, gobernadas por ricos. Si hubiesen ganado, no hubieran tenido otra preocupación que ganar más dinero, esa clase superior. Abendsen está equivocado; no habría reformas sociales, ni planes de bienestar común. Los plutócratas anglosajones no lo habrían permitido.

Habla como un fascista devoto, pensó Juliana.

Joe entendió de algún modo la expresión de Juliana. Se volvió hacia ella, aminorando la marcha del auto, observándola y mirando a la vez los autos que venían de enfrente.

—Escucha, no soy un intelectual. El fascismo no necesita de intelectuales. Lo que proclamamos es las virtudes de la acción. Toda teoría proviene de un acto. Todo lo que nos exige un estado corporativo es que comprendamos las fuerzas sociales, la historia. ¿Entiendes? Convéncete, Juliana, sé lo que te digo. —Joe estaba muy serio, y hablaba en un tono casi desafiante. —Esos viejos imperios podridos, gobernados por el dinero, Gran Bretaña y Francia y los Estados Unidos, aunque estos últimos son casi un ladero bastardo, no estrictamente un imperio, pero sí gobernados por el dinero. No tienen alma, y por lo tanto no tienen futuro. No crecen. Los nazis por su parte aparecen como una pandilla callejera. Estoy de acuerdo. ¿Estás tú de acuerdo?

Juliana tuvo que sonreír. Joe se había enredado en los ademanes italianos, y no había sido capaz de manejar el coche y a la vez

pronunciar el discurso.

—Abendsen cree que es muy importante saber quién gana al fin: Gran Bretaña o los Estados Unidos. Tonterías. ¿Has leído lo que dice el Duce? Hermoso hombre, hermoso estilo, inspirado. El Duce explica la realidad subyacente en todo acontecimiento. La verdadera alternativa de la guerra es lo viejo y lo nuevo. El dinero, y por eso los nazis metieron ahí equivocadamente a los judíos, versus el espíritu comunal de las masas, lo que los nazis llaman Gemeinschaft, el espíritu del pueblo. Como los Soviets, y las comunas, ¿no es así? Sólo que los comunistas resucitaron las ambiciones imperialistas paneslavas de Pedro el Grande, y entendieron que las reformas sociales son medios de alcanzar ambiciones imperialistas.

Juliana pensó: como hizo Mussolini, exactamente.

—Las felonías callejeras de los nazis, una tragedia.

—Joe habló tartamudeando mientras se adelantaba a un camión que marchaba despacio. —Pero los cambios son siempre duros para el que pierde. Nada nuevo. Reacuerda las revoluciones anteriores, como la Francesa. O Cromwell contra los irlandeses. Hay demasiada filosofía en el temperamento germano, demasiado teatro también. Tantos actos públicos. Nunca sorprenderás hablando a un verdadero fascista, sólo actuando, como yo, ¿no te parece?

Riéndose, Juliana dijo: —Dios, tú has estado hablando, a. un kilómetro por minuto.

—Joe gritó, excitado: —¡Estoy explicando la teoría fascista de la acción!

Juliana no pudo responder; era demasiado cómico.

Pero el hombre del volante no pensaba que aquello fuese cómico. Miró furioso a Juliana, con el rostro encendido. Se le hincharon las venas de la frente y se puso a temblar, una vez más, y se pasó de nuevo los dedos crispados por el cuero cabelludo, hacia atrás y adelante, en silencio, con los ojos clavados en Juliana.

—No te enojes conmigo —dijo Juliana.

Durante un momento pensó que Joe iba a pegarle. Había echado atrás el brazo… pero al fin se contentó con un gruñido, extendió el brazo y encendió la radio del coche.

Siguieron adelante. En la radio se oía una música de banda, interrumpida por los ruidos de la estática. Juliana, una vez más, trató de concentrarse en el libro.

—Tienes razón —dijo Joe al cabo de un rato.

—¿Acerca de qué?

—Un imperio dividido. Un payaso como jefe. —No es raro que no hayamos sacado nada de la guerra.

Juliana le palmeó el brazo.

—Juliana, hay tanta oscuridad —dijo Joe—. Nada es cierto ni

falso, ¿no?

—Quizá —dijo Juliana, distraída, volviendo a la lectura.

—Ganan los ingleses —dijo Joe, señalando el libro—. Te evito el trabajo, Los Estados Unidos decaen. Gran Bretaña continúa avanzando, expandiéndose, y conserva la iniciativa. Así que deja eso.

—Espero que nos divirtamos en Denver —dijo Juliana, cerrando el libro—. Necesitas descansar, y yo te necesito a ti. —Si no descansas, pensó, saltarás en pedazos, como un muelle que revienta. ¿Y qué le pasaría a ella? ¿Cómo volvería? Y… ¿por qué no lo dejaba?

Quería disfrutar de esos días que él le había prometido, se dijo. No quería descubrirse engañada otra vez. Había sido engañada antes demasiadas veces, por demasiada gente..

—Todo irá bien —dijo Joe—. Escucha. —Miró a Juliana con una expresión extraña, inquisitiva. —Te has tomado esa Langosta muy a pecho. Me pregunto… se me ocurre que un hombre que ha escrito un libro de tanto éxito, un autor como ese Abendsen, recibirá sin duda muchas cartas. Apuesto a que muchas gentes le escriben elogiándole el libro, y quizá hasta lo visitan…

Juliana entendió de pronto. —¡Joe, estamos a sólo ciento cincuenta kilómetros!

Los ojos de Joe centellearon. Le sonrió a Juliana, feliz de nuevo libre ya de toda preocupación.

—¡Podemos hacerlo! —dijo Juliana—. Manejas tan bien. No costará mucho subir hasta allá, ¿no?

Lentamente, Joe dijo: —Bueno, dudo que un hombre de tanta fama permita que lo asalten los curiosos. Serán tantos.

—¿Por qué no intentarlo? Joe… —Juliana le apretó el brazo a Joe, lo sacudió, excitada. —Todo lo que puede hacer es decirnos que nos volvamos.

Muy deliberadamente, Joe dijo: —Primero vayamos de compras y consigamos algunas ropas nuevas… eso es importante, hacer una buena impresión. Y quizá hasta alquilemos un coche nuevo en Cheyenne. Apuesto a que tú lo harías.

—Sí —dijo Juliana—. Y tú necesitas un come de pelo. Y déjame elegirte la ropa, por favor, Joe. A Frank se la compraba yo. Un hombre no sabe nada de ropa.

—Tú tienes buen gusto —dijo Joe, mirando otra vez adelante, al camino, frunciendo sombríamente el ceño—. En muchas cosas, no sólo en la ropa. Mejor que tú lo llames, el primer contacto.

—Me arreglaré el cabello —dijo Juliana.

—Magnífico.

—No me da ningún miedo ir allá y llamar a la puerta —dijo Juliana—. Quiero decir, sólo se vive una vez. ¿Por qué sentirnos intimidados? No es más que un hombre, como el resto de nosotros.

Quizá hasta se sienta complacido porque alguien haga un camino tan largo sólo para decirle cuánto le gustó el libro. Podríamos pedirle un autógrafo, en las primeras páginas, como se acostumbra. Sería mejor comprar un ejemplar nuevo; el tuyo está todo manchado. No parecería bien.

—Como quieras —dijo Joe—. Dejo en tus manos los detalles, confío en ti. Las muchachas hermosas convencen siempre. Cuando vea qué maravilla eres te abrirá las puertas de par en par. Pero ojo, nada de ocultamientos.

—¿Qué quieres decir?

—Dile que somos casados. No quiero verte metida en algo con ese hombre, ya entiendes. Sería espantoso. La ruina de todos. Algo que lo recompense por habernos dejado entrar, alguna ironía. Cuidado, Juliana.

—Discútelo con él —dijo Juliana—. Esa parte donde se dice que Italia perdió la guerra traicionando a sus aliados. Lo que me dijiste a mí.

Joe asintió con un movimiento de cabeza. —Así es. Discutiremos todo eso.

Se alejaron por el camino.

A las siete de la mañana siguiente, el señor Nobusuke Tagomi dejó la cama, fue hacia el cuarto de baño, y cambió de parecer encaminándose directamente al oráculo.

Sentado en el piso con las piernas cruzadas, Tagomi empezó a manipular los cuarenta y nueve tallos. Sentía de algún modo que la consulta era perentoria, y trabajó febrilmente hasta que al fin obtuvo las seis líneas.

—¡Trueno! ¡Hexagrama Cincuenta y uno!

Dios se manifiesta en signos. Relámpago y trueno. Ruido. Alza involuntariamente las manos y se tapa los oídos. ¡Ja, ja! ¡Jo, jo! Un estruendo que provoca una mueca y un parpadeo. El lagarto se escurre y el tigre ruge, ¡y Dios mismo aparece!

¿Qué significaba? Tagomi miró alrededor. La llegada… ¿de qué? Se incorporó de un salto y se quedó allí de pie, jadeando, esperando.

Nada. El corazón le golpeaba el pecho. La respiración y todos los procesos somáticos eran como respuestas a la crisis, incluyendo el sistema diencefálico autónomo: adrenalina, pulso, intensidad de los latidos, secreciones glandulares, garganta paralizada, ojos fijos, intestinos flojos, etcétera. Una náusea en el estómago y el instinto sexual reprimido.

Y sin embargo, no se veía nada, ningún acto parecía adecuado. ¿Correr? Todo parecía preparado para el pánico de una fuga. ¿Pero a dónde ir y por qué? El señor Tagomi no encontraba nada que pudiera orientarlo. Decidir era por lo tanto imposible. El dilema del hombre

civilizado: parálisis del cuerpo, y peligro oscuro.

El señor Tagomi fue al cuarto de baño y se preparó para afeitarse, enjabonándose la cara.

Sonó el teléfono.

—Trueno —dijo Tagomi en voz alta, dejando la navaja—. Hay que estar preparado. —Salió rápidamente del cuarto de baño, volviendo a la sala —Estoy preparado —dijo, y alzó el receptor—. Tagomi aquí —la voz le salió ronca, y carraspeó.

Una pausa. Y luego una voz débil, seca, frágil, casi como el rumor de unas hojas secas y lejanas: —Señor. Le habla Shinjiro Yatabe. Acabo de llegar a San Francisco.

—La Misión Comercial le da la bienvenida, señor —dijo Tagomi —. Qué alegría. ¿Está usted bien y descansado?

—Sí, señor Tagomi. ¿Cuándo podemos vernos?

—Muy pronto. Dentro de media hora. —El señor Tagomi le echó una ojeada al reloj del dormitorio, tratando de leer la hora —Hay una tercera persona, el señor Baynes. Tengo que avisarle. Quizá haya una demora, pero…

—¿Qué le parece dentro de dos horas, señor? —dijo el señor Yatabe.

—Sí, muy bien —dijo Tagomi haciendo una reverencia.

—En la oficina de usted, en el edificio del Times nipón.

El señor Tagomi saludó con otra reverencia.

Clic. El señor Yatabe había colgado.

Había que complacer al señor Baynes, pensó Tagomi. Un buen plato de salmón, por ejemplo, una cola fresca y de buen tamaño. Golpeó la horquilla con un dedo y luego llamó rápidamente al Hotel Abhirati.

—Asunto concluido —dijo cuando se oyó la voz somnolienta de Baynes en el aparato.

La voz perdió enseguida el tono somnoliento. —¿Está aquí?

—En mi oficina —dijo el señor Tagomi—, a las diez y veinte. Adiós. —Colgó el tubo y corrió de vuelta al cuarto de baño, a terminar de afeitarse. No había tiempo de desayunar. Le pediría algo al señor Ramsey cuando ya estuviera instalado en la oficina. Quizá los tres podrían compartir… Mientras se afeitaba el señor Tagomi planeó un buen desayuno para tres.

En pijama, el señor Baynes se quedó junto al teléfono, frotándose la frente y pensando. Era una lástima que hubiera perdido todo contacto con aquel agente. Si hubiera esperado por lo menos un día más…

No obstante, nada parecía aun irremediable. Aunque se suponía que esa tarde visitaría de nuevo la tienda. ¿Y si no iba? Podía desencadenarse una reacción en cadena. Pensarían que lo habían

asesinado, o algo semejante. Tratarían de seguirle el rastro.

No importa. El hombre estaba allí. Al fin. La espera había terminado.

El señor Baynes entró en el baño y se dispuso a afeitarse.

No tenía dudas de que el señor Tagomi reconocería enseguida al hombre, decidió. Podrían dejar de lado aquel disfraz: "señor Yatabe". En realidad podían dejar de lado todas las ocultaciones, todos los fingimientos.

Tan pronto como terminó de afeitarse, el señor Baynes se metió bajo la ducha. Mientras el agua le caía ruidosamente encima, cantó a voz en cuello:

Wer reitet so spät,
Durch Nacht and Wind?
Es ist der Vater
Mit seinem Kind.

Era probablemente demasiado tarde para que la SD pudiese hacer algo, se dijo. Aun cuando descubrieran la trama. De modo que lo mejor era olvidar las preocupaciones triviales; la limitada y privada preocupación por el propio pellejo.

Capítulo 11

Para el cónsul del reich en San Francisco, Freiherr Hugo Reiss, la primera tarea con que tropezó en ese día particular fue inesperada y perturbadora. Cuando llegó a la oficina ya había alguien esperándolo, un hombre corpulento, de mediana edad, mandíbulas prominentes, piel arrugada y un ceño fruncido que le juntaba las cejas revueltas y espesas. El hombre se incorporó a hizo el saludo del Partei murmurando al mismo tiempo:

—Heil.

—Heil —dijo Reiss, ahogando un gruñido,, pero exhibiendo siempre una cordial sonrisa de negocios—. Herr Kreuz vom Meere. Estoy sorprendido. ¿No quiere entrar? —Reiss abrió la puerta de la oficina privada preguntándose dónde demonios estaría el vicecónsul y quién habría dejado entrar al jefe de la SD. De cualquier modo aquí estaba el hombre ahora. Nada podía hacerse.

Herr vom Meere caminó sin prisa detrás de Reiss, con las manos metidas en el abrigo de lana oscura, y dijo: —Escuche, Freiherr. Encontramos a ese individuo de la Abwehr. Rudolf Wegener. Lo descubrimos en un viejo escondrijo de la Abwehr que teníamos vigilado. —Kreuz vom Meere rió mostrando unos enormes dientes de oro.

—Magnífico —dijo Reiss observando que le habían dejado la correspondencia sobre la mesa. De modo que Pferdehuf no andaba lejos. Era evidente: había cerrado la oficina para que el jefe de la SD no tuviera la tentación de echar un vistazo.

—Esto es importante —dijo Kreuz vom Meere—. Ya le avisaré a Kaltenbrunner. Prioridad máxima. Es muy posible que en cualquier momento le llegue a usted un mensaje de Berlín. A no ser que esos Unratfressers lo confundan todo allá en casa. —El hombre se sentó en el escritorio del cónsul, sacó unos papeles del bolsillo de la chaqueta, los desplegó cuidadosamente, moviendo los labios. —El nombre por el que se hace llamar es Baynes. Se presenta como industrial a hombre de negocios sueco, conectado de algún modo con manufacturas. Esta mañana a las ocho y diez lo llamaron por teléfono a propósito de una cita a las diez y veinte en la casa del Japón. Estamos tratando de localizar la llamada. Quizá lo averigüemos antes de media hora. Me llamarán aquí.

—Ya veo —dijo Reiss.

—Bien, tenemos que echarle las manos encima a ese Baynes —continuó Kreuz vom Meere—. Si lo logramos lo mandaremos enseguida de vuelta al Reich, en el primer avión de la Lufthansa. No obstante, es posible que los japoneses o las autoridades de Sacramento

protesten y traten de impedirlo. Le protestarán a usted, si se atreven. En realidad creo que presionarán de veras. Y hasta mandarán una patrulla de esos hombres de la Tokkoka al aeropuerto.

—¿No es posible evitar que se enteren?

—Demasiado tarde. Baynes ya está en camino hacia su cita. Habrá que detenerlo allí mismo. Entrar, apoderarse de Baynes, escapar.

—No me gusta —dijo Reiss—. ¿Y si la cita fuese con un japonés de muy alta jerarquía? Estoy seguro de que ahora mismo hay un representante personal del emperador, aquí en San Francisco. Oí un rumor el otro día…

Kreuz vom Meere lo interrumpió. —No importa. Baynes es ciudadano alemán, sujeto a las leyes del Reich.

Y ya sabemos lo que son las leyes del Reich, pensó Reiss.

—Tengo lista una patrulla de Kommando —siguió diciendo Kreuz vom Meere—. Cinco hombres estupendos. —Rió entre dientes. —Parecen violinistas. Caras simpáticas, ascéticas. Se los confundiría con seminaristas quizá. No les cerrarán el paso. Los japoneses creerán que son un cuarteto de cuerdas…

—Quinteto —dijo Reiss.

—Sí. Irán directamente a la puerta, y llevarán las ropas adecuadas. —Vom Meere miró a Reiss —Parecidas a ese traje suyo.

Gracias, pensó Reiss.

—Todo a plena luz. Directamente hasta Wegener. Lo rodearán. Como en una charla. Un mensaje importante. —Kreuz vom Meere prosiguió mientras Reiss abría el correo —Ninguna violencia. Sólo: "Herr Wegener. Acompáñenos, por favor. Entienda." Y entre las vértebras de la espina dorsal, rápido una aguja. Los ganglios superiores paralizados.

Reiss asintió.

—¿Me escucha?

—Ganz bestimmt.

—Afuera de nuevo. Al coche. De vuelta a mi oficina. Los japoneses no nos dejarán tranquilos un momento, pero corteses hasta lo último. —Herr vom Meere bajó del escritorio para hacer la pantomima de una reverencia japonesa —"Muy vulgar de parte de usted, Herr Kreuz vom Meere, engañarnos de este modo. En fin, adiós Herr Wegener…"

—Baynes —dijo Reiss—, ¿no es así como lo llaman?

—Baynes. "Lástima que se vaya. Quizá podamos hablar un poco más la próxima vez." —Sonó el teléfono en el escritorio de Reiss, y Kreuz vom Meere se interrumpió —Ha de ser para mí.

Kreuz von Meere extendió la mano, pero Reiss se adelantó y alzó el tubo.

—Habla Reiss.

Una voz desconocida dijo: —Cónsul, esta es la Ausland Fernsprechamt de Nova Scotia. Llamada transatlántica de Berlín para usted, urgente.

—Muy bien —dijo Reiss.

—Un momento, cónsul. —Estática débil, siseos. Luego otra voz, una telefonista —Kanzlei.

—Sí, la Ausland Fernsprechamt de Nova Scotia. Llamada para el cónsul del Reich en San Francisco, Herr H. Reiss. El cónsul está en la línea.

—Que espere. —Una larga pausa. Reiss continuó inspeccionando el correo, con una mano. Kreuz vom Meere miraba sin ver, las mandíbulas flojas. —Herr cónsul, lamento haberlo hecho esperar. —La voz de un hombre. Reiss sintió que la sangre se le helaba en las venas, un instante. Una voz de barítono, cultivada, fácil, que Reiss conocía. —Aquí el doctor Goebbels.

—Sí, Kanzler.

Frente a Reiss, Kreuz vom Meere esbozó una sonrisa, apretando las mandíbulas.

—El general Heydrich me ha pedido que lo llame. Hay un agente de la Abwehr ahí en San Francisco, Rudolf Wegener. La policía necesitará de la más amplia cooperación de usted. No hay tiempo de darle los detalles. Basta con que usted los ayude. Ich danke Ihnen sehr dafür.

—Entendido, Herr Kanzler —dijo Reiss.

—Buenos días, Konsul.

El Reichskanzler cortó la comunicación.

Kreuz vom Meere miró ansiosamente mientras Reiss colgaba el tubo.

—¿Yo tenía razón?

Reiss se encogió de hombros.

—Todo está muy claro.

—Necesitamos una autorización escrita de usted para repatriar por la fuerza a Wegener.

Reiss tomó una lapicera, escribió la autorización, la firmó, y se la dio al jefe de la SD.

—Gracias —dijo Kreuz vom Meere—. Bien, cuando las autoridades japonesas lo llamen a usted quejándose…

—Si llaman.

Kreuz vom Meere miró a Reiss de reojo.

—Llamarán. Estarán aquí quince minutos después que nosotros nos hayamos llevado a este Wegener. —Vom Meere había abandonado el tono de chanza.

—Ningún quinteto de cuerdas —dijo Reiss.

Kreuz vom Meere no replicó.

—Lo tendremos en algún momento de esta mañana —dijo—, así que esté preparado. Puede decirle a los japoneses que es un homosexual o un monedero falso, o algo parecido. Que lo reclaman allá por un crimen grave: No les diga que se trata de crímenes políticos. Ya sabe usted que se niegan a reconocer el noventa por ciento de las leyes nacionalistas.

—Lo sé muy bien —dijo Reiss—, no se preocupe.

Se sentía irritado y humillado. Otra vez pasaron por encima de mí, se dijo: Como de costumbre. Hablaron con la cancillería. Bastardos.

Notó que las manos le temblaban. Un llamado del doctor Goebbels, ¿era esto el problema? ¿Asustado por la autoridad? O quizá se trataba de resentimiento, la impresión de que lo manejaban… Maldita policía; pensó. Cada día era más fuerte. Ya habían conseguido que Goebbels trabajara para ellos. Estaban gobernando el Reich.

¿Pero quién podía oponerse? Ni él ni ningún otro.

Había que resignarse, pensó. Lo mejor era cooperar, y no tomar decisiones equivocadas. Parecía muy posible que este Kreuz vom Meere tuviera un poder ilimitado en Alemania, y que esto incluyese la eliminación de todos aquellos que se mostraran hostiles.

—Alcanzo a ver —dijo en voz alta —que no exagera usted la importancia del asunto, Herr Polizeiführer. Es evidente que la seguridad de Alemania depende en gran parte de que usted sea capaz de detectar enseguida a este espía, traidor, o lo que sea.

Reiss calló sintiendo que estaba adulando a Kreuz vom Meere de un modo demasiado ostensible.

No obstante, Kreuz vom Meere parecía complacido.

—Gracias, cónsul.

—Quizá nos haya salvado usted a todos nosotros.

Kreuz vom Meere dijo sombríamente: —Bueno, todavía no lo tenemos. Ojalá todo marche bien. Cómo tarda ese llamado.

—Deje a los japoneses a mi cuidado —dijo Reiss—. No me falta experiencia, como usted sabe. Las quejas posibles…

—No divague, por favor —interrumpió Kreuz vom Meere—. Tengo que pensar.

Era evidente que el llamado de la cancillería los había molestado a los dos. Kreuz vom Meere se sentía también presionado.

Si este hombre llega a escapar, pensó el cónsul Hugo Reiss, quizá me cueste el puesto., Este puesto a mí, y el suyo a vom Meere. No sería raro que pronto se encontraran los dos de patitas en la calle. En verdad ninguno tenía por qué sentirse más seguro que el otro.

En realidad, pensó, valdría la pena ver cómo una leve zancadilla aquí o allá echaba por tierra los planes del Herr Polizeiführer. Algo

negativo, donde nunca habría pruebas. Por ejemplo, cuando los japoneses se aparecieran por allí a quejarse, podía dejar caer como al descuido. una insinuación acerca del vuelo de la Lufthansa en que se llevarían al hombre… Aunque quizá fuese preferible animarlos a que se envalentonaran, mostrándoles apenas un cierto desprecio, sugiriéndoles que el Reich estaba muy divertido con ellos, que no se tomaba en serio a los hombrecitos amarillos. Era fácil aguijonearlos. Y si se enojaban lo suficiente, quizá recurriesen directamente a Goebbels.

Toda clase de posibilidades. La SD no podía sacar de veras a aquel hombre de los EEPA sin su cooperación activa. Si llegaba a acertar con la triquiñuela adecuada…

Odio que la gente me pase por encima, se dijo Freiherr Reiss. Sé sentía incómodo, y nervioso, y no podía dormir, y cuando no dormía no hacía bien su trabajo. De modo que entre sus obligaciones para con Alemania estaba la de resolver ese problema. Se habría sentido mucho mejor de noche, y también de día, si esa bestia bávara no hubiera salido de Alemania y estuviese aún allí redactando informes en algún puesto policial subalterno.

La dificultad era que no había tiempo. Mientras trataba dé decir cómo…

La campanilla del teléfono.

Esta vez Kreuz vom Meere se inclinó hacia el aparato y Reiss no se lo impidió.

—Hola —dijo Kreuz vom Meere en el receptor. Un momento de silencio.

¿Ya? pensó Reiss.

Pero el jefe de la SD le estaba alcanzando el aparato. —Para usted.

Secretamente aliviado, Reiss tomó el tubo.

—Es una maestra —dijo Kreuz von Meere—. Quiere saber si usted puede darle unos posters de Austria para la escuela.

A las once de la mañana Robert Childan cerró la tienda y se encaminó a pie hacia las oficinas del señor Paul Kasoura.

Por suerte Paul no estaba ocupado. Saludó amablemente a Childan y le ofreció una taza de té.

—No lo molestaré mucho —dijo Childan cuando ya estaban tomando el té, a sorbos. La oficina de Paul aunque pequeña era moderna y sencilla. En la pared se veía un grabado notable: El tigre de Mokkei, una obra maestra de fines del siglo trece.

—Me hace feliz verlo, Robert —dijo Paul en un tono que a Childan le pareció de algún modo distante.

O quizá era todo imaginaciones suyas. Childan echó una mirada por encima de la taza. El hombre parecía sincero. Y sin embargo…

Childan sentía que algo había cambiado.

—Mi regalo tan torpe —dijo Childan —ha decepcionado a la esposa de usted. Quizá se sintió insultada. No obstante, cuando se trata de algo nuevo y todavía poco probado, no es fácil una evaluación justa, sobre todo desde el punto de vista del comerciante. Por cierto que usted y Betty están en mejores condicione, que yo…

—Betty no está decepcionada, Robert —dijo Paul—. No le di esa pieza de orfebrería. —Buscó en el escritorio y mostró la cajita blanca —No la he sacado de aquí.

Paul sabía, pensó Childan. Para un hombre listo. Ni siquiera se lo había dicho a ella. Ahora solo tocaba esperar que Paul no se enfureciera, acusándolo por ejemplo de querer seducir a Betty.

Paul podría arruinarme, se dijo Childan. Siguió tomando el té, impasible.

—Oh —dijo —Interesante.

Paul abrió la cajita, extrajo el alfiler, y se puso a examinarlo. Lo alzó a la luz, mirándolo de un lado y del otro.

—Me he tomado la libertad de mostrárselo a alguno, pocos conocidos —dijo Paul—. Gente aficionada como yo a los objetos históricos norteamericanos o artefactos artísticos en general. —Le echó una mirada a Robert Childan. —Nadie por supuesto había visto nunca algo parecido. Como usted me explicó, no ha habido hasta ahora obras contemporáneas de esta especie. Creo recordar que es usted el representante exclusivo.

—Sí, así es —dijo Childan.

—¿Quiere saber cómo reaccionaron?

Childan asintió con una reverencia.

—Esas personas —dijo Paul —se rieron.

Childan no dijo nada.

—Yo también me reí, llevándome la mano a la boca para que usted no se diese cuenta —dijo Paul—. Fue el otro día cuando usted me mostró la pieza. Por supuesto, oculté esa diversión, en honor de usted. Recordará usted que mi reacción aparente no fue muy notable.

Childan asintió.

—Sí —dijo Paul—, la he mirado varios días y sin ninguna razón lógica siento ahora un —cierto apego emocional. ¿Por qué? Ni siquiera proyecto en la pieza mi propia psique, como en ciertos tests psicológicos alemanes. No veo aún ni forma ni estilo. Pero sin embargo de algún modo participa del Tao. ¿Ve usted? —Le hizo una seña —a Childan. —Hay equilibrio.. Las fuerzas interiores están estabilizadas, en reposo. Podría decirse que este objeto ha hecho las paces con el universo. Se ha separado del mundo y de ese modo ha alcanzado el nivel de la homeostasis.

Childan asintió, estudiando la pieza; pero Paul no le prestaba

atención.

—No tiene wabi —dijo Paul—, ni podría tenerlo. Sin embargo —tocó el alfiler con la uña—, Robert, esto tiene wu.

—Creo que no se equivoca —dijo Childan, tratando de recordar el significado de wu. No era una palabra japonesa, sino china. Sabiduría, decidió, o comprensión. De cualquier modo, algo muy bueno.

—Las manos del artífice —continuó Paul —tienen wu, y han permitido que el wu pase a la pieza. Quizá lo único que él sabe es que la pieza transmite satisfacción. Es algo completo, Robert. Mirando el alfiler, tenemos más wu nosotros mismos. Alcanzamos entonces la serenidad que no se asocia comúnmente con el arte sino con lo sagrado. Recuerdo un santuario en Hiroshima donde se exhibía la tibia dé algún santo medieval. Sin embargo, esto es un artefacto, y aquello era una reliquia. Esto está vivo ahora, mientras que la reliquia viene de otro tiempo. En estas reflexiones que se me han ocurrido desde que estuvo usted aquí la última vez, he llegado a reconocer el valor de este objeto, y que no tiene relación con el sentido histórico. Estoy profundamente emocionado, como usted puede ver.

—Sí —dijo Childan.

—No tener valor histórico, ni siquiera valor artístico, estético, y sin embargo ser de algún modo expresión de un valor casi inasible… es maravilloso. Más precisamente porque esta pieza es mísera, pequeña, en apariencia sin valor. Esto, Robert, contribuye a que tenga wu. Pues es un hecho que el wu se encuentra en los sitios menos imponentes, como en el aforismo cristiano: “piedras rechazadas por el constructor”. Se tiene conciencia del wu en cosas tales como un viejo bastón, o una lata de cerveza a un costado del camino. Sin embargo, en esos casos, el wu está en el interior del observador. Es una experiencia religiosa. En este caso un artífice ha puesto wu en el objeto, y no ha sido sólo testigo del wu inherente. —Paul alzó los ojos —¿Soy claro?

—Sí —dijo Childan.

—En otras palabras, esto anuncia todo un nuevo mundo. No podemos llamarlo arte, pues carece de forma, ni religión. ¿Qué es? He meditado en este alfiler una y otra vez, y no he alcanzado a resolver el enigma. Es evidente que no hay palabras para un objeto de esta especie. De modo que tiene usted razón, Robert. La novedad es auténtica.

Auténtica, pensó Childan. Sí, ciertamente lo es. Entiendo eso; en cuanto a lo demás…

—Habiendo llegado en mi meditación hasta este punto —continuó Paul —convoqué aquí de nuevo a los mismos hombres de negocios. Hice con ellos lo que acabo de hacer con usted: darles una explicación directa. Tan imperiosa es la necesidad de que la

conciencia de wu se manifieste que no es posible mantenerse dentro de las formalidades comunes. Les pedí a estos hombres una completa atención.

Childan sabía que para un japonés como Paul forzar a otro a que acepte alguna idea era una situación casi increíble.

—El resultado —dijo Paul —fue entusiasta. Todos advirtieron mi punto de vista, entendieron lo que yo les insinuaba. De modo que valió la pena. Luego, descansé. Nada más, Robert. Estoy agotado. — Puso el alfiler de vuelta en la cajita —Mi responsabilidad ha concluido.

Empujó la cajita hacia Childan.

—Señor, es suya —dijo Childan, sintiendo cierta aprensión; la situación no se parecía a nada que hubiese conocido antes. Un japonés de mucha autoridad que pone por las nubes un regalo que se le ha hecho, y que luego lo devuelve. Childan sintió que se le aflojaban las rodillas. No sabía qué hacer. Se —quedó sentado, tironeándose de la manga, el rostro encendido.

Serenamente, aun con cierta dureza, Paul dijo: —Robert, enfrente la realidad, muestre usted más coraje.

Palideciendo, Childan farfulló:

—Estoy confundido por…

Paul se puso de pie, frente a Childan.

—Preste atención. La tarea es suya. Es usted el único que tiene estas piezas. Además es usted un profesional. Retírese un tiempo, a solas. Medite usted, consulte el Libro de los cambios. Luego dedique un tiempo al estudio de los escaparates de la tienda, los anuncios, los sistemas de comercialización.

Childan lo miró con la boca abierta.

—Encontrará la manera —dijo Paul—. Cómo hacer que estos objetos se pongan realmente de moda.

Childan estaba estupefacto. ¡El hombre le hablaba de responsabilidad moral en relación con las joyas de Edfrank! La concepción japonesa del universo, insensata y neurótica: a los ojos de Paul Kasoura la relación con las joyas no podía ser sino de primer orden, tanto en un sentido espiritual como comercial, y lo peor era que Paul hablaba con autoridad, desde el callejón sin salida de la cultura y la tradición japonesas.

Mi obligación, pensó Childan con amargura. La había tomado una vez y ahora la arrastraría consigo hasta el último día, directamente hasta la tumba. Paul se había librado de ella, y se sentía satisfecho, sin duda. Pero para Childan, ah, el problema llevaba la marca inequívoca de lo que no tiene fin.

Han perdido la cabeza, se dijo Childan. Por ejemplo. no prestan ayuda a un hombre herido en la calle por las obligaciones que

seguirían. ¿Qué nombre darle a esto? Parecía típico, lo que podía esperarse de una raza que cuando se le pide que duplique un destructor británico llega al extremo de copiar las abolladuras de la caldera además de…

Paul estaba mirándolo a la cara. Por fortuna, Childan había desarrollado el hábito de no mostrar automáticamente sus verdaderos sentimientos. Tenía la expresión sobria y tranquila de alguien que entiende perfectamente la naturaleza de la situación. Podía sentirla sobre su propia cara, la máscara.

Esto es terrible, comprendió. Una catástrofe. Hubiera sido mejor que Paul creyera que él, Childan, quería quitarle la mujer.

Betty. Ya no había posibilidad de que ella viese la pieza, de que el plan original resultara. Wu y la sexualidad no parecían compatibles; wu era, como decía Paul, algo solemne y sagrado, como una reliquia.

—Le di una tarjeta de usted a cada uno de estos individuos —dijo Paul.

—¿Perdón? —dijo Childan, preocupado.

—Una tarjeta comercial. Así ellos pueden ir y mirar otras muestras.

—Ya veo —dijo Childan.

—Hay algo más —dijo Paul—. Uno de estos individuos quiere que usted vaya a verlo y discutir allí la totalidad del asunto. He anotado aquí el nombre y la dirección. —Paul le tendió a Childan un papel plegado. —Quiere que otros colegas estén también presentes —añadió Paul—. Es un importador. Exporta a importa en niveles masivos. Especialmente a América del Sur. Radios, cámaras, binoculares, grabadores, cosas así.

Childan le echó una ojeada al papel.

—Trabaja, por supuesto, con grandes cantidades —dijo Paul—. Quizá decenas de miles de cada artículo.

La compañía de este hombre controla otras varias empresas que trabajan para él a bajo precio, todas situadas en el Oriente donde la mano de obra es más barata.

—Por qué él… —comenzó Childan.

—Piezas como esta… —dijo Paul tomando otra vez el alfiler, un instante. Cerró el estuche, y se lo devolvió a Childan—… podrían producirse en masa. En metal o plástico, de un molde, y en cualquier cantidad.

Al cabo de un rato Childan preguntó: —¿Y qué me dice del wu? ¿Quedará algo en las piezas?

Paul no respondió.

—¿Me aconseja pues que lo vea? —dijo Childan.

—Sí —dijo Paul.

—¿Por qué?

—Amuletos —dijo Paul.

Childan lo miró.

—Amuletos de buena suerte, para gentes relativamente pobres de toda la América Latina y el Oriente. —La cara de Paul era de madera y hablaba sin ninguna entonación en la voz. —La mayor parte de la masa cree todavía en la magia, ya sabe usted. Encantamientos. Pociones. Es un gran negocio, me han dicho.

—Parece —dijo Childan lentamente —que hay ahí mucho dinero en juego.

Paul asintió.

—¿Esto fue idea suya? —dijo Childan.

—No —dijo Paul y calló.

Tu patrón, pensó Childan. Le mostraste la pieza a tu jefe, que conocía a este importador. El jefe o alguien de influencia que estaba por encima de él, alguien que tenía poder sobre él, importante y de mucho dinero, se había puesto en contacto con ese comerciante.

Y por eso Paul le devolvía ahora el alfiler, comprendió Childan. Se lavaba las manos. Pero sabe algo que yo también sé, se dijo Childan:. que iré a esta dirección y veré a este hombre. Tenía que hacerlo. No había otra posibilidad. Arrendaría los dibujos, o los vendería de acuerdo con un porcentaje; algo se negociaría sin duda.

Paul se había lavado de veras las manos, del todo, pensó Childan, ahorrándose así el mal gusto de pretender que no estaba de acuerdo, o de enredarse en una discusión.

—Tiene usted aquí la posibilidad —dijo Paul mirando estoicamente adelante —de llegar a ser muy rico.

—La idea es bastante extraña —dijo Childan—, cambiar objetos de arte en amuletos. No puedo imaginarlo.

—Porque no está en la línea de negocios de usted, que se ha dedicado a las curiosidades esotéricas. Lo mismo me pasa a mí, y también a esos caballeros que le he mencionado y que pronto lo visitarán.

—¿Qué haría usted en mi lugar? —dijo Childan.

—No subestime las posibilidades que el estimado importador ha sugerido. Es un personaje astuto. Usted y yo… no tenemos idea de la cantidad de gente que no ha tenido educación, capaz de obtener de productos idénticos fabricados en serie una satisfacción que a nosotros nos ha sido negada. Tendríamos que suponer ante todo que el objeto es único entre los de su clase, o por lo menos algo raro, que sólo conocen unos pocos.. Y, por supuesto, algo realmente auténtico. No un modelo o una réplica. —Paul miraba aún el espacio vacío, más allá de Childan. —No algo fabricado en decenas de miles.

¿Habrá tropezado Paul, se dijo Childan, con la idea correcta de que algunos de los objetos históricos exhibidos en tiendas como la mía

(o en colecciones como la suya) son meras imitaciones? Algo insinuaban sus palabras. Como si en un irónico sobreentendido me estuviese trasmitiendo un mensaje muy diferente. La ambigüedad del oráculo… la cualidad, decían, de la mente oriental.

El hombre le preguntaba realmente: ¿Quién eres, Robert? ¿Aquel a quien el oráculo llama "el hombre inferior", o ese otro a quien están destinados todos los buenos consejos? Había que decidirlo, allí mismo. Se podía tomar un camino o el otro, pero no ambos. El momento de la decisión, ahora.

¿Y qué camino tomaría el hombre superior? se preguntó Childan. Por lo menos de acuerdo con las ideas de Paul Kasoura. Y lo que tenía allí delante no era una compilación de sabiduría divinamente inspirada y de miles de años atrás, sino simplemente la opinión de una criatura mortal, un joven hombre de negocios japonés.

Sí, esto tenía su fondo. Wu, como diría Paul. El wu de la situación era este: dejando a un lado las aversiones personales parecía evidente que la realidad estaba en la dirección del importador. Nada de acuerdo con lo previsto, pero había que adaptarse, como decía el oráculo.

Y al fin y al cabo todavía podía vender los originales en la tienda. A conocedores, como los amigos de Paul.

—No se decide usted —observó Paul—. Sí, en situaciones como esta siempre es mejor estar solo.

Paul había empezado a ir hacia la puerta.

—Ya he decidido.

Los ojos de Paul centellearon.

Inclinándose, Childan dijo:

—Seguiré su consejo. Me iré ahora mismo a visitar al importador —y alzó el papelito plegado.

Curiosamente, Paul no parecía complacido; gruñó entre dientes y volvió a su escritorio. No muestran hasta el fin ninguna emoción, reflexionó Childan.

—Muchas gracias por su ayuda en el negocio —dijo Childan ya listo para irse—. Algún día le devolveré la atención. Lo recordaré.

No se veía aún ninguna reacción en el joven japonés. Demasiado cierto lo que dicen de ellos, recordó Childan: son inescrutables.

Paul lo acompañó hasta la puerta, como abstraído en algo. De pronto estalló: —Esta pieza fue hecha a mano por artesanos de aquí, ¿no es cierto? ¿Trabajo físico personal?

—Sí; desde el diseño hasta el pulido.

—Señor, ¿estarán de acuerdo estos artesanos? Pienso que imaginaron otro destino para sus piezas.

—Me atrevería a asegurar que se convencerán —dijo, Childan; el problema le parecía menor.

—Sí —dijo Paul—, supongo que sí.

Childan advirtió algo en el tono de Paul. Un énfasis nebuloso y peculiar, que de pronto lo inundó. Era indudable, había dejado atrás la ambigüedad: ahora veía.

Por supuesto. Todo el asunto había sido un duro rechazo a cualquier esfuerzo de las gentes del país, y había ocurrido ante los propios ojos de Childan. Cinismo, pero por Dios, se había tragado el anzuelo, la plomada y el sedal. Lo habían llevado paso a paso por el sendero de jardín hasta esta conclusión: los productos manufacturados norteamericanos no servían para nada sino como modelos de talismanes baratos.

Así gobernaban los japoneses, sin crudeza, con perspicacia, ingenio, y una astucia intemporal.

Cristo, los norteamericanos eran bárbaros comparados con esos hombres, se dijo Childan, unos pobres bobos enfrentados a una razón implacable. Paul no había dicho —no se lo había dicho —que el arte norteamericano no tenían ningún valor; había conseguido en cambio que él, Childan, lo dijera. Y, como ironía final, concluyó Childan, lamentó que yo se lo dijera. Apenas una civilizada expresión de tristeza oyendo cómo la verdad salía de mí.

Me ha hecho pedazos, dijo Childan casi en voz alta. Por fortuna logró que no fuera más que un pensamiento; como antes se lo guardó para sí mismo, en una zona apartada y secreta. Lo habían humillado, a él y a su raza, y no había posibilidad de venganza. Habían sido derrotados, y la derrota era así, tan tenue, tan delicada que uno apenas se daba cuenta. En verdad, era como si tuviesen que subir otro peldaño en la escala de la evolución antes de saber qué había ocurrido. ¿Qué más se necesitaba para probar que los japoneses eran buenos gobernantes? Childan tuvo ganas de reírse, quizá con aprobación. Sí, así era, como cuando uno oye una buena anécdota. Tenía que recordarla, saborearla luego, aun contársela a alguien. ¿Pero a quién? Un problema. La historia era demasiado personal.

Un cesto de papeles en el rincón de aquella oficina. Tíralo ahí, se dijo Childan, tira ahí esa baratija, esa pieza cargada de wu.

¿Podía hacerlo? ¿Tirarla? ¿Poner fin a esa situación ante los propios ojos de Paul?

Ni siquiera podía tirarla al cesto, descubrió, mientras apretaba la pieza en la mano. No tenía que hacerlo, si pensaba en volver a ver al joven japonés.

Malditos, ni siquiera podía librarse de la influencia de estos hombres, ceder a un impulso. Le habían quitado toda espontaneidad. Paul lo examinaba, y no tenía necesidad de hablar, bastaba la presencia de ese norteamericano allí delante, esa conciencia que había caído en una trampa; un hilo invisible le ataba la pieza que Childan

apretaba en la mano, brazo arriba hasta el cerebro.

Parecía evidente que había vivido con ellos demasiado tiempo. Demasiado tarde ahora para escapar y vivir entre los blancos con costumbres blancas.

Robert Childan dijo: —Paul… —La voz, notó Childan, fue como un quejido involuntario; incontrolada, sin tono.

—Sí, Robert.

—Paul, me siento… humillado.

El cuarto dio vueltas alrededor de Childan.

—¿Por qué, Robert? —Un tono de preocupación, pero desinteresado, por encima de todo compromiso.

—Paul, un momento. —Childan tocó la pieza con los dedos, resbaladiza ahora, mojada por la transpiración. Me siento… orgulloso de este trabajo. Ni pensar siquiera en amuletos comerciales de buena suerte. Me opongo.

Una vez más no alcanzó a ver ninguna reacción en el joven japonés, sólo el oído que escuchaba, la mera atención.

—Gracias de todos modos —dijo Childan.

Paul saludó con una reverencia.

Childan saludó con otra reverencia.

—Los hombres que hicieron esto —dijo Childanson norteamericanos orgullosos de su arte. Me incluyo entre ellos. Sugerirnos que se los convierta en talismanes mercantiles es un insulto para nosotros, y le pido que se excuse usted.

Un silencio muy largo.

Paul lo observaba. Una ceja levantada apenas y una mueca en los labios delgados. ¿Una sonrisa?

—Le exijo que se excuse —dijo Childan. No podía ir más lejos. Ahora sólo quedaba esperar.

Nada ocurrió.

Por favor, pensó Childan. Ayúdame.

—Olvide mi arrogante actitud —dijo Paul, y extendió la mano.

—Muy bien —dijo Robert Childan.

Se estrecharon las manos.

La calma descendió al corazón de Childan. Había estado metido en el asunto hasta las orejas y había conseguido salir. Gracias a Dios. La ocasión se había presentado en el momento justo. En otro tiempo todo hubiera sido distinto. ¿Podría atreverse una vez más, aprovechar esa racha de suerte? Quizá no.

Se sintió melancólico. Un breve instante, como si hubiese subido a la superficie y descubriera que no había allí ningún obstáculo.

La vida es corta pensó. El arte, o algo que no podía llamarse vida, era largo, y se extendía interminablemente, como un gusano de cemento. Chato, blanco, de una superficie irregular que ningún pie

había pulido aún. Allí estaba él, pero ya no más. Tomó el estuche y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Capítulo 12

El señor Ramsey dijo:

—Señor Tagomi, el señor Yatabe.

Ramsey se retiró a un rincón de la oficina y el caballero delgado y de edad madura se adelantó unos pasos.

El señor Tagomi extendió la mano y dijo: —Me alegra verlo a usted aquí en persona, señor.

La mano leve y frágil se deslizó en la mano de Tagomi, que la estrechó sin apretarla y la soltó enseguida. Espero no haber roto nada, pensó. Examinó los rasgos del anciano caballero, y se sintió complacido.

Un carácter tan serio, coherente. Una inteligencia libre de nieblas, y la lúcida presencia de las tradiciones más antiguas y estables. Las mejores virtudes de la ancianidad…Y de pronto Tagomi descubrió que estaba frente al general Tedeki, el penúltimo jefe imperial del concejo.

Tagomi saludó con una reverencia.

—General —dijo.

—¿Dónde está esa tercera persona? —dijo el general Tedeki.

—Ya viene hacia aquí —dijo el señor Tagomi—. Lo llamé yo mismo a la habitación del hotel.

Azorado, el señor Tagomi retrocedió varios pasos todavía doblando el cuerpo, como si casi no fuera capaz de alcanzar de nuevo una posición erecta.

El general se sentó. El señor Ramsey, quien sin duda ignoraba aún la identidad del anciano, ayudó con la silla pero no mostró ninguna particular atención. El señor Tagomi se sentó titubeando en una silla, frente a los dos hombres.

—Perdemos el tiempo —dijo el general—. Lamentablemente, e inevitablemente.

—Es cierto —dijo el señor Tagomi.

Pasaron diez minutos. Ninguno habló.

—Perdón; señor —dijo al fin el señor Ramsey, inquieto—. Tendré que irme, si no me necesitan.

El señor Tagomi asintió y el señor Ramsey salió del cuarto.

—¿Té, general? —dijo el señor Tagomi.

—No, señor.

—Señor —dijo Tagomi—. Admito que siento miedo. Siento que en este encuentro hay algo de terrible.

El general inclinó la cabeza.

—El señor Baynes, a quien he conocido —dijo el señor Tagomi — y que estuvo visitándome en mi casa, se presentó como ciudadano sueco. Sin embargo nuestros informes privados indican que es alemán

y ocupa Tina alta posición. Digo esto porque…

—Por favor, continúe…

—Gracias. General, la agitación del señor Baynes a propósito de este encuentro me ha llevado a pensar que todo esto tiene algo que ver con las perturbaciones políticas en, el Reich.

El señor Tagomi no mencionó otro hecho, que él había notado: el general no había podido presentarse a la hora prevista.

—Señor —dijo el general—, ahora está usted a la pesca de información, no informando.

En los ojos del anciano hubo un centelleo amable y paternal, sin ninguna malicia.

El señor Tagomi aceptó la observación. —Señor, ¿mi presencia aquí es sólo una formalidad para confundir a los espías nazis?

—Por supuesto —dijo el general—, estamos interesados en mantener una cierta apariencia. El señor Baynes es representante de las industrias Tor-Am de Estocolmo, un perfecto hombre de negocios. Y yo soy Shinjirb Yatabe.

El señor Tagomi pensó: Y yo soy de veras Tagomi.

—Es indudable que los nazis han seguido las idas y venidas del señor Baynes —dijo el general. Tenía puestas las manos en las rodillas, y se sentaba muy derecho, como si, pensó Tagomi, estuviese oliendo un lejano caldo de carne—. Pero para demoler esta ficción tendrán que recurrir a arbitrios legales. Este es el propósito primero: no poner trampas, pero exigir el cumplimiento de ciertas formalidades, si se presenta el caso. Entiende usted que para detener al señor Baynes no basta con que le peguen un tiro… lo que harían enseguida si el hombre viajara… bueno, sin esta protección verbal.

—Ya veo —dijo el señor Tagomi. Parecía un juego, decidió. Pero ellos conocían la mentalidad nazi, de modo que el juego tenía quizá cierta utilidad.

El intercomunicador zumbó en el escritorio. La voz del, señor Ramsey: —Señor, el señor Baynes está, aquí. ¿Lo hago pasar?

—¡Sí! —gritó casi el señor Tagomi.

La puerta se abrió y apareció el señor Baynes, pulcramente vestido, la ropa planchada y bien cortada, el rostro compuesto.

El general Tedeki se levantó y fue al encuentro de Baynes. Tagomi se levantó también. Los tres hombres saludaron con una reverencia.

—Señor —dijo el señor Baynes al general—, soy el capitán R. Wegener del servicio de contrainteligencia de la marina del Reich. Queda entendido que no represento a nadie excepto a mí mismo y a algunas gentes anónimas; ninguna oficina o departamento de cualquier orden del gobierno del Reich.

—Herr Wegener —dijo el general—, entiendo que no invoca usted ninguna representación oficial de ninguna rama del gobierno del

Reich. Yo estoy aquí como parte civil y no oficial que a causa de la posición que ha ocupado en el ejército imperial tiene acceso a ciertos círculos de Tokio, que desearían —enterarse de lo que usted tiene que decir.

Raro discurso, pensó el señor Tagomi, pero nada desagradable, y hasta con cierta cualidad casi musical. En verdad, un alivio refrescante.

Los hombres se sentaron.

—Sin más preámbulos —dijo el señor Baynes —quisiera informarle a usted y a aquellos a quienes usted tiene acceso que un proyecto del Reich llamado Löwenzahn, Diente de León, se encuentra en una etapa avanzada:

—Sí —dijo el general, asintiendo, como si lo hubiera oído antes, pero, pensó el señor Tagomi, de veras interesado en lo que el señor Baynes tenía que decir.

—Diente de León —dijo el señor Baynes —consiste en un incidente fronterizo entre los Estados de las Montañas Rocosas y los Estados Unidos.

El general asintió, con una leve sonrisa.

—Tropas de los Estados Unidos serán atacadas y reaccionarán atravesando la frontera y chocando con las tropas de los EEMR estacionadas allí. Las tropas de los EE.UU. tienen mapas detallados que muestran las instalaciones del ejército en el Medio Oeste. Este es el primer paso. El segundo paso consiste en una declaración del Reich en relación con el conflicto. Un grupo de paracaidistas voluntarios de la Wehrmacht vendrá a ayudar a las tropas estadounidenses. Sin embargo, todo esto es aún camuflaje.

—Sí —dijo el general, escuchando.

—El propósito básico de la operación Diente de León —dijo el señor Baynes —es un devastador ataque nuclear a las Islas, sin aviso previo de ninguna clase.

El señor Baynes calló.

—Con el propósito de barrer del mapa a la familia real, las bases militares, la mayor parte de la marina imperial, la población civil, las industrias, los recursos —dijo el general Tedeki—. Y las posesiones de ultramar serán absorbidas por el Reich.

El señor Baynes no dijo nada.

—¿Qué más? —preguntó el general.

El señor Baynes parecía confundido.

—La fecha, señor —dijo el general.

—Todo ha cambiado —dijo el señor Baynes —a causa de la muerte de Bormann. Eso creo al menos. No estoy ahora en contacto con la Abwehr.

Al cabo de un rato el general dijo: —Adelante, Herr Wegener.

—Nuestra recomendación es que el gobierno japonés intervenga en los asuntos domésticos del Reich. O por lo menos esto es lo que vine a recomendar. —Ciertos grupos favorecen en el Reich la operación Diente de León, y otros se oponen. Se esperaba que la facción opositora tomara el poder luego de la muerte del canciller Bormann.

—Pero mientras usted estaba aquí —dijo el general Herr Bormann murió y la situación política tomó otro camino. El doctor Goebbels es ahora canciller del Reich. El levantamiento ha terminado. —El general hizo una pausa —¿Qué opina este grupo de la operación Diente de León?

—El doctor Goebbels es partidario de la operación —dijo el señor Baynes.

Los otros no lo miraban y el señor Tagomi cerró los ojos.

—¿Quién es ahora la oposición? —preguntó el general Tedeki.

El señor Tagomi alcanzó a oír al señor Baynes: —El general Heydrich de la SS.

—Me sorprende usted —dijo el general—. Me cuesta creerlo. ¿Es esto información confirmada o sólo un punto de vista de usted y sus colegas?

—La Administración del Este —dijo el señor Baynes—, es decir el área gobernada por el Japón pasará a manos de Relaciones Exteriores. Gente de Rosenberg trabajando directamente con la chancillería. Este fue un punto muy discutido en muchas sesiones del año pasado entre las partes principales. Tengo fotostatos de notas que se tomaron entonces. La policía exigía más autoridad pero fueron derrotados. Serán los encargados de la colonización de Marte, Luna, Venus, y allí tendrán su dominio. Una vez establecida esta división de poderes la policía apoyó con todo su peso el programa del espacio contra la operación Diente de León.

—Rivalidad —dijo el general Tedeki—. El jefe lanza a un grupo contra otro, y de ese modo nadie lo pone en cuestión.

—Así es —dijo el señor Baynes—. Por eso me mandaron aquí, a rogarles que intervengan. Todavía es posible intervenir, la situación se mantiene bastante fluida. Pasarán meses antes que el doctor Goebbels consolide su posición. Tendrá que someter a la policía, y quizá ejecutar a Heydrich y a otros jefes de la SS y la SD. Luego…

—¿Tendríamos que apoyar al Sicherheitsdienst? —interrumpió el general Tedeki—. ¿El grupo más maligno de la sociedad alemana?

—Sí, señor —dijo el señor Baynes.

—El emperador —dijo el general Tedeki —no lo toleraría nunca. Los batallones de elegidos, los camisas negras, los cabecillas de la muerte, el sistema de castas, todo eso le parece igualmente maligno.

Maligno, pensó el señor Tagomi. Sí, lo era. ¿Iban a ayudarlos a

ganar el poder para así salvar la vida? ¿Era esa la paradoja de la posición del imperio japonés en el mundo? El señor Tagomi se dijo que no podía enfrentar este dilema. ¿Cómo actuar en una ambigüedad moral semejante? No había aquí ningún Camino; todo parecía confuso. Todo era un caos de luz y oscuridad, sombra y sustancia.

—La Wehrmacht —dijo el señor Baynes—, el aparato militar, es la única organización en el Reich que tiene bombas de hidrógeno. Cuando la usaron los camisas negras el ejército estaba ahí supervisando. En tiempos de Bormann no se permitió nunca que las armas nucleares fueran a manos de la policía. En el plan Diente de León todo será llevado a cabo por la OKW, los altos mandos del ejército.

—Me doy perfecta cuenta —dijo el general Tedeki.

—Las prácticas morales de los camisas negras exceden en ferocidad a las de la Wehrmacht. Pero son menos poderosos. Tenemos que atenernos a la realidad, a los factores de poder. No podemos apoyarnos en consideraciones éticas.

—Sí, tenemos que ser realistas —dijo en voz alta el señor Tagomi.

El señor Baynes y el general Tedeki echaron tina mirada a Tagomi.

El general le dijo al señor Baynes: —¿Qué sugiere usted de modo específico? ¿Que nos pongamos en contacto con la SD aquí en los Estados del Pacífico? Negociar directamente con… no sé quién es jefe aquí. Alguna criatura repelente, —imagino.

—La SD local no sabe nada —dijo el señor Baynes—. El jefe, Bruno Kreuz von Meere, es una vieja mula del Partei. Ein Altparteigenosse. Un imbécil. A nadie en Berlín se le ocurriría contarle algo. No hace otra cosa que trabajo de rutina.

—¿Qué entonces? —El general parecía enojado ¿El cónsul local, o el embajador del Reich en Tokio?

Esta conversación fracasará, pensó el señor Tagomi. No importa lo que esté en juego. No podemos meternos en esa monstruosa ciénaga esquizofrénica de sanguinarias intrigas nazis. Nuestras mentes no se adaptarían.

—Hay que actuar con delicadeza —dijo el señor Baynes —a través de una serie de intermediarios. Un hombre cercano a Heydrich y que esté fuera del Reich, en un país neutral; o que viaje a menudo entre Berlín y Tokio.

—¿Ha pensado en alguien?

—El ministro de relaciones exteriores de Italia, el conde Ciano. Un hombre inteligente, de coraje, en quien se puede confiar, dedicado por entero al entendimiento de las naciones. El inconveniente es que no tiene contacto alguno con el aparato de la SD, pero puede llegar a ellos apoyándose en intereses económicos como los Krupp o el general

Seidel o aun en algún personaje de la Waffen —SS. La Waffen —SS es menos fanática, más en la corriente principal de la sociedad alemana.

—La organización de usted, la Abwehr… Sería inútil tratar de llegar a Heydrich a través de ustedes.

—Los camisas negras nos odian. Desde hace veinte años están tratando de que el Partei apruebe la liquidación de la Abwehr in toto.

—¿No corre usted un riesgo excesivo? —dijo el general Tedeki—. Son muy activos aquí en la costa del Pacífico, he oído decir.

—Activos, pero ineptos —dijo el señor Baynes—. El representante de la cancillería; Reiss, es un hombre hábil, pero se opone a la SD.

El señor Baynes se encogió de hombros.

El general Tedeki dijo: —Me gustará tener esos fotostatos, para pasárselos a mi gobierno. Cualquier material en relación con esas disputas en Alemania, y… —El general pensó un momento: —Pruebas, y de naturaleza objetiva.

—Por supuesto —dijo el señor Baynes. Buscó en su chaqueta y sacó una cigarrera de plata—. Verá usted que los cigarrillos son cilindros huecos, cada uno con un microfilm. —Le pasó la cigarrera al general Tedeki.

—¿Y qué ocurre con la cigarrera? —dijo el general, examinándola —. Parece demasiado valiosa para darla así.

El general comenzó a sacar los cigarrillos.

Sonriendo, el señor Baynes dijo: —La cigarrera incluida.

—Gracias.

Sonriendo también, el general se guardó la cigarrera en el bolsillo superior del chaleco.

El intercomunicador zumbó sobre el escritorio. El señor Tagomi apretó el botón.

La voz del señor Ramsey: —Señor, hay un grupo de hombres de la SD en el vestíbulo de la planta baja y pretenden apoderarse del edificio. Los guardias del Tunes están forcejeando con ellos. —Se oyó el sonido de una sirena que venía de la calle, bajo la ventana del señor Tagomi. —La policía militar está en camino, además de la Kempeitai de San Francisco.

—Gracias, señor Ramsey —dijo el señor Tagomi—. Ha hecho usted algo encomiable, informando con tranquilidad. —El señor Baynes y el general Tedeki escuchaban rígidos. —Señores —les dijo el señor Tagomi—, es seguro que mataremos a esos criminales de la SD antes que lleguen aquí. —Le habló enseguida a Ramsey: —Corte la corriente de los ascensores.

—Sí, señor Tagomi. —El señor Ramsey interrumpió la comunicación.

—Esperaremos —dijo el señor Tagomi, y abriendo el cajón del escritorio sacó una caja de madera de teca, le levantó la tapa y

descubrió un Colt 44 US 1860 de la guerra civil, en perfecto estado. Luego puso sobre el escritorio una caja de pólvora suelta y munición de bala y comenzó a cargar el revolver. El señor Baynes y el general Tedeki lo miraban con los ojos muy abiertos.

—Parte de mi colección personal —dijo el señor Tagomi—. Me he pasado horas y horas vanagloriándome en prácticas de tiro, compitiendo favorablemente con otros entusiastas. Pero el use de verdad había quedado postergado, hasta ahora.

Sosteniendo correctamente el revólver y apuntando a la puerta de la oficina el señor Tagomi se sentó a esperar…

Frank Frink estaba sentado junto al banco del sótano, trabajando en el torno, sosteniendo un pendiente de plata contra el ruidoso pulidor de algodón; unas escamas de peróxido de hierro le salpicaban los anteojos y le ennegrecían las uñas y las manos. La fricción calentaba el pendiente, una espiral en caracol, pero Frank apretaba las mandíbulas y no lo soltaba.

—No lo hagas demasiado brillante —dijo Ed McCarthy—. Trabaja sólo las partes salientes, no te preocupes por el resto.

Frank Frink gruñó algo.

—La plata tiene mejor mercado si no está demasiado pulida —dijo Ed—. A la gente le gusta que la platería parezca algo antiguo.

Mercado, pensó Frink.

No habían vendido nada. Excepto el pedido de Artesanías Americanas nadie había mostrado interés y habían visitado ya cinco tiendas.

No ganamos ningún dinero, se dijo Frink. Estamos haciendo más y más. joyas, que se apilan alrededor.

El tornillo del pendiente se enganchó en la rueda; la pieza saltó de las manos de Frink, golpeó la rodela del pulidor, cayó al suelo. Frink paró el torno.

—No sueltes las piezas —dijo McCarthy que trabajaba con el soplete.

—Cristo, es del tamaño de un guisante. No hay modo de sostenerla.

—Bueno, de cualquier modo levántala.

Al diablo con todo, pensó Frink.

—¿Qué pasa? —dijo McCarthy, viendo que Frink no recogía el pendiente.

—Estamos gastando dinero en nada —dijo Frink.

—No podemos vender lo que no hemos hecho.

—No podemos vender nada —dijo Frink—, hecho o no hecho.

—Cinco tiendas. No es todo.

—Pero la tendencia —dijo Frink —ya se ve cuál es. —No hagas chistes.

—No hago chistes —dijo Frink.

—¿Qué quieres decir entonces?

—Quiero decir que es tiempo de buscar un mercado para morralla.

—Muy bien —dijo McCarthy—, abandona entonces.

—Ya lo hice.

McCarthy encendió otra vez el soplete.

—Seguiré solo.

—¿Cómo dividiremos las cosas?

—No sé, pero encontraremos un modo.

—Cómprame mi parte —dijo Frink.

—Diablos, no.

Frink hizo cuentas.

—Págame seiscientos dólares.

—No, llévate la mitad de todo.

—¿La mitad del motor?

Los dos callaron.

—Tres tiendas más —dijo McCarthy—, y hablaremos de nuevo. Bajó la máscara y se puso a soldar la sección de una varilla de bronce en un brazalete.

Frank Frink dejó el banco. Alzó el pendiente en espiral y lo puso en el panel de piezas incompletas.

—Salgo a fumar un rato —dijo, y cruzó el sótano hacia las escaleras.

Un momento después estaba en la puerta de calle con un T'ien-lai entre los dedos.

Todo ha terminado, se dijo. No necesitó que el oráculo me lo diga. Reconozco el Momento, se siente el olor. Derrota.

Y era difícil decir por qué. Quizá, en teoría, hubiesen podido continuar así, de tienda en tienda, por otras ciudades. Pero… algo estaba mal, y ningún esfuerzo ni ninguna ingeniosidad podrían cambiar ese hecho.

Quisiera saber por qué, pensó Frink, pero no lo sabré nunca.

¿Qué tendrían que haber hecho? ¿Qué otra cosa tendrían que haber fabricado?

Habían azuzado el momento, habían azuzado el Tao, corriente arriba, en la dirección equivocada. Y ahora… disolución, caída.

Estaban en manos del yin. La luz les mostraba el culo, había ido a otra parte.

No les quedaba otra cosa que rendirse.

Frink estaba allí bajo el alero, dando rápidas chapadas al cigarrillo de marihuana y observando distraídamente el tránsito, cuando un hombre blanco de mediana edad y aspecto común se le acercó a paso lento.

—¿Señor Frink? ¿Frank Frink?

—Acertó, amigo —dijo Frink.

El hombre mostró un papel plegado y una tarjeta de identidad.

—Del departamento de policía de San Francisco. Traigo una orden de arresto —dijo tomando a Frink por el brazo.

—¿Por qué? —preguntó Frink.

—Estafa. El señor Childan, Artesanías Americanas.

El policía obligó a caminar a Frink por la acera hasta que se les reunieron otros policías vestidos también de civil y se pusieron a los lados de Frink y lo empujaron hasta un Topoyet que estaba allí estacionado y no parecía de la policía.

Estas son las exigencias del momento, pensó Frink mientras lo metían en el coche y lo sentaban entre los dos hombres. La portezuela se cerró; el coche se precipitó en la corriente del tránsito conducido por otro policía, de uniforme. Estos eran los hijos de perra a quienes había que someterse, se dijo Frink.

—¿Tiene abogado? —preguntó uno de los hombres.

—No —dijo Frink.

—Le darán una lista de nombres.

—Gracias.

—¿Qué hizo con el dinero? —preguntó al rato otro de los policías, cuando entraban en el garaje del puesto de la calle Kearny.

—Lo gasté —dijo Frink.

—¿Todo?

Frink no respondió.

Uno de los policías sacudió la cabeza y se echó a reír…

Mientras salía del coche uno de ellos le preguntó a Frink: —¿No te llamarás Fink realmente?

Frink tuvo un estremecimiento de terror.

—Fink —repitió el policía mostrando una carpeta gris —eres un refugiado de Europa.

—Nací en Nueva York —dijo Frank Frink.

—Has escapado de los nazis —dijo el policía—, ¿sabes lo que significa eso?

Frank Frink se libró de las manos de los hombres y echó a correr por el garaje. Los tres policías gritaron, y un coche de la policía con hombres armados de uniforme se cruzó en el umbral cerrando el paso a Frink. Los policías le sonrieron y uno de ellos salió apuntando con un arma y con un rápido movimiento le esposó una muñeca.

Arrastrando a Frink por la muñeca —el delgado metal se le hundía en la carne, hasta el hueso —el policía lo llevó de vuelta al otro extremo del garaje.

—De vuelta a Alemania —dijo un policía, mirándolo.

—Soy norteamericano —dijo Frank Frink.

—Eres judío —dijo el policía.

Mientras llevaban a Frink arriba uno de los policías dijo: —¿Lo anotamos aquí?

—No —dijo otro—. Lo tendremos guardado para el cónsul alemán. Querrán someterlo a las leyes alemanas.

Así que al fin y al cabo no había habido lista de abogados.

Durante los últimos veinte minutos el señor Tagomi no se había movido del escritorio, con el revólver apuntando a la puerta, mientras el señor Baynes se paseaba por la oficina. El viejo general, luego de pensar un rato, había levantado el teléfono y había llamado a la embajada japonesa de San Francisco. No había podido llegar sin embargo al barón Kaelemakule; un burócrata le informó que el barón estaba fuera de la ciudad.

Ahora el general Tedeki estaba haciendo una llamada transpacífica a Tokio.

—Consultaré con la Escuela de Guerra —le explicó al señor Baynes—. Se pondrán en contacto con fuerzas militares estacionadas por aquí cerca. —El general no parecía perturbado.

De modo que estaremos fuera de peligro en unas pocas horas, se dijo el señor Tagomi. Infantes de marina japoneses quizá, armados con ametralladoras y morteros… Los trámites oficiales aseguraban un mejor resultado final, pero llevaban tiempo. Allí en la planta baja unos cuantos camisas negras apaleaban mientras tanto a secretarias y empleados.

No obstante, él, Tagomi, no podía hacer mucho más.

—Me pregunto si valdrá la pena llamar al cónsul de Alemania —dijo el señor Baynes.

El señor Tagomi se vio a sí mismo llamando a la señorita Ephreikian y pidiéndole que viniera con el grabador para tomar dictado de una urgente protesta a Herr H. Reiss.

—Puedo llamar a Herr Reiss por otra línea —dijo el señor Tagomi.

—Por favor —dijo el señor Baynes.

Esgrimiendo todavía aquella pieza de colección, el Colt 44, el señor Tagomi apretó un botón del escritorio descubriendo una línea telefónica secreta, especialmente instalada para comunicaciones esotéricas.

El señor Tagomi marcó el número del consulado de Alemania.

—Buenos días, ¿quién llama? —Voz de hombre, cortante, de acento alemán. Un subordinado, evidentemente.

—Su excelencia Herr Reiss, por favor —dijo Tagomi con una voz dura, intencionada—. Aquí el señor Tagomi. Misión Comercial del Imperio, máxima autoridad.

—Sí señor. Un momento por favor.

Un momento largo. Ningún sonido en el teléfono. ni siquiera. un clic. El hombre estaba allí sin hacer nada al lado del teléfono, decidió el señor Tagomi. Un engaño típicamente nórdico.

Se volvió al general Tedeki, que esperaba en el otro teléfono, y al señor Baynes, que seguía paseándose.

—Parece que me dejaron colgado —les dijo.

Al fin de nuevo la voz del funcionario. —Siento haberlo hecho esperar, señor Tagomi.

—No es nada.

—El cónsul está en una conferencia. Sin embargo…

El señor Tagomi cortó la comunicación.

—Pérdida de energía, por no decir más —dijo, frustrado. ¿A quién podrían llamar ahora? La Tokkoka enterada ya, y lo mismo la policía militar de los muelles; era inútil telefonearles. ¿Llamada directa a Berlín? ¿Al canciller del Reich, Goebbels? ¿Al aeropuerto imperial de Napa, pidiendo socorro aéreo?

—Llamaré al jefe de la SD, Herr B. Kreuz vom Meere —decidió en alta voz—. Quejas amargas, aullidos e invectivas. —Empezó a marcar el número que en la guía de teléfonos de San Francisco correspondía formalmente, eufemísticamente, a "Lufthansa. Terminal de Aeropuerto. Vigilancia de cargas". El teléfono zumbó y el señor Tagomi dijo: —Vituperios histéricos desafinados.

—Tenga usted una buena actuación —dijo el general Tedeki, sonriendo.

Una voz germánica dijo en la oreja del señor Tagomi: —¿Quién es? —El señor Tagomi no tenía ganas de infatuar otra vez la voz, pero estaba decidido. —Vamos, conteste —exigió la voz.

El señor Tagomi gritó:

—¡Ordeno el arresto y juicio inmediatos de esa banda de carniceros y degenerados que han perdido la cabeza y corren enloquecidos como bestias rubias feroces e indescriptibles. ¿Sabe usted quién soy, Kerl? Tagomi, consejero del gobierno imperial. Cinco segundos de plazo o adiós la legalidad y una tropa de infantería de choque iniciará una masacre con bombas incendiarias de fósforo. Una desgracia para la civilización.

En el otro extremo de la línea el lacayo de la SD farfullaba ansiosamente.

El señor Tagomi le guiñó un ojo al señor Baynes.

…no estamos enterados de nada —decía el lacayo. —¡Mentiroso! —gritó el señor Tagomi—. Entonces no nos queda otra salida. —Cortó golpeando el receptor. —Quizá no sea más que un gesto —les dijo al señor Baynes y al general Tedeki—, pero no puede hacer daño. Siempre es posible que haya gente nerviosa, aun en la SD.

El general Tedeki iba a hablar cuando se oyó un tremendo

estruendo a las puertas de la oficina. El general se volvió y la puerta se abrió bruscamente.

Dos hombres blancos, corpulentos, irrumpieron en la oficina; los dos exhibían unas pistolas equipadas con silenciadores. Vieron al señor Baynes.

—Da ister —dijo uno, y fueron hacia Baynes.

Sentado al escritorio el señor Tagomi apuntó con el Colt 44, antigua pieza de colección, y apretó el gatillo. Uno de los hombres de la SD cayó al suelo. El otro volvió la pistola con silenciador hacia el señor Tagomi y disparó. El señor Tagomi vio un débil mechón de humo sobre el arena y, oyó el silbido de una bala que le pasaba cerca. Rápido como campeón de torneos martilló el Colt y lo disparó una y otra vez.

La mandíbula del hombre de la SD saltó en pedazos. Trozos de hueso, carne, pedazos de dientes, volaron por el aire. Alcanzado en la boca, se dio cuenta el señor Tagomi. Mal sitio, especialmente con una bala que asciende. Había aún una cierta vida en los ojos de aquel hombre sin mentón. Todavía me ve, pensó el señor Tagomi. Luego los ojos perdieron su lustre, y el hombre de la SD se desplomó soltando la pistola, haciendo un ruido inhumano de gárgaras.

—Nauseabundo —dijo el señor Tagomi.

No aparecieron otros hombres de la SD en el umbral.

—Quizá todo ha terminado —dijo el general Tedeki al cabo de una pausa.

El señor Tagomi, que estaba entregado a la tediosa tarea de recargar el revólver, y que no le llevaba menos de tres minutos, se interrumpió para apretar el botón del intercomunicador.

—Traigan auxilio médico urgente —ordenó—. Gente muy mal herida aquí.

Ninguna respuesta, sólo un zumbido.

Inclinándose, el señor Baynes había recogido las dos armas de los alemanes; le pasó una al general, y se guardó la otra.

—Ahora los tendremos bien a raya —dijo el señor Tagomi sentándose otra vez con el Colt 44—. Formidable triunvirato en esta oficina.

Desde el vestíbulo llamó una voz: —¡La canalla alemana se ha rendido!

—Ya nos hemos ocupado aquí —llamó a su vez el señor Tagomi —. Tendidos y muertos, o muriéndose. Avancen y vean.

Un grupo de empleados del Times nipón apareció titubeando: varios traían partes del equipo contra motines del edificio: hachas, rifles, granadas de gay.

—Cause célebre —dijo el señor Tagomi—. El gobierno de los Estados del Pacífico en Sacramento podría declarar la guerra al Reich

sin más dudas. —Abrió el revólver. —De cualquier modo, ha terminado.

—Negarán estar implicados —dijo el señor Baynes—. Técnica usual, y muy repetida. —Puso la pistola equipada con silenciador sobre el escritorio del señor Tagomi. —Fabricada en el Japón.

No era una broma. Una excelente pistola de tiro japonesa. El señor Tagomi la examinó.

—Y los hombres no son alemanes —dijo el señor Baynes. Le había sacado la cartera a uno de los blancos, el muerto—. Ciudadano de los Estados del Pacífico. Vive en San José. Ninguna relación con la SD. Se llama Jack Sanders. —Soltó la camera.

—Un asalto —dijo el señor Tagomi—. Motivo: la caja de caudales, ninguna implicación política.

De cualquier modo el asesinato o rapto intentado por la SD había fracasado. Al menos este primer intento había fracasado. Sabían, por supuesto, quién era el señor Baynes, y a qué había venido.

—La prognosis —dijo el señor Tagomi —es sombría.

Se preguntó si serviría de algo consultar ahora el oráculo. El libro podía protegerlos, advertirles, aconsejarles.

Todavía temblando sacó los cuarenta y nueve tallos de milenrama. Toda la situación era confusa y anómala, decidió. Ninguna inteligencia humana podría descifrar el enigma; tenía que recurrir a una mente de cinco mil años de antigüedad, no había alternativa. La sociedad totalitaria alemana le parecía al señor Tagomi una forma de vida defectuosa, separada del mundo natural. Defectuosa en todas sus panes, un potpourri de insensateces.

Allí, pensó, la SD local actuaba como instrumento de policía en contradicción con la jefatura de Berlín. ¿Dónde estaba el sentido en esta criatura compuesta?

¿Qué era realmente Alemania? ¿Qué había sido antes? El señor Tagomi sintió que estaba analizando una pesadilla, una parodia de los problemas comunes de la existencia.

El oráculo iría a la médula del asunto. Hasta Tina extraña camada de gatos como la Alemania nazi era comprensible para el I Ching.

El señor Baynes, viendo cómo el señor Tagomi manipulaba distraídamente el puñado de tallos vegetales, entendió que el hombre sufría de veras. Para él, reflexionó, haber tenido que matar y mutilar a esos dos hombres no sólo es terrible sino también inexplicable.

¿Cómo podía consolarlo? El señor Tagomi había tirado para protegerlo, y él, Baynes, era responsable por aquellas dos vidas; no había ninguna duda.

Acercándose al señor Baynes, el general Tedeki dijo en voz baja: —Es usted testigo de la desesperación de un hombre. Es evidente que ha sido educado en el budismo. Aunque no de modo formal, la

influencia está de veras ahí. Una cultura en la que no se ha de quitar ninguna vida, donde todo lo que vive es sagrado.

El señor Baynes asintió.

—Recuperará su equilibrio —continuó el general Tedeki—, después de un tiempo. En este momento no hay punto de vista que le permita examinar y entender lo que ha hecho. El libro lo ayudará, pues proporciona un marco exterior de referencia.

—Ya veo —dijo el señor Baynes, pensando en otro marco de referencia que también podía ayudar en este caso: la doctrina del pecado original. Se preguntó si aquel hombre la conocería. Todos estaban condenados a cometer actos de crueldad o violencia o maldad; ese era el destino del hombre, movido por factores antiguos. El karma de la humanidad.

Para salvar una vida Tagomi había quitado dos. Una mente lógica y equilibrada no encontraba ahí ningún sentido. Un hombre bondadoso como el señor Tagomi podía volverse loco si reconocía las implicaciones posibles.

Sin embargo, pensó el señor Baynes, el punto crucial no está en el presente ni tiene relación con mi muerte o la muerte de los dos hombres de la SD. El punto crucial se encontraba, hipotéticamente, en el tiempo futuro. Lo que ahora ocurría estaba justificado o no por lo que ocurriría luego. ¿Alcanzarían a salvar las vidas de millones, de todo el Japón?

Pero el hombre que movía los tallos de milenrama no podía pensar en eso; el presente, la actualidad, era demasiado tangible, con un muerto y un moribundo caídos en el piso de la oficina.

El general Tedeki tenía razón. El tiempo le proporcionaría una perspectiva al señor Tagomi. La alternativa era la retirada a las sombras de la enfermedad mental, la mirada desviada para siempre, a causa de una perplejidad sin remedio.

Y ellos no eran diferentes, pensó el señor Baynes. Tenían que enfrentarse a las mismas confusiones, y por eso mismo, lamentablemente, no podían ayudar al señor Tagomi. No podían hacer otra cosa que esperar, confiando en que al fin se recuperaría y no sucumbiría para siempre.

Capítulo 13

En Denver encontraron tiendas modernas, elegantes. Las ropas, pensó Juliana, eran tan caras que ella se sentía como entumecida, pero parecía que Joe no se daba cuenta, o no le importaba. Pagaba lo que ella había elegido y corrían a la tienda próxima.

La adquisición mayor —luego de muchas pruebas, deliberaciones y rechazos —ocurrió en las últimas horas de la tarde: un vestido italiano original, de color celeste, mangas cortas y sueltas, y escote notablemente bajo. Juliana había visto una modelo que llevaba ese vestido, en una revista europea de modas; se consideraba que el corte era el más elegante del año y le costó a Joe casi doscientos dólares.

Para acompañar al vestido italiano Juliana necesitó tres pares de zapatos, más medias de nylon, varios sombreros, y una cartera de cuero negro hecha a mano. Y, como descubrió enseguida, el escote exigía nuevos corpiños que cubrieran sólo la parte inferior de cada pecho. Mirándose en el espejo de cuerpo entero de la tienda, Juliana se sintió un poco demasiado expuesta y algo insegura a propósito de sus movimientos. La vendedora le aseguró, sin embargo, que el medio corpiño se mantendría firmemente en su lugar a pesar de la falta de sostenes, justo encima del ombligo, pensó Juliana mientras se miraba en la intimidad del cuarto de pruebas, y ni un milímetro más. El corpiño costó bastante también; importado como el vestido, explicó la vendedora, y hecho a mano. La vendedora les mostró luego ropa de verano, pantalones cortos y trajes de baño y una bata de toalla, pero de pronto Joe pareció inquieto. Salieron de la tienda.

Mientras Joe cargaba los paquetes y bolsas en el coche, Juliana dijo: —¿No lo parece que estaré deslumbrante?

—Sí —dijo Joe con voz preocupada—. Sobre todo con el vestido italiano. Te lo pondrás cuando vayamos allá, a la casa de Abendsen, ¿entiendes? —Joe dijo con dureza esta última palabra, como si fuese una orden. El tono sorprendió a Juliana.

—Medida doce o catorce —le dijo a la vendedora de la tienda siguiente. La vendedora sonrió y los acompañó hasta las hileras de vestidos. ¿Qué otra cosa necesitaba? Lo mejor, se dijo Juliana, era tomar todo lo que podía, mientras podía. Miró alrededor: blusas, faldas, suéteres, pantalones, chaquetas. Sí, una chaqueta—. Joe —dijo —, necesito una chaqueta larga, pero no de tela natural.

Se decidieron al fin por una de fibra sintética que venía de Alemania; era más durable que la piel natural, y menos cara. Pero Juliana se sentía decepcionada. Para reanimarse un poco se puso a mirar las joyas; eran unas piezas horribles, fabricadas en serie, sin imaginación ni originalidad.

—Tengo que comprar alguna joya —le explicó Juliana a Joe—. Pendientes por lo menos. O un broche, que vaya bien con el vestido italiano. —Juliana arrastró a Joe por la acera hasta una tienda de joyas —Y tus ropas —recordó Juliana, con culpa, Tenemos que comprar para ti también.

Mientras ella miraba joyas, Joe entró en una peluquería á cortarse el pelo. Cuando reapareció media hora más tarde, Juliana lo miró boquiabierta; no sólo se había cortado el pelo lo más corto posible, además se lo había teñido. Juliana apenas lo reconocía; Joe era rubio ahora. Buen Dios, pensó Juliana, mirándolo, ¿por qué?

Encogiéndose de hombros, Joe dijo: —Estaba cansado de mi color. —No quiso decir más, y se negó a discutir el asunto; entraron en una tienda de ropa para hombre y se pusieron a mirar.

Compraron ante todo un traje bien cortado; la tela era una de las nuevas fibras sintéticas de Du Porit: dacron. Calcetines, ropa interior, y un par de zapatos estrechos y puntiagudos. ¿Qué otra cosa? pensó Juliana. Camisas y corbatas. Ella y el empleado eligieron dos camisas blancas con puños franceses, algunas corbatas hechas en Francia, y un par de gemelos de plata. Tardaron sólo cuarenta minutos en hacer todas las compras para Joe. Juliana estaba asombrada de lo fácil que había sido, comparándolo con el trabajo que le habían dado sus propias compras.

El traje de dacron necesitaba algún arreglo, pero Joe parecía inquieto otra vez y pagó enseguida la cuenta con las letras del Reichsbank que llevaba consigo. Otra cosa, recordó Juliana, una billetera. De modo que ella y el vendedor eligieron una billetera negra de cocodrilo, y al fin dejaron la tienda y volvieron al coche. Eran las cuatro y media y las compras —por lo menos en lo que se refería a Joe —habían terminado.

—¿No quieres que lo tomen un poco en la cintura? —le preguntó Juliana a Joe mientras entraban en el tránsito del centro de Denver—. Al traje…

—No. —La voz de Joe brusca a impersonal sobresaltó a Juliana.

—¿Qué pasa? ¿Compré demasiado? —Sí, se dijo Juliana, es eso, gasté mucho dinero —Puedo devolver algunas de las faldas.

—Comamos algo —dijo Joe.

—Oh Dios —exclamó Juliana—. Me olvidé. Camisones.

Joe la miró con furia.

—¿No quieres que me compre unos lindos piyamas? —dijo ella—. Me sentiré fresca y…

—No. —Joe meneó la cabeza. —Olvídalo. Busca un sitio para comer.

Juliana dijo, con voz tranquila: —Primero vamos a un hotel, nos cambiamos, y cenamos luego. —Y tenía que ser un buen hotel, pensó

ella, o todo se acababa. Aun a esta altura de las cosas. Y preguntarían en el hotel cuál era el mejor restaurante de Denver, y el nombre de un club nocturno donde hubiera un espectáculo de esos que se ven una-vez-en-la-vida, no una celebridad local sino una figura famosa de veras como Eleanor Pérez o Willie Beck. Ella había visto los anuncios de las estrellas de la UFA que venían a Denver y no se contentaría con menos.

Mientras buscaban un buen hotel, Juliana miraba de reojo al hombre que tenía al lado. Con el pelo corto, y rubio, y las ropas nuevas, no parecía la misma persona. Se preguntó si a él le gustaba más de este modo. Era difícil decirlo, y cuando ella se hiciese arreglar el cabello los dos serían de alguna manera como personas diferentes. Creados de la nada, o, mejor, creados por el dinero. Pero ante todo tenía que peinarse.

Encontraron un hotel monumental en el centro de Denver con un portero uniformado que se ocupó de hacer estacionar el coche. Juliana se sintió satisfecha. Y un botones —en realidad un hombre mayor, pero que llevaba el uniforme de color castaño —vino enseguida y cargó con el equipaje y todos los paquetes, dejándolos sin nada que hacer, de modo que subieron las anchas escaleras alfombradas, bajo el palio, y cruzando las puertas de roble y cristal entraron en el vestíbulo.

Había tiendecitas a cada lado del vestíbulo, florerías, artículos para regalos, dulces y chocolates, una oficina de telégrafos, un mostrador para reservar pasajes de avión, un alboroto de huéspedes en el mostrador y al pie de los ascensores, las plantas en macetones, y la alfombra bajo los pies, blanda y suave. Juliana podía oler el hotel, la gente, la actividad. Avisos de neón indicaban el sitio del restaurante, el salón de té, el bar. Juliana no alcanzaba a verlo todo mientras cruzaban el vestíbulo hasta la mesa de entradas.

Había además una librería.

Mientras Joe firmaba el registro, Juliana se excusó y fue deprisa a la librería. Quería ver si tenían algún ejemplar de La langosta. Sí, había nada menos que toda una hilera, con un letrero donde se señalaba lo importante y popular que era el libro, y por supuesto estaba prohibido en los dominios alemanes. Una mujer de mediana edad, sonriente, con aire de abuela, atendió a Juliana. El libro costaba casi cuatro dólares, y a Juliana le pareció caro, pero abrió la cartera nueva y pagó con una letra del Reichsbank; luego corrió de vuelta a Joe.

Mostrando el camino con el equipaje, el botones los llevó al ascensor y luego al segundo piso, y a lo largo del pasillo, silencioso, tibio, y alfombrado. Abrió para ellos la puerta de la habitación, llevó todo dentro, y ajustó las cortinas y las luces. Joe le dio una propina y

el botones partió, cerrando la puerta.

Todo estaba desplegándose exactamente como ella quería.

—¿Cuánto tiempo estaremos en Denver? —le preguntó a Joe que había empezado a abrir unos paquetes sobre la cama—. Antes de seguir a Cheyenne.

Joe no contestó; estaba mirando algo dentro de la valija.

—¿Un día, o dos? —preguntó Juliana mientras se sacaba el abrigo nuevo—. ¿Piensas que podríamos quedarnos tres días?

Alzando la cabeza, Joe contestó: —Nos vamos esta noche.

Al principio Juliana no entendió, y luego no pudo creerlo. Se quedó mirando a Joe y él le devolvió la mirada, con una expresión torva, casi amenazadora, la cara apretada, con una tensión que ella no le había visto nunca antes. Joe no se movía, parecía paralizado, las manos metidas en la ropa de la valija, inclinado hacia adelante.

—Después de la cena —concluyó.

Juliana no sabía qué decir.

—De modo que ponte ese vestido azul que costó tanto dinero —dijo Joe—. El que te gusta, el bueno de veras, ¿me entiendes? —Comenzó a desabrocharse la camisa —Mientras me afeitaré y tomaré una buena ducha caliente. —La voz de Joe tenía una cierta cualidad mecánica, como si estuviese hablando desde muy lejos por medio de algún aparato. Volviéndose fue hacia el cuarto de baño con pasos duros y como a sacudidas.

Juliana pudo decir al fin con mucho trabajo: —Ya es demasiado tarde para salir.

—No. Terminaremos de comer a las cinco y media, a las seis a lo sumo. Llegaremos a Cheyenne en dos horas, dos horas y media. Es decir a las ocho y media, a las nueve como máximo. Podemos telefonear desde aquí, avisándole a Abendsen que vamos, explicarle la situación. Eso lo impresionará, un llamado de larga distancia. Le diremos que vamos a la costa del Atlántico, que estamos en Denver sólo esta noche, pero que el libro nos entusiasma tanto que iremos en coche hasta Cheyenne, ida y vuelta, sólo para…

Juliana lo interrumpió:

—¿Para qué?

Las lágrimas le venían ahora a los ojos y descubrió que tenía los puños apretados, con los pulgares dentro, como cuando era niña; sintió que la mandíbula le temblaba y al fin habló con una voz que apenas alcanzaba a oírse. —No quiero ir y verlo esta noche. No voy contigo. No quiero ir, no, ni siquiera mañana. Sólo quiero ver los espectáculos de aquí, como me prometiste. —Y mientras hablaba sintió que aquel miedo reaparecía y se le instalaba de nuevo en el pecho, ese pánico ciego y peculiar que nunca se le había ido del todo, aun en los mejores momentos con Joe. Era un pánico que subía y al

fin la dominaba; Juliana lo sentía como un temblor en la cara, un color encendido que Joe podía notar fácilmente.

—Iremos enseguida —dijo Joe —y luego a la vuelta… veremos lo que haya que ver aquí. —Hablaba en un tono tranquilo y sin embargo con aquella dureza de muerte, como si estuviese recitando.

—No —dijo Juliana.

—Ponte el vestido azul. —Joe anduvo un momento entre los paquetes hasta que al fin encontró la caja más grande. La desató con cuidado, sacó el vestido, lo depositó sobre la cama, sin prisa —¿De acuerdo? Darás el gran golpe. Escucha, vamos a comprar una buena botella de scotch, de las caras, y la llevaremos con nosotros. Aquel Vat 69.

Frank, pensó Juliana, ayúdame. Estoy en algo que no entiendo.

—Es mucho más lejos de lo que piensas —respondió—. Miré en el mapa. Llegaremos de veras tarde, como a las once o después de medianoche.

Joe dijo entonces: —Ponte ese vestido o te mataré. Cerrando los ojos, Juliana se echó a reír entre dientes. Mi entrenamiento, pensó, fue eficaz, al fin y al cabo. Veremos ahora. ¿Podría este hombre matarme, o no podría yo pellizcarle un nervio en la espalda y dejarlo tullido por el resto de su vida? Pero él había luchado en un tiempo con los comandos ingleses; ya había pasado por eso, hacía años.

—Sé que quizá podrías eliminarme —dijo Joe—, o quizá no.

—No eliminarte —dijo Juliana—. Dejarte incapacitado para siempre. Puedo hacerlo. Viví en la costa oriental y los japoneses me enseñaron, en Seattle. Vete a Cheyenne si quieres y déjame aquí. No trates de obligarme. Te tengo miedo y lo intentaré. —Se le quebró la voz. Intentaré lo peor para ti, si te acercas.

—Oh, vamos, ponte ese maldito vestido. ¿A qué viene todo esto? Tienes que estar loca hablando así de matarme y dejarme impedido, sólo porque quiero que subas al coche después de cenar y vayamos a ver al autor de ese libro que tu…

Llamaron a la puerta.

Joe caminó a grandes pasos y abrió. Un muchacho uniformado dijo en el corredor: —Servicio de valet, señor. Lo pidió usted en portería.

—Oh sí —dijo Joe yendo hacia la cama. Juntó las camisas que acababan de comprar y se las dio al botones—. ¿Pueden tenerlas listas en media hora?

—Sólo un poco de plancha en los pliegues —dijo el muchacho, examinando las camisas—. No necesitan limpieza. Sí, señor, seguro.

Joe cerraba la puerta cuando Juliana dijo: —¿Cómo sabes que hay que planchar las camisas blancas nuevas, antes de usarlas?

Joe no contestó; se encogió de hombros.

—Alguien me lo dijo alguna vez —continuó Juliana—. Como mujer tendría que saberlo. Cuando las sacas del celofán están todas arrugadas…

—Cuando yo era más joven me gustaba mucho salir y vestirme bien.

—¿Cómo sabías que había aquí servicio de valet? Yo no lo sabía. ¿Es cierto que te cortaste y teñiste el pelo? Pienso que siempre fuiste rubio y que estabas usando peluca. ¿No es así?

Joe se encogió otra vez de hombros.

—Tienes que ser un hombre de la SD —dijo Juliana—. Presentándote como un chofer de camiones. Nunca luchaste en África del Norte, claro que no. Te encomendaron que vinieras aquí y mataras a Abendsen, ¿no es cierto? Por supuesto que sí. Me parece que he sido una tonta.

Juliana se sentía ahora reseca, marchita. Al cabo de un rato, Joe dijo: —Claro que luché en África del Norte. Quizá no con la artillería de Pardi, pero sí con los brandenburgueses —continuó—. Wehrmacht Kommando. Infiltrados en las filas británicas. No entiendo qué diferencia hace, vimos mucha acción. Yo estaba en El Cairo; obtuve una medalla y me nombraron cabo.

—¿Esa lapicera fuente es un arma?

Joe no respondió.

—Una bomba —comprendió Juliana de pronto—. Una bomba trampa \que estalla cuando la tocas.

—No —dijo Joe—. Un transmisor y receptor de dos vatios. Así puedo mantenerme en contacto por si hay un cambio de planes, lo que no sería raro con la actual situación política de Berlín.

—Te pones en contacto con ellos justo antes de hacerlo. Para estar seguro.

Joe asintió.

—No eres italiano, eres alemán.

—Suizo.

—Mi marido es judío —dijo Juliana.

—No me interesa lo que es tu marido. Lo único que quiero es que te pongas ese vestido y que lo arregles para ir a cenar. Péinate de algún modo. Me gustaría que hubieses ido a la peluquería. Quizá el salón de belleza del hotel esté todavía abierto. Puedes ir mientras espero por mis camisas y tomo una ducha.

—¿Cómo vas a matarlo?

—Por favor, ponte ese vestido nuevo, Juliana —dijo Joe—. Llamaré abajo y preguntaré por el peluquero. —Fue hacia el teléfono.

—¿Por qué necesitas que, vaya contigo?

Marcando un número en el teléfono Joe, dijo: —Tenemos informes sobre Abendsen y parece que le atrae cierto tipo de

muchacha morena, libidinosa. Un tipo específico del Mediterráneo o del Medio Oriente.

Mientras Joe le hablaba a la gente del hotel, Juliana se volvió y se echó sobre la cama, tapándose la cara con un brazo.

—Tienen una peinadora —dijo Joe mientras colgaba el teléfono —, y puede atenderte ahora mismo. Baja al salón, está en el entrepiso. —Joe extendió la mano, alcanzándole algo. Juliana abrió los ojos y vio que eran más letras del Reichsbank. —Para pagarle a la mujer.

—Déjame en paz, ¿quieres? —dijo Juliana.

Joe la miró con curiosidad y preocupación.

—Seattle es como hubiese sido San Francisco —dijo Juliana —si no se hubiera incendiado. Edificios de madera realmente viejos y algunos de ladrillos, y con lomas como San Francisco. Los japoneses de allí están desde mucho antes de la guerra. Tienen todo un barrio de casas y tiendas, muy antiguo; es un puerto. —Ese viejito japonés que me enseñó… Yo había ido allí con un tipo de la marina, y fue entonces cuando empecé a tomar esas lecciones. Minoru Ichoyasu; llevaba chaqueta y corbata; redondo como un yo —yo. Daba lecciones en el piso de arriba, en un edificio de oficinas japonés. Tenía en la puerta uno de esos letreros anticuados, de letras doradas, y una sala de espera, como un dentista, con números viejos dcl National Geographics.

Inclinándose sobre Juliana, Joe la tomó del brazo y la sentó, sosteniéndola con un brazo. —¿Qué te pasa? Pareces enferma. —La miró, estudiándole la cara.

—Me estoy muriendo, —dijo Juliana.

—No es más que una crisis de ansiedad. ¿No las tienes todo el día? Puedo traerte un sedante de la farmacia del hotel. ¿Qué te parece fenobarbital? Y no comemos nada desde las diez de la mañana. No te preocupes, te pondrás bien. Cuando lleguemos a casa de Abendsen no tendrás que hacer nada, sólo estar conmigo. Yo llevaré la conversación; tú muéstrate amable, con él y conmigo, no te separes de él y háblale para que se quede con nosotros y no se vaya. Estoy seguro de que cuando te vea con ese vestido italiano nos dejará entrar. Yo mismo te invitaría a entrar, si fuese él.

—Déjame ir al cuarto de baño —dijo Juliana—. Me siento enferma, por favor. —Trató de librarse de Joe. —Déjame ir, tengo náuseas.

Joe la dejó ir, y Juliana cruzó el dormitorio tambaleándose y se encerró en el baño.

Puedo hacerlo, se dijo, y encendió la luz. Cerró los ojos, enceguecida, y buscó en el botiquín: un paquete de hojas de afeitar, jabón, pasta de dientes. Abrió el paquetito nuevo de hojas; sí, eran de un solo filo; sacó una hoja nueva, aceitosa, negroazulada.

El agua corrió en la ducha. Juliana dio un paso adelante… Dios, estaba vestida, se había estropeado la ropa, le chorreaba el pelo. Horrorizada, trastabilló, cayó, sosteniéndose en alguna parte; tenía las medias empapadas… Se echó a llorar.

Joe la encontró de pie junto al lavabo. Juliana se había quitado las ropas arruinadas y estaba allí de pie, desnuda, apoyada en un brazo, descansando.

—Jesucristo —le dijo a Joe cuando se dio cuenta de que él estaba allí—, no sé qué hacer. Me estropeé el traje de lana. —Juliana señaló con una mano; Joe se volvió y vio el montón de ropas empapadas.

En un tono tranquilo, pero con una cara alterada, Joe dijo: —Bueno, no ibas a ponerte ése de todos modos. —Tomó una toalla blanca de mano y secó a Juliana, llevándola de vuelta a la habitación alfombrada y tibia. —Ponte la ropa interior, ponte algo. Haré que la peinadora venga aquí, no hay otro remedio. —Levantó otra vez el tubo del teléfono.

—¿Me conseguiste esas píldoras? —preguntó Juliana cuando Joe acabó de hablar.

—Me olvidé. Llamaré a la farmacia. No, espera, tengo algo. Nembutal o una cosa parecida. —Joe fue deprisa hasta la valija y buscó dentro.

Cuando volvió con dos cápsulas amarillas, Juliana le dijo: —¿Me destruirán? —Tomó las cápsulas con mano torpe.

—¿Qué? —dijo Joe, torciendo la cara.

Me pudrirán el bajo vientre, pensó Juliana. Me lo secarán para toda la vida.

—Quiero decir —explicó con cuidado—, ¿no impedirán que me concentre?

—No. Es un producto de la A.G. Chemie que me dieron allá. Las tomo cuando no puedo dormir, Te traeré un vaso de agua. —Joe corrió.

La hoja, pensó Juliana. Me la tragué. Ahora me hará pedazos el vientre. El castigo por haberme casado con un judío y complicarme la vida con un asesino de la Gestapo. Sintió que las lágrimas le venían otra vez a los ojos, hirviendo. El castigo de todos los crímenes.

—Vamos —dijo, poniéndose de pie—. La peinadora.

—¡No estás vestida! —Joe la sostuvo, la hizo sentar, y trató sin éxito de ponerle los calzones. —Tengo que hacer que te arreglen el pelo —dijo con una voz desesperada —¿Dónde está esa Hur, esa mujer?

Juliana habló, lenta y dolorosamente: —El pelo esconde manchas en la piel. Manchas que no se pueden guitar con un gancho. El gancho de Dios. Pelo, manchas, Hur. —Las píldoras que había tornado, probablemente ácido de trementina. Habrían tenido una reunión y

decidieron que a ella le darían el solvente más corrosivo.

Joe estaba mirándola y palideció. Me lee los pensamientos, se dijo Juliana. Me lee la mente con la máquina, aunque no la encuentro.

—Esas píldoras —dijo—. Estoy confundida y aturdida.

—No te las tomaste —dijo Joe, señalando el puño de Juliana; las píldoras estaban todavía allí—. Estás mentalmente enferma —continuó Joe. Ahora parecía pesado, lento, como una masa inerte—, Estás muy enferma. No podemos ir.

—No, doctor —dijo Juliana—. Pronto estaré bien. —Trató de sonreír, y miró a Joe a la cara, como para ver si lo había conseguido.

—No puedo llevarte a la casa de Abendsen —dijo Joe—. No hoy por lo menos. Mañana. Quizá estarás mejor. Lo intentaremos mañana, tenemos que hacerlo.

—¿Puedo ir ahora al baño otra vez?

Joe asintió, temblándole la cara, oyéndola apenas. Juliana volvió al cuarto de baño y cerró de nuevo. Sacó otra hoja del botiquín, y la tomó en la mano derecha. Reapareció en el cuarto.

—Adiós —dijo..

Abría la puerta del corredor cuando Joe gritó y la tomó entre los brazos tratando de retenerla.

Un movimiento rápido. —Horrible —dijo Juliana—, violadores. Cómo no lo supe antes. —Listos para arrebatarle la cartera, bestias que acechaban en la noche. Ella podía manejárselas Bola. ¿Adónde había ido a parar el último? Se abofeteaba el cuello, bailaba alrededor. —Déjame pasar —dijo ella—. No me cierres el paso si no quieres que te dé una lección. Sólo para mujeres, sin embargo. —Levantando la mano con la hoja de afeitar, Juliana continuó abriendo la puerta. Joe estaba sentado en el piso, con las manos apretadas alrededor de la garganta. La posición quemadura de sol. —Adiós —dijo Juliana, y cerró la puerta, detrás de ella. El corredor era tibio y alfombrado.

Una mujer de delantal blanco, tarareando o cantando, venía empujando un carrito, la cabeza baja. Miraba al pasar los números en las puertas y llegó frente a Juliana. Alzó la cabeza, vio a Juliana, y se quedó mirándola, boquiabierta.

—Oh querida —dijo—, parece que está usted borracha de veras. Necesita bastante más que una peinadora. Métase en su cuarto y póngase unas ropas antes que la echen del hotel. Señor. —Abrió la puerta detrás de Juliana. —Que ese hombre de usted la ayude. Pediré abajo café caliente. Entre ahora, por favor. —La mujer empujó a Juliana dentro del cuarto, cerró de un portazo, y se alejó empujando el carrito.

La peinadora, comprendió Juliana. Se miró y vio que no tenía nada puesto.

—Joe —dijo—. No me dejarán. —Encontró la cama, la valija; la

abrió y desparramó unas ropas. Ropa interior, una blusa, una falda… un par de zapatos bajos. —Hazme volver —dijo. Encontró un peine, se lo pasó rápidamente por el pelo, y luego se cepilló—. Qué experiencia. La mujer estaba justo afuera, a punto de llamar. —Se enderezó y buscó el espejo. —¿Mejor ahora? —Había un espejo en la puerta del ropero. Juliana se examinó, volviéndose, poniéndose de lado, de puntillas. —Estoy tan aturdida —dijo mirando alrededor—. Apenas sé lo que hago. Times que haberme dado algo, y sea lo que sea me ha enfermado todavía más en vez de ayudarme.

Todavía sentado en el piso, apretándose un lado del cuello, Joe dijo: —Escucha, eres muy hábil, me cortaste la aorta. La arteria del cuello. Riendo entre dientes, Juliana se llevó una mano a la boca. —Oh Dios, qué calamidad eres, confundes las palabras. La aorta está en el pecho. Quieres decir la carótida.

—Si me suelto el cuello —dijo Joe —me desangraré en dos minutos. Lo sabes muy bien. De modo que consígueme ayuda, un médico o una ambulancia. ¿Me entiendes? ¿Fue deliberado? Claro que sí. Muy bien, ¿llamas o buscas a alguien?

Después de pensarlo un rato Juliana dijo: —Fue deliberado.

—Bueno —dijo Joe—, pero ahora consígueme a alguien. Lo necesito.

—Vé tú mismo.

—No consigo cerrármela bien. —La sangre se le había deslizado entre los dedos, hasta la muñeca. Había un charco en la alfombra. —No me atrevo a moverme. Tengo que quedarme aquí. Juliana se puso la chaqueta nueva, cerró la cartera nueva de cuero hecha a mano, recogió la valija y todos los paquetes que pudo, asegurándose en particular de que llevaba la caja del vestido azul italiano. Mientras abría la puerta del pasillo se volvió a Joe. —Quizá pueda avisar en portería —dijo—. Abajo.

—Sí —dijo Joe.

—Muy bien —dijo Juliana—. Les avisaré… No me busques en mi casa de Canon City pues no volveré allí. Y tengo una buena parte de esas letras del Reichsbank, de modo que estoy bien, a pesar de todo. Adiós. Lo siento. —Juliana cerró la puerta y echó a correr por el pasillo cargando la valija y los paquetes. En el ascensor, un hombre de negocios de edad mediana y bien vestido y la mujer que lo acompañaba la ayudaron con los paquetes, y cuando llegaron al vestíbulo se los pasaron a un botones.

—Gracias —les dijo Juliana.

Luego que el botones llevó la valija y los paquetes a través del vestíbulo, hasta la entrada del hotel, Juliana encontró un empleado que le explicó cómo podía retirar el coche. Al rato estaba en el helado garaje de cemento debajo del hotel, esperando a que alguien le trajera

el Studebaker. En el bolso había toda clase de cambio; le dio propina al hombre del garaje y subió por la rampa iluminada de amarillo y entró en la calle oscura con luces de autos y letreros de neón.

El portero uniformado del hotel la ayudó personalmente a cargar la valija y los paquetes en el baúl del coche, alentándola con una sonrisa tan constante y cordial que Juliana exageró la propina. Nadie trató de detenerla, y esto la asombró; ni siquiera habían levantado una ceja. Sabían sin duda que Joe pagaría, decidió, o quizá él ya había pagado al entrar.

Mientras esperaba junto con otros coches a que cambiaran las luces de una bocacalle, recordó que no había avisado en el hotel que Joe estaba sentado en el piso del cuarto, necesitando un médico. Todavía estaría allí esperando hasta el fin del mundo, o hasta que apareciese la mujer de la limpieza en algún momento de la mañana. Será mejor que vuelva, decidió Juliana, o que llame por teléfono. Buscaría una cabina.

Qué disparate, pensó mientras manejaba buscando un sitio para estacionar y llamar por teléfono. Nadie lo hubiese pensado una hora antes. Cuando habían entrado en el hotel, mientras hacían compras… Habían estado a punto de vestirse para cenar; casi habían llegado a ir a un club nocturno. Juliana descubrió que estaba llorando otra vez; las lágrimas le chorreaban por la nariz y le caían en la blusa, mientras manejaba. Qué error no haber consultado el oráculo, pensó; me hubiese prevenido de algún modo. ¿Por qué no lo había consultado? Hubiera podido hacerlo, en cualquier momento, en cualquier sitio a lo largo del viaje o aun antes de salir. Sintió de pronto que un gemido le nacía en la garganta y no pudo reprimirlo; era un ruido, un aullido que nunca se había oído antes; la horrorizaba, pero no podía acallarlo, aun apretando los dientes. Era un canto horrible, un quejido que le subía a la nariz.

Estacionó al fin y se quedó sentada en el auto, con el motor encendido, temblando, las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta. Cristo, se dijo a sí misma, agobiada, son cosas que ocurren a veces. Salió del coche y sacó la valija del baúl; en el asiento de atrás abrió la valija y buscó entre las ropas y zapatos hasta que encontró los dos volúmenes negros del oráculo. Allí, en el asiento de atrás, con el motor en marcha, se puso a tirar las monedas de los EEMR a la luz de un escaparate cercano. ¿Qué haré? preguntó. Dime qué hago, por favor.

Hexagrama Cuarenta y dos, Aumento, con líneas móviles en el segundo tercero, cuarto y sexto lugar, y que daban como segundo hexagrama el Cuarenta y tres, Irrupción, Recorrió el texto ansiosamente, atendiendo a los sucesivos niveles de significado, juntando y comprendiendo. Jesús, describía exactamente la situación;

un milagro una vez más. Todo lo que había ocurrido, allí ante sus ojos, resumido, esquemático.

> Es favorable tener una meta. Es favorable cruzar las grandes aguas.

Viajar, irse, hacer algo importante, no quedarse allí. Ahora las líneas. Los labios de Juliana se movieron, buscando…

> Diez pares de tortugas no pueden oponérsele. La perseverancia firme trae buena fortuna. El rey se presenta ante el Señor.

Ahora un seis en la tercera. Juliana leyó sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

> Se enriquece por acontecimientos infortunados. No hay culpa si eres sincero y caminas por el medio y llevando el sello informal al príncipe.

El príncipe… era Abendsen. El sello, el ejemplar del libro. Acontecimientos infortunados; el oráculo sabía lo que le había ocurrido, ese horror con Joe o como se llamara. Seis en el cuarto lugar:

> Si caminas por el medio e informas al príncipe, él se convencerá.

Tengo que ir allí, comprendió Juliana, aun si Joe me sigue. La última línea móvil, nueve arriba.

> No aumenta a nadie. En verdad, alguien lo golpea. No tiene firmeza de corazón. Desgracia.

Oh Dios, pensó Juliana. Se refiere al asesino, la gente de la Gestapo. Me dice que Joe o alguien como él, algún otro, irá allá y

matará a Abendsen. Rápido, volvió la página. Hexagrama Cuarenta y tres. El juicio:

> Hay que proclamar la verdad resueltamente en la corte del rey. Hay que ser franco. Peligro. Es necesario informar a la propia ciudad. No es favorable llevar armas. Es favorable tener una meta.

De modo que de nada servía regresar al hotel y terminar con Joe; era inútil, pues enviarían a otros. De nuevo el oráculo decía, aún con más énfasis: Vé a Cheyenne y avisa a Abendsen, por más peligroso que sea. Tienes que decirle la verdad —

Juliana cerró el libro.

Sentándose otra vez al volante, se metió en la corriente del tránsito. Poco después había encontrado el camino de salida de la ciudad y entraba en la autobahn del norte, con el acelerador a fondo. El motor parecía palpitar de algún modo, sacudiendo el volante y el asiento y todo lo que había en el coche.

Gracias a Dios por el doctor Todt y sus autobahns, se dijo Juliana mientras se precipitaba en la oscuridad, viendo sólo las luces de sus propios faros y las líneas blancas sobre el asfalto.

A las diez de la noche y a causa de dificultades en un neumático, no había llegado todavía a Cheyenne, de modo que no le quedaba otra cosa que hacer que salir del camino y buscar algún sitio donde dormir.

Un letrero que indicaba una salida de la autobahn decía GREELEY OCHO KILÓMETROS. Iré a Cheyenne mañana a la mañana temprano, se dijo Juliana mientras conducía el coche por la calle principal de Greeley pocos minutos más tarde. Había por allí varios moteles con anuncios de habitaciones disponibles, de modo que ya tenía donde pasar la noche. Decidió que llamaría enseguida a Abendsen anunciándole que iba.

Estacionó y salió trabajosamente del coche, contenta de poder estirar las piernas. Todo el día en el camino, desde las ocho de la mañana. Calle abajo, no muy lejos, podía verse una cafetería nocturna. Fue hacia allí con las manos en los bolsillos de la chaqueta, y muy pronto se encontró encerrada en la intimidad de una cabina telefónica, pidiéndole a la operadora información sobre Cheyenne.

Gracias a Dios los Abendsen estaban en la guía. Juliana puso las monedas y la operadora llamó.

—Hola —dijo una voz de mujer, joven, vigorosa, agradable; una mujer que tiene aproximadamente mi edad, reflexionó Juliana.

—¿Señora Abendsen? —dijo —¿Podría hablar con el señor Abendsen?

—¿Quién habla, por favor?

—Leí el libro —dijo Juliana —y he viajado en auto todo el día desde Canon City en Colorado. Estoy en Greeley ahora. Pensé que llegaría ahí esta noche, pero no, de modo que quisiera saber si podría verlo mañana en algún momento.

Luego de una pausa la señora Abendsen dijo con una voz todavía amable: —Sí, es demasiado tarde ahora; nos acostamos temprano aquí. ¿Hay alguna… razón especial por la que quiera usted ver a mi marido? Está trabajando mucho últimamente.

—Quiero hablar con él —dijo Juliana, y le pareció que estaba hablando con una voz dura y gris; se quedó mirando la pared de la cabina, no sabiendo qué otra cosa decir. Le dolía el cuerpo, y tenía la boca reseca y con un gusto amargo. Más allá de la cabina alcanzaba a ver al hombre de la cafetería, sirviéndole batidos de leche a cuatro adolescentes. Tuvo ganas de estar allí, con ellos. Apenas prestaba atención a lo que decía la señora Abendsen. Necesitaba tomar algo frío, y quizá un sándwich de ensalada de pollo para acompañar la bebida.

—Hawthorne trabaja irregularmente —estaba diciendo la señora Abendsen con aquella voz alegre y vivaz—. Si se aparece usted mañana por aquí no puedo prometerle nada porque quizá él esté ocupado, pero si usted ya lo sabía antes de viajar…

—Si —interrumpió Juliana.

—Sé que le gustaría hablar con usted unos pocos minutos —continuó la señora Abendsen—. Pero por favor no se sienta decepcionada si no encontrara tiempo de hablar con usted o aun de verla.

—Leímos el libro y nos gustó —dijo Juliana—. Lo tengo conmigo.

—Ya veo —dijo la señora Abendsen cordialmente.

—Nos detuvimos en Denver y estuvimos de compras, de modo que perdimos mucho tiempo. —No, pensó Juliana, todo ha cambiado, todo es diferente ahora. Escuche —dijo—, el oráculo me aconsejó que viniera a Cheyenne.

—Oh Dios —dijo la señora Abendsen, como si supiese lo del oráculo, y no se tomara la situación en serio.

—Le leeré las líneas. —Juliana había llevado el libro a la cabina. Poniendo los volúmenes en el estante junco al teléfono, volvió trabajosamente las páginas. Sólo un segundo. —Encontró la página y le leyó a la señora Abendsen primero el juicio y luego las líneas. Cuando llegó al nueve en la última (la línea que hablaba de alguien que era golpeado y de desgracia) oyó que la señora Abegdsen exclamaba algo. —¿Perdón? —lijo Juliana, haciendo una pausa.

—Adelante —dijo la señora Abendsen. El tono de la mujer, pensó Juliana, parecía ahora más atento, un tono de alerta.

Luego que Juliana leyó el juicio del hexagrama Cuarenta y tres, con la advertencia de peligro, hubo un silencio. La señora Abendsen no dijo nada y Juliana no dijo nada.

—Bueno, trataremos de verla mañana entonces —dijo al fin la señora Abendsen—. ¿Me dice su nombre, por favor?

—Juliana Frink —dijo Juliana—. Muchas gracias, señora Abendsen.

La operadora estaba diciendo algo ahora a propósito del tiempo de la comunicación, y juliana colgó, recogió la cartera y los volúmenes del oráculo, dejó la cabina y se acercó al mostrador de la cafetería.

Luego de haber ordenado un sándwich y una coca, y mientras estaba sentada fumando y descansando, se dio cuenta en un arrebato de incrédulo horror que no le había dicho nada a la señora Abendsen del hombre de la Gestapo o la SD o lo que fuera, el llamado Joe Ginnadella que ella había dejado en un cuarto de hotel en Denver. Le costaba creerlo. Se le había olvidado. Se le había ido completamente de la cabeza. ¿Cómo era posible? Tenía que estar trastornada. Enferma, estúpida y trastornada.

Durante un momento revolvió el bolso tratando de encontrar cambio para otra llamada. No, decidió cuando ya iba a dejar el banquillo. No podía llamarlos de nuevo esa noche. Lo dejaría así. Era demasiado tarde, estaba cansada, y ellos quizá ya dormían.

Se comió el sándwich de ensalada de pollo, se bebió la coca, y fue luego en el auto hasta el motel más próximo. Alquiló un cuarto, y temblando se escurrió en la cama.

Capítulo 14

El señor Nobusuke Tagomi pensó que no había respuesta, ni siquiera la posibilidad de entender, aun en el oráculo. Sin embargo, tenía que seguir viviendo, día tras día.

Pasaría algún tiempo retirado oculto, hasta que más tarde, cuando…

De cualquier modo se despidió de su mujer y dejó la casa. Pero hoy no iría al edificio del Times nipón. ¿Un poco de distracción? ¿Ir a visitar el zoo y los peces del parque de la Puerta de Oro? Visitar cocas incapaces de pensar y sin embargo felices.

Tiempo. El viaje era largo para un pedetaxi, y eso le daba más tiempo para ver. Si así podía decirse.

Pero los árboles y el zoo no eran personales. Nobusuke Tagomi no tenía otro punto de apoyo posible que la vida de los hombres. Era como si hubiesen hecho de él un niño, aunque eso quizá estaba bien. Quizá podía sacarle algún provecho.

El conductor del pedecoche, pedaleó a lo largo de la calle Kearny hacia el centro de San Francisco. Tomaría un coche funicular, pensó de pronto el señor Tagomi. Un viaje feliz, claro, que casi arrancaba lágrimas. Un objeto que debiera haberse desvanecido a principios del siglo y que sin embargo todavía existía.

Despidió al pedetaxi, y caminó a lo largo de la acera hasta la línea funicular más rápida.

Quizá, pensó, nunca vuelva al edificio del Times nipón, que hiede a Muerte. Mi camera ha terminado, pero eso no es un problema. El Consejo de las Misiones Comerciales le encontraría pronto un reemplazante. Pero él todavía caminaba, existía, recordándolo todo. De modo que nada había llegado a un fin definitivo.

En cualquier caso la guerra, la operación Diente de León, los barrería a todos. No importaba lo que estuviesen haciendo entonces. El enemigo, el aliado de la última guerra, ¿qué beneficio les había traído? Quizá hubiera sido mejor que hubiesen combatido contra ellos, se dijo Tagomi, o haber permitido que perdiesen ayudando al enemigo, los Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia.

Ninguna esperanza, a cualquier lado que uno mirase.

El oráculo, enigmático. Quizá se había retirado del mundo afligido de los hombres. Los sabios se iban.

Habían entrado en un Momento en que estaban solos. No podían buscar ayuda, como antes. Bueno, pensó el señor Tagomi, quizá también, esto fuese beneficioso, o quizá pudiera cambiárselo en algo beneficioso. Había que seguir buscando el camino.

Subió al coche funicular de la calle California, y fue hasta el fin

de la línea. Hasta bajó del coche y ayudó a moverlo en la plataforma giratoria de madera. Esta, de todas las experiencias de la ciudad, era la que tenía más significado para él, de costumbre. Ahora el efecto se había debilitado mucho; sentía todavía más la presencia del vacío; la malignidad lo había invadido todo.

Por supuesto, hizo el viaje de vuelta. Pero era sólo una formalidad, comprendió, mientras miraba las calles, los edificios, el tránsito que iba ahora en la otra dirección.

Cerca de Stockton se levantó para bajar. Pero en la parada, cuando ya descendía, el conductor lo llamó:

—Señor, su portafolios.

—Gracias —dijo el señor Tagomi. Extendiendo un brazo tomó el portafolios y luego saludó con una inclinación de cabeza mientras el coche se ponía otra vez en marcha con un sonido metálico. Cosas de valor en el portafolios, pensó Tagomi. Un Colt 44, inapreciable pieza de colección. Ahora siempre al alcance de la mano por si los asesinos de la SD intentaban una venganza individual. Nunca se sabía. Y sin embargo… el señor Tagomi pensó que esta nueva costumbre, a pesar de todo lo que había ocurrido, era neurótica. No podía vivir atado a eso, se dijo de nuevo mientras caminaba llevando el portafolios. Una fobia compulsiva —obsesiva. Pero no podía librarse.

Yo aferrado al arma, y el arma aferrada a mí, pensó.

¿Había perdido entonces aquella actitud de complacencia? ¿La memoria de lo ocurrido le había pervertido todos los instintos? Quizá la colección entera estaba estropeada ahora, y no sólo su relación con una pieza particular. La colección había sido un área muy importante en su vida, en la que se había demorado, ay, con una excesiva satisfacción.

Llamó a un pedetaxi y le dio al conductor la dirección de la tienda de Robert Childan en la calle Montgomery. Quería hacer la prueba. Había quedado un hilo colgado, lo único quizá que admitía aún una intervención voluntaria, un truco que podía calmar aquella ansiedad: negociar el revólver como una pieza de auténtico valor histórico. El revólver tenía para él demasiada historia subjetiva… de una especie inadecuada. Pero la historia terminaba en él: el revólver no tendría ese significado para ningún otro.

Libérate, decidió excitado. Cuando el revólver desaparezca, todo se irá con él, las nubes del tiempo. Pues esas nubes no estaban sólo en su mente, estaban —como la teoría de la historia lo había dicho siempre —dentro del revólver mismo. Una ecuación entre ambos.

Llegó a la tienda, donde había tenido tantos asuntos, se dijo mientras le pagaba al conductor. Tanto de negocios como privados. Entró en la tienda llevando el portafolios.

Allí estaba el señor Childan, junto a la caja, pasándole un paño a

algún artefacto.

—Señor Tagomi —dijo el señor Childan con una reverencia.

—Señor Childan. —Tagomi saludó también inclinándose.

—Qué agradable sorpresa. —Childan dejó el objeto y el paño y se acercó dando vuelta al mostrador. El rito de costumbre, la bienvenida, etcétera. Sin embargo el señor Tagomi sentía que algo había cambiado en Childan. Muy callado ante todo. Mejor, decidió. Childan había sido siempre un poco ruidoso, chillón, agitado. Pero esto quizá era un mal augurio.

—Señor Childan —dijo el señor Tagomi poniendo el portafolios sobre el mostrador y abriendo el cierre relámpago—. Quisiera ofrecerle una pieza que compré hace años, aquí mismo.

—Si —dijo el señor Childan—. Depende del estado, por ejemplo. —Observó al señor Tagomi, atento.

—Un revólver Colt 44 —dijo el señor Tagomi.

Los dos hombres callaron mirando el revólver en el estuche abierto de madera de teca y la caja empezada de munición.

Una sombra más fría del lado del señor Childan. Ah, comprendió el señor Tagomi. Bueno, así era. —No está usted interesado —dijo.

—No, señor —dijo el señor Childan con una voz tensa.

—No insistiré. —El señor Tagomi se sentía sin fuerzas y cedió, invadido, de yin, adaptable, receptivo, temeroso…

—Perdóneme, señor Tagomi.

El señor Tagomi hizo una reverencia y guardó el arma, la munición, el estuche en el portafolios. Era el destino, tenía que conservar el revólver.

—Parece usted… muy decepcionado —dijo el señor Childan.

—Se ha dado usted cuenta.

El señor Tagomi estaba perturbado. ¿Estaba haciendo un espectáculo público de su mundo interior? Se encogió de hombros.

—¿Hay alguna razón especial por la que quiera usted desprenderse de esta pieza? —dijo el señor Childan.

—No —dijo el señor Tagomi, ocultando otra vez su mundo personal, como tenía que ser.

El señor Childan titubeó, y enseguida dijo: —Me pregunto… si esta pieza vendrá de mi tienda. No trabajo en esa línea.

—Estoy seguro —dijo el señor Tagomi—, pero no importa. Acepto la decisión de usted. No me siento ofendido.

—Señor —dijo Childan—, permítame mostrarle algo que acaba de entrar. ¿Tiene usted libre un momento?

El señor Tagomi sintió el viejo cosquilleo. —¿Algo de interés insólito?

—Venga, señor. —Childan cruzó la tienda enseñando el camino. Tagomi lo siguió.

Dentro de una caja de vidrio, en bandejas de terciopelo negro, había unas piecitas de metal, de formas apenas esbozadas. El señor Tagomi tuvo una impresión extraña mientras se inclinaba a examinar las piezas.

—Se las muestro sin excepciones a todos mis clientes —dijo Robert Childan—. Señor, ¿sabe usted qué son?

—Joyas, parece —dijo el señor Tagomi distinguiendo un alfiler.

—Hechas aquí en Norteamérica, sí, por supuesto. Pero señor, estas piezas no son antiguas.

El señor Tagomi alzó los ojos.

—Señor, son nuevas. —Las facciones blancas, algo parduscas de Robert Childan estaban alteradas por la pasión. —Esta es la vida nueva de mi país, señor. El comienzo, en semillas diminutas a imperecederas. Semillas de belleza.

El señor Tagomi, adecuadamente interesado, se tomó tiempo en examinar en sus propias manos varias de las piezas. Sí, había allí algo nuevo que les daba vida, decidió. Una confirmación de la ley del Tao; cuando el yin se extiende alrededor, el primer movimiento de la luz aparece de pronto en los abismos más oscuros… Todos conocían el fenómeno; lo habían visto antes, como él lo veía ahora. Y sin embargo esas joyas no eran para él sino pedacitos de hierro. No podía entusiasmarse, como el señor R. Childan, allí presente. Lástima, por los dos. Pero así era.

—Muy bonitas —murmuró, dejando las piezas.

El señor Childan dijo con una voz forzada: —Señor, no se obtiene enseguida.

—¿Cómo dice?

—La nueva visión del corazón.

—Habla usted como un converso —dijo el señor Tagomi—. Ojalá yo lo fuera, pero no lo soy. —Hizo una reverencia.

—Otra vez será —dijo el señor Childan acompañándolo hasta la salida; no había intentado mostrarle ninguna otra pieza, notó el señor Tagomi.

—La seguridad de usted no me parece del mejor gusto —dijo el señor Tagomi—. La siento como un arma de presión.

El señor Childan no se inmutó. —Perdóneme —dijo—, pero no me equivoco. Siento muy claramente que estas piezas son los apretados gérmenes del futuro.

—Que así sea —dijo el señor Tagomi—, pero ese fanatismo anglosajón no me atrae demasiado. —Sin embargo, sentía ahora algo así como una esperanza renovada, su propia esperanza. —Buenos días. —Una reverencia. Volveré pronto. Quizá podamos examinar entonces la profecía de usted.

El señor Childan se inclinó, sin decir nada.

El señor Tagomi partió llevándose el portafolios con el Colt 44 dentro. Salía como había entrado, reflexionó. Buscando todavía, sin eso que tanto necesitaba, si quería volver al mundo.

¿Y si hubiese comprado una de aquellas piecitas raras? Hubiera podido llevarla consigo y examinarla y contemplarla, y quizá así, de algún modo, encontrar el camino de vuelta. No. Eran piezas para el señor Childan, no para él. Y sin embargo, si alguien encontraba su camino… había de veras un Camino, aunque uno personalmente no lo alcanzara nunca.

El señor Tagomi envidió al señor Childan. Dio media vuelta y regresó a la tienda. Allí, en el umbral, estaba el señor Childan, mirándolo. No había entrado todavía.

—Señor —dijo el señor Tagomi—, le compraré una de esas, la que usted elija. No tengo fe, pero últimamente estoy curioseando aquí y allá. —Siguió al señor Childan una vez más a través de la tienda hasta la caja de vidrio —No creo, pero la llevaré conmigo y la miraré a intervalos regulares. Día por medio, por ejemplo. Luego de dos meses, si no veo…

—Puede usted traérmela de vuelta —dijo el señor Childan.

—Gracias —dijo el señor Tagomi. Se sentía mejor. A veces había que intentar cualquier cosa, decidió. No era una desgracia. Al contrario, era un signo de sabiduría, de comprensión de la situación.

—Esto le dará paz —dijo el señor Childan. Sacó un pequeño triángulo de plata adornado con unas concavidades diminutas, como huellas de gotas. Negro debajo, brillante y luminoso arriba.

—Gracias —dijo el señor Tagomi.

El señor Tagomi fue en pedetaxi hasta Portsmouth Square, un parque pequeño en la ladera sobre la calle Kearny y que miraba al puesto de policía. Se sentó en un banco al sol. Unas palomas caminaban por los senderos de piedra en busca de comida. En otros bancos unos hombres mal entrazados leían el periódico o cabeceaban. Otros estaban tendidos en el césped aquí y allá, casi durmiendo.

Sacando del bolsillo el saquito de papel donde se leía el nombre de la tienda del señor Childan, el señor Tagomi lo sostuvo entre las dos manos, como calentándose al fuego. Luego abrió el saquito para mirar a solas aquella nueva adquisición, allí en aquel jardincito para ancianos, de hierba y senderos.

Sostuvo a la luz el triángulo de plata que reflejaba la luz del mediodía como una de esas chucherías que se obtienen cambiándolas por tapas de cajas de cereales, el cristal de aumento de Jack Armstrong. O también… miró dentro de la pieza. Om, como decían los brahmines. Un punto concentrado que es reflejo de todo. Las dos cosas, por lo menos insinuadas. El tamaño, la forma. Tagomi siguió mirando debidamente la pieza.

¿Llegaría la nueva visión, como el señor R. Childan había profetizado? Cinco minutos. Diez minutos. Se quedaría allí todo el tiempo posible. El tiempo, ay, daba prisa a los hombres. ¿Qué era aquello que tenía en la mano, mientras todavía había tiempo?

Perdóname, pensó el señor Tagomi mirando el triángulo. Las presiones externas lo obligaban a ponerse en marcha y actuar. Lamentándolo, empezó a poner el objeto de vuelta en el saco de papel. Una última mirada esperanzada, una mirada absorta, como la de un niño. Había que imitar la inocencia y la fe. En la Costa uno se lleva un caracol al oído y se oye un rumor que es la sabiduría del mar.

Aquí el ojo reemplazaba al oído. El señor Tagomi esperaba que el triángulo entrara al fin en él y le informara qué había ocurrido, qué significaba eso, y por qué. La comprensión y el entendimiento en un pequeño triángulo finito.

Pedía mucho, y quizá por eso no obtenía nada.

—Escucha —le dijo sotto voce al triángulo—. Te vendieron prometiéndome mucho.

Quizá si lo sacudía con violencia, como un viejo reloj recalcitrante. Así lo hizo, hacia arriba y abajo. O como un par de dados en un momento crítico de la partida, para despertar a la deidad interior. Era muy posible que estuviese durmiendo, o de viaje. La titilante y pesada ironía del profeta Elías. O quizá estaba persiguiendo a alguien. El señor Tagomi sacudió violentamente el triángulo de plata en el puño cerrado. Le habló en voz alta, lo miró de nuevo.

Triángulo, estás vacío, pensó. Maldícelo, se dijo, asústalo.

—Estoy perdiendo la paciencia —añadió en voz baja.

¿Qué le quedaba por hacer? ¿Arrojar la pieza a una alcantarilla? Echarle el aliento encima, sacudirla, echarle otra vez el aliento. Ganarle la partida.

Se rió. Una situación estúpida, allí a la luz cálida del sol. Un espectáculo para cualquiera que pasara. Espió alrededor, avergonzado. Nadie miraba. Unos viejos dormitaban cabeceando. Se sintió más tranquilo.

Lo había intentado todo, comprendió. Había rogado, contemplado, amenazado, filosofado. ¿Qué otra cosa podía hacerse?

No podía quedarse allí, no le era posible. Quizá se le presentara luego una nueva oportunidad. Y sin embargo, como decía W. S. Gilbert, una oportunidad semejante no se presentaría otra vez. ¿Era así? Sentía que sí.

Había sido niño y había tenido pensamientos de niño, pero ahora había que investigar nuevas áreas, examinar este objeto de nuevos modos.

Tenía que ser científico, agotar toda posibilidad mediante el análisis lógico, sistemáticamente, como una investigación en un

laboratorio, clásica, aristotélica.

Se llevó un dedo a la oreja derecha para no oír el tránsito o cualquier otro ruido que pudiese distraerlo. Luego apretó el triángulo de plata, como un caracol, contra la oreja izquierda.

Ningún sonido. Ningún rumor de un fingido océano, en realidad los sonidos del movimiento de la sangre. Ni siquiera eso.

¿De qué otro sentido podía ayudarse para entender el misterio? el oído no servía, era evidente. El señor Tagomi cerró los ojos y pasó la punta de los dedos por toda la superficie de la pieza. Los dedos no le dijeron nada. El olfato. Se llevó la plata a la nariz y olió. Un débil olor metálico, pero sin significado especial. El gusto. Se metió en la boca el triángulo, como una galletita, pero no trató de morderlo. Ningún significado, sólo una cosa dura, fría y amarga.

Sostuvo otra vez el triángulo en la palma de la mano.

De vuelta a los ojos, el más elevado de los sentidos, de acuerdo con la escala de prioridad de los griegos. Miró el triángulo de plata de un lado y de otro, lo observó desde todo punto de vista extra rem.

¿Qué veía? se preguntó. Un largo, paciente y doloroso estudio lo estaba ayudando quizá a vislumbrar la verdad.

Cede, le decía el triángulo de plata, mostrando un arcano secreto.

Como una rana que sale de las profundidades, pensó el señor Tagomi. Apretada aquí en mi mano, venida a hablar de lo que yace bajo las aguas abisales. Pero esta rana ni siquiera se burla; se va endureciendo en silencio, convirtiéndose en piedra, o arcilla, o mineral. Inerte, desaparece volviendo a la rígida sustancia familiar en un mundo de tumbas.

El metal procede de la tierra, se dijo el señor Tagomi, de abajo, del reino interior, el más denso. El país de los gnomos y las cavernas, húmedo, siempre oscuro. El mundo yin, en su aspecto más melancólico. Un mundo de cadáveres, podredumbre y colapso. Un mundo de heces. Todo lo que ha muerto y vuelve atrás desintegrándose capa por capa. El mundo demoníaco de lo inmutable; el tiempo —que —fue.

Y sin embargo, a la luz del sol, el triángulo de plata resplandecía. Reflejaba la luz, el fuego, pensó el señor Tagomi. No era de ningún modo un objeto oscuro, húmedo, ni tampoco pesado, fatigado; palpitaba de vida. El reino elevado, el yang, el empíreo, lo etéreo, como correspondía a una obra de arte. Sí, esa era la tarea del artista: tomar el mineral de la tierra silenciosa y oscura, y transformarlo en una forma celeste, que refleja la luz.

El triángulo traía vida a los muertos; los cadáveres se encendían animándose; el pasado había cedido ante el futuro.

¿Quién eres? le preguntó el señor Tagomi al triángulo de plata. ¿El oscuro yin muerto o el brillante yang vivo? El triángulo de plata le

bailó en la palma, encegueciéndolo. Tagomi entornó los ojos y miró el movimiento de las llamas.

Cuerpo de yin, alma de yang, el metal y el fuego unidos, lo interior y lo exterior; el microcosmo en la palma de la mano.

¿Y de qué espacio se hablaba aquí? el ascenso vertical, al cielo. ¿De qué tiempo? El mundo luminoso de lo mutable. El espíritu del objeto era ahora visible: la luz. Y el señor Tagomi clavaba los ojos en la luz, no podía mirar a otro lado, hechizado por una brillante superficie magnética.

Háblame ahora, le dijo al triángulo, ahora que te has adueñado de mí. Quería oír la voz, esa voz que vendría de la cegadora luz blanca, semejante a la que esperamos ver sólo en la existencia de más allá de la vida, en el Bardo Thodol. Pero él no tendría que esperar a la muerte, a la descomposición del animus en busca de un nuevo útero. No se le presentaría ninguna deidad, ni terrorífica ni benéfica, ni vería tampoco las luces humosas, ni las parejas en coito. Lo evitaría todo, excepto esta luz. Estaba preparado para enfrentarla, sin temor, y nada lo haría retroceder.

Sentía que los cálidos vientos del karma lo empujaban más y más, y sin embargo no se movía. El entrenamiento había sido correcto. No tenía que acobardarse ante la clara luz blanca. Si se acobardaba entraría de nuevo en el ciclo de nacimientos y muertes, y nunca conocería la libertad, nunca obtendría la liberación. El velo de maya se extendería una vez más si…

La luz desapareció. La mano del señor Tagomi sólo sostenía un triángulo opaco. Una sombra había borrado el sol. El señor Tagomi alzó los ojos.

Un policía alto, de uniforme azul, estaba de pie junto al banco, sonriendo.

—¿Eh? —dijo el señor Tagomi, sobresaltado.

—Sólo miraba cómo trabajaba usted en ese rompecabezas —dijo el policía volviéndose al sendero.

—Rompecabezas —repitió el señor Tagomi—. No es ningún rompecabezas.

—¿No es uno de esos pequeños rompecabezas que uno tiene que separar y juntar? Mi chico tiene muchos. Algunos son difíciles. —El policía se alejó.

Arruinada, se dijo el señor Tagomi, mi posibilidad de alcanzar el Nirvana. Había desaparecido interrumpida por aquel yank de Neanderthal, bárbaro y blanco. Una criatura subhumana había supuesto que el señor Tagomi se entretenía con un juguete infantil.

Tagomi se puso de pie y dio unos pocos pasos, trastabillando. Tenía que calmarse. No podía permitirse esas terribles invectivas, racistas y de clase baja, esas irredimibles y contradictorias pasiones.

Cruzó el parque diciéndose: No te pares; la catarsis del movimiento.

Al fin llegó a la periferia del parque, la acera de la calle Kearny. El tránsito era apretado y ruidoso. Tagomi se detuvo al borde de la acera.

No había pedetaxis a la vista. Caminó por la acera, uniéndose a la multitud. Nunca se conseguía un pedetaxi cuando uno lo necesitaba.

Dios, ¿qué era aquello? El señor Tagomi se detuvo mirando boquiabierto algo espantosamente deforme que cerraba el horizonte. Una nave de pesadilla, suspendida en el cielo; una enorme construcción —de metal y cemento que ocultaba el paisaje.

El señor Tagomi se volvió a un transeúnte, un hombre flaco de traje arrugado.

—¿Qué es eso? —le preguntó apuntando con el dedo.

El hombre sonrió mostrando los dientes. —¿Horrible, eh? Es la carretera elevada del embarcadero. Mucha gente piensa que arruina el panorama.

—Nunca la había visto antes —dijo el señor Tagomi.

—Hombre afortunado —dijo el otro y se fue.

Una pesadilla, pensó el señor Tagomi; tengo que despertarme. ¿Dónde están hoy los pedetaxis? Echó a caminar más aprisa. En toda esa zona había como una sombra pesada, humosa y mortuoria, y que olía a cosas quemadas. Los edificios y las aceras eran de un color gris opaco, y la gente iba de un lado a otro en un tempo peculiar, convulsivo. Y todavía ningún pedecoche a la vista.

—¡Taxi! —gritó apresurándose.

Era inútil, sólo se veían coches privados y ómnibus. Coches que parecían trituradoras brutales y enormes, de formas desconocidas. Apartó los ojos, mirando adelante. Algo le estaba distorsionando la percepción óptica, de un modo particularmente siniestro. Una perturbación que le afectaba el sentido del espacio. La línea del horizonte parecía quebrada y retorcida, como en un astigmatismo repentino y letal.

Tenía que tranquilizarse, tomar un respiro. Enfrente, un mísero mostrador —restaurante. Sólo blancos adentro, todos almorzando. El señor Tagomi empujó las puertas de vaivén. El cuarto olía a café, y en un rincón un grotesco aparato automático aullaba una música. El señor Tagomi parpadeó y fue hacia el mostrador. Todos los taburetes ocupados por blancos. El señor Tagomi habló y algunos de los blancos alzaron los ojos. Pero nadie se movió. Nadie le dejó el sitio.

Todos se volvieron de nuevo hacia sus platos.

—¡Insisto! —le dijo el señor Tagomi en voz alta al blanco más cercano, gritándole casi en el oído.

El hombre dejó su taza de café y dijo: —Cuidado, Tojo.

El señor Tagomi miró a los otros blancos; todos lo miraban con

expresiones hostiles. Y nadie se movía.

La existencia del Bardo Thodol, se dijo el señor Tagomi. Unos vientos cálidos que lo llevaban quién sabe a dónde. La visión de… ¿qué? ¿Era posible que el animus la resistiera? Sí, el Libro de los Muertos preparaba para esto: luego de la muerte creemos ver a otros hombres, pero todos nos parecerán hostiles. Uno está solo entonces, y no encuentra ayuda en ninguna parte. El viaje es terrible, y ahí están siempre los reinos del sufrimiento, el renacimiento, preparados para recibir el espíritu flaco y sin ánimo. Apariciones ilusorias.

El señor Tagomi escapó del mostrador —restaurante. Las puertas oscilaron juntas detrás de él; una vez más se encontró en la acera.

¿Dónde estaba? Fuera del mundo cotidiano, el espacio y el tiempo de costumbre.

El triángulo de plata lo había desorientado. Había soltado amarras, y desde entonces no encontraba punto de apoyo, sometido a terribles pruebas. Una lección para siempre. ¿Por qué trataba uno de contravenir las propias percepciones? ¿Para ir extraviado de un lado a otro, sin señales ni guía?

Una condición hipnagógica. La facultad de la atención disminuida, permitiendo así que sobrevenga un estado crepuscular: el mundo visto sólo en un aspecto meramente simbólico y arquetípico, del todo confundido con material inconsciente. Un caso típico de sonambulismo inducido por hipnosis. Había que parar ese terrible deslizarse entre sombras: reenfocar la concentración y restaurar así el centro del ego.

Buscó en los bolsillos el triángulo de plata. No estaba. Lo había dejado en el banco dentro del portafolios. Una catástrofe.

El señor Tagomi inclinó el cuerpo y echó a correr calle arriba hacia el parque.

Unos vagabundos somnolientos lo miraron sorprendidos mientras Tagomi corría. Allí estaba el banco. Y apoyado contra el banco, el portafolios. No había señales del triángulo. El señor Tagomi buscó, y lo vio al fin medio oculto entre la hierba. EL mismo, seguramente, lo había arrojado allí, furioso.

Se sentó en el banco tratando de serenarse, sin aliento.

Tenía que mirar otra vez el triángulo de plata, se dijo, cuando pudo respirar. Tenía que examinarlo muy atentamente, contar hasta diez y emitir entonces un sonido sobrecogedor. Erwache, por ejemplo.

Ensoñaciones idiotas que evadían la realidad, emulando los más nocivos aspectos de su adolescencia.

Nada había allí de la inocencia prístina de la verdadera infancia. De cualquier modo, era lo que merecía ahora. No había otros responsables, y no podía culpar al señor Childan o a los artesanos, sino sólo a su propia codicia. EL entendimiento no se conseguía por la

fuerza.

El señor Tagomi contó lentamente, y de pronto se incorporó de un salto.

—Maldita estupidez —dijo en voz alta.

¿Se le habían aclarado las nieblas?

Espió alrededor. Aquella difusión de la luz había desaparecido, probablemente. Ahora entendía de veras la incisiva elección de las palabras en San Pablo… Visto a través de un vidrio oscuro no era una metáfora sino una astuta referencia a la distorsión óptica. En realidad toda visión del mundo era astigmática, en un sentido fundamental. El espacio y el tiempo eran creaciones de la propia psique, y cuando faltaban estos factores… Lo mismo que en las perturbaciones agudas del oído medio.

De cuando en cuando uno escoraba excéntricamente, perdido todo sentido del equilibrio.

El señor Tagomi volvió a sentarse, se guardó el triángulo de plata en un bolsillo de la chaqueta, y se quedó allí con el portafolios sobre las piernas. Lo que tenía que hacer ahora, se dijo, era ir y mirar de nuevo aquella maligna construcción. ¿Cómo la había llamado el hombre? La carretera del Embarcadero, si aún estaba allí.

Pero tenía miedo.

Y sin embargo, pensó, no podía quedarse allí sentado.

Tenía muchas cargas que llevar, como decía la vieja expresión popular norteamericana. Trabajos que hacer.

Un dilema.

Dos muchachitos negros pasaron corriendo ruidosamente por el sendero. Una bandada de palomas se elevó en el aire; los niños hicieron una pausa.

El señor Tagomi llamó: —Eh, muchachos. —Buscó en los bolsillos —Vengan aquí.

Los niños se acercaron cautelosamente.

—Aquí tienen una moneda —dijo el señor Tagomi tirándoles una moneda; los niños lucharon disputándosela—. Vayan a la calle Kearny y vean si hay pedetaxis. Vuelvan y díganme.

—¿Nos dará otra moneda? —dijo uno de los niños—. ¿Cuando volvamos?

—Sí —dijo el señor Tagomi—, pero díganme la verdad.

Los niños corrieron por el sendero.

Si no hay pedetaxis, se dijo el señor Tagomi, será señal de que debo retirarme a un lugar solitario y suicidarme. Apretó el portafolios. Todavía tenía el arma. No sería difícil.

Los niños volvieron atropellándose. —¡Seis! —gritó uno de ellos —. Conté seis.

—Yo conté cinco —jadeó el otro.

El señor Tagomi dijo: —¿Están seguros que hay pedetaxis? ¿Vieron claramente a los conductores pedaleando?

—Sí señor —dijeron los dos niños.

el señor Tagomi les dio una moneda a cada uno. Los niños se fueron corriendo.

De vuelta a la oficina y al trabajo, pensó el señor Tagomi. Se puso de pie, aferrando la manija del portafolios. Las obligaciones llamaban, en un día como otros.

Una vez más fue por el sendero hasta la calle.

—¡Taxi! —llamó.

Un pedetaxi apareció en medio del tránsito. El conductor se detuvo junto al cordón de la acera, volviendo una cara oscura y brillante, el pecho agotado.

—Sí señor.

—Lléveme al edificio del Times nipón —ordenó el señor Tagomi. Se subió al asiento y se puso cómodo.

Pedaleando furiosamente, el conductor del pedetaxi se movió entre los otros taxis y coches.

Era poco antes del mediodía cuando el señor Tagomi llegó al edificio del Times nipón. En el vestíbulo principal le dijo a una de las telefonistas que lo comunicaran con el señor Ramsey, arriba.

—Aquí Tagomi —dijo en el aparato cuando le pasaron la comunicación.

—Buenos días, señor. Me siento aliviado. Preocupado por la ausencia de usted llamé a su casa a las diez y allí me dijeron que usted había salido con rumbo desconocido.

—¿Limpiaron todo? —dijo el señor Tagomi.

—No queda una huella.

—¿Está usted seguro?

—Mi palabra, señor.

Satisfecho, el señor Tagomi cortó la comunicación y caminó hacia los ascensores.

Arriba, mientras entraba en la oficina, se permitió una breve búsqueda. Dentro de los límites de su visión no observó nada, como se lo habían prometido. Se sintió aliviado. Nadie que no hubiese estado allí podría saber ahora. La historicidad oculta en un piso de baldosas de nylon…

El señor Ramsey le esperaba en la oficina. —El coraje de usted es tema hoy de un panegírico en el Times —comenzó a decir—. Una nota que describe… —Le vio la cara al señor Tagomi y se interrumpió.

—Vayamos a las cuestiones urgentes —dijo el señor Tagomi—. ¿El general Tedeki? Es decir el llamado señor Yatabe.

—En vuelo de vuelta a Tokio, muy en secreto. Dejó unas cuantas pistas falsas aquí y allá. —El señor Ramsey cruzó los dedos, como

símbolo de esperanza.

—Cuénteme del señor Baynes, por favor:

—No sé. Durante la ausencia de usted hizo una aparición rápida, casi furtiva, pero no habló. —El señor Ramsey titubeó un momento. —No sé, quizá volvió a Alemania.

—Mucho mejor para él que hubiese ido a las Islas —dijo el señor Tagomi, casi entre dientes. De cualquier modo el motivo principal de preocupación era el anciano general. Y eso estaba fuera de su alcance. Mi yo, mi oficina, pensó; lo utilizaban allí en San Francisco, lo que era adecuado y bueno. El era para ellos lo que se llamaba una cobertura. Una máscara que ocultaba lo real. Detrás del señor Tagomi, escondida, la realidad continuaba a salvo de ojos indiscretos.

Raro, pensó. Es vital a veces ser sólo un frente de cartón. Un asomo de satori ahí, si pudiera aprehenderlo. El propósito de un esquema de ilusión universal, insondable. De acuerdo con la ley de economía nada se perdía, ni siquiera lo irreal. Qué sublimidad en ese proceso.

La señorita Ephreikian apareció, agitada. —Señor Tagomi, me mandan de portería.

—Tranquila, señorita —dijo el señor Tagomi. La corriente del tiempo nos lleva deprisa, pensó.

—Señor, el cónsul de Alemania está aquí. Quiere hablar con usted. —La señorita Ephreikian miró del señor Tagomi al señor Ramsey y luego de vuelta al señor Tagomi con una cara muy pálida. —Dice que ya estuvo antes aquí, pero le dijeron que usted…

El señor Tagomi la despidió en silencio, con «ci ademán. —Señor Ramsey, por favor recuérdeme el nombre del cónsul.

—Freiherr Hugo Reiss, señor.

—Ya recuerdo. —Bueno, pensó, era evidente que el señor Childan le había hecho un favor al fin y al cabo, no aceptando el revólver.

El señor Tagomi, llevando el portafolios, dejó la oficina y salió al corredor.

Un hombre blanco, bien vestido, algo corpulento, estaba allí de pie; pelo anaranjado y corto, zapatos Oxford de cuero negro, postura erecta. Una afeminada boquilla de marfil en una mano. Era él, sin duda.

—¿Herr H. Reiss? —dijo el señor Tagomi.

El alemán saludó con una inclinación de cabeza.

—Es cierto —dijo el señor Tagomi —que usted y yo hemos manejado negocios por correo, teléfono, etcétera. Pero nunca hasta ahora nos habíamos visto cara a cara.

—Un honor —dijo Herr Reiss adelantándose—. Aun teniendo en cuenta las circunstancias tan irritantes perturbadoras.

—Quizá —dijo el señor Tagomi.

El alemán alzó una ceja.

—Perdón —dijo el señor Tagomi—. El conocimiento se me nubla en relación con estas señaladas circunstancias. Fragilidad de una sustancia hecha de arcilla, podría decirse.

—Terrible —dijo Herr Reiss sacudiendo la cabeza—. Cuando supe…

—Antes que usted inicie una letanía —dijo el señor Tagomi—, permítame que hable.

—Por cierto.

—Yo maté personalmente a los dos hombres de la SD —dijo el señor Tagomi.

—El Departamento de Policía de San Francisco me citó en la calle Kearny —dijo Herr Reiss echando alrededor de los dos un humo de cigarrillo de olor ofensivo—. Me pasé horas allí y en la morgue, y luego estuve leyendo el informe preparado por ustedes para los inspectores de la policía. Absolutamente terrible todo esto, del principio al fin.

El señor Tagomi no dijo nada.

—Sin embargo —continuó Herr Reiss—, la sospecha de que los criminales pudiesen estar conectados con el Reich no ha sido confirmada. En lo que a mí concierne toda la historia es una locura. Estoy seguro de que actuó usted de un modo absolutamente correcto, señor Tagomi.

—Tagomi.

—Mi mano —dijo el cónsul tendiendo la mano—. Estrechemos un pacto de caballeros olvidando el asunto. No vale la pena, sobre todo en estos tiempos críticos. Cualquier publicidad estúpida podría inflamar a las masas, en detrimento de los intereses de nuestras dos naciones.

—Yo sigo llevando sin embargo el peso de la culpa —dijo el señor Tagomi—; la sangre no es tan fácil de borrar como la tinta.

el cónsul parecía perplejo.

—Necesito el perdón —dijo el señor Tagomi—, pero no es usted quien puede dármelo. Quizá nadie pueda. Me he prometido leer ese famoso diario de un viejo adivino de Massachusetts, Goodman C. Mather. Trata, me han dicho, de la culpa y los fuegos del infierno y esas cosas.

El cónsul fumaba rápido el cigarrillo, los ojos clavados en el señor Tagomi.

—Permítame advertirle —dijo el señor Tagomi —que la nación de usted está a punto de cometer la mayor de las vilezas de la historia. ¿Conoce usted el hexagrama el Abismo? Hablando como persona privada, no como representante oficial del Japón, le digo a usted: el corazón se sofoca de horror. Indescriptible baño de sangre. —Y sin

embargo, aun ahora está usted luchando por alguna meta egoísta y sin importancia. ¿Imponerse a la facción rival, la SD, eh? Mientras tiene usted a Herr Kreuz vom Meere metido en agua caliente… —No pudo continuar, algo le constreñía el pecho. Asma, pensó, como en la infancia, cuando se enojaba con la vieja señora —Estoy sufriendo —le dijo a Herr Reiss, que ahora había apagado el cigarrillo de una enfermedad que empezó hace años pero que se hizo virulenta el día que oí, agobiado, de las andanzas de los jefes de usted. De cualquier modo no hay posibilidades terapéuticas. Lo mismo para usted, señor. En el lenguaje de Goodman C. Mather, si recuerdo bien: "¡Arrepentíos!"

El cónsul alemán dijo roncamente: —Recuerda bien. —Asintió con un movimiento de cabeza y encendió otro cigarrillo con dedos temblorosos.

El señor Ramsey vino desde la oficina. Llevaba un manojo de formularios y papeles, y le dijo al señor Tagomi que callaba ahora tratando de respirar: —Mientras él está aquí. Cuestiones de rutina.

Pensativo, el señor Tagomi tomó los formularios y les echó una ojeada. Formulario 20-50. Requerido por el Reich y por conducto del representante en los EEPA, cónsul Freiherr Hugo Reiss. Criminal en custodia en el Departamento de Policía de San Francisco. Frank Frink, judío, ciudadano de Alemania de acuerdo con las leyes del Reich, retroactivas a junio de 1960. Para protección y custodia bajo las leyes del Reich, etcétera. El señor Tagomi miró el formulario otra vez.

—Lapicera, señor —dijo el señor Ramsey—. Esto cierra los asuntos pendientes con el gobierno alemán hasta el día de la fecha. — El señor Ramsey miró con desagrado al cónsul mientras le tendía la lapicera al señor Tagomi.

—No —dijo el señor Tagomi. Le devolvió el formulario 20-50 al señor Ramsey. Enseguida se lo arrebató de vuelta y escribió al pie: Libre de culpa y cargo. Misidn Comercial de S.F. Protocolo militar 1947. Tagomi. Le pasó una copia al cónsul alemán, y las otras al señor Ramsey junto con el original—. Buenos días, Herr Reiss. —el señor Tagomi hizo una reverencia.

El cónsul alemán saludó también con una reverencia. Apenas se molestó en mirar el papel.

—Cualquier asunto futuro trátelo por favor a través de máquinas intermediarias, correo, teléfono, cable —dijo el señor Tagomi—. No personalmente.

—Me hace usted responsable de una situación general que no corresponde a mi jurisdicción.

—Mierda —dijo el señor Tagomi—. Contesto eso a eso.

—Un modo de hablar impropio entre gente civilizada —dijo el cónsul—. Está usted poniendo aquí amargura y sentimientos de

venganza donde no hay más que una cuestión formal sin implicaciones personales. —El cónsul arrojó el cigarrillo al piso del corredor, se volvió, y se alejó.

—Llévese con usted ese cigarrillo pestilente —alcanzó a decir el señor —Tagomi, pero el cónsul ya había desaparecido en una vuelta del pasillo—. Qué conducta infantil —le dijo Tagomi Al señor Ramsey —. Hit sido usted testigo de una conducta infantil y repelente.

Caminó de vuelta hasta la oficina, con paso no muy firme. De pronto notó que no podía respirar. El dolor le bajaba por el brazo izquierdo, y al mismo tiempo la palma de una mano le apretaba más y más las costillas. Delante de él no estaba más la alfombra; unas chispas rojizas se elevaban en el aire.

Por favor, señor Ramsey, dijo, pero no se oyó ningún sonido. Alargó una mano, trastabilló. No había nada en qué apoyarse alrededor.

Mientras caía apretó dentro de la chaqueta el triángulo de plata que le había dado el señor Childan. No lo había ayudado, pensó, no lo había salvado. Tantas pruebas.

El cuerpo del señor Tagomi golpeó el piso, cayendo sobre manos y rodillas, jadeando, con la nariz en la alfombra. El señor Ramsey corría ahora de un lado a otro, balando. Mantenga la compostura, pensó el señor Tagomi.

—Es un pequeño ataque al corazón —llegó a decir.

Varias personas habían aparecido ahora y lo llevaban al sofá. —Tranquilícese, señor —le dijo uno de ellos.

—Avisen a mi mujer, por favor —dijo Tagomi.

Enseguida el sonido de una ambulancia que remontaba la calle. Luego más alboroto aún. La gente iba y venía. Lo cubrieron con una manta hasta las axilas, le sacaron la corbata, le aflojaron el cuello.

—Estoy mejor ahora —dijo Tagomi. Estaba cómodamente acostado, y no trataba de moverse. La vida pública había terminado para él, era evidente. El cónsul alemán elevaría su protesta a las más altas autoridades, sin duda, quejándose de descortesía. Una queja justa, quizá. De cualquier modo el trabajo allí había terminado. Había hecho su parte y ahora les tocaba el turno a Tokio y las facciones alemanas. Una lucha, en todo caso, que escapaba a su voluntad.

Había pensado que se trataba sólo de plásticos, se dijo. Un vendedor de moldes. El oráculo había dado una pista en esa dirección, pero…

—Sáquenle la camisa —dijo una voz que pertenecía sin duda al médico del edificio. Una voz de tono muy autoritario. El señor Tagomi sonrió; el torso es todo.

¿Podría ser esta la respuesta? se preguntó Tagomi. Misterios del organismo humano, que sabía y decidía por su cuenta. Era tiempo de

descansar, o por lo menos de descansar en parte. Un propósito que él, Tagomi, tenía que aceptar.

¿Qué había dicho el oráculo la última vez? La consulta en la oficina cuando los dos hombres estaban tendidos en el suelo, muertos o agonizando. El Sesenta y uno. La Verdad Interior. Los cerdos y los peces son los menos inteligentes; es difícil convencerlos. Los animales eran él mismo. El libro se refería a él. N mica entendería del todo; tal era la naturaleza de esas criaturas. ¿O la verdad interior era esto, lo que estaba ocurriéndole?

Esperaría. Vería qué era.

Quizá las dos cosas.

Aquella tarde, poco después de la cena, un oficial de policía llegó a la celda de Frank Frink, abrió la puerta, y le dijo que recogiera sus pertenencias en el escritorio.

Poco después Frank Frink se encontraba en la acera, frente a la estación de la calle Kearny, entre los numerosos transeúntes que iban y venían, los ómnibus y los coches que tocaban la bocina y los pedetaxis de conductores vocingleros. El aire era frío. Las sombras de los edificios eran largas. Frank Frink se detuvo un momento y luego se incorporó automáticamente a un grupo que cruzaba la calle en la esquina.

Lo habían arrestado sin motivo, pensó, para nada. Y habían tenido que soltarlo del mismo modo.

No le habían dado explicaciones; le habían devuelto simplemente el atado de ropas, la cartera, el reloj, los anteojos, y habían pasado al caso siguiente, un viejo borracho traído de la calle.

Era un milagro, que lo hubiesen dejado en libertad. Una casualidad sin sentido. En ese mismo momento tendría que haber estado volando a Alemania, para que lo exterminaran.

Todavía no podía creerlo. Las dos partes, tanto el arresto como esta liberación, le parecían irreales. Caminó a lo largo de las tiendas cerradas, tropezando con papeles arrastrados por el viento.

Una nueva vida, pensó. Un renacimiento. Diablos, estaba vivo.

¿A quién tenía que agradecérselo? ¿Rezar quizá? ¿Rezarle a qué?

Me gustaría entender, se dijo mientras se movía a lo largo de la transitada acera nocturna, bajo los anuncios de neón, los bares ruidosos de la avenida Grant. Deseaba entender. Tenía que entender.

Aunque sabía que nunca entendería.

Alégrate y basta, pensó. Y sigue caminando.

Un pedazo de la mente de Frink declaró entonces: Y luego de vuelta a Ed. Tenía necesidad de volver al taller, allá abajo en el sótano. Empezar donde había dejado, y trabajar en las joyas. Trabajar y no pensar, no alzar los ojos o tratar de entender. Tenía que mantenerse ocupado. Tenía que fabricar piezas.

Fue dejando atrás una calle tras otra, cruzando la ciudad, cada vez más oscura, tratando de volver lo más pronto posible al sitio seguro, comprensible, donde había estado.

Cuando llegó al fin encontró a Ed McCarthy sentado al banco, comiendo. Dos sándwiches, un termo de té, una banana, bizcochos. Frank Frink se quedó en el umbral, jadeando. McCarthy le oyó y se dio vuelta. —Tuve la impresión de que estabas muerto —le dijo, y masticó, tragó rítmicamente, y tomó otro pedazo.

Ed tenía encendido el pequeño calentador eléctrico, junto al banco. Frank se inclinó y se calentó las manos.

—Es bueno verte de vuelta —dijo Ed. Le palmeó dos veces la espalda a Frank y volvió a su sándwich. No dijo nada más. No se oía otra cosa que el zumbido del calentador y a Ed que masticaba. Dejando la chaqueta en una silla, Frank tomó un puñado de segmentos de plata a medio terminar y los llevó al torno.

Atornilló una rueda pulidora de lana, encendió el motor, preparó la rueda, se puso la máscara para protegerse los ojos, y sentándose en una banqueta empezó a remover las escamas que había dejado el fuego, una por una.

Capítulo 15

El Capitán Rudolf Wegener, en ese momento llevando el falso nombre de Conrad Goltz, viajante de equipo médico al por mayor, miró por la ventanilla de la. nave cohete Me 9-E, de la Lufthansa. Enfrente asomaba Europa. Qué rápido había sido el viaje, pensó. Dentro de siete minutos aterrizarían en Tempelhofer Feld.

Mientras miraba cómo iba creciendo la masa de tierra, se preguntó si habría logrado algo al fin y al cabo. Ahora todo quedaba en manos del general Tedeki, y de lo que él hiciese allá en las Islas. Pero al menos les había pasado la información, y no había ningún otro camino, por ahora.

Aunque no había razones para ser optimista. Era muy probable que los japoneses no pudiesen cambiar de ningún modo el curso de la política interna alemana. El grupo de Goebbels estaba en el poder, y probablemente seguiría allí. Una vez que se sintieran seguros volverían a pensar en la operación Diente de León, y otra parte del planeta sería destruida, con todos sus habitantes en nombre de un ideal fanático y retorcido.

Sí, quizá los nazis lo destruyeran todo, dejando sólo una estéril ceniza, ¿por qué no? Podían hacerlo, tenían la bomba de hidrógeno. Y lo harían también. Todos ellos parecían atraídos por ese Gótterdammerung. Quizá hasta lo deseaban, y lo buscaban ya activamente, un holocausto final para todos.

¿Y qué resultaría de esa locura? ¿Terminaría con toda especie de vida, en todas partes? ¿El planeta se convertiría en un planeta muerto, por obra de ellos mismos?

No podía creerlo. Aun si destruyeran toda vida terrestre tendría que haber vida también en otros sitios, de los que nada se sabía. Era imposible que la Tierra fuese el único mundo. Había sin duda muchos otros mundos invisibles, en una región o dimensión que tos hombres no alcanzaban a percibir.

Aunque no pudiese probarlo, aunque no fuera lógico, el capitán Wegener lo creía, y así se lo dijo a sí mismo.

Un altavoz llamó: Meine Damen and Herren. Achtieng, bitte.

Estaban ya por descender, se dijo el capitán Wegener. Seguro que la Sicherheitsdienst estaría esperándole en el aeropuerto. La cuestión era: ¿qué facción política representarían esos hombres? ¿La gente de Goebbels, o la de Heydrich? Siempre que el general Heydrich estuviese todavía vivo. Quizá ya lo habían acorralado y asesinado, mientras el cohete cruzaba el mar. Todo iba muy rápido en tiempos de transición en las sociedades totalitarias. Había habido, en la Alemania nazi, unas manoseadas listas de nombres…

Pocos minutos después, cuando la nave cohete ya había aterrizado, el capitán Wegener se encontró caminando hacia la salida con el abrigo en el brazo. Detrás y adelante, pasajeros ansiosos, ningún joven artista nazi esta vez, observó. Ningún Lotze que le fastidiara hasta el fin con estúpidos puntos de vista.

Un oficial de la compañía aérea, uniformado, notó el capitán Wegener, como si fuese el mariscal del Reich, ayudaba a que los pasajeros descendiesen por la rampa, uno a uno, hasta el campo. Allí, junto a otras gentes, había un pequeño grupo de camisas negras. ¿Por él? Wegener caminó más despacio hacia un sitio donde había hombres y mujeres, y aun niños, que esperaban, haciendo señas. llamando…

Uno de los camisas negras, un hombre rubio de cara chata y mirada fija. que llevaba las insignias de la Waffen —SS, se acercó a paso vivo a Wegener, entrechocó los talones de las botas, y saludó: —Ich bitte mich zu entschuldigen. Sind Sie nicht Kapitün Rudolf Wegener, von der Abwehr?

—Lo siento —respondió Wegener—. Soy Conrad Goltz, Representante de los instrumentos médicos de la A. G. Chemikalien. —Dio un paso adelante.

Otros dos camisas negras, también de la Waffen —SS, se acercaron entonces. Los tres hombres lo rodearon de tal modo que aunque Wegener podía seguir caminando en la dirección en que venía estaba del todo y de pronto bajo custodia. Dos de los hombres de la Waffen —SS llevaban armas automáticas bajo los abrigos.

—Usted es Wegener —dijo uno de ellos cuando entraban en el edificio.

Wegener no contestó.

—Tenemos un coche —continuó el hombre de la Waffen —SS—. Nos ordenaron que viniésemos al aeropuerto, nos pusiéramos en contacto con usted y lo lleváramos inmediatamente ante el general Heydrich, quien está con Sepp Dietrich en la OKW de la división Leibstandarte. En particular tenemos que impedir que se le acerquen gentes de la Wehrmacht o del Partei.

Wegener se dijo que entonces no lo matarían. Heydrich estaba vivo y en sitio seguro, tratando de fortalecerse contra el gobierno de Goebbels.

Quizá el gobierno de Goebbels cayera también, después de todo, se dijo Wegener mientras lo metían en el sedan Daimler de la SS. Un destacamento de la Waffen —SS que se desplaza de súbito en la noche; la guardia del Reichskanzlei aliviada, reemplazada. Los destacamentos de policía de Berlín lanzando de pronto hombres de la SD en todas direcciones; las estaciones de radio y las fábricas de electricidad paralizadas, Tempelhofer cerrado. El estruendo de los cañones pesados en la oscuridad, a lo largo de las avenidas.

¿Pero qué importaba? Aunque depusieran al doctor Goebbels y cancelaran la operación Diente de León. Todavía estarían ellos allí, los camisas negras, el Partei, los planes de colonización si no del Oriente de Marte y Venus.

No era sorprendente que el señor Tagomi no resistiera. El terrible dilema de nuestras vidas, se dijo Wegener. Cualquier cosa que pase será siempre de una espantosa malignidad. ¿Por qué luchar entonces? ¿Cómo elegir si no hay alternativa?

Evidentemente irían adelante, como siempre hasta ahora, de día en día. En este momento trabajaban contra la operación Diente de León. Más tarde, en otro momento, trabajarían contra la policía. Pero no podían hacerlo todo a la vez; era una secuencia, un proceso que se desplegaba. Para que el fin no se les escapase de las manos tenían que elegir cada vez que daban un paso.

No podían hacer otra cosa que tener esperanzas, e intentar algo.

En otros mundos quizá era diferente. Mejor, con el bien y el mal como alternativas bien claras, no esa oscura confusión, esas mezclas; y no había herramienta capaz de separar las partes.

No tenían ese mundo ideal que ellos hubiesen querido, donde la moralidad es fácil de alcanzar porque el conocimiento es fácil de alcanzar. Donde es posible hacer el bien sin esfuerzo porque lo obvio se ve enseguida.

El Daimler se puso en marcha, con el capitán Wegener atrás, entre dos camisas negras, que llevaban armas automáticas sobre las rodillas. Otro camisa negra al volante.

Y quizá todo esto era también una trampa, se dijo Wegener. No lo llevaban a ver al general Heydrich en la división Leibstandarte de la OKW; lo llevaban a la cárcel del Partei, donde lo mutilarían y al fin lo matarían. Pero él había elegido; había elegido volver a Alemania, arriesgándose a que lo capturaran antes que la gente de la Abwehr pudiera protegerlo.

La muerte en todos los momentos, una avenida que estaba abierta para ellos, en cualquier sitio. Y eventualmente la habían elegido, a pesar de sí mismos. O estaban cansados y la habían buscado con deliberación. Wegener observó las casas de Berlín, que pasaban. Mi Volk, se dijo, él y, yo, de nuevo juntos. Se volvió hacia los hombres de la SS.

—¿Cómo andan las cosas? ¿Algún cambio reciente en la situación política? He estado afuera varias semanas, desde antes de la muerte de Bormann en verdad. —Hay mucho de histeria de masas, por supuesto, en el apoyo al Pequeño Doctor, en esa chusma que lo llevó al gobierno. Sin embargo, no es verosímil que cuando prevalezca de nuevo una mayor sobriedad continúen apoyando a un tullido y demagogo que sobrevive inflamando a las masas con mentiras y malas

artes.

—Ya veo —dijo Wegener.

La historia continuaba. Los odios intestinos. Quizá las semillas estaban allí, en eso, se dijo Wegener. Se devorarían unos a otros, y el resto quedaría con vida diseminado por el mundo, aquí y allá. Un número suficiente como para edificar, confiar y hacer planes, pocos y simples.

A la una de la tarde Juliana Frink entraba en Cheyenne, Wyoming. En el barrio comercial, frente al enorme y viejo depósito del ferrocarril, se detuvo a comprar cigarrillos y dos periódicos del mediodía. Estacionada junto al cordón de la acera buscó hasta que al fin encontró la noticia.

> VACACIONES TERMINAN EN TAJO FATAL
>
> Buscada para ser interrogada en relación con el tajo fatal que recibió su marido Joe Cinnadella en las elegantes habitaciones del Hotel Presidente Garner en Denver, la señora Cinnadella de Canon City dejó inesperadamente el hotel, según declaraciones de los empleados, en lo que parece haber sido el clímax trágico de una disputa matrimonial. Unas hojas de afeitar encontradas en el cuarto, suministradas irónicamente por el hotel para comodidad de los huéspedes, parecen haber sido usadas por la señora Cinnadella, descrita como morena, atractiva, bien vestida y delgada, de unos treinta años, para rebanar el cuello de su marido, cuyo cuerpo fue encontrado por Theodore Ferris, empleado del hotel que había recogido unas camisas de Cinnadella media hora antes y estaba llevándolas de vuelta como se le había pedido cuando se encontró con la terrible escena. El cuarto del hotel, dice la policía, mostraba huellas de lucha, sugiriendo que una violenta discusión…

De modo que estaba muerto, pensó Juliana mientras doblaba el periódico. Y no sólo eso, no sabían cómo se llamaba ella, ni quién era. No sabían nada de ella.

Más tranquila, siguió manejando hasta que encontró un motel adecuado. Tomó una habitación y llevó allí las cosas que tenía en el coche. Desde ahora no tendría que darse prisa, se dijo. Hasta podía esperar a la noche para ver a los Abendsen, y de ese modo tendría ocasión de ponerse el vestido nuevo. No era posible llevar un vestido así antes de cenar.

Además podía terminar el libro.

Se puso cómoda en el cuarto del motel, encendiendo la radio,

consiguiendo que le trajeran café del bar, y se recostó en la cama limpia y bien tendida con el ejemplar de La langosta que había comprado en la librería del hotel en Denver.

A las seis y cuarto de la tarde había terminado el libro. Se preguntó si Joe lo habría leído todo. Había muchas otras cosas allí que Joe no había llegado a entender. ¿Qué había querido decir Abendsen? Nada acerca del mundo imaginario que él describía. ¿Y era ella, Juliana, la única persona que, se había dado cuenta? Sí, casi podía asegurarlo. Ningún otro había entendido realmente La langosta; creían haber entendido.

Todavía un poco inquieta, guardó el libro en la valija y luego se puso la chaqueta y salió a buscar un sitio para comer. El aire olía bien y los letreros y luces de Cheyenne parecían particularmente excitantes. Frente a un bar peleaban dos bonitas prostitutas indias, de ojos negros. Juliana aminoró el paso. Muchos coches brillantes iban y venían por las calles; toda la escena tenía un aura de brillo y expectación, como si se estuviese mirando hacia adelante, donde ocurriría un acontecimiento importante y feliz, y no hacia atrás…, la ranciedad y la pesadez, lo consumido y desechado.

En un caro restaurante francés —donde un hombre de chaqueta blanca estacionaba los coches de los clientes, y en cada mesa ardía una vela puesta en un botellón de vino, y la manteca no se servía en cubos sino en pálidas bolitas —disfrutó de veras de la cena, y luego, con mucho tiempo de sobra, paseó de vuelta hasta el motel. Las letras del Reichsbank habían desaparecido casi del todo, pero no le importaba. Abendsen les hablaba del mundo en que vivían, pensó mientras abría la puerta del cuarto en el motel, de lo que estaba alrededor. Encendió de nuevo la radio. Abendsen quería que viesen cómo era. Y ella lo veía ahora, cada vez más claramente.

Sacó el vestido azul italiano de la caja y lo tendió con cuidado sobre la cama. Estaba intacto; todo lo que necesitaba, a lo sumo, era un buen cepillado para quitarle las hebras de hilo. Pero cuando abrió los otros paquetes descubrió que no había traído los corpiños nuevos comprados en Denver.

—Maldita sea —dijo dejándose caer en una silla. Encendió un cigarrillo y fumó un rato.

Quizá pudiera llevarlo con un corpiño común, se dijo. Se quitó la blusa y la falda y se probó el vestido. Pero los sostenes asomaban con la mitad superior del corpiño… ¿Por qué no tratar de llevarlo sin ningún corpiño? Habían pasado años desde la última vez, en los días de colegio, cuando tenía pechos tan pequeños que hasta se había preocupado. Pero luego los años y el judo habían aumentado sus medidas hasta un treinta y ocho. Se probó de nuevo el vestido, sentada en una silla, mirándose en el espejo del cuarto de baño.

El vestido mismo era asombroso, pero inadecuado para la ocasión. Todo lo que ella tenía que hacer era inclinarse para apagar un cigarrillo o recoger una copa… y el desastre.

Un alfiler. Podría llevar el vestido sin corpiño, cerrando el escote. Vació la cajita sobre la cama y separó los alfileres, reliquias que guardaba desde años atrás, regalos de Frank y otros hombres de sus días de soltera, y el nuevo que Joe le había comprado en Denver. Sí, un alfiler de plata de México, de forma de caballo, parecía bien. Buscó el punto exacto en el escote; de manera que al fin podría ponerse el vestido.

La alegraba de algún modo tener eso ahora, pensó. Tantas cosas habían ido mal; de aquellos planes maravillosos no le quedaba casi nada.

Se cepilló un buen rato el cabello hasta que le crepitó y brilló, de modo que lo único que necesitaba ahora era elegir un par de zapatos y unos pendientes. Y luego se puso la chaqueta nueva, tomó el bolso de cuero hecho a mano, y salió.

En vez de manejar el viejo Studebaker, Juliana le pidió al dueño del motel que le consiguiera un taxi. Mientras esperaba en la oficina del motel, tuvo ganas de pronto de llamar a Frank. No sabía cómo había llegado a ocurrírsele, pero allí estaba la idea. ¿Y por qué no? La comunicación podían cargársela al otro teléfono. Frank estaría tan contento de oírla que pagaría con gusto.

De pie detrás del mostrador, en la oficina, Juliana apoyó el tubo contra la oreja escuchando con deleite a las operadoras de larga distancia que se hablaban de una ciudad a otra tratando de comunicarla con Frank. Alcanzaba a oír a la operadora de San Francisco, pidiendo el número a la operadora de información, y luego unos pequeños estallidos y crujidos, y al fin el sonido del teléfono que llamaba. Mientras, miraba la calle, alerta a la llegada del taxi que aparecería en cualquier momento, aunque no importaba mucho; estaban acostumbrados a esperar.

—No contestan —dijo la operadora de Cheyenne al fin—. Llamaremos de nuevo más tarde y…

—No —dijo Juliana sacudiendo la cabeza; de cualquier modo sólo había sido un capricho—. No estaré aquí, gracias. —Colgó, saludó al dueño del motel que se había quedado allí cerca para que no le cargaran nada por error, y salió rápidamente de la oficina a la calle fresca y oscura.

Un coche reluciente se acercaba en ese momento a la acera y se detenía; la puerta se abrió y el conductor salió de un salto a ayudar a Juliana.

Un momento después Juliana estaba en camino, cómodamente sentada en el asiento de atrás del taxi, cruzando Cheyenne hacia la

casa de los Abendsen.

Las luces de la casa de los Abendsen estaban encendidas y Juliana alcanzaba a oír música y voces. Era una casa de estuco dé un solo piso con muchos arbustos y un jardín donde abundaban los rosales trepadores. Mientras se acercaba por el sendero de losas, Juliana se preguntó si aquella sería en verdad la casa de los Abendsen, lo que llamaban el Castillo. Había oído muchos rumores a historias, pero la casa era común, bien mantenida, con terrenos cuidados. Hasta había un triciclo de niño en el largo camino de cemento.

¿Podrían ser otros Abendsen? Había sacado la dirección de la guía de teléfonos de Cheyenne, pero el número coincidía con el de la noche anterior, cuando había llamado desde Greeley.

Entró en el porche adornado con barandas de hierro forjado y apretó el timbre. La puerta entreabierta dejaba ver el vestíbulo, unos grupos de gente, de pie, persianas venecianas en las aberturas, un piano, una chimenea, bibliotecas… todo bien arreglado, concluyó. ¿Estaban en medio de una fiesta? Las ropas no eran nada formales.

Un muchachito despeinado, de unos trece años, con una camiseta y unos jeans, abrió del todo la puerta.

—¿Sí?

—¿Es… la casa del señor Abendsen? —dijo Juliana—. ¿Está ocupado?

Hablándole a alguien que estaba detrás, en la casa, el muchacho llamó: —Mamá, quiere ver a papá.

Junto al muchacho apareció una mujer de pelo rojizo castaño, de unos treinta y cinco años, de ojos firmes y grises y una sonrisa tan competente y directa que Juliana supo que estaba delante de Caroline Abendsen.

—Llamé anoche —dijo Juliana.

—Oh sí, por supuesto. —La sonrisa de la mujer aumentó, mostrando unos dientes blancos y regulares. Irlandesa, decidió Juliana. Sólo la sangre irlandesa podía dar feminidad a aquella mandíbula. —Permítame que le tome el bolso y la chaqueta. Ha llegado usted en buen momento; hay aquí unos pocos amigos. Qué vestido más hermoso. Un modelo de Cherubini, ¿no es así? —Caroline Abendsen llevó a Juliana a través de la sala hasta un dormitorio y allí puso el bolso y la chaqueta sobre la cama, junto con otras ropas. Mi marido anda por alguna parte. Busque a un hombre alto de anteojos que bebe algo pasado de moda. —Los ojos de la señora Abendsen derramaron una luz de inteligencia. Juliana sintió que le temblaban los labios; había tanto entendimiento entre ellas. ¿No era asombroso?

—Viajé mucho tiempo —dijo Juliana.

—Sí, es cierto. Oh, ahora lo veo. —Carolina Abendsen la llevó otra vez a la sala, hacia un grupo de hombres. —Querido —llamó—,

acércate. Esta es una de tus lectoras, ansiosa por decirte algo.

Un hombre del grupo se movió, se separó y se acercó trayendo un vaso. Juliana vio un hombre inmensamente alto de pelo negro rizado. La piel era también oscura, y los ojos parecían tanto purpúreos como castaños, apenas coloreados detrás de los lentes. Llevaba un traje caro, hecho a mano, de fibra natural, quizá de lana inglesa, perfectamente ajustado a los hombros anchos, donde no añadía una sola línea. Juliana nunca había visto un traje semejante y se quedó mirándolo, fascinada.

—La señora Frink —dijo Caroline —hizo todo el camino desde Canon City en Colorado sólo para hablarte de La langosta.

—Creí que vivían ustedes en una fortaleza —dijo Juliana.

Inclinándose a mirarla, Hawthorne Abendsen sonrió con una sonrisa meditativa.

—Sí, en otro tiempo. Pero teníamos que subir en ascensor y desarrollé una fobia. Estaba bastante borracho cuando me vino la fobia, pero según lo que yo recuerdo, y lo que me contaron otros, parece que yo no quería entrar en el ascensor porque el cable lo manejaba Jesucristo y nunca dejaríamos de subir. Y yo estaba decidido a no ir de pie.

Juliana no entendía.

Caroline explicó: —Hawth dice desde que lo conozco que cuando vea a Cristo podrá sentarse al fin; no se quedará de pie.

El himno, recordó Juliana. —De modo que abandonaron el castillo y se vinieron a la ciudad.

—Quisiera servirle una copa —dijo Hawthorne.

—Muy bien —dijo Juliana—, pero no algo pasado de moda. —Había alcanzado ya a echarle una ojeada a la mesa donde había varias botellas de whisky, vasos, hielo, hors d'oeuvres, y una ensalada de cerezas y naranjas. Fue hacia allí, acompañada por Abendsen. Un I.W. Harper con hielo —dijo—. Siempre me gustó. ¿Conoce usted el oráculo?

—No —dijo Hawthorne mientras le preparaba la bebida.

Asombrada Juliana dijo: —el Libro de los Cambios.

—No, no —repitió Abendsen y le alcanzó la copa.

—No la turbes —dijo Caroline Abendsen.

—Leí su libro —dijo Juliana—. En realidad lo terminé esta tarde. ¿Cómo sabe usted todo eso, acerca de ese otro mundo?

Hawthorne no dijo nada; frotándose los nudillos contra el labio superior miraba más allá de Juliana, el ceño fruncido.

—¿No recurrió al oráculo? —preguntó Juliana.

Hawthorne la miró.

—No me conteste con una broma o un chiste —dijo Juliana—. Dígamelo sin tratar de parecer ingenioso.

Mordiéndose el labio, Hawthorne clavaba los ojos en el piso; se había cruzado de brazos y se inclinaba hacia adelante y hacia atrás. Los otros que estaban cerca en el cuarto habían callado, y Juliana los Potó distintos. No eran felices ahora, por lo que ella acababa de decir, pero no por eso iba a echarse atrás ni trataría de disimular. La cuestión era demasiado importante. Y había venido de muy lejos y había hecho mucho para aceptar de Abendsen algo menos que la verdad.

—Es una pregunta… difícil de contestar —dijo Abendsen al fin.

—No, no es difícil —dijo Juliana.

Ahora todos callaban en la sala. Todos miraban a Juliana junto a Caroline y Hawthorne Abendsen.

—Lo siento —dijo Abendsen—, no puedo responder directamente. Tiene usted que aceptarlo.

—¿Entonces por qué escribió el libro? —dijo Juliana.

Señalando con el vaso, Abendsen dijo: —¿Qué es ese alfiler que tiene en el vestido? ¿Protege contra los peligrosos espíritus del ánima en el mundo inmutable o sólo sostiene las cosas juntas?

—¿Por qué cambia de tema? —lijo Juliana—. Evadiendo mi pregunta y haciendo una observación sin sentido. Es infantil.

—Todos —dijo Hawthorne Abendsen —tienen su secreto profesional. Usted tiene el suyo, y yo el mío.

Tiene que aceptar mi libro tal como es, así como yo acepto lo que veo. —Señaló otra vez a Juliana con el vaso —Sin preguntarle si todo es genuino o hecho con alambres y espuma de goma. ¿No son estas cosas parte de la confianza que uno tiene en la gente y en lo que uno ve en general? —Abendsen parecía irritado, pensó Juliana, y aturdido; había dejado de lado toda cortesía. Ya no era un anfitrión, y Caroline, advirtió Juliana de reojo, tenía una cara exasperada, tensa; apretaba los labios, no sonreía.

—Usted muestra en el libro —dijo Juliana —que hay una salida. ¿No es eso lo que quiere decir?

—Una salida —repitió Abendsen irónicamente.

—Ha hecho usted mucho por mí —dijo Juliana—. Ahora veo que no hay nada que temer, nada que desear, odiar o evitar, aquí, nada de que huir, y nada que perseguir.

Abendsen dijo, observándola, moviendo el hielo en el vaso: —Hay muchas cosas que valen la pena en este mundo, opino.

—Sé a lo que usted se refiere —dijo Juliana. Para ella no era más que la vieja y familiar expresión en la cara de un hombre, y no la molestaba encontrarla allí, no se sentía en esto como antes—. Los archivos de la Gestapo dicen que a usted le gustan las mujeres como yo.

Abendsen dijo, cambiando apenas de expresión: —No hay

Gestapo desde 1947.

—La SD entonces, o como se llame.

—¿Por que no nos explica? —dijo Caroline con vivacidad.

—Lo haré —dijo Juliana—. Viajé hasta Denver con uno de ellos. Tarde o temprano se aparecerán por aquí. Tiene que irse a un lugar donde no lo encuentren, en vez de tener una casa como esta, abierta a todos. El próximo que venga… No habrá aquí alguien como yo para detenerlo.

—Usted habla del próximo —dijo Abendsen luego de una pausa —. ¿Qué pasó con el que viajó con usted a Denver? ¿Por qué no ha venido?

—Le corté la garganta —dijo Juliana.

—No es poca cosa —dijo Abendsen—. Una muchacha que le dice eso a uno, una muchacha que uno nunca ha visto antes.

—¿No me cree?

Abendsen asintió con un movimiento de cabeza. —Claro que le creo. —Sonrió a Juliana con una sonrisa tímida, gentil, lejana, como si nunca se le hubiese ocurrido no creer —Gracias —dijo.

—Por favor, ocúltese de ellos —dijo Juliana.

—Bueno —dijo Abendsen—, hemos tratado, como usted sabe, como ha leído en la contratapa del libro… las armas y la cerca electrificada. Y dijimos eso para que creyeran que hemos tomado muchas precauciones. —Abendsen hablaba con una voz fatigada y seca.

—Al menos podrías llevar un arma —dijo Caroline—. Sé que algún día alguien a quien invitaste a conversar te matará de un tiro, algún experto nazi que se cobrará las cuentas. Y tú habrás estado filosofando con él de este modo, puedo verlo.

—Siempre te darán caza —dijo Hawthorne—, si quieren hacerlo. Aun con el castillo, la cerca electrificada y todo lo demás.

Un fatalista, decidió Juliana. Resignado a que lo destruyan. ¿Conocía él eso, así como conocía el mundo del libro?

—El oráculo escribió el libro, ¿no es así?

—¿Quiere la verdad? —dijo Hawthorne.

—Quiero la verdad y tengo derecho a la verdad —respondió Juliana—. Por lo que he hecho, ¿no es así? Usted sabe que es así.

—El oráculo —dijo Abendsen —durmió profundamente todo el tiempo que yo escribí el libro. Durmió en un rincón de la biblioteca.

En los ojos de Abendsen no había diversión. La cara parecía más larga y sombría que nunca.

—Cuéntale —dijo Caroline—. Es verdad, tiene derecho a saber, por lo que hizo por ti. —Se volvió a Juliana. —Se lo diré, señora Frink. Hawth fue armando el libro pedazo a pedazo en miles de consultas, por medio de las líneas. Período histórico, tema, caracteres,

argumento. Le llevó años. Hawth llegó a preguntarle al oráculo si el libro tendría éxito, y el oráculo le contestó que sería un gran éxito, el primero de su carrera. Lo que usted dice es cierto; y tiene que haber consultado mucho el oráculo, para averiguarlo.

—Me pregunto qué razones llevaron al oráculo a escribir una novela. ¿Pensó en preguntárselo? Y eso de que los japoneses y alemanes perdieron la guerra. ¿Por qué esa historia particular y no alguna otra? ¿Por qué no puede decirlo directamente, como de costumbre? Esto tiene que ser distinto, ¿no creen?

Ni Hawthorne ni Caroline dijeron nada.

—El y yo —dijo Hawthorne al fin —llegamos hace tiempo a un acuerdo en cuanto a las regalías. Si le pregunto por qué escribió La langosta yo estaría implicando que no hice nada sino el trabajo de máquina, lo que no es cierto ni decente.

—Yo se lo preguntaré —dijo Caroline—. Si tú no quieres.

—No es una pregunta tuya —dijo Hawthorne—, deja que ella pregunte. —Se volvió a Juliana: —Tiene usted una mente… poco natural. ¿Lo sabe usted?

—¿Dónde está su ejemplar? —dijo Juliana—. El mío está en el coche, allá en el motel. Iré a buscarlo, si no me deja usar el suyo.

Hawthorne se volvió y echó a caminar, seguido por Juliana y Caroline, entre la gente, hacia una puerta cerrada. Hawthorne desapareció un momento y reapareció trayendo los dos volúmenes de lomo negro.

—No use los tallos —le dijo a Juliana—. Se me caen a cada rato.

Juliana se sentó delante de una mesita de café, en un rincón.

—Necesitaré papel y lápiz.

Uno de los invitados le trajo papel y lápiz. La gente se había agrupado ahora en un círculo alrededor de ella y los Abendsen que escuchaban y observaban.

—Puede hacer la pregunta en voz alta —dijo Hawthorne—. No tenemos secretos entre nosotros.

—Oráculo —dijo Juliana—, ¿por qué escribiste La langosta se ha posado? ¿Qué quisiste que supiéramos?

—Tiene una manera de presentar la pregunta que es de veras supersticiosa; me desconcierta usted —dijo Hawthorne, pero ya se había sentado en cuclillas para observar el tiro de las monedas—. Adelante —dijo, y le pasó a Juliana tres monedas chinas de bronce agujereadas en el centro—. Son las que use yo generalmente. Juliana empezó a tirar las monedas; se sentía tranquila y confiada. Hawthorne iba trazando las líneas. Luego del sexto tiro Hawthorne miró el papel y dijo:

—Sun arriba, Tui abajo, Vacío en el centro.

—¿Conoce usted el hexagrama? —dijo Juliana—. ¿Lo recuerda

sin recurrir al libro?

—Sí —dijo Hawthorne.

—Es Chung Fu —dijo Juliana—. La Verdad Interior. Yo también lo recuerdo sin el libro. Y sé lo que significa.

Alzando la cabeza, Hawthorne observó a Juliana un rato. Tenía ahora una expresión casi salvaje en la cara. —Significa que mi libro dice la verdad, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Juliana.

Había cólera en la voz de Hawthorne: —¿Alemania y Japón perdieron la guerra?

—Sí.

Hawthorne cerró entonces los dos volúmenes y se puso de pie; no dijo nada.

—Ni siquiera usted se ha enfrentado a la verdad —dijo Juliana.

Durante un tiempo pareció que Abendsen reflexionaba. Tenía una mirada vacía, vio Juliana; vuelta hacia dentro. Preocupado, por él mismo… y de pronto los ojos volvieron a aclararse. Abendsen gruñó, sacudiéndose.

—No estoy seguro de nada —dijo.

—Crea —dijo Juliana.

Abendsen negó con la cabeza.

—¿No puede? —dijo Juliana—. ¿Está seguro?

Hawthorne Abendsen dijo. —¿No quiere que le autografíe un ejemplar de La langosta?

Juliana se puso también de pie. —Creo que me iré —dijo—. Muchas gracias. Lamento haber interrumpido la velada. Fueron ustedes muy amables.

Pasando junto a Hawthorne y Caroline, Juliana atravesó el anillo de gente y fue hasta al dormitorio donde tenía la chaqueta y el bolso. Estaba poniéndose la chaqueta, cuando Hawthorne apareció detrás.

—¿Sabe lo que usted es? —Se volvió a Caroline, que estaba al lado. —Esta muchacha es un daemon de los mundos subterráneos que… —Alzó una mano y se la pasó por una ceja torciéndose en parte los anteojos. —Que recorre incansablemente la faz de la tierra. —Se acomodó los anteojos —Hace lo que le es instintivo, expresándose así. No tenía la intención de venir aquí y hacer daño; simplemente le ocurrió, así como nos ocurre a nosotros que llueva o haga sol. Me alegra que haya venido. No lamento haber descubierto esto, la revelación que ella encontró en el libro. No sabía lo que iba a hacer aquí o lo que iba a descubrir. Creo que todos podemos considerarnos afortunados. De modo que no nos enojemos, ¿eh?

—Es terriblemente destructiva —dijo Caroline.

—Así es la realidad —dijo Hawthorne y le tendió una mano a Juliana—. Gracias por lo que hizo en Denver.

Juliana le estrechó la mano. —Buenas noches —dijo—. Haga como dice su mujer. Lleve un arma de mano, por lo menos.

—No —dijo Abendsen—. Lo decidí hace mucho. No dejaré que eso me preocupe. Puedo buscar apoyo en el oráculo de cuando en cuando, si me siento demasiado intranquilo, sobre todo de noche. No está mal en situaciones semejantes. —Sonrió un poco —En realidad lo único que me preocupa ahora es esos inútiles que andan alrededor escuchando y bebiéndose todos los licores de la casa, mientras hablamos. —Hawthorne se volvió y retrocedió hasta el aparador en busca de hielo.

—¿Adónde irá, ahora que ha terminado aquí? —dijo Caroline.

—No sé. —El problema no la molestaba. Tenía que ser un poco como él, pensó. No permitir que ciertas cosas la molestaran, aunque parecieran importantes. Quizá vuelva a reunirme con mi marido, Frank. Traté de telefonearle esta noche. Puedo intentarlo de nuevo. Ya veremos cómo me siento más tarde.

—A pesar de lo que hizo por nosotros, de lo que dice usted que hizo…

—Desearía que yo nunca hubiera venido a esta casa, ¿no es cierto? —dijo Juliana.

—Si usted le ha salvado la vida a Hawthorne es terrible de mi parte, pero… estoy tan confundida. Me cuesta aceptarlo, lo que usted ha dicho y lo que Hawthorne ha dicho.

—Qué raro —dijo Juliana—. Nunca hubiese pensado que la verdad la enojaría a usted. —La verdad, pensó, tan terrible como la muerte, pero más difícil de encontrar. Había sido afortunada. —Pensé que se sentiría tan complacida y excitada como yo. ¿Se trata de algún malentendido, no es cierto? —Juliana sonrió, y al cabo de un rato la señora Abendsen logró contestar con otra sonrisa —En fin, buenas noches.

Un momento después Juliana volvía sobre sus pasos por el sendero de losas, alumbrada al principio por la luz que venía de la sala, y entrando luego en las sombras de más allá del césped, en la acera oscura.

Caminó sin volverse a mirar la casa de los Abendsen, y mientras caminaba observaba los extremos de la calle en busca de un coche que se moviera brillante y rápido y la llevara de vuelta al motel.

FIN

Reconocimientos

La versión del I Ching o Libro de los Cambios utilizada y citada en esta novela es la de Richard Wilhelm traducida al inglés por Cary F. Baynes, publicada por Pantheon Books, Bollingen Series XIX, 1950, Bollingen Foundation, Nueva York.

El ayllu de la página 50 es de Yosa Buson, traducido por Harold G. Henderson, en la Anthology of Japanese Literature, volumen uno, compilada y editada por Donald Keene, Grove Press, 1955, Nueva York.

La waka de la lidgina 144 es de Chiyo, traducida por Daisetz T. Suzuki, en Zen and Japanese Culture, publicado por Pantheon Books, Bollingen Series LXIV, 1959, Bollingen Foundation, Nueva York.

He utilizado, mucho The Rise and Fall of the Third Reich, A History of Nazy Germany, de William L. Shirer, Simon and Schuster, 1960, Nueva York; Hitler, a Study in Tyranny, de Alan Bullock, Harper, 1953, Nueva York: The Goebbels Diaries, 1942-1943, editados y traducidos por Louis P. Lochner, Doubleday & Co., Inc., 1948, Nueva York; The Tibetan Book of the Dead, compilado y editado por W. Y. Evans-Wentz, Oxford University Press, 1960, Nueva York; The Foxes of the Desert, de Paul Carell, E. P. Dutton and Co., Inc., 1961, Nueva York.

Tengo que agradecer también personalmente a Will Cook, el eminente escritor del Oeste, por su ayuda en lo que se relaciona con artefactos históricos y el período americano de fronteras.